



# Heredera de Luna Llana

TAMARA KRUGER

Libro 1

# Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Agradecimientos](#)

*Dedicado a Leonor Y Benjamín que son mi pasión en esta vida.*

# Capítulo 1

Contemplo por última vez el fulgor de luna llena que se refleja en el mar. Su luz ilumina la noche y mis pensamientos que se desplazan más rápido de lo que quisiera. Percibo, además, el golpe de las olas que revientan contra las rocas del acantilado. Desde mi posición solo se observan como minúsculas piedras son bañadas por la sal del mar. Desearía que las gotas que danzan en la oscuridad alcanzaran mi rostro para apagar el nerviosismo que se cierne sobre mí, pero desde la altura de mi balcón es imposible que me alcancen.

El bullicio y las risas en el interior de mi habitación no me permiten que el ritmo acelerado de mi corazón regule su intensidad. La razón, es porque en unas horas más perderé mi virginidad. Situación que me preocupa, pero no tanto como el hecho de que en un tiempo más estaré sentada en el trono liderando a todos los territorios de Badru, regalo de mi hermano por haber rechazado su derecho a ser rey. Desde mañana tomaré mi posición, junto a los monarcas para liderar a los reinos, cosa que me deberá convertir de manera fulminante en una mujer con carácter, piadosa, líder, y varias características más que prefiero no recordar, ya que no me siento ninguna de ellas.

Según mi padre, el rey Leonidas, lo primero que me debo ganar es el respeto de mi pueblo, pero no al punto de infundir miedo; la línea que separa estas características es muy delgada y a la vez pueden ser muy peligrosas, ya que las dos pueden manejar a las masas y unificar a los territorios o llevar a Badru a la oscuridad. El respeto ha sido el legado de mi padre.

El aire gélido de la noche golpea mis hombros desnudos. Desde aquí contemplo las luces tenues de las embarcaciones que ya zarpan hacia el otro lado del mar. Un lugar que nunca he visto y tampoco lo haré, mi obligación está con mi pueblo.

—Eleonor —una de las doncellas toma mi brazo—, ya es tarde.

Dejo que me guie nuevamente hasta el banquillo, al frente de diez mujeres más. Al sentarme realizo una mueca de malestar al sentir el corsé comprimiendo mi abdomen. Esto es uno de esos momentos en que envidio a los hombres. Ellos no deben lidiar con capas y capas de ropa, haciendo que los pulmones se transformen en una pequeña nuez, comprimidos hasta que las amígdalas asoman por la garganta. Al menos, puedo ver que mi pequeño

busto resalta, y de alguna manera eso me hace sentir más adulta.

Observo a Laurel que comienza la labor de cepillar mi cabello. Se bate con el peine, deslizándolo con fuerza desde mi cabeza hasta las puntas que yacen en el suelo. No tengo recuerdos de cuándo fue la última vez que fue cortado, tal vez nunca. Existen bastantes cosas extrañas en nuestras costumbres. Pero definir a través del cabello en qué etapa de la vida te encuentras, pienso que es bastante excéntrico y en mi caso vergonzoso. Que mi gran trenza que se balancee hasta mis rodillas, es indicio que ningún hombre me ha tocado. Las mujeres adultas al verme levantan su cabeza con orgullo, pero los jóvenes de mi edad me miran con lástima. Varios me han comentado que no he conocido el verdadero placer de la vida, pero eso acabará esta noche, solo espero que realmente Dorian sea mi alma gemela.

—Eleonor, todavía te faltan accesorios. —Una de las doncellas se acerca tomando mi brazo, y comienza a probar diferentes anillos.

—Es normal que te encuentres nerviosa. —Laurel habla, al tiempo que continúa con el trenzado de mi cabello. Esta vez, no es un tomado firme. Varios mechones sobresalen dando volumen, los nudos no están rígidos, más bien sueltos, y entre cada giro del pelo inserta pequeños pedazos de corteza de árbol.

—Acaso, ¿quieres que anide aves? —No puedo evitar sorprenderme por las diminutas ramas que se entremezclan en mi cabello. Además del normal peso que debo cargar a diario, Laurel agrega más.

—La idea es que tu marido lo escarbe hasta quitarlos todos. —Una risa nerviosa se escucha al lado de Laurel.

—¿Tú también hiciste esto? —pregunto intrigada, solo me habían comentado los aspectos básicos de la noche de boda.

—Sí. Que tu hombre acaricie las fibras de tu cabello, puede hacer que el fuego de una mujer se encienda. —Laurel cierra un ojo, mientras continúa tejiendo mi cabello color oro.

Detengo mi atención en su trenzado. Se desliza hasta debajo de su busto. Hace poco que contrajo matrimonio y debe haber pasado por la ceremonia de entrega en la noche de su boda. En nuestro pueblo, el hombre que te desposa, es el único que puede tocar tu cabello. Lo desenlaza, y luego lo corta. A la mañana siguiente, lo debes peinar en dos trenzas que simbolizan que tu vida se ha bifurcado en dos y que otro ser forma parte de tu alma; nuestros habitantes están seguros, que el cabello es una extensión de nuestro cuerpo y de nuestro ser.

Pensar en esto no me ayuda con mi ansiedad, porque esta noche Dorian lo desenredará y nuestras vidas se unirán en alma y, literalmente en cuerpo.

Aunque algunas doncellas me han mencionado aspectos básicos de cómo ser una buena amante. Me da una vergüenza del tamaño del castillo desnudarme en frente de él. Solo lo he visto un par de veces. La primera vez fue después de tener mi primer sangrado, en donde todos los reinos recibieron la noticia de que era fecunda. Esa fue mi primera y notoria presentación en sociedad, y a causa de este acontecimiento, se realizó más de alguna celebración al saber que mi sangrado había iniciado en luna nueva. Por consecuencia, mi fertilidad sería en luna llena, la marca de los herederos.

En la antigüedad, existieron monarcas que nacieron en otra fase lunar, pero ser concebido en luna llena es un privilegio de los antiguos ancestros. Marca liderazgo, fortaleza y varias cualidades más que, para ser sincera, no me cautivan. Es difícil sostener sobre mis hombros la gran responsabilidad a la que me estoy por enfrentar.

Con las yemas de mis dedos, busco inconscientemente la marca que me realizaron a los siete años. Dibujo perteneciente a la luna de mi nacimiento, que da a conocer tu carácter según su fase al llevar el signo de los antiguos ancestros. Mi padre pretendía que me tatuara la luna llena en la cara para mostrar mi autoridad, pero la madre antigua logró disuadirlo y pude seleccionar el lugar en mi cuerpo, eso sí, siempre visible para los demás. Al no tener muchas opciones, opté por la clavícula, pero cuando sentí la primera aguja clavándose hasta mis huesos, ya me había arrepentido. Lamentablemente, no había vuelta atrás, porque aún se encuentra latente en mí el dolor, y hasta podría jurar que aún percibo esa sensación al palpar la marca.

—¡Ay! —exclamo al sentir que una de las doncellas clava un brazalete en mi brazo.

—Disculpe mi lady, es que estoy nerviosa —dice la joven, sonriendo de manera intranquila.

—¿Quién te está cortejando? —Ladeo mi cuello para ver su amarre. Su trenza va tomada con un cinto rojo.

—Mi lady —sus mejillas se tiñen de rojo—, uno de los mozos del príncipe Dorian me pidió que nos juntáramos después del banquete.

—¡Qué descarada! Así no conseguirás marido. —Levanto mis cejas divertida.

—Algunos hombres piensan que deben conocer a la mujer por completo

para desposarla. —La doncella sonríe.

— Y supongo que t  también quieres probar los ingredientes de ese guisado? —Sonrío pensando que su vida siempre será más fácil. Las mujeres solo deben amarrar un cinto color sangre a su trenza y pueden ser invitadas. Su pelo lo corta el primer hombre que las posee. Después, pueden salir libremente; muchas dicen que es fundamental saber que sus cuerpos se unirán a la perfección y creen, fervientemente, que aquello vaticina un buen matrimonio.

—Creo que t  no tendrás problemas con tu guisado, el príncipe es apuesto. —Laurel sonríe al terminar de colocar el cinto blanco en el borde de mi cabello.

Mi mente viaja hacia Dorian, mi prometido. No puedo negar que es apuesto, pero tal vez me hubiese gustado conocer a otros hombres o, tal vez, poseer más experiencia. Pero al ser la heredera del reino, todos los jóvenes siempre me sonrían y luego giraban sus talones para alejarse cuando se enteraban que era la princesa y, más aún, que estaba prometida en matrimonio al príncipe del reino que rige bajo nuestra misma casa, la de Los Ciervos. Por lo que mis nervios, entre otras cosas, radican en que hoy dar  mi primer beso, ver  a un hombre desnudo y tendremos que concebir al futuro heredero de todos los territorios.

Agradezco con la mirada a Laurel, es la única que ha tocado mi cabello desde que tengo uso de razón, y esta noche otras manos lo desenredar n. Bueno, no puedo ser tan pesimista, también hoy lo cortarán y dejar  de llevar este peso que he cargado por diecisiete años, estoy segura que mi cuello lo agradecer .

Miro hacia un costado encontrándome con el vestido color marfil que sostiene una de las mujeres. Respiro profundamente y me incorporo. Ha llegado el momento para el que me han estado preparando, aunque estoy segura que nadie puede estar listo para esta responsabilidad, es mi destino.

Por los pies me introduzco en la aparatosa prenda, mientras amarran la parte de atrás. Me detengo unos segundos frente al espejo, fascin ndome con las piedras brillantes que están bordadas al corsé y titilan con la luz de las velas; también siento que mi busto adquiere protagonismo, espero que no todos centren su mirada en ese lugar.

Me balanceo sobre mis pies y la falda vaporosa hace un movimiento parecido al que realiza una campana, cuando los bordados con hilo color plata se arremolinan por todo el faldón.

—Estás hermosa —la madre antigua se para a mi lado—. Eres la viva imagen de tu madre.

Al escuchar esto, trato de mantener mis recuerdos escondidos, aunque falleció hace muchos años y su imagen ya no está en mi memoria, siempre he sentido su falta.

La madre de mi padre me toca la mejilla para que me observe en el espejo. Me sorprende al ver el gran trabajo que realizaron las doncellas; mis ojos se encuentran decorados con algún polvo negro que los hace más grandes y demarcados, mis labios llevan un destello rojo, y la hermosa tela hace resaltar mi blanca piel.

La madre antigua me mira con orgullo y asiente en gesto de aprobación. Si no la hubiera tenido a ella, creo que me hubiera vuelto una rebelde. Siempre estuvo presente para guiar mis pasos.

Tres golpes sordos en la puerta me hacen saltar. Las doncellas comienzan a correr de un lado a otro dando pequeños alaridos. Yo estoy afirmada contra el suelo. De los nervios mis piernas se han vuelto rígidas y solo logro ver tomados blancos y rojos bailando a mi alrededor. Al parecer, varias de ellas también tendrán acción esta noche. Este pensamiento hace que se me seque la boca, logrando que inhale de manera profunda. No puede ser tan difícil estar con un hombre. Creo que ellas lo disfrutaban por sus caras de emoción.

—Es Alen, viene por ti. —Laurel deja caer mi trenza y ya siento el peso extra de las ramitas de árbol; quiero decir que lo encuentro una estupidez, pero la tradición es la tradición.

—¿La emoción supongo que es por mi casamiento? —Miro a las mujeres que acomodan sus vestidos al borde de sus costillas y colocan el tomado de su pelo hacia el frente para que puedan apreciar que quieren ser invitadas.

—Eso también —una de las sirvientas acomoda nuevamente mi faldón, estirando los pliegues—. Espero que esta noche me invite Alen.

—Eso ni lo sueñes —otra de las sirvientas se para junto a la puerta—. Hoy me invitará a mí.

No puedo evitar mover mi cabeza en negación, por la esperanza que tienen las muchachas, que la mano derecha de mi padre las despose; tengo claro que eso no sucederá, Alen nunca se ha tomado a alguna mujer en serio.

Todas las doncellas se alinean en dirección hacia la gran puerta de madera y la madre antigua se para a mi lado. Doy una última y larga

exhalación, luego asiento, ya no hay vuelta atrás. La muchacha con el cinto rojo abre la puerta.

Los cuatro guardias del exterior toman una postura formal y debo obligar a mis piernas a salir a su encuentro. De inmediato, localizo los ojos azules de Alen, quien me observa con una sonrisa burlona.

—Primera vez que te veo tan elegante —digo contemplándolo, ya que esta noche lucimos, todos, nuestras mejores galas.

—Es primera vez que te veo vestida como una dama. —Alen clava su mirada en la parte de arriba de mi corsé, y la idea que mi busto pasara desapercibido se esfuma.

Carraspeo, mientras continúa mirándome con cara de bobo. Se endereza y vuelve su atención a mis ojos; ese tipo de mirada me podría haber ruborizado, pero es Alen, me crié con él, y desde que se fue mi hermano, pasó a tomar su lugar.

De reojo, percibo el revoloteo que aún hay en la habitación y cómo algunas doncellas se empujan para llamar la atención de la mano derecha de mi padre. Rodeo mis ojos poniéndolos en blanco, y le realizo un gesto con la cabeza. Él, por su parte, me guiña uno de los suyos bajando sus largas pestañas oscuras; estoy segura que debajo del casco, su pelo debe ir suelto; alguna de las mujeres tendrá suerte esta noche.

Me tiende su brazo y coloco mi mano sobre el helado acero que cubre su cuerpo, cuando la tensión en este minuto se dispara.

—¿Estás lista para tu boda? —Alen sonrío.

—Es lo que debo hacer. —Levanto mi cuello y arremango con mi mano libre la falda, al mismo tiempo que comienzo a realizar unos pequeños y no tan equilibrados pasos.

Nos deslizamos por los estrechos pasillos, y en este momento solo me fijo en las antorchas que alumbran el lugar. De a poco se hace audible el bullicio que llega desde el gran salón, por lo que aprieto con fuerza la tela de mi vestido. Todo el reino estará presente para este acontecimiento.

—Lo harás bien —dice Alen a mi lado.

—Lo hubiera hecho mejor mi hermano —respondo, maldiciendo a Emery por haberse enamorado de una doncella y haber renunciado al trono dejándome con toda la responsabilidad. Al ser la única sucesora e hija, debo asumir el rol.

—En eso estás equivocada. —Alen sonrío.

La verdad, es que no odio a mi hermano, pero desearía que estuviera

aquí. Al haber desechado su posición, se tuvo que alejar. Sé que vive cerca del Bosque Blanco, pero jamás podré visitarlo, y no sé si volverá algún día. Mi corazón se aprieta, lo extraño demasiado.

Me enfoco nuevamente en las antorchas y el pasillo adelante desaparece, ya estoy a unos pasos del salón. Percibo el movimiento de cabeza de Alen y varios guardias se acercan, ahora voy escoltada por ocho armaduras.

—No creo que hoy vengan los rebeldes. —Busco su mirada.

—Eso no lo podemos prever. Además, sin ser invitado Celsius, el rey del Valle Oscuro, se encuentra en el salón. —Alen tensa su quijada.

—¿Qué? —Mis ojos se abren ante esta noticia—. ¿Qué hace acá?

—Dice que él también tiene que estar presente en la boda, que es su derecho. De cierta manera es verdad, no se lo podemos negar. —Alen se detiene.

—¿Y qué dijo en relación a los rebeldes? ¿es su derecho también? —añado, recordando que las últimas semanas han ingresado al castillo, robando víveres y caballos.

—Escucha —Alen me toma por los hombros—, hoy tu concentración debe estar en tu boda, y no me refiero necesariamente a la ceremonia. —Esboza una pequeña sonrisa y mira mi trenza.

—Cállate, están los guardias. —Ahora sí que me ruborizo, pensando en lo que pasará después de los votos.

—Eso no es un secreto de estado, pero tengo mi fe puesta en Dorian, es el indicado para hacerte feliz.

—Solo quiero que sea mi alma gemela. —Bajo la mirada. La verdad, es que yo también lo espero.

—Ya lo veremos —Alen vuelve a extender su brazo—. ¿Lista?

—No, pero soy la novia. —Sonrío tímidamente, porque el nerviosismo volvió a varias partes de mi cuerpo.

Ingresamos al balcón del salón y mi boca se abre. Desde el segundo piso tengo una vista de todo el lugar. La cantidad de invitados son más de los que imaginé, por lo que mentalmente repito que debo mantener la calma y no rodar por las escaleras con mi gran vestido. Al sentir nuestra presencia, todos extienden su mirada hacia nosotros para observarme.

Trato de mantener mi rostro relajado, aunque mis dientes los aprieto con fuerza. De manera rápida, admiro a la concurrencia y lo veo. Mi futuro marido frente a la mesa dispuesta para la ceremonia, con su armadura formal se ve mucho más alto de lo que recordaba. Sus ojos me encuentran y asiente

de manera casual. Ruego a los antiguos ancestros que sea el indicado y con el tiempo el amor nos encuentre.

—Es el indicado. —Al parecer, Alen lee mis pensamientos.

Al llegar a la parte alta de la escalera, la mayoría de los presentes realizan una reverencia. Un escalofrío recorre mi cuerpo y siento como el vello de mi nuca se eriza, la piel de mi rostro se entibia al igual que mis manos, en el centro del pecho un calor inusual me aborda y mi corazón se acelera.

—¿Todo bien? —Alen susurra.

No puedo responder. Mi respiración huye. El nerviosismo quiere jugar conmigo, aunque este tipo de ansiedad nunca la había sentido. Bueno, debe ser porque nunca antes había estado por contraer matrimonio.

La madre antigua se acerca a mi lado y acaricia el borde de mi brazo. Este gesto hace que mi angustia disminuya encontrando nuevamente mi aliento, lo que me permite volver a sonreír de manera controlada hacia Alen. Le agradezco asintiendo con un leve movimiento de cabeza que esté a mi lado. De cierta forma, con su imponente figura me traspasa la seguridad que en este momento necesito con premura.

La madre antigua se ubica adelante, y mis ojos se dirigen a su nuca. Es la forma que encuentro para escapar de las miradas curiosas de los asistentes. Mis ojos bailan por su pelo trenzado, su agarre es diferente, va alzado en un remolino sobre su cabeza. El padre antiguo, su esposo, murió hace años. Ella podría haber vuelto a peinar su pelo en una sola trenza para que la cortejaran, pero me explicó, que solo había existido un gran y único amor en su vida. Al escuchar sus palabras, confirmo que mis deseos son los mismos, que un único amor me atrape por siempre.

Emprendo el descenso lentamente, mientras saludo a las personas que se encuentran a mi lado esperando el gran acontecimiento. Al finalizar mi desplazamiento, me encuentro al frente de una senda que han formado los asistentes, creando la ilusión de un pasillo que me llevará al altar.

La mayoría de los hombres visten sus armaduras ceremoniales y las mujeres voluminosos atuendos coloridos. Sigo saludando con un pequeño movimiento de cabeza a varios soberanos que reconozco. Mi atención se dirige a una figura a mi izquierda. Ladeo mi cuello con un movimiento leve y lo localizo, el rey del Valle Oscuro, y no es que pase desapercibido. Su imponente cuerpo destaca sobre los demás. En su rostro predomina una extensa cicatriz que baja desde su mejilla y se pierde en el interior de su

armadura. Su atuendo, al no ser formal, también desentona con el entorno. Viste un peto de acero gris que cubre su pecho. El resto de su vestimenta es de cuero negro y un gran abrigo de piel café cubre sus hombros. Pero lo que sin duda lo mantiene totalmente fuera de lugar, es el lobo que se asoma entre sus piernas; al sentarse a su lado, la mano del hombre reposa sobre su cabeza.

Miro de reojo a Alen, él solo asiente. La calma que había tratado de mantener se disuelve. No logro comprender cómo mi padre permitió la concurrencia al hombre que constantemente lo desafía y que desde hace años, pretende ser el rey de todos los territorios; además, con un animal de esa envergadura. Yo una vez tuve un conejo, pero jamás se me hubiera pasado por la cabeza llevarlo a una celebración.

Distingo la insignia de su casa forjada en acero que se halla en su capa. La cara de un lobo con sus fauces abiertas me mira, sus colmillos resaltan. Desvíó mi atención y sigo caminando, pero aún percibo la expresión aguda y fría de sus ojos sobre mí. Trato de volver a la calma y busco en el entorno un objeto que me regale algo de tranquilidad en este momento, y lo encuentro. Del techo, cuelgan telas que recubren los extremos de las paredes. Un hermoso ciervo levanta su cabeza con gracia y majestuosidad, es el animal de mi casa y es uno de los mamíferos más apacibles que puedan existir, al igual que mi pueblo.

Alen se aleja de mí para dejar que realice los últimos pasos en solitario. Por su parte, Dorian extiende su brazo con una reverencia. Le devuelvo el saludo y me afirmo de su antebrazo mostrando confianza, no es que la sienta, pero es lo que se espera de una futura monarca. Me ubico a su lado y su presencia me hace recordar que en pocas horas más estaremos solos en una alcoba, y además de nuestros brazos, otras partes de nuestros cuerpos se tocarán. Claramente, debo dejar de pensar en eso o para cuando la ceremonia concluya, mis nervios se habrán destrozado por completo.

Para desviar mis pensamientos, miro hacia mi padre, encontrando sus ojos que irradian orgullo y calidez. Mientras los míos viajan por las dos delgadas trenzas que descienden de debajo de su corona cayendo hasta sus hombros. Ellas simbolizan el nacimiento de Emery y el mío, sus herederos. Cuando me inclino ante su presencia, escucho el susurro de Dorian.

—Mi señora, estás hermosa.

Mis labios se elevan en una tímida sonrisa y mi nerviosismo disminuye por unos segundos. Las palabras que acaba de pronunciar son, sin duda, lo que espera escuchar una mujer de un príncipe y, obviamente, es lo que

esperaba yo al encontrarme con él.

El rey Leonidas, mi padre, se aleja de la mesa y toma su lugar el consejero. De inmediato comienza con la lectura de los votos. Escucho que comenta del compromiso y liderazgo hacia todas las legiones. Lo que sigue recitando me lo pierdo al percibir la marca en tinta que llevo sobre mi clavícula que comienza a escocer. De reojo observo a Celsius, el rey del Valle Oscuro a unos pasos de mí, aunque quiero bloquear su presencia, no puedo dejar de sentirme inquieta.

Despierto cuando el consejero toma mi mano y la une a la de Dorian, entrelazándolas. Mi primera sensación es una piel suave, lo que quiere decir, que no ha estado en muchos combates. La verdad es que nadie lo ha estado, ya que la paz establecida en los reinos lleva varias generaciones.

Vuelvo a centrarme en el consejero, lo escucho haciendo referencia a que nuestras vidas se cruzarán y juntos tramaremos nuevos caminos. Nuestra vinculación hilará el amor, tejiendo con nuestro ser a un nuevo heredero. Las palabras me envuelven y desde el fondo de mi ser, es lo que quiero que suceda. Realmente, creo en el verdadero amor, lo he visto, además me casaré para toda la vida, deberá nacer en algún momento.

Levanto la vista en el instante en que el consejero me ubica frente a Dorian; me pierdo un segundo en sus ojos, es la primera vez que estoy tan cerca del destello gris de su mirada, que emana calma y decisión, dos cosas que necesito con urgencia, en ambas estoy fallando.

Nuestros dedos se entrelazan y él lo hace con delicadeza. Me sonrío de manera cálida, al parecer, tratando de traspasar seguridad. Un pequeño hoyuelo se dibuja en su mejilla acentuando sus hermosas facciones. Me cuesta seguir el sermón del consejero y divago pensando que, a lo mejor, sí podría ser el indicado.

—Eleonor, marcada con la fase de tu nacimiento; llevas contigo la fortaleza, la perseverancia, el valor y el liderazgo en tu sangre.

El consejero levanta una réplica de luna llena forjada en hierro, la misma imagen que llevo grabada en mi piel.

—Dorian, marcado con la fase de tu nacimiento; llevas contigo el respeto, la lealtad, la templanza y la justicia en tu sangre. —Levanta una imagen en el mismo material, pero de una réplica de luna creciente.

El consejero continúa leyendo, pero otra vez dejo de oír. En unas horas más, conoceré donde lleva su marca Dorian. Me imagino el cuerpo desnudo de mi futuro esposo y recuerdo los consejos de las doncellas, en relación, a

algunas de las maniobras que podría realizar en la alcoba. En esta ocasión agradezco estar de espaldas a la audiencia. Estoy segura que podrían ver el rubor que se ha situado en mis mejillas.

Un golpe atronador desde el exterior, hace que me gire hacia la parte de atrás del salón. Gritos y choques agudos de acero llegan de manera tenue. Los invitados comienzan a susurrar. De inmediato, la guardia real me rodea junto a mi padre, la madre antigua, Dorian y sus padres. Sus manos ya están puestas en sus empuñaduras cuando otro grupo de manera casi reflejo, forma una columna cerrada frente a la entrada principal del salón.

—Rebeldes. —Alen pasa por nuestro lado y se acerca al rey Leonidas.

Sigo la mirada de mi padre que va hacia Celsius, el rey del Valle Oscuro, pero no logro interpretar la expresión de aquel hombre. Su semblante se encuentra inescrutable, su mirada continúa fría.

—Me dirigiré con mis hombres al exterior, antes que traspasen el castillo. —Alen realiza un gesto de cabeza a varios guardias y salen por uno de los pasillos.

Desde la entrada se escuchan alaridos y pasos que corren en varias direcciones.

—Sácalos de acá, ahora, dirígelos al interior de la fortaleza. —El rey Leonidas le da la instrucción a uno de los guardias.

La mayoría de los monarcas se desplazan con sus esposas hacia una puerta lateral, al lado de la escalera. La madre antigua toma mi brazo para guiarme en esa dirección. Me resisto al instante, no comprendo por qué mi padre toma la decisión de desalojar la sala ante un grupo de rebeldes. No es la primera vez que nos atacan y estoy segura que Alen los podrá contener.

Inesperadamente, un aullido inunda el interior del salón. Mis ojos se posan sobre la gran bestia de color negro que acompaña a Celsius. Su garganta está extendida hacia el techo y de sus fauces esgrime un gran bramido, es escalofriante, pero al mismo tiempo me hipnotiza.

## Capítulo 2

Sigo mirando al gran animal que aúlla. El sonido que emite envuelve todo el salón. Busco la mirada de mi padre y la pasividad y seguridad que siempre había mostrado se desmorona.

Despierto al escuchar nuevos aullidos provenientes del exterior, se cuelean desde diferentes direcciones y la mayoría se congrega al otro lado de la puerta principal.

—Deben sacarla del castillo de inmediato. —El rey indica enérgicamente a mis escoltas.

—¡Papá, no me iré si no es contigo! —grito, pero todos ignoran mi solicitud y junto a la madre antigua me conducen hacia el pasillo en donde encontraremos, al parecer, la salida.

Nos detenemos cuando las puertas de la entrada se abren de par en par. Todos los soldados de la guardia real desenvainan sus espadas al mismo tiempo y en una coreografía de exactitud.

Entre las hojas plateadas se mueven siluetas que a medida que avanzan se van haciendo perceptibles. Una veintena de hombres ingresan. Las caras destacan al ir pintadas de negro y rojo, sus cabellos van amarrados totalmente despejando el rostro, lo que quiere decir que son guerreros y vienen a luchar.

Es la primera vez que veo este tipo de enfrentamientos y la verdad, nunca había escuchado de semejante afrenta. Sin poder evitarlo, mis manos se humedecen y mis ojos no logran pestañar del impacto que me crea observar a los grandes hombres que se ubican, uno al lado del otro, dejando solo un pequeño espacio entre sus enormes y cuadrados hombros. En una de sus manos cargan un hacha, logro distinguir el filo que recorre el hierro cuando las cuchillas se balancean.

Sus vestimentas son parecidas a las del rey del Valle Oscuro. Los pantalones negros van introducidos en sus botas. En los cinturones cargan más armas amarradas de sus costados. Todos llevan pieles de variados colores cubriendo los hombros; rojizos, grises, negros y hasta blancos, afirmados por un broche con la gran marca de su casa. A esta distancia me es difícil distinguir el dibujo, pero estoy segura que varios lobos están acechándonos.

Veo a mi padre que inmediatamente se coloca al frente de mí, junto a Dorian.

—¡Llévatelas, ahora! —le grita al príncipe.

Los otros monarcas, que aún se mantienen en el salón, también cobijan en sus espaldas a las mujeres.

—Ya es hora. —La madre antigua se posiciona a mi lado y entrelaza mi mano.

No logro entender a qué se refiere, cuando los guardias continúan empujándome a la salida. Me volteo al escuchar un nuevo aullido de la bestia que se encuentra a unos pasos. El bramido es correspondido por nuevos aullidos desde la entrada. Todos nos detenemos, y entre las sombras un grupo de lobos se acerca lentamente. Veo que sus brillantes ojos negros se posan en los soldados de mi padre, mientras gruñen y muestran sus colmillos.

—El tiempo se acabó—murmura la madre antigua.

Trato de volver a la realidad, pero capto mi atención en la forma en que los animales se van ubicando a cada lado de los guerreros.

Mis manos comienzan a temblar pensando en que las antiguas historias no pueden ser ciertas. No logro entender qué sucede, pero al mirar a la madre antigua noto que en su rostro no hay sorpresa, más bien resignación.

Mi atención se dirige hacia Celsius, que aún se encuentra con una mirada glacial. Realiza un firme movimiento de su cabeza hacia la entrada, y sin previo aviso los guerreros comienzan a atacar.

De inmediato, los gritos inundan el salón y observo cómo los lobos emprenden la carrera inmiscuyéndose entre la pelea. Algunos toman ventaja avanzando a grandes zancadas, otro grupo salta sobre las mesas dispuestas en los costados y se abalanzan sobre nosotros.

Antes de poder dar un nuevo paso, uno de los guardias de mi derecha es derribado por una gran mole de pelo gris, no alcanza a reaccionar, cuando el animal atraviesa su cuello de una mordida, desprendiendo su carne. Quiero gritar, pero mi garganta se aprieta.

Los guardias ya no están preocupados de sacarnos, se giran para enfrentar al resto. Los alaridos de las mujeres se pierden entre los golpes de las espadas y los gritos de dolor de los hombres que caen rápidamente, se entierran en mi pecho, comprimiéndolo. Sé que tengo que salir de aquí, pero no soy capaz de reaccionar.

—Eleonor —la madre antigua me zarandea del brazo con fuerza. Al parecer, estoy en un estado inconsciente—, huye.

Aunque quiero escapar, mis ojos no dejan de recorrer la macabra escena que se desarrolla a mi alrededor. Me sorprendo de la agilidad de mi padre cuando derriba a uno de los lobos, pero un escalofrío me recorre al escuchar

el grito del animal.

—Eleonor. —La madre antigua encuentra mi mirada.

La contemplo, pero sus palabras no me alcanzan, mis ojos siguen la dirección en la que los hombres de la guardia son derrotados sin ninguna dificultad.

Siento la presencia de una mirada en mi otro costado, al ladear la cabeza, el lobo que pertenece a Celsius está a solo unos pasos, acechándome. Mis escoltas se han dispersado, por lo que nos encontramos de frente. Veo el pequeño movimiento que realiza cuando se posa en sus patas traseras y da un brinco saltando a unos pasos de mi ubicación. Esta vez, sí siento la necesidad huir.

Pongo mis manos sobre la espalda de la madre antigua y la empujo hacia el pasillo, no alcanzo a avanzar muchos centímetros cuando un nuevo animal nos corta el paso. Aún siento la mirada clavada del lobo de Celsius, me vuelvo a girar y mi corazón se detiene cuando la bestia se abalanza sobre mí.

Suelto el agarre de la madre antigua mientras me desplomo, el vestido y la trenza amortiguan mi caída, pero mi respiración se vuelve nula cuando el animal hunde sus pezuñas sobre mi pecho; siento como si un caballo se hubiera sentado sobre mí. Ladeo mi cara al percibir su cálido aliento cerca de mi mejilla, y mi cuerpo vibra con el suyo cuando aúlla en un corto y espeluznante sonido. Baja su hocico y lo ubica presionando sus colmillos sobre mi cuello.

—¡Suelten sus armas! —ordena el rey del Valle Oscuro.

Desde el suelo, veo la silueta de Dorian que se acerca, trato de moverme para quitarme al animal de encima, pero me quedo inmóvil cuando esgrime un nuevo gruñido y presiona sus colmillos aún más en mi piel, justo donde fluye la mayor parte de mi sangre que palpita con rapidez.

—¡Suelten sus armas! —vuelve a ordenar Celsius, esta vez el tono que utiliza es aún más amenazador.

El bullicio desaparece, solo logro escuchar la respiración del lobo sobre mi garganta. Cierro los ojos para perder de vista el pelo sobre mí y me concentro en tratar de inhalar, logrando acceder a un pequeño hilo de aire. Quiero alejarme de la situación pensando que es una pesadilla, pero el choque de las espadas al golpear el suelo me aclara que no.

Percibo el cambio de peso cuando la bestia se baja de mi cuerpo y mis pulmones se extienden tanto como mi corsé lo permite. Respiro tratando de recuperar mi aliento, ya no llevo su peso, pero los dientes los mantiene

clavados en mi cuello.

—¡Déjala ir! —Alza la voz mi padre.

—Aún no —responde Celsius, sus palabras son acompañadas de pasos.

No lo puedo ver, pero percibo que se acerca.

—Lamento no haber sido invitado —continúa Celsius—, y lamento aún más, que no me hayas concedido lo que me pertenece.

—No te corresponde nada —lo encara mi padre.

No entiendo a qué se refiere Celsius, pero tampoco puedo coordinar mucho mis ideas. Las puntas de los colmillos siguen presionando mi piel y la saliva de la bestia se comienza a deslizar por mi garganta; además de aterrorizada, también me siento asqueada.

—Vendrán por ti, esto no se quedará así —la madre antigua interfiere.

—No lo creo, jamás se han inmiscuido y esta no será la oportunidad. — Celsius alza la voz de manera irónica.

“¿Quiénes vendrán por él?”, ¿por qué no hablan más claro? Y... ¿por qué nadie me quita a este animal de encima? Aunque mi corazón sigue latiendo con rapidez, hay algo en el agarre del lobo que me indica que no me morderá. Sus movimientos son controlados, pero su aliento caliente sigue golpeando mi rostro.

—Deberías ponerte de pie ante tu prometido. —El rey del Valle Oscuro se agacha a mi lado.

¿Se refiere a mí? No logro entender sus palabras, el lobo libera la presión y mi garganta vuelve a estar libre. Se aleja unos pasos ubicándose al lado de Celsius. Del otro costado, siento el agarre de mi brazo, la madre antigua me ayuda a incorporarme, mientras palpo mi garganta en donde aún siento un cosquilleo por la tensión de los dientes.

Me levanto y la escena es horrorosa. Varios cuerpos yacen en el suelo sobre charcos teñidos de rojo. La mayoría de los asistentes ya desalojó el salón. Pero desde aquí, aún se pueden escuchar los golpes de espadas y gritos, lo que me advierte que la batalla continúa al exterior.

Encuentro la mirada de mi padre, no logro interpretar su expresión, nunca lo había visto de esa manera y esto está mal en todas las formas que puedan existir. Los guardias e invitados se encuentran desarmados y flanqueados por algún guerrero o una bestia.

La mayoría tiene su atención puesta sobre la entrada, por lo que dirijo mi mirada hacia lo que observan. Los guerreros de cara roja se mueven lentamente hacia los costados, dejando un espacio en la puerta que es

reemplazado por una gran silueta que ingresa con decisión. Su cabello oscuro resalta sobre la pintura de su cara, su moño lo lleva levantado, indicando que es de rango mayor a los otros hombres.

La capa de sus hombros es del mismo color del animal que lo acompaña pegado a su cadera, también es más grande que los demás. El pelaje negro azulado destaca entre lo lúgubre del salón. Se dirige directamente hacia mí, trato de quitar mi mirada, pero hago lo contrario, encontrando sus ojos. Hubiera preferido no haberlo hecho, porque su mirada oscura es penetrante y su boca dibuja una sonrisa, que hace que mi nerviosismo se vuelva a desencadenar.

En este momento, me encantaría poder detenerlos a todos y que me explicaran de qué se trata todo esto. Al parecer, la única que posee cara de pregunta soy yo. Los demás se observan asustados, pero no sorprendidos.

—¿No saludarás a tu futuro marido? —dice Celsius, con un tono petulante.

No puedo evitar observarlo, dándole una mirada asesina, sé que no le interesa, pero al menos puedo expresar mi malestar.

—Eleonor ya se casó. —Dorian intenta dar un paso hacia mí, pero es detenido por una daga que ahora yace en su cuello.

Con mi mirada, trato de indicarle que no lo intente otra vez. Además, quiero saber qué es lo que desean. Me armo de valor y alzo mi voz, tratando que suene firme, como debe ser una reina.

—No sé cuál es tu intención —trato de mantener mi voz neutral, aunque creo que no lo consigo, ya que sale como un chillido—. Como dice Dorian, ya nos casamos.

—El matrimonio no se ha consumado. —Celsius levanta una ceja que hace que su cicatriz se realce en su mejilla.

—¡Eso no va a suceder! —grita mi padre.

El rey del Valle Oscuro levanta su espada girándose rápidamente. El grito queda detenido en mi garganta, cuando uno de los guardias cae al suelo con su garganta cercenada. Debe ser el impacto, ya que no puedo quitar la vista de la sangre que mancha el suelo.

—Si te mueves, lo hago otra vez. —Celsius increpa a mi padre y vuelve a lacerar una nueva garganta.

—¡Suficiente! —grito sin poder contener mi ira y frustración—. ¿Qué es lo que quieres?

Aunque mis manos tiemblan y mis piernas también, mantengo la mirada

en Celsius.

—Lo que nos corresponde —dice el hombre que había ingresado hace algunos segundos, ubicándose a mi lado.

Percibo su presencia, pero evito encontrar nuevamente sus ojos. Mi atención se dirige a mi padre que trata de aproximarse, pero su intento es detenido por dos guerreros.

—Princesa, te presento a mi hijo Magnus, mi heredero —Indica Celsius ubicándose en mi otro costado—. Hubiera deseado que se conocieran en otras circunstancias, pero ya que el rey Leonidas no nos convocó, nos tuvimos que presentar de esta forma.

—Al parecer, la princesa no fue curtida con buenas costumbres. En este momento espero mi reverencia —habla Magnus a mi lado.

Mis ojos continúan en mi padre. Él nunca se ha sometido y yo tampoco lo haré. Menos frente a desalmados que derraman sangre sin razón. Mantengo mi postura rígida y mi cabeza elevada.

—Me gustan las mujeres con carácter —Magnus susurra en mi oído—. Al final de este día te arrodillarás ante mí.

Aunque sus palabras me hacen temblar, lo miro sin demostrar el miedo que se revuelve en mi interior.

—Celsius —la madre antigua da un paso—, a tu casa hace muchos años que no les pertenece el trono.

—¡Nos lo arrebataron! —Alza su voz.

—Los reinos no podían seguir en la oscuridad y nunca lo volverán a estar —responde la madre antigua con toda la calma que siempre ha demostrado.

Varios gritos y golpes, nos hacen a todos girar hacia un pequeño grupo de soldados que entra al salón. Pero la esperanza que pude tener de que nos salvarán, se derrumba de inmediato al verlos reducidos en el suelo.

Mi cabeza trata de mantener mi parte razonable ante la situación. Hace muchos años que los reinos no poseen grandes conflictos o, al menos, nunca había escuchado de una conspiración parecida. Mi familia reina hace varias generaciones y la mayoría de los territorios respaldan el liderazgo de mi padre. No logro entender qué es lo que desean.

Al observar cómo los animales se mantienen en su posición, cerca a cada guerrero. Algunos fragmentos de las historias que me relató Laurel aparecen. Los cuentos hablaban, que los lobos se enlazaban con los humanos, pero siempre pensé que eran invenciones de mi doncella para atemorizarme;

si la vuelvo a ver le diré que estoy aterrada.

Mi padre discute con Celsius, pero no logro escuchar su conversación. Sigo divagando, tratando de recordar si hay algún tipo de disputa del pasado que nos esté llevando a esta situación. Solo sé, que hace miles de años, los señores del Valle Oscuro habían reinado. Su imperio fue del terror; infundían su poder a través de la muerte. Caminaban por la gran mayoría de los territorios saqueando los pequeños pueblos. Tomaban lo que deseaban; alimentos, mujeres y tierras. Con los años, los recursos comenzaron a escasear, la hambruna y las enfermedades se esparcieron por los campos, extinguiendo las cosechas y los animales.

Los primeros relatos, mencionan que el antiguo gran monarca, había comenzado una rebelión. Que, en noche de luna menguante, mientras los lobos descansaban y su poder disminuía. Lucios, marcado con la luna nueva en su piel, subió a la montaña más lejana junto a Liona, antigua heredera de luna llena. Juntos habían consumado su unión a los pies de los grandes ancestros, engendrando al nuevo descendiente. La noticia se esparció rápidamente por todos los territorios. Comenzando así el alzamiento para combatir y retomar el poder de Badru.

La parte de la historia que desconozco es, cómo los guerreros del Valle Oscuro lograron enlazarse a los lobos, los relatos llegan solo hasta ahí.

Retorno a la sala, cuando la voz de Celsius inunda el lugar.

—Terminemos con esto.

—Pensé que teníamos un acuerdo —mi padre lo vuelve a encarar —, tú te mantendrías al margen de esta sucesión y nosotros no interferiríamos con tu territorio.

“¿Qué?”, mi cabeza reacciona. ¿Por qué mi padre tenía algún tipo de arreglo con este tirano?

—Pretendes nuevamente quitarme mi derecho —Celsius lo increpa—. Meria era mía.

—Ella nunca lo fue. Jamás hubiera permitido que se uniera a un déspota como tú.

—¿De qué habla? —Me inmiscuyo al escuchar el nombre de mi madre.

—Veo que sigues con los secretos —Celsius se gira hacia mí—. Al ser mayor que tu padre, me correspondía a mí casarme con ella. Es lo que dicta nuestras costumbres, pero él se la llevó, concibiendo al nuevo descendiente.

—¿Eso es verdad? ¿secuestraste a mi madre? —Esa parte de la historia jamás la había escuchado. La verdad, es que no sabía mucho de ella, ya que

había fallecido cuando yo era pequeña.

—No sucedió de la forma que él lo dice. —Mi padre encuentra mi mirada.

—Esta vez podemos enmendar la situación. Magnus es mi heredero — dice Celsius—, y posee un linaje puro, por lo que será el próximo monarca.

—Eso no sucederá. —Mi padre trata de acercarse, pero uno de los guerreros golpea su nuca con la empuñadura de su hacha.

Quiero correr hacia a él, pero Magnus me alza de mi brazo, deteniendo mis pasos.

—Tú y yo tenemos algo que hacer.

Trato de zafarme, pero el agarre de Magnus es fuerte. Sus dedos los entierra en mi piel cada vez que me muevo. Mi cabeza continúa girando en todas direcciones; los lobos, mi padre, Celsius, mi madre. No sé por dónde comenzar a que me den explicaciones. Aunque, claramente, este no es el momento de pedir las, ya que Magnus continúa arrastrándome hacia la mesa dispuesta como altar. Su prioridad es que llevemos a cabo nuestro matrimonio. Situación que revuelve mis entrañas, sin mencionar el hecho que si no ocurre algún tipo de milagro, esta noche tendré que entregarme a él.

Los gritos y alaridos se cuelan a través de los rincones del castillo. Pienso en mis doncellas y ruego a los ancestros que no les hagan daño. De reojo, observo a Dorian, y aunque lo quisiera, mi príncipe no me puede ayudar. Lamentablemente, eso no lo detiene para luchar. Se lanza contra el guerrero y cierro mis ojos cuando le propinan un fuerte golpe en su cabeza que lo deja inconsciente, cayendo al suelo.

Grito y trato de llegar a su lado, pero la mano de Magnus aprieta mi brazo. Esta vez una punzada de dolor se extiende hasta mi hombro. Aunque debería ceder, no lo haré, nunca me someteré, pero tampoco puedo permitir que esta matanza continúe.

—Está bien —me calmo y levanto mi voz—, cooperaré, pero déjenlos ir.

Celsius alza la comisura de sus labios de manera satisfactoria, realiza un gesto con su cabeza y Magnus suelta su agarre.

—¡No lo permitiré! —Mi padre grita desde el suelo.

Encuentro sus ojos y quiero indicarle que se calme. No sé qué estoy haciendo, pero a lo mejor, puedo ganar algo de tiempo hasta encontrar una salida o en unos minutos más estaré entregando mi pureza al príncipe de la oscuridad.



## Capítulo 3

Nuevos aullidos provenientes desde afuera, inundan el salón. El ruido de uñas rascando madera se acerca. Mientras levanto mi cabeza para observar cómo una nueva veintena de lobos ingresan al lugar. Esta vez, todos asoman su pelaje desde los balcones. Hombres vestidos completamente de negro con afiladas espadas manchadas de rojo se sitúan a su lado. Un nuevo guerrero ingresa y me es imposible despegar la vista de él. Su cabeza está totalmente rapada y una media luna cruza la mitad de su cara. Detrás de él, lo sigue un joven, su moño es alto, lo que indica que es de rango mayor, pero al parecer es un niño vestido de guerrero.

—¿Priust? —Celsius mira al hombre de cabeza rapada.

—El castillo está tomado. —El hombre desciende por la escalera y el ruido de sus botas golpea fuertemente los escalones de piedra. Limpia el filo de su espada en su antebrazo y la enfunda.

Su estatura lidera, al menos, por una cabeza al resto de sus compañeros. Sus grandes hombros cuadrados están cubiertos por un pelaje rojizo, de su muñeca cuelga una fina trenza color ébano; nunca he visto el pelo amarrado de esa forma.

—Rey Leonidas, ¿todavía continúa con nosotros? —Pasa por el lado de mi padre, pero ni lo observa—. Aún hay un grupo de hombres batallando afuera y no tardará en llegar el escuadrón del príncipe Dorian que acampa en el valle.

—Creo que no conocen a mi hermano. —Celsius mira a mi padre.

“Fantástico”, digo en silencio. Además de estar rodeada de guerreros y el príncipe de las tinieblas, ahora debo lidiar con un nuevo familiar sediento de sangre. Quien, al llevar su cabeza rapada, me da a entender que es un hombre sin honor, sin miedo ni vacilaciones, solo ha sido entrenado para matar.

—Prosigamos. —Celsius se dirige a su hijo.

Siento nuevamente el agarre de Magnus, la madre antigua se abalanza sobre el nuevo guerrero.

—¡No lo harás! —grita.

Priust la empuja como quien aparta a un gorrión molesto, grito al verla caer al suelo.

—¡Basta! —Esta vez mis ojos se nublan, no quiero llorar, pero ver como agreden a mi familia es algo que no puedo soportar.

—Consejero, ya no necesitaremos de sus servicios. La ceremonia la escuché y no hay tiempo para aquello. —Celsius lanza una daga directamente a la cabeza del anciano, atravesándola de extremo a extremo.

Esta vez, ya no grito, un zumbido se apodera de mis oídos, creo que me voy a desmayar.

—Nunca me he acostado con una heredera. —Magnus desliza su mano sobre mi brazo, recorriéndolo, hasta que se posa sobre la parte de arriba de mi corsé. Su mirada se detiene en lugares que avergonzarían a una dama.

No me doy cuenta, cuando mi brazo se levanta estrellándose contra su cara; hubiera deseado haber sostenido un cuchillo para borrar su sonrisa. No puedo seguir imaginando otras formas de hacerlo sufrir, puesto que Magnus por su parte, levanta su mano y con el reverso asesta un golpe sobre mi mejilla. Al instante siento como si un aguijón se hubiera clavado en mi rostro, salta una lágrima y mi boca se llena de sangre al contacto de mi carne con los dientes.

—¡Suficiente! —grita Celsius—. ¡No hay tiempo para eso!

Mi padre intentar nuevamente pelear, y aunque le grito para que se detenga, me ignora. Sus esfuerzos por alcanzarme son detenidos por tres guerreros que lo golpean, abatiéndolo.

—¡Llévenlo al calabozo! —Celsius indica a sus hombres.

Ahora, ya no grito ni lucho, solo observo cómo arrastran a mi padre y tristemente pienso que es mejor así. La verdad, no sé qué sucederá, pero prefiero que no esté presente. Encarcelado tengo la esperanza de que continúe con vida, aunque como se están desarrollando los acontecimientos, no sé por cuánto tiempo.

Alejo la vista de mi padre, centrándola en mis captores. Mientras que desde el exterior, nos sigue llegando el ruido de la batalla. Al parecer, que aún no nos hayan abatido totalmente, mantiene inquietos a los líderes del Valle Oscuro.

Contemplo a Priust que se dirige a sus guerreros, quienes mantienen vigilados a nuestros guardias, y antes de que pueda esgrimir un nuevo respiro, sin contemplación, levantan sus hachas y cortan sus gargantas.

Los alaridos de las mujeres que se encuentran en el salón, hacen que mi corazón se comprima, sintiendo un dolor físico. No puedo mantener por más tiempo mi cordura y la desazón me hace reaccionar.

—¡Eres un maldito! —grito con toda mi furia hacia Priust—. ¡Les dije que cooperaría!

—Princesa, no lo tomes de manera personal —Priust me increpa—, y no es de buena educación gritarles a tus nuevos familiares.

—Jamás seré de tu familia y no permitiré que me posean. —Doy un paso hacia él, y al tener claro que una bofetada le haría cosquillas, le escupo.

Me ignora y se acerca a paso decidido alzándome por el brazo. Mis pies casi no tocan el suelo por la rapidez de sus movimientos. No alcanzo a reaccionar cuando me sube arriba de la mesa ceremonial y mi espalda golpea la piedra, el impacto en mi cráneo hace que mi visión se nuble por unos segundos.

Al volver a tener el control de mi visión, y dejar atrás el dolor palpitante de mi cabeza, me quiero incorporar, pero mi intento es frustrado. De un extremo, me sujeta Celsius y del otro lado el gran guerrero, quienes me inmovilizan sobre la superficie con sus manos apretando mis brazos.

Me quedo quieta cuando Priust emite un silbido. “¿Ahora qué?”, mi cabeza grita. Desde mi posición solo puedo mirar hacia los costados. Mis ojos se abren más de lo normal, al observar a un animal color cobrizo que se acerca. Es muy grande y se dirige directamente hacia a mí. Sus ojos negros brillan en la oscuridad, aunque su mandíbula descansa en un gesto relajado, no puedo evitar notar sus grandes filas de dientes. Quiero quitar la mirada, pero me encuentro hipnotizada, espero que no quiera arrancar mi cabeza.

Priust le da una especie de seña que no identifico, a lo que el lobo responde subiéndose a la mesa junto a mí. No sé qué plan tienen en mente, pero con ese gesto, me percató que éste es el lobo del guerrero de cabeza rapada. Y mis dudas son confirmadas, los hombres tienen una conexión con los animales. Ahora, la pregunta es... ¿Cómo la lograron?

Aunque quiero seguir divagando, mis ojos se cruzan con los de la bestia que está casi encima de mí, no puedo estar segura, pero creo que sus pupilas se dilatan cambiando a rojizo. La humedad de su nariz la siento cuando comienza a olisquear mi cuerpo y se detiene a nivel de mi vientre. Mantengo el aire de mis pulmones suspendido al darme cuenta que me está examinando, pero ¿en busca de qué?

Mi piel se eriza cuando el animal levanta su cuello y aúlla. Trago lo que queda en mi boca de saliva y sangre cuando la manada responde.

—Se encuentra fértil. —Priust esboza una sonrisa.

—No hay tiempo, tómala ahora. —Celsius coloca su mano libre sobre mi cuello, evitando que me mueva.

“¿Qué?” mi cabeza grita, estoy totalmente inmovilizada. El agarre en mi

garganta evita que pueda hablar y mis ojos se tornan vidriosos, mientras trato de sacudir mi cuerpo.

—¡Hazlo! —vuelve a gritar Celsius.

Solo logro escuchar el agitado ritmo de mi respiración. Pestañeo varias veces para que las lágrimas se quiten de mis ojos. Reconozco la silueta de Magnus sobre mí, momento en que percibo cuando mi faldón es levantado, escuchando como la tela es rasgada; el miedo me atraviesa, al tiempo que mi corazón late tan fuerte, que pienso que saldrá por mi boca.

“No, no, no”, gimo, pero mi negación no es escuchada al quedarse atrapada en mi garganta. El desconsuelo me abate. Pensar que esto, no era lo que tenía planeado que sucediera para perder mi virginidad: ser tomada a la fuerza mientras todos observan.

Los gritos de la madre antigua invaden mis oídos, pero no la logro ver. Me gustaría decirle que se calme, pero eso es algo imposible de hacer. Mientras continúa el forcejeo con mi vestido, y en este punto, sí agradezco la cantidad de capas de género para fabricarlo. Aunque solo esté demorando lo inevitable.

Cierro mis ojos un momento para no ver a estos malditos seres, a lo mejor, tendría que tratar de pensar en otra cosa para evadirme de lo que está sucediendo. Y rogar, para que lo que tenga que hacer sea rápido. Aunque trato de pensar en algo agradable, solo sigo pensando que estoy siendo violada y que no lo puedo evitar, no puedo luchar.

Abro mis ojos y centro mi atención en una de las telas que cuelgan de la pared, que llevan el animal de mi caza. El gran ciervo continúa majestuoso. Lamentablemente es un animal tranquilo, no tendría ninguna posibilidad frente a un lobo, como lo estoy yo ahora. La humillación y vergüenza me invaden, pero nunca fui criada para bajar la cabeza. Los sentimientos de frustración y rabia los siento nacer ante estos bastardos que me están arrebatando algo que no les pertenece. Vuelvo a la realidad, cuando unas manos ásperas sujetan mis muslos. Aprieto mi mandíbula esperando lo peor, y lo único que sé y que puedo jurar a los antiguos ancestros, es que esto no se quedará así.

Sacudo lo que más puedo la cabeza para limpiar mi visión, las lágrimas descienden y miro a Magnus con toda la furia que siento en este momento, tratando de demostrar que no me doblegará. Aunque sé que en lo profundo de mi ser lo hará, pero nunca lo sabrá.

Magnus me devuelve la mirada con una sonrisa, me retuerzo de lo

asqueada que me siento. Mi garganta se quema con la bilis que sube y que no puedo liberar.

De forma inesperada, las facciones de Magnus cambian bruscamente a una mueca de dolor, y siento como débilmente suelta su agarre. No logro entender qué sucede, pero al ladearse queda al descubierto una flecha clavada en su hombro. Luego, cae, desapareciendo de mi campo de visión.

A los segundos ya no estoy prisionera, observo que Celsius y Priust sacan sus espadas y se alejan. Me gustaría inspirar hondamente y agradecer a lo que fuera, que no lograra su cometido, pero ya habrá tiempo para eso.

Quiero quitarme las lágrimas de los ojos, pero mis manos comienzan a temblar, al igual que todo mi cuerpo. Toco mi garganta y toso, respirando ampliamente.

—Eleonor. —La madre antigua llega a mi lado y sus mejillas están totalmente mojadas con sus lágrimas; me baja el faldón y me ayuda a incorporarme.

Observo la masacre de los cuerpos en el suelo y quiero gritar, pero las fuerzas no me acompañan. La madre antigua me ayuda a bajar de la mesa, pero me tiene que afirmar cuando mis débiles piernas tocan el suelo.

Veo que Magnus se retuerce del dolor, arrodillado, y creo que este sería el momento propicio para correr, puesto que todos nos ignoran.

Doy unos pasos hacia el corredor que está al lado de la escalera, podría llegar, pero no sé cuántos guerreros más pueden haber en el castillo y no me puedo ir sin mi padre.

Mi mirada sigue en donde todos tienen puesta su atención. Un guardia real cuelga de una de las ventanas, frente a los balcones del segundo nivel. Los animales gruñen, pero no lo pueden alcanzar. Pienso que es un buen intento y agradezco que haya aparecido en el momento oportuno, pero no es muy esperanzador un solo hombre, teniendo en cuenta que, en cualquier momento Celsius querrá continuar con lo que vino a buscar: a mí.

El guardia levanta su cara y se quita su casco. El cabello oscuro cae sobre sus hombros, con la muñeca corre su pelo descubriendo su rostro. Unos ojos azules resplandecientes me hacen reconocerlo y la esperanza regresa. “Alen”, susurra mi cabeza.

No puedo desviar mi mirada de él, mientras continúa derribando a los animales con sus flechas, aunque su intención es valiente, no creo que pueda acabar con todos.

Un gran estruendo y luego una explosión, me hace agachar y cubrir mi

cabeza. Me acurruco al lado de la madre antigua que está en cuclillas a mi lado, y entre el desconcierto levanto mi cabeza para observar lo sucedido.

El salón se encuentra lleno de polvo y tierra; astillas se mantienen suspendidas en el aire, la gran puerta de madera ha desaparecido y varios guardias del castillo ingresan espada en mano. De las ventanas del segundo nivel, varios arqueros aparecen disparando sus flechas, el caos comienza otra vez.

Vuelvo a encontrar la mirada de Alen, que con un gesto de su boca, me dice que corra. Y creo que es el momento para huir, por lo que alzo a la madre antigua para que salgamos del salón, pero ella me detiene.

—Hay que ir por Dorian. —Me indica el cuerpo del príncipe que se encuentra a unos metros de donde nos situamos.

Entre todo lo que había sucedido en los últimos momentos, lo había olvidado. Espero que aún continúe con vida. Aprovechamos la confusión que se produjo con la explosión y nos acercamos rápidamente. Mis manos vuelven a temblar cuando me agacho a su lado. Veo un corte profundo sobre su mejilla, la sangre cubre gran parte de su rostro y ruego porque aún respire.

Un alarido de dolor me hace saltar, me giro y encuentro a Celsius que mantiene a su hijo apoyado contra la pared. Está quebrando el extremo de la flecha que se encuentra incrustada en su hombro; no puedo dejar de pensar y lamentar que es una herida menor.

Mientras la madre antigua voltea el cuerpo de Dorian, que aún continúa con sus ojos cerrados, me distraigo al escuchar cómo los animales gruñen al ser traspasados por las flechas que lanza Alen desde lo alto. Me sorprendo de su puntería, pero no estamos ganando, solo los están conteniendo. De lejos, la imagen de Priust es aterradora, los guardias que se enfrentan a él caen rápidamente. Llama mi atención el pequeño que ingresó, porque solo observa y no participa de la pelea; me cuesta creer que alguien disfrute viendo tal matanza.

Una presencia a mi lado hace que mi vello se erice, no lo veo, pero siento la respiración cerca de mi oído y luego un gruñido que me hace saltar. Caigo sobre mi espalda y lo veo, el lobo de color negro azulado me acecha. Trato de desplazarme hacia atrás, pero las piernas de Dorian me obstruyen el paso.

Busco a mi alrededor algún arma que pueda utilizar, pero no sé si la bestia me dará tiempo para alcanzar algún objeto. Estoy segura que antes de parpadear estará sobre mi cuello otra vez.

—Todavía hay algo que resolver. —Magnus se acerca a grandes zancadas y me vuelve a alzar por el brazo.

Trato de resistirme, pero el dolor punzante en mis brazos no me lo permite. Nuevamente estoy siendo arrastrada hacia la mesa. Y en este punto estoy agotada de que me sacudan de un lado a otro, sin mencionar, que no estoy dispuesta a que tome mi virginidad de esta forma.

—¡Suéltame, bastardo! —grito, pero su fuerza es mayor.

Mi mirada se va directo al pequeño trozo de madera que asoma a través de su carne, no lo pienso dos veces y agarro la flecha incrustada en su hombro torciéndola con fuerza.

Magnus emite un alarido, pero no suelta su agarre. Se gira con sus ojos envueltos en dolor y rabia. Al instante pienso que no fue una buena idea cuando, observo que alza su brazo para golpearme otra vez. Cierro mis ojos, porque sé que dolerá más que el anterior.

Un nuevo alarido y quedo libre. Abro mis ojos para contemplar como una nueva flecha está clavada en el otro brazo de Magnus. Me encantaría aplaudir, pero no tengo tiempo. Dirijo mi vista hacia atrás y en lo alto veo a Alen. Segunda vez que me salva. Asiento en gratitud y me responde cerrando un ojo, no puedo creer que en estas circunstancias se siga mostrando relajado.

Aparto mi vista cuando la bestia de Magnus pasa por mi lado, esta vez me ignora y se acerca a su dueño, que yace en el suelo gimiendo de dolor.

A unos pasos, detrás de mí, encuentro a la madre antigua que está levantando a Dorian. Exhalo de alivio al ver que continúa vivo, pero en no muy buen estado, me acerco para ayudarlo.

—Estoy bien —susurra, cambiando su peso de una pierna a otra.

No discuto con él, ya habrá tiempo para quejarnos de nuestras heridas. En este momento necesitamos salir de aquí.

El pasillo que está cerca de la escalera, está flanqueado por varios guerreros que luchan con los guardias. Los lobos corren de un lado a otro. Celsius está en la batalla con su hermano de la cabeza rapada. Rápidamente, pienso, mirando en varias direcciones, cuál puede ser mi escape.

## Capítulo 4

Miro a Alen para pedirle ayuda. Al parecer, entiende mi agobio. Cuelga su arco en la espalda y desenfunda una de sus espadas. Agarra con una de sus manos las telas que cuelgan desde los techos con los dibujos de mi casa y deslizándose con gran agilidad llega al suelo. De inmediato, dos guerreros lo enfrentan, mi corazón comienza a palpar con rapidez al ver los choques de las espadas.

—¡Eleonor! —grita la madre antigua.

Observo que me indica hacia el pasillo que se ubica en la parte de atrás de la mesa de ceremonia. No había sido mi opción, dado que, nos llevaría directo a las caballerizas y la pelea también se escucha desde ahí.

Dorian suelta mi agarre y se quita su casco. Su pelo color marfil cae desordenado sobre sus hombros. Con la muñeca, limpia restos de sangre de su boca y ojo. Se agacha y recoge una de las espadas que está al lado de un soldado muerto.

Comenzamos a avanzar entre los cuerpos y gritos. Miro hacia el pasillo. No quiero girarme, no puedo continuar viendo la sangre derramada, pero un lobo se interpone en nuestro camino y en el momento que salta, Dorian da un paso adelante y entierra el filo de su arma en el animal.

—Sigán adelante —Dorian retira su espada ensangrentada y nos sigue—. Hay que salir ya.

—Mi padre, no puedo dejarlo aquí. —El recuerdo de su cuerpo siendo arrastrado a los calabazos me azota.

—Tendrás que hacerlo —dice la madre antigua a mi lado.

—No. ¿Cómo me dices eso? —Claramente, no me puedo ir sin él.

—Eleonor, escucha —la madre antigua me voltea para que la observe—, es mi hijo, me duele más que a ti dejarlo, pero tú eres más importante en este momento. No puedes permitir que te posean, escapa ahora, debes buscar a tu hermano.

—¿Qué? —No entiendo por qué me habla de Emery en este momento.

—Dorian, ya sabes lo que tienes que hacer —responde, mirando al príncipe.

—¡Tú no te irás de aquí! —un grito masculino me llega desde la espalda. Sé de quién se trata y todas las esperanzas de huir se destruyen. La madre antigua se agacha agarrando una daga del suelo. Mis ojos se abren al

ver su valentía, y aunque solo algunas veces empuñé una espada, yo tampoco me voy a rendir. Busco a mi alrededor algún arma, pero no me da tiempo.

—¡Llévatela, ahora! —grita la madre antigua y se gira para encarar al guerrero.

No alcanzo a opinar sobre mi negación ante esta situación. Dorian me jala del brazo con fuerza, tirándome hacia el pasillo. Aunque grito y trato de zafarme, no lo puedo hacer. Miro hacia atrás y mi visión se nubla cuando, veo a la madre antigua recibir un golpe en la cara, como quien derriba a un mosquito.

Sigo gritando, aunque ahora, Celsius se acerca decidido hacia a mí. Dorian se detiene y me ubica detrás de él, su cojera es evidente, pero se planta en el salón para combatir al rey del Valle Oscuro.

Quiero correr hacia la madre antigua, pero ahora es la vida de Dorian la que corre peligro nuevamente. Cuando sus espadas se levantan un nuevo filo brillante se interpone en la pelea, deteniendo la espada del rey del Valle Oscuro.

—¡Sácala de acá! —grita Alen.

Dorian se aleja del enfrentamiento y comienza a guiarme hacia el pasillo, la verdad es que me arrastra, debido a que las fuerzas me han abandonado. Mi garganta escose de tanto gritar y mi cuerpo está entumecido. Pienso que no hay salida, no podremos llegar muy lejos. Mi vista se queda fija en la silueta de la madre antigua en el suelo. Quiero pelear para regresar con ella, pero varios lobos ya están merodeando su cuerpo.

La pierdo de vista cuando nos metemos en el corredor. Las tenues luces de las antorchas dejan ver varios cuerpos en el suelo, algunas doncellas hay entre ellos, por lo que pongo una de mis manos en mi boca al reconocer un cinto rojo amarrado en una trenza.

El ruido de las espadas me sigue llegando. Dorian continúa arrastrándome para que avance y no logro entender su afán de sacarme de aquí. Ya no le veo sentido a esta situación, todos ya estamos muertos.

Al levantar mi mirada, se hace visible en la pared una gran sombra. A medida que se acerca, la imagen crece. Nos detenemos al enfrentarnos a la gran bestia color gris que camina a nuestro encuentro. Dorian se adelanta para cubrirme con su cuerpo, instante en que el lobo gruñe y entierra sus pezuñas delanteras en la piedra, comenzando su carrera.

Dorian levanta su espada, golpeándolo en su costado, pero no lo suficientemente fuerte para hundir la espada en su carne. El animal lo

empuja, subiéndose arriba de él, su mandíbula está a poca distancia de su cuello.

Me afirmo contra la pared de manera instintiva, observando como Dorian pierde la batalla. Mi mirada viaja hacia todos lados buscando algo con que defenderme. Corro hacia una de las antorchas y la cojo, me quemo la palma de la mano con las llamas que flamean al moverla con rapidez, aprieto los dientes para aguantar el dolor y la acerco al cuerpo de la bestia, ladeando mi cabeza para no observar cuando el fuego quema su pelo; solo percibo el olor nauseabundo.

Escucho un gruñido, acompañado de un quejido, tiempo suficiente para que Dorian levante su espada y mate al animal.

Una nueva explosión acompañada de gritos proveniente del salón hace que me desestabilice un poco y me quede quieta al escuchar como la piedra y la madera crujen a mi alrededor. Quiero correr cuando percibo entre el polvo una silueta que se acerca, pero cuando me voy a girar, reconozco entre la tierra que baila en el aire un fulgor azul.

—Llegó la segunda caballería, pero no aguantarán mucho. —Alen llega hasta nosotros.

—¿Celsius? —Dorian se levanta, quitándose de encima el cuerpo inerte del animal.

—Está entretenido, pero no por mucho tiempo. —Alen me empuja para que avance por el corredor.

—¿La madre antigua? —Mi pecho se aprieta al mencionarla.

—Está viva, no la pude alcanzar, creo que se la llevaron al calabozo.

—Hay que ir por ella y mi padre. —Nuevamente quiero avanzar hacia el salón para ir por ella.

—Olvídalo, hay que salir de acá, ahora. —Alen me obstruye el paso.

—Pero no los podemos dejar. —Insisto, aunque sé que es casi imposible llegar hasta ellos. No los puedo dejar atrás.

—No tengo tiempo de discutir, no tardan en venir, ¿a no ser que quieras entregarte al príncipe del Valle Oscuro? —Alen me alza por mi brazo para que camine.

Me suelto del agarre porque, definitivamente, estoy cansada de que me lleven de un lado a otro. Además, mis brazos gritan cada vez que alguien los toca.

—Eleonor —Dorian se acerca—, no hay nada que podamos hacer. Mis padres también se encuentran ahí, pero necesitamos sacarte de aquí. Luego

veremos cómo llegaremos a ellos.

Alen se acerca para tomar mi brazo, pero lo detengo.

—Puedo caminar —respondo, y avanzo hacia la oscuridad. La idea de estar nuevamente a merced de Magnus no me hace ilusión. Además, Dorian tiene un punto a su favor, tampoco estamos en condiciones de rescatarlos. Cierro mis ojos un segundo y repito una plegaria mental a los antiguos ancestros para que los proteja.

Mientras avanzamos, mi corazón se aprieta y a medida que nos internamos por el estrecho pasillo, mis ojos se nublan en lágrimas. La idea de dejar a mi familia, me abate, pero pienso en la valentía de ellos y no los puedo defraudar.

Alen en vez de continuar por el corredor, gira hacia la derecha, bajando una pequeña escalinata que nos introduce al sector de los víveres. En general, no deambulo por este sector, por lo que no reconozco el lugar.

—Ayúdame —le dice a Dorian, indicándole varios sacos de maíz apilados en una pared.

Al quitarlos, queda al descubierto una pequeña puerta de acero. Dorian agarra una antorcha de la pared y nos introducimos. Me debo agachar para traspasar el umbral, momento en que mi trenza se engancha de uno de los bordes. Alen me hace una seña para que la quite. Este gesto lo agradezco, porque a pesar de haber estado en una mesa, casi perdiendo mi virginidad, él aun respeta que solo el hombre que me despose pueda tocar mi cabello.

Muevo mi cabeza para quitar esos pensamientos. En este momento, quien lo toque, es lo menos importante, y aunque en mi interior sigue despierta la ilusión que me había creado, se derrumba a cada paso que doy, junto con toda mi vida.

—¿Hacia dónde vamos? —inquiero, cuando Alen termina de cerrar la puerta detrás de nosotros.

—A un escondite. Necesitamos recoger algunas cosas. Luego de ello debemos escapar. —Pasa por mi lado y toma la delantera para indicarnos la dirección.

—¿En dónde estamos? —susurro y mi voz choca contra las paredes, repitiéndose.

—Es la parte antigua del castillo. —Alen continúa caminando.

—¿Estás bien? —pregunta Dorian a mi espalda.

—Sí, gracias. —Agradezco su preocupación, pero bien no estoy. Me duelen diferentes partes de mi cuerpo y aún me siento en una especie de

trance al ver tanta sangre y tantas pérdidas. Además, dejar a mi familia a merced de esos sanguinarios, es algo que podría trastornar a cualquiera. Pero me obligo a continuar, no sé por qué, lo único que quiero es sentarme a llorar en este oscuro y húmedo espacio, y no levantarme más.

Me detengo cuando Alen levanta su mano, y bajamos por otra escalinata, este pasillo es más oscuro que al anterior. El espacio crece a medida que avanzamos entre la penumbra, se hacen visibles barrotes oxidados y puertas que penden de solo un engranaje.

—Ésta es la parte antigua del castillo. —Alen se dirige hacia un cuarto en especial—. No todos saben de su existencia.

Nos introducimos en la pieza oscura y Alen enciende la antorcha de la estancia. Un frío me recorre al observar que nos encontramos en el interior de un antiguo calabozo. Cuando mi visión se acostumbra a lo tenue del lugar, mis ojos se abren al ver sobre una mesa de piedra diferentes armas, varios bolsos pequeños de cuero y ropaje apilado en una esquina.

—¿Qué es todo esto? —Tomo una pequeña daga, examinándola.

—Pregúntale a tu hermano cuando lo encontremos. —Alen comienza a quitarse su armadura.

—¿Por qué de una vez no hablas claro? Desde que atacaron los guerreros del Valle Oscuro en ese maldito salón, lo único que he escuchado son cosas de las cuales no tenía conocimiento. Pero al parecer, todo el resto sí, así que termina con las frases en códigos.

—¿Estás seguro que todavía te quieres casar con ella? —Alen mira a Dorian.

Me giro para continuar increpándolo. Mi paciencia tiene ciertos límites y éstos se escaparon en el momento en que nos enfrentaron los lobos. Me detengo al ver que Alen se quita su última capa de ropa. Su torso queda al desnudo y no puedo despegar la vista de su dorado pecho. Había visto por casualidad algunos campesinos sin su ropa, pero este cuerpo es mucho más agradable de contemplar.

—¿Qué haces? —Me obligo a quitar la mirada cuando comienza a quitarse sus pantalones.

—Necesito llevar algo más cómodo y acorde para escapar—responde lanzando al suelo su vestimenta ceremonial.

Alejo mi atención de la mano derecha de mi padre y observo a Dorian que está afirmado junto a la mesa.

—¿Te encuentras bien? —Me acerco, admirando su semblante pálido.

—Sí. —Me hace un gesto para que le ayude a desprenderse de los extremos de su armadura.

Le quito el acero que cubre sus brazos. Luego, corto una tira de mi vestido que aún está decente. La acerco a su cara para quitar la sangre, y cuando paso muy cerca de su herida, se sobresalta.

—Tranquilo. —Continúo limpiando lo que más puedo su mejilla. Dorian me agradece con un leve gesto en sus ojos.

Al colocar mi mano sobre su frente, agarra mi muñeca y la gira. Mi palma está totalmente roja y con algunas pequeñas ampollas. Si bien el dolor es casi insoportable, no he tenido tiempo de quejarme, es una de mis últimas prioridades.

—Estás herida. —Dorian corta un nuevo trozo de tela de mi vestido y lo amarra en mi mano, tengo que apretar los dientes cuando la tela roza la piel.

—Te ayudará hasta que la podamos curar —levanta su mano y la desliza por mi rostro magullado. También reacciono al contacto—. Este ojo tardará un poco más en sanar.

En este momento, más que el dolor en mi rostro, el dolor de mi pecho me atraviesa. A pesar de la situación y lo poco que lo conozco, desde que me situé a su lado en el altar, se ha comportado como un verdadero príncipe. Tal vez, aún hay esperanzas para nuestro futuro.

—¿Tus padres? —Recuerdo que no solo mi familia se encontraba en el salón.

—Mi madre huyó, no sé dónde podrá estar —baja su vista—. Mi padre no lo logró.

—Lo siento. —Esta vez debo contener mis lágrimas.

—Después tendrán tiempo para eso —Alen nos interrumpe.

—¿Me puedes explicar cuál es tu problema? —lo increpo molesta — No te das cuenta que acaba de perder a su padre y mi familia se encuentra a merced de esos tiranos. ¿Nos podrías dar, al menos, un tiempo para reponernos?

—Lo siento, pero ya tendrán tiempo de llorar sus pérdidas. Ahora, lo más importante es sacarte de aquí. —Alen continúa vistiéndose. Introduce por su cabeza una camisa blanca holgada, sobre ella abotona un chaleco negro y se abrocha un cinturón de cuero con una gran hebilla de acero, con la marca de nuestra casa.

—¿En tu tiempo libre eres algún tipo de forajido? —Quiero seguir increpándolo, pero me sorprende su atuendo.

—En alguna ocasión, tu hermano y yo lo éramos. —Esboza una pequeña sonrisa mientras cuelga diferentes clases de cuchillos y espadas cortas en su cinturón.

—¿A qué te refieres? Y, por favor, la historia corta y precisa.

—Este era nuestro escondite cuando pequeños, nos gustaba jugar a ser forajidos. En algunas ocasiones nos escapábamos del castillo y cabalgábamos a pueblos cercanos.

—¿Asaltaban a las personas también? —Me acerco a la mesa, interesada en esto. Jamás supe de estas andanzas. Bueno, la verdad es, que nunca hablaba con Alen. Solo escuchaba lo que decían las doncellas en relación a lo experto que era en la alcoba. Evito mirarlo al recordar lo que comentaban.

—Dorian, ¿puedes continuar? —Alen mira al príncipe, mientras pasa sobre sus hombros una capa negra.

—Sí, debo hacerlo —responde, también tomando varias espadas.

Tomo una daga pequeña con un mango de piedra, examino su peso y la introduzco en el espacio que queda por arriba de mi corsé.

—¿Qué haces? —Alen me da una mirada, confundido.

—Defenderme —le digo, tratando de sonar segura, aunque no tengo idea de cómo manejar un cuchillo. Al ver más ropa apilada pienso, que sería de utilidad desprenderme de este maldito traje—. También quiero ropa, necesito cambiarme.

—Olvidalo, estaríamos toda la noche quitando tu vestido. —Alen me entrega solo una capa.

Me gustaría hacer un pequeño berrinche, pero tiene razón. Las amarras no son tan fáciles de desenlazar, no podría quitarme sola el vestido, aunque quisiera. Mi doncella es la encargada de hacerlo. Me giro al instante ante este recuerdo.

—¿Laurel? —grito.

—No lo sé, espero que haya podido escapar. —Alen toma un morral, introduciendo en él varias antorchas.

—¿Por qué no nos quedamos en este lugar? —Me siento en un pequeño banco de madera. El recuerdo de mi doncella, como la mujer que vi en el suelo me vuelve a destruir, y los recuerdos me vuelven a amenazar.

—No podemos. —Dorian se acerca.

—Nadie sabe que nos encontramos en este lugar. Alen, tú dijiste que nadie conoce esta parte del castillo. —Mis fuerzas desaparecen y el poco coraje que había tratado de mostrar se esfuma, dando paso al terror de tener

que volver a salir y enfrentar a los lobos.

—Escucha —Alen me mira—, aún es luna llena y no se detendrán hasta que te posean.

—Pero Magnus se encuentra herido, no creo que pueda cumplir con su cometido.

—No es el único con linaje puro —interviene Dorian.

—¿Celsius? —abro mis ojos, la imagen de ese tipo sobre mí hace que me sienta enferma.

—No, está su hermano, también posee a un heredero.

—¿El de la cabeza rapada? —Miro a Alen y este pensamiento es peor que el anterior— ¿Cuál es tu plan entonces? Porque como lo veo, por todos lados estamos fastidiados.

—Primero, sacarte del castillo. Segundo, llegar hasta algún lugar donde podamos esconderte antes de que la luna cambie. De esta manera, tú y Dorian podrán concebir al heredero. Así los del Valle Oscuro ya no tendrán oportunidad.

—¿Qué? —Me levanto de un salto de la silla—. ¿Pretendes que a toda costa esta noche realicemos nuestra unión?

—Es la única forma, todos estamos luchando para que tú y Dorian sean los nuevos monarcas. Los territorios no pueden volver a caer en la oscuridad.

—¿Eso es lo que tienes que hacer? —miro a Dorian— ¿A eso se refería la madre antigua?

—Sí, y lo siento. Yo también quería que esto ocurriera en otra circunstancia, pero no hay otra solución.

—¿Y qué les hace pensar a los dos, que estoy con la disposición de acostarme con alguien después de todo lo ocurrido? —Mi cabeza ya duele de tanto girar. A cada minuto entiendo menos algunas cosas y sí, necesitan darme varias explicaciones.

—Eleonor no tenemos tiempo de discutir contigo, ¿a no ser que quieras llevar en tu vientre al heredero del Valle Oscuro? —Alen me increpa.

Quiero seguir discutiendo, pero el aullido de un lobo golpea las paredes de piedra.

—Se acercan. —Alen pasa por su cabeza un arco y una caja con flechas, sube la capucha de su capa y adecúa un pañuelo negro en su rostro.



## Capítulo 5

Miro incrédula el atuendo de Alen. Al parecer, el juego de los forajidos iba en serio. Lo imito y anudo la capa sobre mis hombros tratando de esconder mi larga trenza, que a esta altura, ya comienza a pesar más de lo acostumbrado. Después de ello, termino subiendo la capucha sobre mi cabeza.

Salimos hacia el otro costado del calabozo, no por el que habíamos ingresado. Dorian presenta un pequeño cojeo, y solo viste la parte de abajo de su armadura y el peto de acero.

Los dos hombres en una mano portan una espada y en la otra una antorcha. Maldigo no haber agarrado otra daga, solo llevo la de mi corpiño. Un nuevo aullido, esta vez más cerca, nos hace apresurarnos.

Trato de mantener el paso de Alen, que va delante de mí. Se interna en un pasadizo estrecho, en el que solo cabe una persona de pie. Mientras avanzamos, mi vestido se engancha a las piedras afiladas que cubren las paredes, lo que dificulta más mi tarea al ir rasgándose la tela. Me vuelve a llegar el ruido de la lucha del exterior.

—Tus hombres continúan en la batalla. —Alen se gira para observar a Dorian que flanquea mi espalda.

—Sí, pero no sé cuánto tiempo más aguantarán, esperan mi señal para replegarse.

—Ya estamos por llegar. —Alen avanza más rápido.

—¿Qué señal? —Maldigo en silencio, la única que sigue sin saber nada soy yo.

Un nuevo sonido capta mi atención, deteniéndome. El ruido del oleaje llega al corredor, en un tenue silbido. Esto me hace pensar que debemos estar cerca de la costa, en la parte de atrás del castillo.

Alen ilumina la cerradura de fierro oxidado y al abrir la puerta un chirrido invade el túnel. Posteriormente, una ventolera inunda el pasillo, haciendo titilar las llamas de las antorchas.

La noche aparece tras el umbral, solo la luna ilumina el paraje. Al observar el resplandor amarillo, maldigo mi mala suerte. Haber nacido y estar fecunda cuando es luna llena. Dos elementos, que según las antiguas historias, son una premonición de liderazgo ante los territorios. En este momento, al parecer, a nadie le interesa eso. Estar escondida en la oscuridad, y en estas condiciones, sería una odisea, si Alen acatara una orden mía.

Nos encaminamos por el borde de las grandes paredes. Miro hacia atrás, donde se encuentra el acantilado y me permito escuchar como las olas revientan en las piedras.

Alen se detiene y mueve su cabeza. Flexiona su cuerpo y adopta una postura de vigía. En él, se ve bastante normal, me pregunto a quién habrá espiado con anterioridad y si todos los soldados de mi padre actúan de esa forma.

Mi respiración se comprime al ver que entre las sombras y acechando en la oscuridad, figuras corren a gran velocidad derribando a los hombres de la guardia.

—Los caballos —Alen indica la ubicación en donde se aprecia la caballeriza y luego realiza un gesto al príncipe—. Al costado de la carreta están los barriles.

—Ahora es momento de darla señal a mi ejército para que huyan —Dorian asiente y se adelanta, quedando delante de mí en cuclillas. Acerca su antorcha y Alen toma una de sus flechas. No me había fijado, pero un trozo de tela está amarrado alrededor de la punta.

El fuego comienza a consumir gran parte del género. Alen saca su arco colocando la flecha, tensa la cuerda, y miro como su mandíbula se aprieta al momento que la lanza a gran velocidad. A esta distancia pienso que es imposible acertar, pero me agacho instintivamente, cuando los barriles explotan lanzando piedras y madera.

Me incorporo de prisa para correr detrás de ellos. Aprovechamos el momento que los lobos desvían la atención hacia la gran llamarada. Debo equilibrarme cuando tropiezo con el gran faldón, mientras las chispas se agitan cerca de mi rostro.

Ágilmente, Alen desata las riendas, guiando a los caballos hacia la dirección contraria al fuego. Acrecentamos nuestro paso al lado de los animales y rápidamente comenzamos a descender por la planicie llegando hasta los bordes del acantilado. Un aire frío golpea mi rostro, pero no es momento de insultar al clima. Vuelvo a perder el equilibrio al resbalar en las rocas que hay en gran cantidad, y antes de caer, la mano tibia de Dorian me sujeta.

No alcanzo a darle las gracias, puesto que Alen rodea el caballo, se acerca y me levanta para que suba a mi montura. Por su abrupta acción, la tela de mi vestido se rasga al quedar atrapada en los estribos. Quiero reprenderlo, pero mi corazón se paraliza al escuchar unos pasos y un ronco

bramido. No me quiero girar, pero al oír el aullido espeluznante, mi cara sigue el sonido que al mismo tiempo es hipnótico. Me arrepiento de inmediato, al ver a la gran figura negra que se desliza con gracia entre la oscuridad.

Despierto de mi encantamiento cuando Dorian, ya montado, da un grito haciendo que los caballos comiencen a galopar. He cabalgado varias veces, pero no a esta velocidad, menos siendo perseguida por lobos, y solo espero no rodar por la ladera. Aprieto mis muslos lo que más puedo y trato de seguir el vaivén del galope.

—¡Continúa! —grita Alen a mi lado.

Ladeo la cabeza y veo a dos animales negros que corren por la colina a mi otro costado. Esta vez presiono mis tobillos en el caballo, porque no quiero volver a estar abatida ante ellos. Dorian me adelanta para ubicarse en la pequeña senda que solo acepta a un jinete. Me niego a mirar hacia otro lado, el acantilado se empina y de sus bordes caen pequeñas rocas que los caballos lanzan al enterrar sus cascos en el suelo.

Escucho un bramido de dolor y al girar observo a un lobo que rueda por la quebrada con una flecha en su lomo, de reojo observo a Alen que cuida mi retaguardia.

Un movimiento brusco de mi animal hace que mi cuerpo se alce hacia atrás al momento que levanta sus patas delanteras. Agarro las riendas con fuerza para no caer de él. Cuando posa sus cascos en la tierra veo un lobo café que se interpone en mi camino, sus ojos brillantes se detienen en mí.

Una mata de pelos que no veo venir, asesta un golpe violento en mi costado izquierdo, al instante caigo de mi montura. Gimo de dolor cuando mi antebrazo choca en el suelo y siento como se incrustan en él pequeñas rocas. Un movimiento rápido a mi lado, me hace olvidar mis lamentos. Dos centelleantes circunferencias me acechan, me trato de arrastrar para alejarme, pero mi intento es patético, solo veo cuando el animal salta sobre mí y me aprisiona contra el suelo; ahora sí pienso que me arrancará la cabeza.

Acerca su aliento cálido a mi rostro y todo mi vello se eriza al imaginar sus dientes desgarrando mi carne. El lobo levanta su cuello, como ya lo había observado, y aúlla largamente. Luego, solo me vuelve a mirar.

Desde lejos viene la respuesta de sus compañeros, esto era algo que ya habían realizado en el castillo. Podría jurar que se están comunicando. Trato de no respirar para no hacerlo enfurecer y me percato por sus movimientos, que solo me tiene cautiva. Al parecer, está esperando.

No voy a preguntar a quién espera, una cabeza rapada baila en mis pensamientos. Me trato de acomodar al percibir cómo mi brazo se araña en la tierra. El animal al instante, junto a un gruñido, hunde sus pezuñas en mis hombros. Evito gritar al sentir el dolor de sus garras en mi piel. Busco en los costados a mis compañeros, pero no los veo. Noto un bulto incrustado en el centro de mi pecho cuando el animal se mueve sobre mí y recuerdo la daga que introduce, solo necesito un movimiento para poder alcanzarla.

Un espeluznante quejido de un animal a mi costado hace que la bestia se distraiga. Aprovecho el momento y rápidamente muevo mi mano para tomar la empuñadura. La alcanzo a levantar cuando el animal nuevamente se gira sobre mí. No lo pienso, y entierro todo el filo en su pecho. Los ojos del animal me miran un segundo, veo cómo sus pupilas se agrandan volviendo a percibir un tono rojizo en ellos, pero esta vez desaparece de inmediato.

Hago una mueca, al sentir el líquido caliente que baja por mi muñeca y se resbala sobre mi pecho. Mi corazón se aprieta al escuchar el lamento que surge de sus fauces y un desgarrador sentimiento me hace estremecer. Quito el cuchillo y empujo al animal hacia el costado, no puedo mirarlo, yace muerto y por mis manos.

—¿Te encuentras bien? —Dorian se acerca rápidamente, de su espada escurre el mismo líquido que me cubre a mí.

Dejo que me levante, y cuando alzo mi cabeza, Alen entierra su espada en el ojo de otra bestia. En este punto, mi estómago ya está completamente revuelto. Aunque debería estar feliz de no haber dejado que los lobos nos atraparan, siento lástima por tanta sangre derramada.

Después de unos minutos, aún sigo aturdida por haber dado muerte al animal. Mis manos tiritan y no me doy cuenta cuando ya me han ubicado nuevamente sobre mi montura. Volvemos a cabalgar, pero mis pensamientos se pierden con el gran vaivén que realiza mi caballo. No puedo dejar de mirar la gran mancha roja que cubre gran parte de mi vestido. Mi mano tiembla y aún mantengo la sensación que sentí al perforar la carne. Las imágenes de todos los asesinados esta noche me acechan. Mis pensamientos se dirigen a mi padre y a la madre antigua, y no quiero pensar que han corrido la misma suerte.

Antes de perdernos en la pradera, vuelvo mi cabeza para observar mi hogar por última vez. Las resplandecientes llamas se alojan por diferentes partes del castillo. El ruido, a medida que nos alejamos se pierde entre el sonido del mar que nos acompaña.

Varios metros más adelante. Alen se desvía del camino, descendiendo por una quebrada que posee una estrecha senda que nos dirige hacia la playa. No pregunto hacia dónde vamos, no tiene mucha importancia. La verdad, es que no sé si algo ya la tiene.

Trato de alejar mis pensamientos y nublarlos, solo me centro en nuestro camino. Al llegar al nivel del agua que baña las rocas, avanzamos por un costado de la playa. Observo que el agua salada se lleva las pisadas de nuestros caballos en la arena. Debo reconocer, que jamás se me hubiera ocurrido, pero Alen sabe muy bien qué hace y hacia dónde se dirige.

No sé cuánto tiempo rodeamos la playa y sí, probablemente, me dormí con los ojos abiertos. Vuelvo a la realidad, cuando Alen nos hace una seña indicando una pequeña elevación que termina en una colina. Al subir hasta la planicie, observo una nube gris unos metros más adelante.

—Rápido —Alen nos alienta, mientras avanza hacia una pequeña choza en lo alto de la colina.

Nos detenemos a una distancia prudente de la puerta. La casa está iluminada por una tenue luz que traspasa las pequeñas ventanas. Alen se baja de su montura, saca su espada y nos hace un gesto para que esperemos. Miro hacia todos lados en la oscuridad, mientras ingresa a la morada.

—Entren, es seguro. —Se asoma y nos llama desde la puerta.

Con agilidad bajo del caballo y miro a Dorian. Al escuchar que gime, me acerco y encuentro su cara aún pálida.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo un rasguño. —Responde, dirigiéndome a la cabaña.

Entramos en una pequeña estancia y el calor inunda el lugar. Observo una pequeña mesa de madera al centro y al final el fuego. Al ladear mi cabeza, me encuentro con un cuerpo tendido en el suelo, su cara deja ver una gran mordida.

—Allá. —Alen nos indica un camastro pequeño.

—¿Qué quieres decir? —Lo miro sin comprender.

—Hagan lo que tienen que hacer, yo vigilaré. No tenemos mucho tiempo, los lobos te deben estar buscando —dice, arrastrando el cuerpo del hombre al exterior.

—¿Qué? ¿Pretendes que consumemos el matrimonio ahora? —Avanzo un paso en su dirección, no puedo creer que aún pretenda que me entregue, después de la noche que hemos tenido.

—El amanecer se acerca, solo tenemos esta oportunidad. —Alen me

habla en un tono severo.

—¿Y qué te hace pensar que estoy en condiciones de tener algún encuentro íntimo? —Le indico mi vestimenta, fijando la vista en la gran mancha roja de mi corsé, sin mencionar que más abajo mi faldón está totalmente raído y negro, haciendo alusión a todo lo que ha sucedido.

—No te lo estoy preguntando, solo hazlo. —Alen mira a Dorian como pidiendo ayuda.

—Tú no decides en qué momento o con quién lo hago —lo increpo. Ni siquiera me has preguntado por mi estado emocional, que es nulo, o el dolor físico que llevo en tantas partes de mi cuerpo que ni siquiera puedo identificar.

—Escúchame —Alen me mira con semblante rígido—, hemos viajado varias horas para encontrar este lugar, no me detendré, porque el rey del Valle Oscuro tampoco lo hará. Eres la heredera y es la obligación que te corresponde. Por lo tanto, no es hora de que pienses en ti, si no en tu pueblo. Ellos no se merecen estar otra vez en las tinieblas. Lo único que tienes que hacer, es concebir a un heredero, y créeme, no es la gran cosa.

—Lo dices porque has puesto tu cuerpo encima de la mayoría de las doncellas del castillo, por no decir todas. Que tú no creas que esto es importante, no te da el derecho de imponerme algo así, menos en estas condiciones. —Me giro enfadada.

—Dorian, por favor —Alen toma su espada, y antes de salir me mira por última vez—. Hubiese querido otra cosa para ti, pero ya no se puede, estaré afuera, tenemos poco tiempo.

Me quedo mirando cómo sale del caserío. A los segundos, escucho el ruido de sus botas como se entierran en las paredes, escalando hacia el techo. La madera y la paja cruje sobre nuestras cabezas, y luego silencio.

Me vuelvo hacia Dorian que no ha emitido palabra. Su semblante, claramente, me demuestra una mueca de dolor.

—Lamento que deba ocurrir así, pero no hay otra salida. —Me mira apesadumbrado.

Contemplo en sus ojos suplicio. Al parecer, para él tampoco está siendo agradable tener que realizar nuestra unión en estas circunstancias. La cara de la madre antigua se cuela en mi cabeza, su último deseo fue que escapáramos para hacer esto. Ella y mi padre creen fervientemente en la causa y la única forma de liberarlos, es que lleve a cabo esta misión, si la puedo llamar de alguna forma.

Trago la saliva que se encuentra suspendida en mi boca y exhalo. No tengo salida, debo entregarme al príncipe. Si antes estaba nerviosa por lo que iba a ocurrir en la alcoba, ahora lo estoy más. Miro a Dorian que se deshace de su peto, el acero golpea el suelo.

—¿Estás herido? —Me acerco, estoy divagando ante mis problemas y Dorian acaba de dejar a su familia también atrás. Además, su semblante muestra dolor.

—No, ya te dije que es solo un rasguño. —responde, mientras quita las prendas que protegen sus muslos.

Lo quiero ayudar, pero me quedo incómoda mirando como mi futuro marido se desprende de a poco de su armadura. Encuentro mi trenza y la presiono con fuerza, pensando en si alcanzaremos a realizar el ritual.

Dorian se acerca con un pantalón ajustado a sus piernas y una prenda holgada hacia arriba, que deja al descubierto el centro de su pecho, por el cual, asoma vello rubio; segundo torso desnudo que veo en el día, pero en comparación con el de Alen, éste es más claro.

Levanto mi mirada un tanto avergonzada, no sé qué es lo siguiente que debo hacer. Encuentro sus ojos grises debajo de su pelo desordenado, sigue siendo apuesto, aunque su mejilla se encuentra amoratada, junto al gran corte.

—Está bien, no te preocupes, no te haré daño —Dorian agarra con delicadeza mi cara—, te prometo que la próxima vez será diferente.

—La verdad, ya estaba nerviosa desde antes. —Mi corazón comienza agitarse a gran velocidad.

—Bueno, yo también estaba nervioso desde antes. —Dorian me mira de manera sincera.

—¿Nunca has estado con una mujer? —No sé por qué le pregunto esto, es obvio que al ser príncipe, debe haber tenido muchas doncellas dispuestas a sus pies.

—No, serás la primera y espero hacerlo bien —sonríe tímidamente —, y debo decir que sigues estando hermosa, mi señora.

Mi boca se abre al escuchar sus palabras. Aunque estamos en una situación terrorífica y mi cara debe estar también amoratada por el golpe recibido. Dorian aún se las ingenia para hacerme sentir hermosa. No puedo sostener más su mirada, por lo que bajo la vista hasta mi vestido.

Cierro mis ojos cuando desata el nudo de mi capa y ésta cae al suelo. Trato de transportarme al cuarto que había sido dispuesto para consumir el matrimonio. Tal vez, me ayude a calmar mi nerviosismo, pero obviamente,

no resulta.

Maldigo un par de veces en mi cabeza y abro mis ojos. Dorian me sigue esperando. No rehúyo más la situación y la enfrento, es lo que se espera de mí. Además, si no cumplo con mi parte, estoy segura que Alen bajaría para alentarme. Ya me planteó el hecho de que es necesario llevar a cabo la consumación del matrimonio. Solo espero realizarlo de la mejor manera, porque para el príncipe también es su primera vez.

Inspiro profundamente y me decido. Levanto mi mano acercándola a su mejilla sana y deslizo mis dedos por el borde de su mandíbula. Es primera vez que toco a un hombre, su rostro es suave al contacto de mis yemas. Me detengo en el espacio donde horas antes, percibí un hoyuelo.

—Tu brazo está herido. —Dorian me indica la sangre que recorre la piel de mi muñeca.

Se gira hacia todos lados, hasta que encuentra un cubo con agua. Pienso en el dolor de los cortes que tengo en mi muñeca; me encantaría poder quejarme de todos los lugares en donde tengo heridas, pero no he tenido tiempo, ni siquiera de analizar si realmente estoy bien. Al regresar a mi lado, mis ojos se posan en una gran mancha de sangre que se ubica bajo su rodilla.

—Estás herido también. —Quiero agacharme para examinar su pierna, pero me alza.

—Primero lo haremos contigo. —Se agacha y vuelve a rasgar un trozo de mi vestido. Agradezco que tenga varias capas, con la cantidad de heridas que tenemos, necesitaremos toda la tela.

Me quedo quieta cuando introduce el paño en el agua y comienza a limpiar mi herida. Aprieto mis dientes al sentir la molestia. A los segundos, la humedad aliviana el dolor punzante que ya se había hecho parte de mí.

Dorian continúa quitando los restos de sangre de mi brazo y vuelve a humedecer la tela. Con cuidado levanta mi rostro y comienza a limpiar mi cara. Lo hace con cautela de no acercarse demasiado a mi pómulos, que arde. Mis ojos se fijan en sus finos labios rosados y divago si solo me tomará o también me besará, algo que tampoco nunca he hecho. Las doncellas comentaban que el roce de las lenguas podría ser una experiencia alucinante cuando se acarician, y luego si tu cuerpo arde por dentro, es una señal inequívoca que existe una fuerte conexión.

—Espero que te sientas más aliviada—Dorian termina de limpiar mi cara.

Trato de bloquear todas las atrocidades que he presenciado. No puedo

tenerlas presentes si me voy a entregar en cuerpo y alma.

—Necesito ayuda con el vestido. —Me giro decidida a dar el siguiente paso, pero claramente dudosa de lo que vendrá.

—¿Estás segura? —dice Dorian.

Me volteo sin comprender a qué se refiere, él y Alen han insistido en que debemos fecundar al próximo heredero.

—Creo que mejor no sacamos tu ropa. Ocuparemos demasiado tiempo desatando los lazos y no sé por dónde comenzar. Además, Alen no nos dará suficiente tiempo. —Dorian levanta sus cejas.

—Está bien, tienes razón. —Tampoco sé cómo quitarme todas las capas extras que llevo en este momento.

Dorian sujeta mi mano con suavidad y besa con calma el borde de mi palma, la misma que curó en el calabazo. Cierro mis ojos al roce. Las doncellas me dijeron que, en estos momentos, el tacto era nuestro mejor aliado. Mi respiración se acelera cuando Dorian continúa besando el borde de mi antebrazo. Al parecer, también ha recibido algún tipo de instrucción.

Mi pecho sube y baja apretando el corsé. Su aliento cálido descansa un segundo sobre mi mejilla y luego un delicado toque llega hasta mis labios. Separo un poco mi boca para dejar que la bese. Sus brazos me atrapan con suavidad, acercándose. Me siento un tanto torpe, mi vestido no me deja sentir su cuerpo y mis manos las mantengo suspendidas sin saber dónde ubicarlas. Cuando siento la humedad de su lengua en mis labios, me entrego a su contacto. Nuestras bocas se unen y sin impaciencia, acaricio todas sus orillas. La sensación es agradable, por lo que dejo caer mis brazos sobre sus hombros.

Un chasquido repentino en el techo nos hace levantar la cabeza. Nuestras miradas se encuentran al escuchar un aullido a lo lejos.

## Capítulo 6

Alen ingresa corriendo a la vivienda, mientras Dorian amarra el peto a su pecho y alza sus espadas. Yo muevo mis ojos en todas direcciones, alerta a lo que va a ocurrir.

—Es un grupo de guerreros del Valle Oscuro, vienen acompañados de sus respectivos lobos. —Alen se mueve intranquilo por la pequeña estancia.

—¿Por qué siguen aullando? —Mi vello se vuelve a erizar cuando otra vez escucho sus aullidos. Están cada vez más cerca.

—Es la forma como dan a conocer su ubicación —Alen pasa por mi lado para tomar sus pertenencias—. No nos podemos quedar, somos un blanco fácil.

—Si no salimos ahora, quedaremos atrapados. —Dorian se dirige hacia la puerta.

—¿Supongo que pudieron terminar? —Alen me mira.

—Claro que no, y por favor, deja de nombrar eso, como si fuera un trozo de pan que te lo comes sin más. —Me sigue molestando la actitud de Alen, pero me avergüenzo un tanto de no haber podido, al fin, terminar con la consumación del matrimonio.

—¿No entienden lo importante que es todo esto? —Alen nos mira de manera fría.

—No lo tienes que repetir, pero Eleonor se merece algo mejor, que ser tomada sin importarme nada —Dorian lo increpa.

—Ya les dije que tendrán tiempo para romanticismo, pero si no conseguimos salir ahora, todo habrá sido en vano —Alen se coloca su capucha—. Irán por los caballos lo más rápido que puedan. Se adelantarán y no se detendrán hasta llegar al siguiente poblado al norte. Encuentren la taberna y pídanle ayuda al dueño. Díganle que van de mi parte y terminen lo que tienen que hacer.

—¿Qué harás tú? —Lo miro, abriendo mis ojos, mientras vuelvo amarrar la capa sobre mis hombros.

—Los distraeré. —Alen sube su pañuelo, tapando su rostro, y se dirige al exterior.

Lo seguimos de cerca. Ya en el umbral, asiente con su cabeza y corremos. Me volteo y veo como Alen vuelve a subir al techo y toma su arco. Al llegar a los caballos, levanto el faldón y pongo el pie en el estribo. Me incorporo utilizando toda mi fuerza, hasta que me ubico sobre la montura.

Una vez que Dorian también monta, comenzamos de nuevo a cabalgar.

Nuevos aullidos cubren la planicie desierta. Agarro con más fuerza las riendas y continúo sin mirar atrás. La noche aún nos acoge, pero la luz de la luna ya nos abandona. El viento frío golpea mi cara, mientras nos adentramos en las colinas. Lo único que escucho es mi respiración y las pisadas que emiten las herraduras de los corceles en el camino.

Dorian me sigue de cerca. Percibo que en ocasiones se voltea para mirar hacia atrás. La desilusión me abraza al no tener noticias de la mano derecha de mi padre. No es que me interese mucho, dado que esta noche ha estado insoportable, pero lo conozco desde siempre y no quiero perder a nadie más. Aún recuerdo que mis padres lo adoptaron de pequeño, crecimos juntos, aunque por nuestra diferencia de edad, pasé a ser como una mascota simpática para él y mi hermano. Desde pequeño mostró gran habilidad para el combate, al igual que Emery. Con los años se mantuvo junto a mi padre, y después que mi hermano se marchara, pasó a ser su hombre de confianza. Desconozco qué sucedió con sus padres, pero mi madre lo acogió como uno más. Lamentablemente, mi madre partió de manera temprana, a causa de una extraña fiebre que la consumió. Su imagen con el tiempo se disolvió de mis recuerdos, pero mi padre siempre me decía que, si la quería recordar, solo debía mirar mi reflejo, porque en él llevo su figura.

Me volteo al percibir que Dorian aminora su marcha. Tiro de las riendas y regreso. Me preocupo cuando veo su cabeza gacha y sus hombros caídos.

—Dorian ¿qué pasa? —Me detengo a su lado.

—Necesito descansar solo un minuto —responde entre dientes.

—Tu herida —me acerco lo suficiente para tocar su piel, percibiendo lo frío de su rostro. Varias gotas de transpiración se arrastran por su frente. Bajo mi vista hasta su pierna, la mancha ha crecido, y ahora cubre gran parte de su pantorrilla—. Necesito revisar tu herida.

Al no responder, avanzo hasta el borde de la colina guiando su caballo. Desciendo sin importarme que mi vestido se vuelva a rasgar; espero que quede suficiente tela para el resto del camino.

Lo ayudo a bajar, pero no puedo soportar su peso. En consecuencia, cae al suelo emitiendo un gemido de dolor producto del golpe. Momento en que sus ojos se cierran.

Rápidamente me acerco a su pierna y trago saliva cuando veo gran parte de su pantalón teñido de rojo. Conozco algunas técnicas en curaciones, pero no estoy preparada para llevarlas a cabo. Cuando levanto su pantalón al nivel

de la rodilla observo su herida.

—Recuéstate —digo, quitando la mirada de la carne que se encuentra expuesta. Sin ser experta, estoy segura que ha sido una mordida. La sangre continúa brotando, si no la detengo ya, Dorian no sobrevivirá.

Me quito la capa y la ubico sobre el suelo pedregoso. Voy por la tela que está colgando del estribo y reviso rápidamente en los extremos de la montura por si encuentro en las fundas algo de agua.

—¡Maldición! —exclamo en voz baja al darme cuenta que; estoy sola, lejos de mi hogar, huyendo, y nadie puede ayudarme.

Me armo de valor y me agacho al lado de Dorian que continúa con sus ojos cerrados. Tomo con cuidado su pierna y la acomodo en una posición recta. Luego, la envuelvo con la tela y realizo un nudo firme para detener el flujo.

Me siento junto a él y ubico su cabeza sobre mi regazo. Acaricio su pelo claro y lo peino. No lo debería estar tocando, aún no hemos concretado nuestra unión, pero en estas circunstancias, pienso que a él tampoco le importaría romper nuestras costumbres. Observo la fría noche y nada me indica que el próximo poblado esté cerca como para ir por ayuda; tampoco lo puedo dejar solo a merced de los depredadores que nos siguen.

Cierro mis ojos también y me abandono al cansancio. Las pocas fuerzas que me quedan me empiezan a abandonar. Los recuerdos de los guerreros negros atravesando las puertas del castillo se filtran en mis pensamientos. Trato de borrar las imágenes de matanza y la sonrisa burlona de Magnus sobre mí; si los antiguos ancestros siguen pensando que es un privilegio ser la heredera de luna llena, me encantaría decirles que les devuelvo su obsequio.

Visualizo la imagen de Emery. La madre antigua me pidió que lo buscara, lo malo es que, no tengo claridad de dónde se encuentra. Ni siquiera sé qué camino me dirige hacia él. La mayor parte de mi vida la pasé en el castillo. Bordando con las doncellas. Nunca me dejaron participar de una instrucción en armas; en alguna oportunidad había empuñado una espada, pero sin éxito. Mi padre debió haberme preparado para esta guerra. No logro entender por qué nunca me contó acerca de los lobos y que las historias de que se podían entrelazar con los humanos eran ciertas. Él, me debería haber prevenido de alguna forma.

Quiero continuar, pero el cansancio impera más. El dolor de los muslos por la cabalgata, se clava como agujas en mis músculos. En mi rostro aún percibo el golpe de Magnus y mi brazo derecho está completamente

rasmillado y con pequeños cortes que arden de manera intermitente. No quiero ni mirar mi palma quemada, aunque no mirarla, no quita la agonía.

De lejos me llega el ruido de unas pisadas de caballo y ruego que sea Alen. Por una vez, mis plegarias son escuchadas al observar una silueta completamente negra que se acerca a gran velocidad. Suelto una exhalación de alivio al encontrar a un forajido conocido.

—¿Se encuentran bien? —Alen desciende de su caballo de un salto—. ¿Por qué se detuvieron? Acaso, ¿terminaron lo que tenían que hacer?

—¿Te puedes callar de una vez? —Lo miro furiosa, su poca sensibilidad me irrita—. Dorian está herido.

Alen se agacha a su lado examinando su pierna, toca su frente y alza su vista.

—Ha perdido mucha sangre. —Asiente hacia mí.

—Me había dado cuenta que estaba herido, pero no dejó que lo curara en la cabaña —esta vez, siento como mi voz se vuelve temblorosa cuando empiezan a asomarse las lágrimas.

—Debemos movernos, los lobos regresaron al sur para agruparse, pero pronto volverán.

—¿Nos puedes dejar descansar tan solo un momento? —lo increpo por no mostrar ningún interés en mi bienestar.

—Mi deber radica en que estés a salvo, y si no llevamos a Dorian con un curandero, morirá.

En este punto no discuto con él. Las heridas del príncipe son más graves que las mías. Si no llegamos luego al poblado, Dorian no lo logrará. Observo que saca una cantimplora de su morral y vierte agua en los labios del príncipe, quien reacciona, pero débilmente.

—Debes ayudarnos —le dice —, tenemos que llegar al poblado.

Dorian abre sus ojos y asiente, pero sin fijar su mirada. Vuelve a tomar un nuevo sorbo de agua y trata de incorporarse.

—Ayúdame. —Alen pasa el brazo de Dorian por su cuello y hace un gran esfuerzo por levantarlo.

Lo subimos con bastante dificultad a su caballo. Me alivia observar que, al menos, se mantiene rígido sobre su silla.

—Espero que aún exista la curandera en el pueblo —Alen pasa por mi lado—. Necesitamos que consuman su matrimonio.

—¿De qué hablas?, ¿no ves en las condiciones que está? —Doy un paso hacia él.

—Por ahora, no lo podrá hacer, pero para la próxima luna llena nuevamente estarás fértil, y lo necesitaremos sano. Hasta entonces, no sé cómo te esconderé—dice sin siquiera mirarme.

—Siquiera, ¿te importa si sobrevive? —Lo miro incrédula.

—Claro que me importa, necesitamos a un príncipe de linaje puro.

—¡Suficiente! —grito—. Nunca te había escuchado hablar de esa forma. No es que habláramos mucho, pero no puedo creer que no tengas corazón, que no te importe todo lo que está sucediendo.

—No he sido criado para sentimentalismos —Alen me observa serio—. El rey me hizo jurar que, si llegaba este día, te mantendría a salvo. Que me encargaría de velar por tu bienestar hasta que lograras fecundar al heredero y no, precisamente, a manos de Celsius.

—¿Acaso no te importa la cantidad de gente que ha muerto a manos de los lobos? Y mi padre se encuentra a merced de ellos junto a la madre antigua.

—Me importa —Alen se acerca—, pero más me importa que los territorios no caigan en manos de esos desalmados. Sé lo que son capaces de hacer. Vi cómo mataban a mi madre. Yo me salvé, manteniéndome oculto en un pozo por casi tres días hasta que tu padre me encontró. No permitiré que hagan lo mismo con otras familias. Lamento que estés en estas circunstancias, pero es tu obligación como heredera.

—Lo siento, no lo sabía. —Me quedo pensando en sus revelaciones y me aturde imaginar a un pequeño indefenso, atemorizado, oculto en la oscura humedad.

—No tenías por qué saberlo. Y sé que cuestionas mis métodos, pero hice una promesa y la cumpliré. Ahora, tenemos que mantenernos juntos y llegar hasta Emery.

—No entiendo, mi hermano se alejó hace años, ¿en qué nos podrá ayudar?

—Ya lo verás. —Alen me hace un gesto para que monte a mi caballo.

Al reanudar la marcha, pienso en la gran responsabilidad que tengo sobre mí y, claramente, no estoy preparada para aceptar. Después de lo vivido estas últimas horas, no sé si seré capaz. Muevo mi cabeza al pensar que, no puedo dejar a los pueblos a merced de los lobos. No merecen experimentar lo sufrido por Alen.

Sigo el sendero, es alumbrado por la suave luz del sol que comienza a surgir, dejando atrás la luna llena. Puede parecer que ya no estoy en peligro,

pero Alen mencionó que lo volverán a intentar, por lo que trato de no pensar en eso. Lo primero es llegar hasta el curandero y ayudar a Dorian, mi príncipe; tal vez, todavía podemos tener una oportunidad de gobernar juntos.

Continuamos nuestro camino, el sol se comienza a desplazar, al igual que el tiempo que llevamos montando. Según Alen, nos dirigimos al norte, pero para mi mala fortuna, estoy totalmente desorientada, nunca había viajado tan lejos del castillo.

Contemplo a Dorian, que ahora va junto a Alen. No soportó el viaje y se derrumbó de su caballo. Sigo preocupada por su estado, en horas no ha recobrado el sentido y su temperatura se ha elevado.

Mi ansiedad a cada instante crece. No sé con qué me voy a encontrar en el pueblo, nunca he visitado uno. Solo he deambulado por las afueras de mi castillo visitando el mercado que a diario funciona en su interior. Podría estar emocionada de visitar este lugar, si fueran otras las circunstancias.

Al ir distraída, no me percaté que Alen se ha detenido y que mira hacia adelante. A lo lejos se observa el poblado, y desde la altura en que nos encontramos, tenemos una amplia visión del entorno.

Muchas personas recorren las calles, y se escucha débilmente el bullicio. Me sorprende lo grande que es el lugar; había estudiado que los pueblos eran un grupo de personas, pero esto estaba fuera de mi imaginación.

Me giro cuando Alen se pone a mi lado y me entrega su capa.

—Colócatela encima para tapar tu vestido o si no, te reconocerán. — dice, reubicando la capucha de Dorian para cubrir su rostro.

—¿Por qué? Si nos reconocen, a lo mejor, nos pueden ayudar.

—Las personas del exterior no son iguales a las del castillo, viven de manera pacífica, pero tienen sus propias leyes. —Alen se adelanta unos pasos.

—¿Y eso que quiere decir?

—Celsius aún te sigue buscando y que la luna llena haya cambiado, no quiere decir que abandonará su cometido.

—Pero ya no estoy fértil.

—Para la próxima luna llena sí lo estarás.

—Pero no tiene suficientes personas para perseguirme por siempre. Además, los reinos del norte, cuando se enteren de lo sucedido, enviarán sus tropas.

—Hay rumores que algunos de los monarcas de las tierras altas se aliaron con Celsius.

—¿Por qué?

—Aún no lo sabemos, pero no nos podemos confiar. No te pueden reconocer —Alen en vez de dirigirse a la entrada, flanquea el terreno para ingresar por la parte de atrás.

Nos adentramos en los pasadizos que conectan las moradas. Mantengo mi mirada baja, mi vestido no lo pueden ver, pero el gran ojo de color que llevo no pasa desapercibido. Nos detenemos detrás de una gran casona y desde su interior proviene un gran alboroto.

Dos hombres que cuidan la puerta de madera se levantan al vernos. Sus ropas están sucias y algo desgarradas. A Alen no parece producirle desconfianza, por lo que se baja del caballo afirmando a Dorian. Mete su mano en el interior de su chaleco oscuro y algo brilla en su palma.

Le lanza a cada uno una moneda de oro. Los hombres abren sus ojos sorprendidos, y en un movimiento reflejo agarran la tan preciada pieza.

—Cuídenlo —les indica, en dirección al príncipe y los hombres corren a afirmarlo—. Vuelvo enseguida. —Me hace un gesto para que me baje, y no lo dudo, mirando de reojo las dagas que asoman por las botas de los hombres.

Nos acercamos a la puerta y Alen golpea firmemente con su puño.

—¿Qué es este lugar? —me atrevo a preguntar, puesto que ahora, el ruido, la celebración y las copas que chocan me llega más claramente.

—No hables —dice Alen.

Solo logro ver sus ojos, continúa con su capa oscura, y su pañuelo se encuentra nuevamente sobre su nariz. Únicamente un azul vivaz está a la vista. Me sigo asombrando de su forma de actuar; al parecer, había visitado muchas veces este lugar. Lo que más llama mi atención es su decisión, porque en su semblante no se aprecia ningún signo de temor. Debo reconocer que esto, hace que me sienta protegida, y hasta segura.

La puerta cruje cuando se abre. Mantengo mi cara lo más inexpresiva que puedo al ver una mujer totalmente rapada que se asoma. Lleva grandes aros y varios dibujos en su cuero cabelludo; bajo la mirada cuando me observa.

—Necesitamos un cuarto privado, comida y ninguna pregunta. —Alen vuelve a sacar de sus bolsillos monedas de oro, esta vez la cantidad es abultada.

La mujer me vuelve a dar una mirada y recibe el pago.

—Sígueme. —Abre completamente la puerta y nos hace ingresar.

Mis ojos se demoran en acostumbrarse a la penumbra del lugar. Pero de

inmediato siento el fuerte olor a alcohol, las carcajadas y gritos me llegan claramente. Al aclararse mi visión, veo un gran salón, numerosos hombres sentados en diferentes mesas, beben de grandes jarras, y varias mujeres, también rapadas, sentadas en sus piernas con solo un pequeño pedazo de tela que cubre de manera estratégica ciertas partes de su anatomía.

Antes de ingresar al salón, Alen me jala del brazo para que suba al segundo nivel por una angosta escalera de madera que está pegada a la pared. Una vez allí, me dirige por un pequeño pasillo hasta la última puerta. Mientras nos deslizamos por el corredor, se oyen jadeos provenientes del interior de los otros cuartos.

Mi mandíbula se aprieta tras pensar “cómo Alen fue capaz de traerme a este lugar”. En el mercado, hace un tiempo, había visto a unas de estas mujeres y me sorprendió que no llevaran cabello. Laurel me contó que aquello significaba que, eran mujeres sin honor, que entregaban su cuerpo a cambio de dinero.

Mi trenza se hace más pesada que de costumbre. Ningún hombre me ha tocado y seguramente mi presencia en aquel lugar no es bien vista.

La mujer nos abre la puerta de la habitación y me da una rápida mirada interesada. De inmediato, Alen me hace ingresar al pequeño espacio. En el interior las cosas no van mejor, solo hay una pequeña cama y una ventana.

—Eleonor —Alen me habla, mientras cierra la puerta—, te debes quedar aquí, te conseguiré ropa y luego traeré comida.

—¿Qué pasará con Dorian? —Al mirarlo, su pañuelo ya no cubre su cara. Ver nuevamente un rostro familiar, hace que quiera correr a sus brazos para que me consuele.

—Lo llevaré donde la sanadora. No puedes venir, aunque te cubras, sabrán de inmediato quién eres. Apenas me vaya, cierra la puerta con seguro y no salgas por nada. Espérame.

No logro decir nada, cuando ya Alen se ha ido. Me acerco y coloco el seguro. Miro el cuarto unos segundos y me aproximo a la cama. El cansancio que siento es extremo. Quito las capas que aún me cubren y las ubico sobre la pequeña litera. Me siento en el borde y contemplo lo paupérrimo de mi aspecto. Mi vestido casi no existe, el color marfil ha desaparecido por completo, ahora es solo un pedazo de tela rasgada; negra, roja y de otros colores que no identifico. Piedras pequeñas están enganchadas en la parte de abajo del faldón, pero no es lo peor. Mis pálidos brazos están cubiertos por moretones, mi antebrazo derecho totalmente rasmillado, mi palma roja por la

quemadura y no quiero acercar mi mano para tocar mi rostro, cada herida y cada dolor físico que siento, son un recuerdo de lo ocurrido la noche anterior.

No soporto las imágenes que aparecen en mi cabeza. Cada grito, cada soldado muerto, cada mordedura, me hacen estremecer. Mi garganta se aprieta hasta volverse agónica, mis ojos pican y luego las lágrimas asoman como un torbellino. Sin soportarlo más, afirmo mi cabeza y dejo que la pena fluya. El llanto inunda el lugar, haciendo que mi respiración se entrecorte entre los jadeos que no puedo acallar.

Totalmente abatida, me recuesto sobre la cama, flexiono mis piernas hasta mi pecho y hago con mi cuerpo un ovillo tratando de hacerme pequeña para, ojalá, desaparecer. La luz que ingresa por la ventana cambia. Pierdo la noción de cuánto tiempo me he mantenido en la misma posición con lágrimas que no han parado de fluir, humedeciendo la tela raída de la almohada.

De improvisto, un golpe en la puerta me hace reaccionar. Luego, varios más, por lo que me incorporo secando con las palmas mi rostro, dándome cuenta que es peor, al mirar mis manos llenas de tierra.

—Soy yo. —La voz de Alen llega desde el exterior.

Quito el seguro y me retiro unos pasos. Alen ni siquiera me mira. Ingresa rápidamente y deposita un bolso con varios objetos sobre la cama. Comienza a sacar ropas y otras cosas que no distingo y, la verdad, es que tampoco me interesan.

—Cierra la puerta —dice sin siquiera girarse.

Esta vez, ya no soporto más y mis lágrimas vuelven a salir. Alen levanta su mirada y me contempla. Al notar que no reacciono, pasa por mi lado y asegura la puerta.

—Eleonor —dice en un susurro, deteniéndose—, ¿estás bien?

No contesto, solo me arrojo a sus brazos y lloro. Esta vez mi garganta se desgarrar con mis sollozos. Alen me dirige hacia la cama, indicándome que me siente. Lo realizo sin separar mi rostro de su cuerpo. Siento sus manos sobre mis hombros, pero su presión es casi imperceptible. Trato de recobrar la cordura y me incorporo, seco como puedo mi rostro y levanto mi cabeza.

—Lo siento —dice en un murmullo—. No pensé que podrías estar tan afectada.

Evito mirarlo escondiendo mi cara. Alen se coloca de pie y sale del cuarto. Maldigo en silencio. Es la única persona con la que me puedo desahogar, pero tiene su corazón de hielo, lo que me hace pensar, en que todo irá peor.

A los minutos, la puerta se vuelve abrir y Alen ingresa con dos grandes cubetas de agua, de una sale un tenue vapor. Las deposita en el suelo y regresa a cerrar con seguro.

—Te voy a limpiar y a curar las heridas —Se acerca arrodillándose a mi lado, y cuando vuelve hablar, nuestros rostros se encuentran—. Espero no te moleste, pero necesito tocarte, esto no lo puedes hacer sola.

No entiendo lo que me quiere decir, pero sus ojos ya no están severos, más bien, su expresión es de agobio. Asiento con mi cabeza y veo que se quita su chaleco. Las armas que lleva amarradas en el extremo de su cinturón, las arroja al suelo y del bolso extrae varias telas blancas, ubicándolas de forma ordenadas a mi lado, sobre la cama. Luego, acerca el cubo que, al parecer, tiene agua tibia e introduce el primer trapo.

—Cierra los ojos —dice, mientras que con una de sus manos agarra mi mejilla y con la otra, comienza a quitar los restos de lo que sea que tengo adherido a mi rostro. Aunque hubiera jurado que sus movimientos serían bruscos, me impresiona la delicadeza de sus manos. También me fijo que su mandíbula esta rígida, al igual que lo estaba cuando disparó la flecha. Deduzco que se encuentra ocupando una gran concentración para no hacerme daño, ya que el movimiento que realiza cerca de mi ojo que palpita es casi imperceptible.

Una vez que concluye con mi cara, continúa con mis hombros y limpia mi antebrazo con el mismo cuidado. Después, llega hasta mi mano quemada y también la atiende minuciosamente. Al parecer, la tarea lo ha extenuado, porque un hilo de sudor se asoma por su frente. Lo sigo con la mirada cuando se levanta y se quita la parte de arriba de su ropa, toma la camisa y seca su cara. Posteriormente, la lanza al suelo y se vuelve a arrodillar a mi lado.

Trago saliva cuando veo de tan cerca su torso descubierto. De su abdomen asoman pequeñas sendas rígidas. No puedo negar que quisiera acariciarlas con mi mano para conocer su textura, pero trato de mantener mi mirada en el resto de la limpieza que Alen realiza en mi brazo izquierdo y también en algún punto muerto de la pequeña habitación. Aunque me es imposible no admirar cómo, los músculos de sus brazos se tensan.

Ahora entiendo la adoración de las doncellas por Alen. Su cuerpo es, si lo puedo definir de alguna forma, perfecto. Gruño cuando una piedra se incrusta en mi brazo, y al mismo tiempo lo agradezco, para despertar de mi encantamiento.

—¿Te sientes mejor? —Me mira con sus penetrantes ojos, en los cuales

ya no se observa la decisión que había mostrado con anterioridad.

—Sí, gracias, no tendrías que haberlo hecho. —Ladeo mi cabeza para observar la vestimenta a mi lado.

—Levántate, te ayudaré a cambiarte de ropa —dice, mientras se incorpora.

—¿Qué? —Mi voz sale como un chillido.

—Que te ayudaré con tu vestido. Sé que no te lo puedes quitar sola, nunca lo has hecho, y yo tengo algo de experiencia con los lazos. —Levanta una ceja de manera casual.

—No me quitaré el vestido delante de ti. —Remarco cada una de las palabras.

—¿Piensas cabalgar una semana con eso? —Indica la parte baja de mi faldón.

No bajo la mirada, sé exactamente el estado en que se encuentra y sé también, que ya no aguanto cargar más con este maldito vestido.

—Prometo no mirar. —La comisura de sus labios se eleva un poco.

Y con ese gesto, me doy cuenta que está de regreso el Alen de siempre, y se lo agradezco. Porque el huraño de la noche anterior y el abatido de hace algunos segundos, no me ayudaba con la fortaleza que necesito demostrar.

—Está bien —digo rindiéndome, ya no estoy en el castillo para que mis doncellas me ayuden con la labor. Tampoco le puedo pedir ayuda a alguna de las mujeres de abajo, y no pretendo seguir con el recuerdo sobre mí, de todo lo vivido las últimas horas—. Debes comenzar con los lazos.

Me volteo para que Alen comience con la tarea. Después de algunos segundos, me vuelvo a girar al no percibir ninguna ayuda de su parte. Me percato que aún continúa inmóvil en el mismo lugar y mirándome con su semblante serio. Ya en este punto, me comienzo a preguntar seriamente, si es mi parecer o, a cada rato se vuelve más extraño.

Pasa por mi lado, se agacha y toma un cuchillo. Al ubicarse en mi espalda otra vez, muevo mi trenza hacia adelante sobre mi pecho, y escucho como rasga el lazo que está ubicado en la parte baja de mi corsé. La presión disminuye en mi pecho y al instante, inhalo la mayor cantidad de aire que permiten mis pulmones.

—Con el resto puedes continuar tú —dice, girándose hacia la puerta del dormitorio.

—Espera, falta el otro. —Lo detengo, ya que la tarea no ha concluido.

—¿Tienes más? —Me mira de manera incrédula.

—Al parecer, la experiencia que has tenido no ha sido precisamente con princesas. —Ahora soy yo la que levanta una ceja.

Se muerde su labio y sé que esta vez gané. Me hace un gesto para que me gire otra vez. Inhalo de manera profunda, preparándome para lo que viene. Necesito sacarme el vestido, y debajo solo llevo una enagua que termina encima de mis rodillas. Debe sacar otro corsé, que se utiliza en la noche de boda y que solo tu marido puede quitar, para luego, desenredar tu cabello.

Me quedo inmóvil, después que quita el pesado faldón. Mi ansiedad se dispara por el hecho de estar casi desnuda en medio de la alcoba. Es primera vez que un hombre me observa en ropa interior. Alen se acerca y mi respiración se acelera al percibir su presencia en mi espalda. Mi cuerpo se tensa en el momento en que su cálido aliento golpea mi nuca. Busco mi trenza y la aprieto tratando de canalizar las emociones que me produce el escenario en el que me encuentro.

Si algunas noches atrás me hubieran dicho que me quitarían el corsé de esta manera y en manos de Alen, primero, jamás lo hubiera creído y segundo, varias doncellas me hubieran arrancado el cabello.

## Capítulo 7

Solo escucho el ruido de mi respiración en la pequeña habitación cuando Alen se mantiene en mi espalda. De reojo, veo sus hombros desnudos que se mueven tratando de cortar los lazos de mi ropa. Quito la mirada, no me ayuda ver su piel y la mía desnuda. Siento como tira de mi corsé, pero las amarras fueron realizadas con esmero. Me tambaleo y pierdo el equilibrio cuando rasga con fuerza el lazo, mis hombros desnudos tocan su torso que es sólido como el acero, tal como imaginé que sería.

Siento el calor de sus manos sobre mis brazos mientras me afirma para que vuelva a mi posición, y también solo escucho su respiración, tampoco ha emitido palabra. Me extraña eso, ya que esperaba alguno de sus comentarios sarcásticos. Como dijo que ha tenido experiencia, pero siento y aseguro que el momento es tan incómodo para él como para mí.

Se acerca a la cama, agarra una nueva camisa y se dirige a la puerta. Con mi mano toco el borde de la prenda, pero el dolor de mis brazos me impide desenlazar los agujeros que aún están amarrados.

—Espera, ¿me podrías quitar totalmente el lazo?

Odio pedírselo y odio también haber tenido siempre una doncella a mi disposición, sin mencionar que odio todo el dolor que todavía mantiene mi cuerpo.

—Ya corté el nudo —dice sin mirarme.

Me avergüenzo, pensado que mi aspecto debe ser deplorable para no querer continuar, o tal vez, no soy tan hermosa como las mujeres que ha tomado. Eso hace que piense en otro hombre, Dorian. A lo mejor, el también contrajo matrimonio como una obligación, pensando en el futuro de todos los territorios.

—Dorian —digo al recordarlo. Me volteo hacia Alen, que continúa parado al lado de la puerta—, ¿dónde está?

—Se encuentra en la casa de la sanadora, su condición es bastante preocupante. Dice que hará lo que pueda, solo roguemos para que se recupere. —Alen se mantiene con su pecho descubierto y la camisa en la mano.

Me pregunto por qué aún no se la ha puesto, no es que sea una vista desagradable, pero la situación ya es bastante extraña, si la puedo definir de alguna manera.

—¿Me ayudas? Apenas puedo doblar el brazo. —No me quiero mostrar débil, pero creo que después de todo lo vivido. Se puede entender que mis condiciones, de cierta manera, me limitan.

Me giro nuevamente y siento solo una larga exhalación a mi espalda. Alen se acerca y deja su camisa sobre la cama. Percibo cómo libera la cinta que aprieta la mayor parte de mi pecho. A medida que avanza, el corsé se va soltando y al fin mi pecho se comienza a extender, dejando al descubierto mi agitada respiración; solo espero que no lo note.

Mientras la prenda que me mantenía encarcelada cae al suelo, no soy capaz de moverme, mis pechos ahora están libres y se visualizan a través de la tela del camisón.

Mi respiración se detiene cuando Alen se acerca un poco más, su aliento lo puedo sentir detrás de mi oído, junto a cierto escalofrío que camina por el borde mi nuca. Percibo el calor que irradia su cuerpo, aunque no me esté tocando, podría jurar que si lo palpara me quemaría.

No sé lo que está pasando, o que es lo que está pensando, solo sé que mi cuerpo me exige que se realice el contacto. Quiero saber que más hay, después de eso.

—Voy por la comida. —Alen se aleja de manera rápida, pasa la camisa por su cabeza y sale.

Me toma unos segundos retomar el ritmo regular de mi respiración. ¿Qué sucedió? No quiero pensar mucho en eso. Tomo algunas telas que quedan limpias y lavo otras partes de mi cuerpo que aún están cubiertas de tierra. Agarro la ropa que está dispuesta sobre la cama y me visto con un vestido de cortesana de color verde nada llamativo. También hay un maldito corsé que desecho por completo. Lo que menos me interesa en este momento, es lucir nuevamente mi busto.

Después de vestirme, termino de abotonar sobre mis hombros una pequeña capa corta que cubre solo mis antebrazos. Deslizo mi mano sobre la fina piel de la que está fabricada y pienso que debe haber costado varias monedas de oro.

Rebusco entre las cosas un peine, porque necesito arreglar mi cabello; agradezco no tener un espejo, creo que gritaría al ver las condiciones de mi peinado. Toco mi trenza, en sus giros todavía quedan trozos de corteza de árbol y me vuelvo a abatir, al pensar que ya nadie me las quitará. Respiro y solo trato de concentrarme en que debo continuar.

Tomo la daga y corto el extremo de la cinta blanca que aprisiona mi

trenza, desenredo mi cabello y extraigo las ramitas. Con mis dedos trato de acomodarlo, quitando el volumen excesivo que lleva.

No escucho los pasos de Alen por el pasillo, solo lo veo entrar sosteniendo una bandeja con alimentos. El olor a pan fresco, hace que mi estómago gruña; no me había percatado del hambre que tenía, al llevar, prácticamente, un día sin comer.

—¿Qué haces? —dice, mientras su mirada recorre mi cabello.

—Tratar de componerme. —Me acerco a la bandeja y comienzo a untar los alimentos, sin disimular mi apetito.

—¿Por qué tu cabello está suelto? —Alen se queda de pie a mi lado, toma una jarra y bebe.

—¿Tiene algún caso esperar que alguien lo desenrede? —Ignoro su comentario, ya que de verdad creo, que no llegará un príncipe a mi puerta para realizar el ritual. Todo lo mágico que podría haber existido en la noche de la unión, se disolvió. Además, el romanticismo es algo que, al parecer, ya no experimentaré, lo único que importa ahora es que fecunde al futuro heredero.

—No lo debes llevar suelto frente a un hombre que no sea tu marido.

—Es bastante extraño que aún creas en las tradiciones. Después de haberme arrastrado, tratando de que consumara el matrimonio en cualquier sitio. —Continúo comiendo, no está delicioso como la comida del castillo, pero llena mi estómago.

—Por lo que veo, no te arrastré lo suficiente, ya que todavía no lo consumas.

—No me tomo, al igual que tú, las cosas tan a la ligera. —Sigo ignorando sus comentarios, momento en que atrapo un mechón de cabello y lo paso detrás de mi oreja.

—Deberías tomar tu pelo.

—Después que coma —respondo sin observarlo.

—Preferiría que lo hicieras ahora.

—¿Puedes por un minuto dejar de darme órdenes? Estoy golpeada, cansada y hambrienta. Además, ¿por qué te molesta tanto que lo lleve suelto?

—Tú sabes por qué. —Alen se sienta en el suelo, frente a la cama.

—No me salgas con que solo el hombre que me despose lo puede apreciar. A estas alturas, no le encuentro la importancia.

—¿No sabes nada de los hombres? —Levanta una ceja.

—Claramente, soy mujer, no sé a qué te refieres. —Observo su cabello,

aún lo lleva totalmente tomado en una pequeña cola.

—Las doncellas sé que te cuentan cosas.

—Podrías ser más específico, ¿a cuál de todas las cosas?

—Te pueden haber dicho que, para los hombres, observar el cabello suelto de una mujer es una invitación a ser tocado.

—¿Supongo que tú no estás pensando en eso? —Abro mis ojos y dejo de respirar un momento.

—No, pero para que lo sepas. El cabello largo de una mujer, y sobre todo de una mujer pura, para los hombres es bastante sensual —confiesa, mirándome con sus ojos azules penetrantes.

Trato de no atorarme con el trozo de comida que hay en mi boca. Esa aclaración nunca la había escuchado.

—¿Te suceden cosas? —pregunto, y al instante me arrepiento de lo que salió de mi boca.

—No. No te veo de esa forma —comenta, dando un largo trago a su cerveza, pero mantiene el contacto visual.

—¡Qué bueno! Entonces, lo podré dejar suelto un instante más y descansar de las ataduras. —Me giro para que no note el rubor en mis mejillas. Realmente debo verme desastrosa y su comentario no me ayuda con mi seguridad. Tal vez, me sigue mirando como a una pequeña niña mimada. En realidad, no me importa lo que piense. Me trato de convencer.

—No lo lledes así delante de nadie más. —Me mira de manera severa.

—¿Habrá alguien que le importe verme con mi cabello suelto? —Esta vez, mi voz se quiebra un tanto.

—Lo habrá.

—¿Es verdad que has desenredado el cabello de casi todas las doncellas? —Cambio de tema para no caer nuevamente en la melancolía.

—Solo de algunas. —Se levanta y se acerca para comer.

—¿No te interesa desposar a alguna? Muchas quieren que las elijas. — Un pequeño aleteo en mi estómago indica, que me disgusta corroborar que en su lecho ha dormido más de una mujer.

—No creo en el amor, así que para qué amarrarme a una sola mujer. — Sonríe y me guiña un ojo.

—Tu lado emotivo cada vez me impacta más. —Ruedo mis ojos hacia arriba.

—Esperemos que tu príncipe mejore. Al parecer, él es bastante romántico.

—¿Lo podré ver?

—Ahora no. Por la noche será más fácil camuflarnos —dice, sacando la bandeja de la cama—. Descansa y trata de dormir. Si Dorian está en condiciones de viajar, nos iremos en seguida.

Observo como acomoda algo de ropa y su capa como almohada sobre el suelo.

—¿Cuándo me vas a decir de qué se trata todo esto y por qué los hombres se entrelazaron nuevamente con los lobos?

—Ahora no, también necesito descansar. —Se recuesta en el piso y me da la espalda.

Quiero increparlo para que me conteste, pero sé que no lo hará. Además, también siento un extenuante cansancio. Me tiendo sobre la cama y acomodo mi cabello a un costado. Todavía percibo dolor en mi cuerpo, y volver a montar no me hace mucha ilusión. Mis muslos gruñen por todas las horas arriba de la dura montura.

Contemplo un momento el cuerpo de Alen y pienso en lo atípico de su comportamiento, aunque lo niegue, podría decir que se sentía bastante incómodo con mi cabello. Puede ser que sea solo un instinto básico y casi animal, después de todo él también es hombre.

Cierro mis ojos y trato de alejar esos pensamientos, mi última prioridad es tratar de entender su comportamiento. Hay otras cosas que me deberían estar haciendo divagar, pero tampoco quiero pensar en ellas. Dejo que el sueño me alcance y me sumerjo en las profundidades de mi inconsciente, espero que el dolor se vaya y la calma retorne o, tal vez, solo despertar de esta pesadilla.

Un ruido hace que me despierte, se escuchan risas acompañadas de pasos desde el exterior. Parpadeo para acostumbrarme a la penumbra del lugar y lo primero que encuentro son los ojos penetrantes de Alen.

—¿Qué haces? —inquiero, incorporándome. Alen se encuentra sentado apoyado en la pared, frente a la cama, con una jarra en la mano, su pelo oscuro cae ondulado sobre sus hombros.

—No pude seguir durmiendo, gracias a que hay muchas personas que se divierten en este lugar. —Levanta una ceja.

—Acaso, ¿te quieres unir a la celebración? —Me desperezó y ubico mi larga cabellera en mi espalda.

—¿Y dejarte en manos de cualquiera que te pueda encontrar? Creo que no.

—Gracias —digo, porque su presencia, al menos, me infunde seguridad.

—Ya te dije, hice una promesa y la cumpliré. —Se levanta y comienza a ordenar sus cuchillos.

—No tienes que decir eso a cada minuto, hace que me sienta como una carga. —Su comentario logra que de inmediato cambie mi humor.

—No me refería a eso.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres decir? Sé que tu único interés es que conciba al heredero lo antes posible, pero tampoco para mí hay mucha elección o ¿crees que la posibilidad de que los reinos caigan de nuevo en la oscuridad es algo que no me preocupa? —Mi voz se quiebra y las lágrimas otra vez quieren asomar.

Alen se acerca y me alejo en el acto.

—Se supone que eres la única familia que ahora tengo y lo único que has hecho es tratarme como una maldita misión que hay que llevar a cabo. No sé si tendré la fortaleza para seguir adelante, la vida que conocía ha desaparecido. Ahora me encuentro totalmente perdida, y se supone que seré la próxima monarca, no sé si lo podré hacer. —Me siento en la cama y dejo que las lágrimas fluyan.

—Serás una reina magnífica. —Alen se arrodilla a mi lado.

—Déjame —Lo empujo y me levanto, alejándome—. No quiero soportar tus cambios de humor, mejor sigue manteniendo tu distancia.

Me acerco a la pared y limpio las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Odio estar llorando otra vez.

—No eres una carga —dice a mi espalda—, me importa lo que te ocurra, y no solo es por los reinos.

—No quiero tu compasión. —Me giro y paso por su lado, abro la puerta y salgo. El maldito espacio pequeño me tenía ahogada, necesito respirar y si camino rápido, tal vez, pueda llegar al exterior sin ser vista.

Debido a mi rapidez, tropiezo con un hombre que sale de una de las habitaciones. Sus ojos inmediatamente me recorren y se detienen en mi larga cabellera, esto me recuerda que no he trenzado mi pelo.

El hombre va vestido totalmente de negro, igual que Alen. Me doy cuenta que él es un forajido de verdad. Es joven, alto y su cabello cobrizo va suelto hasta sus hombros. Es lógico, debe haber tenido un encuentro con alguna de las mujeres del lugar. Me incomoda al ver la sonrisa obscena que me obsequia, al tiempo que levanta su mano para acercarla a mi pelo. Doy un paso atrás cuando se acerca demasiado rápido para esquivarlo.

—Yo que tú no haría eso. —Alen aparece a mi lado y agarra su muñeca.

—Te doy el triple de lo que pagaste por la virgen —el hombre chasquea su lengua sin apartar la vista de mi rostro—. Yo te trataré mejor. —Indica mi pómulo.

—No estoy en venta. —Lo miro ofendida.

—Todo está en venta, cariño. —Sonríe mostrando sus dientes y soltando el agarre de su muñeca.

—Sigue tu camino. —Alen lo increpa y realiza un gesto para que yo vuelva a la alcoba.

—Creo que no lo haré, no veía un espécimen tan exquisito desde hace mucho tiempo. Te doblo la paga. —El hombre se planta en el pasillo.

—Ya escuchaste, no está a la venta y no me gustaría repetirlo. — Lentamente, Alen ubica la mano sobre la empuñadura de su espada.

—¿Sabes con quién hablas? —El hombre toma una posición erguida.

—Si no lo sé, es porque no debes ser importante. —dice Alen de manera casual, pero su mano se aprieta en el acero.

Me quedo parada en la entrada de la puerta observando cómo se desafían con la mirada, y me arrepiento de no haber hecho caso a Alen en amarrar mi pelo.

—Nos volveremos a ver —asegura el forajido y antes de retomar su camino me da una última mirada, sonriendo—, y tú serás mía.

“Fantástico”, pienso, otro hombre que se suma a los que quieren tomarme. Las cosas a cada paso se ponen peor.

Alen ingresa a la habitación y pone el seguro tras él. Se termina de colocar su vestimenta y recoge nuevamente su cabello.

—Si es quien pienso, debemos irnos ya. —Toma una daga y se acerca a mi vestido de bodas.

—¿Qué haces? —formulo cuando veo que corta el faldón y guarda el corsé en un bolso.

—Lo llevo de recuerdo —me responde, amarrando su cinturón.

—Veo que a cada minuto te pones más sádico.

—Necesitamos las piedras para cambiarlas por oro. Nos harán falta para llegar hasta tu hermano —Levanta la mirada y sonríe—. No quiero obligarte, pero ahora sí amarra tu pelo.

—Lo siento —digo al darme cuenta que nos hemos metido en un nuevo problema y por mí.

—No es tu culpa, he sido muy duro contigo y tú has sido sumamente

valiente —expresa, al mismo tiempo que continúa metiendo objetos en el bolso de manera rápida.

—¿Quieres ser más agradable o no quieres que haga un nuevo berrinche? —Lo miro un tanto incrédula ante su nueva postura.

—Las dos cosas —Abre la ventana y examina el entorno—. Princesa, ¿se pueda dar prisa? —Me mira de manera divertida y cruza sus manos en una plegaria.

Esta vez sí me relajo, al menos por un lapsus está de vuelta el Alen antiguo. Además, que se haya disculpado a su modo me tranquiliza. Anudo mi pelo en una trenza sencilla y cuando voy amarrar con el cinto blanco se me ocurre algo. Le quito la daga de su mano y me acerco a mi maltrecho vestido, corto un trozo de tela en donde está manchado de negro y amarro mi tomado. Le devuelvo la daga y me fijo que me mira con una sonrisa.

—¿Qué? No quiero andar gritando mi pureza, recuerdo el comentario, de lo que piensan los hombres al respecto. —Tomo la capa oscura de los pies de la cama y la paso por mis hombros.

—¿Lista? —Alen se sube al marco de la ventana y me tiende la mano.

—Espero que sí. —Me acerco y me levanta para que traspase el umbral.

## Capítulo 8

No nos cuesta mucho bajar del segundo piso; ya una vez en la parte de atrás del lugar, nos dirigimos hacia la puerta por donde habíamos ingresado. La callejuela está desierta. Desde aquí observo a nuestros caballos y sentados a su lado a los dos hombres que encontramos cuando llegamos. Al parecer, siguen trabajando para Alen, quien les vuelve a extender unas monedas de oro. Luego de ello, se alejan.

—Te lo dije —una voz masculina retumba a nuestro alrededor.

La reconozco de inmediato. Me giro para encontrar al hombre del pasillo junto a dos forajidos más.

—Me dijiste que era virgen y su cinto es oscuro —contesta el más bajo de los tres.

—Nos quiere engañar —dice el hombre que enfrentó a Alen—. Fíjate bien, solo una pura llevaría su pelo hasta debajo de la cintura.

—Lamento decepcionarlos, pero ya no lo es —Alen se adelanta un paso ubicándose delante de mí—, así que no sigan perdiendo su tiempo.

—Cree que somos estúpidos. —El más alto golpea el hombro de uno de sus compañeros.

—Aún puedes tener tu dinero si la entregas —habla el hombre de pelo cobrizo.

—No puedes pagar su precio. —Alen presiona su mandíbula y este gesto hace que me inquiete, estoy segura que ante cualquier acto sacaré su espada.

—No lo tomes a mal, es un obsequio para nuestro líder, y si conoces al señor de las montañas, sabrás que serás bien recompensado —vuelve hablar el hombre del pasillo.

—Yo no le pertenezco a nadie —me adelanto un paso para defender mi honor—, y si me conocieran no me faltarían el respeto de esa forma.

Alen me jala para que retroceda, pero no me muevo, después de todo soy la próxima monarca.

—Mi señora, no nos hemos presentado —El hombre realiza una reverencia y se ríe—. Mi nombre es Lian, hombre de Las Altas Montañas.

—¿Qué hacen tan lejos de su hogar? —Alen me mira de manera severa para que no vuelva a hablar.

—Solo visitando a unos viejos amigos —Lian da un paso adelante —, pero ha sido una fortuna encontrarnos con tan bella mujer.

—¿Tomas el oro o no? —habla el más alto que también se adelanta.

—Lo estoy pensando. —Alen coloca las manos en sus caderas.

Me gustaría patear su pierna por el comentario, pero de reojo observo cómo sus manos se deslizan hacia sus espadas. Esto se va a poner realmente feo, por lo que doy un paso atrás.

—¿Y bien? —dice Lian.

—La mujer sigue siendo mía. —Alen desenvaina sus armas y los hombres al instante lo imitan.

—Te ofrecemos una salida fácil. —El más bajo comienza a acercarse —, pero siempre es entretenido combatir contra otro bandido.

Me quedo mirando y me doy cuenta, que por la vestimenta de Alen piensan que es un forajido al igual que lo son ellos. El más alto flanquea el lado derecho de Alen y sin aviso ataca.

—¡Corre! —grita Alen al momento que se enfrenta a los hombres.

Antes que lo vuelva a repetir, ya estoy deslizándome lo más rápido que puedo. Paso por el lado de los caballos y me introduzco por uno de los pasillos de las estrechas callejuelas. A unos metros me detengo y escucho el ruido de las espadas, pero desde mi ubicación ya no logro ver la pelea. Esta vez sí quiero acatar la orden de Alen, pero me percató que no sé dónde estoy, ni hacia dónde dirigirme para huir.

Me agacho al lado de una carreta abandonada y maldigo que nadie transite en este momento por el lugar y aunque fuera así, no sé si nos ayudarían, porque en los pueblos prima quien es más hábil con la espada. Me quedo quieta cuando las armas ya no se escuchan y me acurruco más en el pequeño hueco cuando oigo pasos que se acercan rápidamente hacia mí.

—Eleonor. —La voz de Alen me alcanza.

Mi respiración retorna y salgo de mi escondite. Al encontrarnos exhalo de alivio, por ningún motivo me hubiera gustado caer en las manos de aquel hombre. Alen toma de mi mano y me dirige hacia el lugar en donde combatió a los forajidos, quiero protestar, ya que pienso que no es una buena idea, pero al llegar al lado de los caballos comprendo lo que tiene en mente. No puedo evitar mirar hacia mi entorno y divisar dos cuerpos ensangrentados en el suelo.

—¿Dónde está el otro? —Recorro el lugar buscando a su compañero.

—Escapó —dice Alen, mientras ubica sus manos en mi cuerpo para ayudarme a montar, cuando mis ojos se clavan en una gran mancha roja que cubre su hombro.

—Estás herido. —Trato de acercarme para examinar su herida, pero no me deja.

—Es solo superficial —Alen me levanta, ubicándome sobre el caballo —. Debemos irnos ahora.

A los minutos, nos encontramos otra vez afuera del poblado. Rodeamos las casas, para más adelante alcanzar un río que colinda con los pequeños inmuebles que dejamos atrás.

—Hay que cruzar —Alen menciona una vez que llegamos al borde.

—No podemos dejar a Dorian —digo, analizando que al cruzar nos alejaremos demasiado.

—Ésta es la dirección en la que se encuentra él —dice, guiándome hacia el caudal.

—¿No estaba donde la sanadora? —inquiero mientras me desequilibrio sobre mi caballo, cuando se hunde en el torrente hasta la mitad de sus extremidades.

—Hacia allá vamos. —Alen continúa avanzando a través del agua, hasta que nuestros caballos salen de la corriente.

Una vez que dejamos el río atrás. Nos internamos en un pequeño bosque y avanzamos en silencio entre grandes árboles. A medida que nos introducimos en la noche, a lo lejos, observo una pequeña choza de madera rodeada de un círculo de gruesos troncos y de inmediato noto que es bastante extraño, me preocupo al observar que Alen se detiene.

—Te quedarás aquí y me esperarás —afirma con semblante serio y tenso.

—¿Ella vive ahí? —Indico el lugar que desde ya me parece escalofriante.

—Sí, y no socializa con el resto de la gente. Además, prefiero que no la conozcas.

—¿Cómo la conoces tú, entonces? —Me impaciento al darme cuenta que sigo estando en la oscuridad y que Alen aún no ha querido develarme ninguno de los misterios que en estos últimos días han aparecido.

—Hace algunos años la visité con Emery, es una persona muy extraña, aunque otros la consideran sabia, dicen que puede vaticinar el futuro.

—¿Es una hechicera? —formulo sorprendida, ya que nunca he conocido una, además la mayoría de las personas les temen.

—No, ella no lo definiría así, más bien diría que puede observar lo que otros no son capaces de ver. —Alen levanta la mirada cuando escucha un

crujir de ramas cerca.

—Pensé que solo eran historias...—no continúo la frase, porque al parecer los relatos son verdaderos y esto en vez de tranquilizarme, hace que mi estómago dé un brinco—, pero...

Alen me interrumpe y rápidamente saca su espada. Se gira en todas direcciones sobre su caballo, momento en que un aire frío nos golpea. Lentamente, las hojas del suelo se levantan bailando en una danza de inquietud. Contemplo como las orejas de mi corcel se elevan, poniéndose rígidas, también se encuentra atemorizado, al igual que lo estoy yo.

—Princesa. —Una voz femenina áspera se cierne a mi lado.

Doy un salto cuando una silueta totalmente oscura aparece en mi costado.

—Asila —Alen la llama por su nombre, realizando un asentimiento con su cabeza y guarda su arma.

Podría jurar que su gesto va acompañado de respeto, ahora sí que me atemorizo. La sombra, en silencio se gira en dirección a la morada y no logro ver su cara. Va tapada bajo un manto negro. Solo logro contemplar en una de sus manos un bastón delgado, del cual me llama la atención su terminación, porque en el borde superior las ramas se bifurcan finas, pero no uniformes. Creo que tratan de emular las astas de los grandes ciervos; al menos esa es la sensación que me da.

Alen se baja de su montura y me ayuda para descender de mi caballo, caminamos junto a ellos en dirección a la choza.

—No creas todo lo que veas o escuches —susurra a mi lado—, solo quédate cerca de mí.

—¿Me puede hacer daño? —Sus palabras hacen que mi nerviosismo aumente.

—No lo creo, pero recuerda lo que te dije, que no podemos confiar en nadie.

Alen amarra los caballos en un tronco cercano. La silueta ya ha desaparecido en la oscuridad de la vivienda. Preferiría esperar afuera, pero el recuerdo de Dorian me hace ingresar para conocer su estado.

Al traspasar el umbral de la puerta me siento agitada, un calor atraviesa mi cuerpo y mi corazón late rápidamente.

—Bienvenidos. —La sombra pasa rápidamente por delante de nosotros, y en vez de asentir, su voz logra que nuevamente me sienta asustada.

Observo la pequeña cabaña que estoy segura que en cualquier momento

se derrumbará. En el centro se aprecia una hoguera, en el costado una mesa redonda que desenchaja con el lugar, la piedra está totalmente limpia y creo que si pasara mi mano por encima el contacto sería suave.

—¿Dónde está el príncipe? —me atrevo a preguntar por Dorian, ya que me gustaría salir lo más rápido de este sitio.

—Descansa. —Asila gira y quita su manto.

Al instante, mis ojos se detienen en su cabello. El pelo negro cae hasta debajo de su cintura, la mayor parte va suelto y varias trenzas pequeñas se deslizan por sus costados. Son más de las que puedo contar y esto me desorienta; es imposible que sea virgen y al mismo tiempo tenga tantos descendientes.

—No son mis hijos. Las trenzas simbolizan a todos los herederos que han nacido en luna llena —dice y clava su mirada sobre mí.

Sus ojos negros como el ébano son grandes y profundos. Su piel es tersa y su hermosura me deja sin aliento. Esperaba encontrarme con una anciana y no con esta joven mujer. Vuelvo a respirar cuando me doy cuenta que había contenido el aliento. Mis ojos viajan por su cuerpo y su ropaje no está desgarrado para una persona que vive en una casa destrozada, cuando noto que su vestido negro se ajusta a su delgado cuerpo. Mi mirada se clava en su antebrazo, en la parte interna lleva la marca de las lunas, aunque solo debería llevar la de su fase.

Me gustaría decir que esto a cada paso se pone más raro y, claramente, esto no lo había escuchado jamás.

—¿Por qué llevas las cuatro lunas? —Es lo primero que sale de mi boca.

—Primero, ve a examinar a tu príncipe. —Asila mueve su brazo con elegancia, indicándome un extremo de la cabaña.

Me giro y encuentro al final de la habitación un camastro, puede ser que no lo haya notado al ingresar o que apareciera recién. Recuerdo la advertencia de Alen, en relación a que no crea todo lo que vea o escuche.

Me acerco encontrando el cuerpo de Dorian. Sus ojos están cerrados, me alivio al observar que el color de su cara ha regresado y su pierna vendada de manera prolija. Lo examino de más cerca y capto su respiración que es rítmica.

—Dorian. —Me agacho cerca de su rostro, mientras paso mi mano por su pelo.

—Duerme —Asila habla a mi lado.

Me vuelvo a sobresaltar al no escuchar cuando se ubicó a mi costado.

—Con el amanecer regresará —dice casi de manera melódica.

—No nos podemos quedar, debemos irnos ya —comenta Alen detrás de nosotras.

—Ya lo dije —Asila se gira para encarar a Alen—. Al amanecer regresará.

Veo como se mueve con gracia hasta la mesa de piedra y se sienta en un taburete. Alen, al igual que yo la seguimos con la mirada, como hipnotizados.

—Alen, no cumpliste tu labor. —Asila lo mira de manera severa.

—Los hombres del Valle Oscuro se enlazaron con más lobos de los que imaginamos. —Alen se mantiene de pie frente a ella.

—Para la próxima luna llena tendrán todo el terreno del sur a su merced —responde la mujer, asegurándose.

—Debemos llegar al norte antes de que eso suceda, Emery nos está esperando —dice Alen—. Solo espero que esta vez Eleonor pueda fecundar al heredero.

—Un momento —Alzo mi voz, hechicera o no, ya estoy agotada que ignoren mi presencia—. Necesito de una vez que me expliquen qué está sucediendo.

—Eres la heredera de luna llena. —Asila me mira con calma y su mirada me recorre, examinándome.

—Eso ya lo sé, ¿quién eres tú? —Hubiera preferido bajar mi voz, al sentir lo rígida de su mirada.

—Siéntate —Me indica una silla, que estoy segura que tampoco estaba ahí hace un momento—. Quítate la capa.

Le hago caso, ya que espero que de una vez por todas me digan algo que tenga sentido.

—Muéstrame tu marca. —Asila abre sus ojos.

—No creo que eso sea necesario. —Alen se adelanta un paso.

—Sabías que llegaría este momento —Asila no aparta la mirada de mí—. Si me hubiera escuchado Leonidas y la madre antigua, Eleonor habría venido antes.

—¿Los conoces? —Ahora soy yo quien abre los ojos.

—Veo que te han mantenido totalmente en la oscuridad. Un intento pobre de salvación, porque las premoniciones jamás han fallado. Pero no quisieron escucharme.

—Me dijiste que no dirías nada. —Alen se ubica a mi lado.

—Es su destino, está trazado desde antes que naciera. Ella debe saber a

lo que se enfrentará y de lo que será capaz.

—Insisto, quiero que me digan de una vez de qué hablan. —Los miro a los dos.

—¿Estás preparada para dejar caer el velo que te cubre? —Asila me mira como desafiándome.

Por un lado, pienso que sería mejor permanecer ignorante, pero teniendo en cuenta que es mi destino, creo que debo saber a qué me enfrentaré. Asiento mostrando decisión, aunque por dentro comienzo a temblar.

Asila me da una leve sonrisa, que es más escalofriante que su mirada severa. Me despojo del tapado peludo que cubre mis hombros. Bajo la manga de mi vestido exponiendo mi clavícula y dejando a la vista la marca de luna llena que llevo tatuada. De pronto, sus ojos se clavan sobre el dibujo y un escozor empieza a rodear los bordes.

—Solo podrás ver lo que tu interior es capaz de aceptar. —Asila cierra sus ojos.

—¿Estás segura? —Alen se mueve inquieto a mi lado.

—Es lo que debo hacer. —Mantengo mi mirada fija en la hechicera, por fin sabré que sucede. Me gustaría sonar decidida, es lo que se espera de una monarca, aunque por dentro me invade el terror.

—Extiende tus manos. —Asila abre los ojos y mira hacia la mesa.

Me obligo a levantar los brazos, tratando de evitar que tiemblen. Agarra con fuerza mis muñecas y las gira colocando mis palmas hacia arriba.

Pone las yemas de sus dedos sobre mis manos, la venda que me cubre una de ellas aísla el contacto. Me quedo quieta y contengo la respiración. Lentamente, un calor comienza a irradiar los bordes de mi piel, al principio lo percibo tibio, pero empieza a subir su temperatura. De a poco el calor comienza a traspasarme, se desliza por mis brazos, baja por mi cuello y reptar por mi pecho, como una ola que se arrastra e irrumpe en todo mi cuerpo.

Mi corazón se agita por la sofocación que me abraza. Levanto mi cabeza y me sorprende al ver las pupilas de Asila completamente blancas, sus ojos continúan fijos en mí, pero no me causa temor, más bien me cautiva.

Me retuerzo al sentir un fuerte y rápido dolor en una de mis manos, pero no me muevo, continúo perdida en sus ojos, la blancura que se asoma a través de su mirada empieza a extenderse en toda la habitación. Un brillo resplandeciente me hace parpadear, y luego todo se nubla.

Imágenes de manera fugaz recorren mis pensamientos, cuando un grupo de lobos se apodera de mi visión. Sus colores grises y cafés se funden entre el

bosque. Sus movimientos son ágiles, y se desplazan a través de los grandes árboles hasta que se encuentran con varios niños que ríen y corren entre las hojas. Mi piel se tensa unos segundos, los pequeños se dirigen a su encuentro y acarician su pelaje, algunos de los animales se balancean sobre sus lomos, agitando sus patas, totalmente dóciles.

La imagen cambia a un poblado sobre colinas. Por la vestimenta de las personas puedo deducir que estoy trasladándome hace años atrás. Los lobos recorren libremente los exteriores y los humanos no se sienten amenazados, no existe ningún tipo de conexión entre ellos. El lugar me envuelve de calma.

La imagen se quiebra y se vuelve todo oscuro. Un gran guerrero de cabeza rapada está de pie frente a un altar. Sobre la mesa de piedra un gran animal atado con cuerdas gruñe con fuerza para soltar su agarre. El guerrero levanta una daga negra y recita algunas palabras ininteligibles apuntando hacia la luna llena. Rasga parte de la piel del animal y luego toma una de sus trenzas, cortándola. Al emanar el líquido rojo sobre la mesa, unta el cabello en el flujo y amarra el mechón de cabello a su antebrazo. Continúa, realizando un corte en la palma de su mano, la sangre que emerge la sitúa en la herida del animal y un tono rojizo se desplaza en su mirada.

El lobo pierde su movimiento y apoya su cabeza en la piedra totalmente tranquilo. El guerrero corta las amarras y le da una orden al animal. Éste se pone de pie y de un salto se baja de la mesa, se posiciona a su lado y aúlla largamente hacia la luna. A los segundos, y de entre las sombras, comienzan a llegar otras bestias que se acercan con su cabeza gacha, el gran lobo vuelve a aullar y la manada responde.

La imagen se esfuma y todo se vuelve rojo. Los lobos junto a los guerreros atacan los poblados, los niños son mordidos, las mujeres tomadas, las aldeas saqueadas y las tierras consumidas.

La sangre se esparce por todos los territorios y los hombres son sometidos a trabajar para ellos.

Mi pecho se aprieta al observar tal destrucción. El calor me comienza a abandonar hasta que percibo mi piel helada. Las tinieblas me envuelven y comienzo a tiritar cuando escucho el aullido espeluznante de un lobo que viene por mí. Me quiero alejar, pero estoy rígida, mi cuerpo se ha vuelto de piedra. Contemplo al gran lobo que se acerca, y en el momento que abre sus fauces, luciendo sus afilados colmillos, me domina el pánico. Sus pezuñas se hunden en la tierra a cada paso que da, sus ojos brillan en la oscuridad y pasan a enrojecerse cuando ya se encuentra a unos pasos de mí. La silueta se

distorsiona y ya no es un lobo, se transforma en un hombre. Magnus me penetra con su mirada acompañada de su sonrisa burlona, se acerca a mi rostro y siento su aliento en mi mejilla, pasa su lengua sobre mi piel y mi estómago se revuelve. Quiero gritar, quiero escapar cuando se acerca a mi oído.

Todo se vuelve negro y un movimiento en mi cuerpo me hace entrar nuevamente en un espacio blanco. Desde lejos escucho mi nombre... Sigue el movimiento de mi cuerpo, por lo que vuelvo a escuchar mi nombre, cuando unos grandes dientes se ciernen sobre mi cuello. Grito lo más fuerte que puedo y todo desaparece.

—¡Eleonor! —El grito de Alen me atrapa.

Abro mis ojos y lo veo arrodillado a mi lado, me tiene sujeta de los hombros y sus dedos enterrados en mi piel.

—¡Despierta! —vuelve a gritar.

—Estoy aquí. —Me cuesta pronunciar las palabras, mi garganta escose y, al parecer sí, debo haber gritado.

—Debiste dejar que terminara su recorrido. —Asila me mira sin expresión.

—¡Fue suficiente! —Alen la increpa duramente, desgarrando un pedazo de tela de su lado.

Observo como envuelve mi mano que está cubierta de sangre. Un corte sobre la piel me hace recordar el dolor sentido. Asila lo debe haber hecho.

Con mi otra mano toco mi cuello aún con la sensación de la carne desgarrada, lo examino para estar segura que no es real lo que percibí.

—¿Qué fue lo que vi? —Miro a la hechicera.

—Con todos funciona diferente. Ya te dije que solo verías lo que tu interior es capaz de aceptar. —Asila juega con una de sus trenzas.

—Los lobos no siempre fueron malos —gruño cuando Alen termina de curar mi mano—, están bajo un encantamiento.

—Ocupan una piedra llamada turmalina, es muy poderosa, puede comprimir las energías negativas. Lo altos reyes del norte las destruyeron, pero al parecer, quedó una. —Asila cambia de postura, como diciendo algo que le aburre.

—Los guerreros del Valle Oscuro la deben haber encontrado y uno de sus líderes tiene que haber realizado el ritual —dice Alen.

—Priust —digo, recordando la trenza color ébano que llevaba en su muñeca.

—Por lo general, es el más fuerte de su clan, y se entrelaza con el macho alfa de la manada de los lobos.

—Pero si el encantamiento se rompió una vez, se puede lograr hacer de nuevo. —Recuerdo el relato de mi doncella, en relación al rey que subió a la montaña de los grandes ancestros con la princesa de luna llena.

—No es tan fácil —dice Asila.

—Solo necesitamos que Eleonor conciba al heredero y no podrán continuar su linaje —dice Alen.

—¿Su linaje? —pregunto.

—El hombre que realizó el encantamiento se tiene que procrear, sus hijos nacerán con el enlace y lo mismo los lobos. El alfa se cruza con las hembras para continuar con la vinculación.

—¿Y las mujeres que dicen ante esto? —intervengo—. Solo podrían dejar de entregarse a los guerreros.

—Las mujeres nacen enlazadas y las que no, cuando tienen su primer sangrado las obligan a realizar la unión. La que no lo logra efectuar es asesinada. —Asila se levanta y camina por la habitación.

—¿Y por qué no solo me matan si piensan que romperé el encantamiento? —Veo la mirada de Alen sobre mí.

—Las visiones predijeron que los hombres lobos se volverían a alzar —Asila juega con su cabello nuevamente—, y que también nacería la heredera de luna llena. Existen dos posibilidades: la primera, que rompas el lazo que los une a los animales y la segunda, que ellos te posean y reinen todos los territorios.

—¿Quieres decir que están apostando a tomar el control? —Alen mira a la hechicera.

—Sí, porque lo quieren todo. Si logran fecundar a ese heredero, se harán más poderosos y fuertes. Ya no habrá nada ni nadie que rompa el vínculo. —Asila se acerca hasta Alen.

—Espera, quieres decir que ¿me harán concebir a su heredero y luego me matarán?

—Primero te obligarán a realizar el lazo —dice Asila, colocando otro tronco en el fuego.

—Pero yo ya tuve mi primer sangrado —digo confundida, porque cada vez entiendo menos.

—Tú no eres cualquier mujer, el lazo se creará.

—Eso no me lo habías dicho —Alen la increpa.

—No me lo habías preguntado. —Asila mueve su cuello de manera descuidada.

—Entonces, ¿cada día están naciendo nuevos lobos entrelazados con humanos?

—Nacen bajo el encantamiento, y cuando cumplen 7 años eligen al lobo que los acompañará. Mezclan su sangre y se unen. —Asila aparece con una bandeja con alimentos.

Me marea un poco ver aparecer y desaparecer cosas, y las últimas revelaciones también.

—Deberías comer. —Ubica la comida sobre la mesa de piedra.

—Entonces, solo debemos hacer que Eleonor se acueste con Dorian y el encantamiento se romperá. —Alen sigue con la mirada a la hechicera.

Me gustaría golpear su cara cuando habla de mí como si fuera un objeto que debe actuar sin más.

—Como ya dije, no es tan fácil. —Asila se sienta de nuevo frente a la mesa y bebe de una jarra.

—Entonces, explícanos de una vez, ¿en dónde está el problema? —Me muevo inquieta sobre mi asiento.

—La sangre es la encargada de romper el encantamiento, la ocuparon para iniciarlo —Asila se levanta otra vez—. El primer guerrero solo poseía sentimientos de odio, ambición y destrucción. El lazo se quebrará cuando la heredera de luna llena los combata con amor, fuerza y sacrificio —Con agilidad se ubica a mi lado y coloca su dedo sobre mi marca—. Eso no se enseña, debe nacer de ti.

—¿Me tengo que enamorar de Dorian?

—Ya lo dije, los sentimientos no se fuerzan, nacen.

—¿Por qué nunca nos dijiste que existe la posibilidad de que Eleonor podría entrelazarse a ellos? —dice Alen en un tono molesto.

—¿Hubieras hecho las cosas diferentes? —Asila se acerca a Alen—. Además, no puedo interferir, soy un ser neutro en el conflicto.

—¿A qué te refieres? ¿Qué o quién eres tú? —La miro con curiosidad.

Asila no me contesta, solo se sigue moviendo por la habitación; le cuesta quedarse quieta o algo la perturba.

—¿Qué puedo hacer para que logremos nuestro objetivo? —Alen pregunta ansioso.

—Muéstrame tu marca. —Asila levanta su mano en donde sus uñas afiladas asoman.

—No quiero hacer el recorrido, ya te lo dije. —Alen da un paso atrás.

—Algún día tendrás que enfrentar tus miedos, no puedes estar por siempre en la oscuridad. —Asila se acerca de manera rápida y casi imperceptible a Alen hundiendo su uña en su hombro herido.

Aguanto un momento la respiración cuando veo que rasga la tela de su camisa y queda al descubierto un gran corte, al instante recuerdo la pelea con los forajidos. Pareciera que el objetivo de Asila no era examinar la herida, porque antes de que Alen reaccione, la hechicera nuevamente está sentada al frente de la mesa y sus ojos negros se agrandan. En sus pupilas aparece el fugaz brillo blanco y vuelven a su color natural.

—¿Qué fue eso? —Alen la increpa.

—La vida de Eleonor está en tus manos —Asila esta vez habla muy seria y remarcando cada una de las palabras—. Tú eres el encargado de que ella lleve a cabo su rol en este alzamiento.

En este momento no respiro.

—Debes evitar que el manto te cubra. Tu papel es fundamental, y si no logran romper el lazo, los territorios nuevamente se cubrirán de oscuridad —Asila se levanta con rapidez—. Debo marchar.

—¿Qué? —La sigo con la mirada mientras pasa su manto negro por sus hombros, cubre su cabeza y toma el bastón de madera—. No te puedes marchar, todavía hay cosas que no nos has dicho.

—Recuerda lo que las visiones te mostraron —se acerca a la puerta—. Tienen hasta la próxima luna llena. No dejes que te alcancen.

Alen se mueve más rápido que yo hacia la hechicera, pero antes de que pueda detenerla, se funde con la oscuridad de la noche y desaparece.

## Capítulo 9

Nos dirigimos al exterior y mi mirada recorre el pequeño bosque. Solo escucho como las ramas se agitan un instante y luego todo vuelve a quedar en calma.

—¿A dónde se fue? —Miro a Alen que se encuentra con su mandíbula rígida.

—No lo sé. —Ingresa nuevamente a la cabaña.

—¿Por qué no me habías dicho nada de esto? —Lo sigo al interior.

—No lo necesitabas saber. Pensábamos que los lobos se demorarían más en alzarse, debe haber alguien ayudándolos. —Alen examina su hombro.

—¿Y quién es exactamente esta mujer? —Me paro en el centro de la habitación, más ansiosa que antes, pensé que conocer algo de lo que sucedía me ayudaría a aclarar algunas cosas, pero me parece que está causando el efecto contrario.

—No lo sabemos. Solo apareció hace algunos años atrás en el castillo y le mostró a tu padre las visiones. Desde ese entonces nos comenzamos a preparar. —Alen se quita su chaleco y emite un gruñido de dolor.

—Por lo que veo, no se prepararon lo suficiente. Los del Valle Oscuro entraron fácilmente al castillo y nuestro ejército se encuentra en manos de ellos.

—Poseemos un ejército en el norte. Emery no se enamoró de una doncella. Él fue enviado a reunir soldados para este enfrentamiento. —Alen toma un trozo de tela que trata de cortar.

—¿Qué? —Mi cabeza sigue dando vueltas.

—Cuando el encantamiento se rompa, tendremos que luchar contra los guerreros que queden de pie. Y si no logramos que eso suceda, de todos modos, peharemos, no vamos a dejar que nos dobleguen tan fácilmente.

—¿Quieres decir que, no estás seguro de que lo lograré?

—No dije eso, pero ya escuchaste a la hechicera, hay algo que no nos están diciendo, un truco. De alguna forma hay que descubrir que más se necesita para romper el encantamiento. Que lles un heredero en tu vientre, al parecer, es solo una parte de la solución.

Mis piernas comienzan a flaquear y encuentro el banquillo que todavía queda en la habitación. De reojo, observo a Dorian que aún se encuentra dormido. Mi cabeza comienza a doler ante tanta información y tantas dudas que todavía quedan. El recuerdo del lobo desgarrando mi cuello aparece,

Asila dijo que había visto visiones, lo que me hace pensar que aún existe la posibilidad que Magnus me tome y hasta me mate. Por otro lado, mi hermano al que siempre imaginé que vivía feliz alejado de nosotros, hoy se encuentra formando un ejército.

Un nuevo gruñido de Alen me hace girar. Continúa peleando con la tela para cubrir su herida. Me levanto para ayudarlo. Quedarme sentada no me servirá de mucho. Además, no llego a ninguna respuesta que quite la desazón que me envuelve.

Me acerco para vendarlo. Al principio se resiste, pero finalmente se da cuenta que es imposible que él realice el amarre con una mano. Le indico que se siente y se quite la camisa, no es que quiera ver su cuerpo perfecto de nuevo, solo necesito ver completamente su herida. Deslizo mi mirada hacia un costado para no abrir la boca, cuando su piel queda al descubierto. De la mesa tomo uno de los jarros con agua e introduzco una de las telas. Al segundo, doy una larga respiración para comenzar con el trabajo de limpieza en su hombro.

—Lo siento —dice Alen sin alzar su mirada—. Tu padre nunca quiso que supieras nada de esto. Si las visiones eran ciertas, quería que vivieras la mayor parte de tu tiempo sin la presión que cargas ahora.

—Las cosas ya están hechas —trato de concentrarme en limpiar la sangre que rodea su herida—, aunque habría preferido haber estado preparada para este alzamiento, ya que bordar en este momento no creo que sea de mucha ayuda.

—¿Quieres luchar? —Alen levanta su mirada y sus penetrantes ojos azules me traspasan.

—Si es necesario, sí. No quiero volver a estar sobre una mesa siendo ultrajada por Magnus. —El recuerdo me hace estremecer.

—También lo siento por eso, tendría que haber estado ahí para protegerte. —Alen esconde su mirada.

—Me protegiste, si no hubieras llegado, habría logrado lo que quería. —Termino de limpiar la herida y tomo la tela para cubrirla.

—Asila dijo que tu vida se encuentra en mis manos —Alen encuentra mi mirada—. Quiero que sepas que realizaré todo lo que esté a mi alcance para protegerte y no solo para que cumplas tu misión, también porque no dejaré que caigas en las manos de Celsius o de otro hombre otra vez. Esta promesa no se la estoy haciendo a tu padre, te la estoy haciendo a ti.

Sus palabras recaen en mí como un rayo, se cuelan en mi pecho y hacen

que mi garganta se apriete. Observo sus ojos que, al parecer, son sinceros, y al mismo tiempo podría decir que vulnerables. Me gustaría responder, pero mis palabras están atrapadas junto a las lágrimas que otra vez quieren aparecer. No puedo contener más su mirada y agacho mi cabeza para perder su contacto.

Mi intento es fallido, Alen con la yema de sus dedos levanta suavemente mi quijada, haciendo que nuestras miradas se encuentren otra vez.

Ahora, mis ojos recorren su rostro y se detienen un segundo en sus labios. Si fuera Emery, me hubiera lanzado a sus brazos para que me consolara y me diera fuerza. Pero mi cuerpo no está reaccionando de forma amistosa, porque un torrente de emociones me llama a tocar su piel. Mi aliento se agita cuando mi mirada vuelve a sus ojos.

Trato de mentalizarme en que mi reacción es producto de la situación vulnerable en la que me encuentro y alejo las conversaciones de las doncellas en relación a lo buen amante que Alen había sido en sus lechos.

—Mejor continúo yo. —Alen toma la venda que mantengo inmóvil en mi mano.

El contacto con su piel es cálido, y pienso en las otras preocupaciones que tengo que hacer frente para poder suprimir las sensaciones en mi cuerpo.

—Yo lo hago. — Levanto su brazo para pasar la tela por debajo y me es imposible dejar de mirar la tensión de sus músculos. Me muerdo la lengua para ver si de una vez despierto.

Mientras envuelvo su hombro, de manera disimulada mi mirada vaga por su cuerpo, su nacimiento fue en luna menguante. Su fase posee la protección, desafío, honor y coraje, varias de estas características las he observado, pero lo que aún no veo es la marca que no le quiso mostrar a la hechicera. Me muevo un poco para recorrer su espalda y sigo sin encontrar su dibujo. Vuelvo al frente para terminar de amarrar la tela y sigo sintiendo la necesidad de encontrar su luna.

—¿Buscas algo? —Alen me mira, esbozando una pequeña sonrisa.

—No, solo me aseguraba que no tuvieras otro corte. —Al segundo doy por concluida mi labor y me muevo por el pequeño salón. Me dirijo hacia la mesa de piedra y alzo una jarra con agua.

—Gracias —dice Alen detrás de mí—. Deberías descansar, por la mañana nos moveremos hacia el norte, tu hermano nos debería estar esperando al comienzo del Bosque Blanco.

—¿Bosque Blanco? —Me atrevo a mirarlo otra vez y espero que no

haya notado que miraba cada pliegue de su piel como un animal encandilado por la luz.

—Es el límite de los territorios, nunca lo he visitado, las historias cuentan que seres inmortales se deslizan en su interior.

—Deberías asumir que no son solo historias, después de estos últimos días, creo en todo lo que he escuchado —Busco mi capa de piel y la ubico nuevamente en mis hombros, la temperatura comienza a bajar—. ¿Cómo sabe Emery que nos vamos a encontrar con él?

—Cuando los lobos irrumpieron en el castillo, envié un emisario a informar que pronto nos reuniríamos. —Alen lanza el último tronco que hay a la vista en la fogata.

—Por algún mapa que vi en el castillo, el bosque se encuentra casi al borde de nuestro reino.

—Es así, los lobos para estar comunicados necesitan estar cerca entre ellos. Al parecer, aún no logran un gran ejército y en el bosque estaremos fuera de su alcance, no podrán sentir nuestra presencia.

—¿Crees que mi padre se encuentre bien? —pregunto temerosa de su respuesta.

—Celsius no va a tentar su suerte, él también cree en las visiones y querrá que tengas tu esperanza viva para que vuelvas por él.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que yo haría. —Alen levanta una ceja, volviendo a ubicar las flechas en su espalda.

—Todavía no me explicas bien cómo, es que además de tener ropa de forajido, actúas como uno de ellos.

—No tuve una niñez fácil, ya lo sabes. Cuando llegué al castillo no fui muy obediente, prefería la compañía de hombres de mala reputación. Varias veces quise marcharme con ellos, tu padre fue el que me obligó a quedarme. Con los años me hice cercano a Emery y en algún punto que no recuerdo, me enteré de lo que sucedería. Me uní a tu padre y a la causa para cuándo llegara el momento de luchar contra los lobos.

—¿Para dónde vas? —Me levanto al ver que se dirige a la puerta.

—Por más leña, no alcanzará para el resto de la noche y no creo que Dorian despierte antes —Me indica su cama—. Vuelvo luego.

Quiero decir que lo acompaño, porque el lugar aún me mantiene intranquila. Aunque todo se halla dispuesto en su lugar desde que Asila se marchó. Además, debo reconocer que desde que salimos del castillo solo me

he sentido segura a su lado, pero cuando termino de pensar en esto, Alen ya ha desaparecido.

Miro los alimentos en la mesa y no me apetece ingerir algún bocado. Ante todas las revelaciones escuchadas mi estómago continúa con un nudo. En el exterior, un crujir de ramas hace que me coloque alerta. Agarro una de las dagas de Alen, tomo el pequeño banco acercándolo a la cama del príncipe, y me ubico en la cabecera.

Lo contemplo dormir, su sueño es apacible, creo que de verdad me gustaría estar en su lugar, aunque fuera un momento. Sus facciones están relajadas y el corte de su mandíbula es solo una marca roja. La hechicera tiene que haber ocupado algo más que simples hierbas para su curación. Acomodo su claro cabello sobre la almohada.

Pienso en las palabras de Asila y en lo que se necesita para romper el encantamiento. Dorian me agrada, pero amor no es precisamente lo que siento por él, al menos no aún, o no de la forma en que las doncellas dijeron que sería. Tal vez debo esperar, solo he hablado con él un día. Espero que el amor llegue antes de la próxima luna llena o creo que estaremos en serios problemas.

Doy un salto cuando Alen regresa a la cabaña, veo que carga varios troncos y los deposita al lado de la hoguera.

—Gracias por acompañarme en esto —hablo desde la penumbra de la habitación—. Me refiero a que sé que lo haces porque los territorios no sucumban otra vez y sé que no hemos sido muy cercanos, pero eres la única persona en quien confío.

—En él también puedes confiar —Indica al príncipe—. Es un buen hombre y estoy seguro que será un gran rey a tu lado. —Baja su mirada a mi mano, que aún descansa entre los cabellos de Dorian.

Retiro lentamente mi brazo, su mirada me hace sentir un tanto incómoda. Él, por su parte, se quita su armamento y lo deposita en el suelo. Después de eso nos quedamos en silencio. A los minutos, solo escucho el crepitar de la madera cuando las llamas la consumen. Alen ha insistido en que descanse, pero después de la última visión que tuve, donde el lobo desgarraba mi cuello, es a ese lugar al que no me gustaría volver, por lo que prefiero continuar despierta por el tiempo que mi cuerpo aguante.

Unos gritos provenientes del exterior nos hacen levantarnos al mismo tiempo. La diferencia es que Alen ya carga una de las espadas en su mano. Se acerca a una de las ventanas y un nuevo grito ahora más audible rompe el

silencio de la noche. Alen me hace un gesto para que me quede en la cabaña mientras se desliza hacia la entrada, no le hago caso cuando el grito se escucha más fuerte y, claramente, nos damos cuenta que es un sonido femenino.

Me da una mirada reprobatoria y luego me extiende una daga.

—Prometo que te voy a enseñar a utilizarla —susurra al entregármela.

Salimos de manera sigilosa y trato de mantener una postura discreta, imitando los movimientos precisos y ágiles de Alen. Hace que recuerde la gracia de los lobos, quitándole su aterrador propósito, por supuesto.

Nos detenemos detrás de un gran tronco, escuchando ahora pasos y un nuevo alarido a corta distancia que hace que nos asomemos. Percibo siluetas que se agitan entre las sombras, pero al aclararse la imagen veo a un hombre que mantiene sujeta por los brazos a una muchacha. Con un nuevo alarido brinco en mi lugar, mi pecho salta ante los gemidos y el sonido de la tela de su vestido al rasgarse, sé que debo mantener mi ubicación en secreto, pero no puedo dejar a esa mujer a merced de ese desalmado.

No espero que Alen se decida a ayudarla y salgo de la oscuridad.

—¡Déjala ir! —grito, apuntándolo con mi daga.

El hombre corpulento me da una mirada de reojo y ríe fuertemente. Al tener mejor visión de la situación, observo a una menuda joven de tez clara, en la expresión de sus ojos vislumbro el terror del que está siendo presa.

—Creo que la dama te hizo una solicitud. —Alen pasa por mi lado, ubicándose delante de mí.

—Me pertenece y con ella puedo hacer lo que yo quiera —dice el hombre, agarrando una larga trenza en sus manos. Luego, la vuelve a afirmar contra el árbol.

—Me da lo mismo, ella no lo está disfrutando. —Nuevamente, doy un paso al frente, si Alen no reacciona tendré que ser yo quien lo golpee.

—Es mi esposa, así que pueden meterse en sus asuntos. —El hombre lanza un escupitajo de la boca, la barba tapa la mayor parte de su cara.

—¿Por qué no te las arreglas con alguien de tu tamaño? ¿O solo puedes con jóvenes sin experiencia? —Alen lo increpa, levantando su espada.

—¿Quieres que tome a tu hembra? A lo mejor puede que tenga más experiencia. —El hombre se deshace de la mujer y se gira encarando a Alen.

Me acerco y atrapo a la joven que corre a mis brazos, lágrimas se deslizan por sus mejillas y su vestimenta que puede haber sido un traje ceremonial, se encuentra destrozado.

—No te vayas muy lejos, acabaré con este valiente y luego tendré a dos vírgenes que desposar. —El hombre mira mi trenza que cae por mi costado.

—Primero haremos algo con tu gran boca, después te arrodillarás y te disculparás con las damas. —Alen se mueve de manera felina, agitando con gracia su espada.

—¿Me obligarás? —El hombre se vuelve a reír.

—No, suplicarás. —Alen levanta su espada rápidamente, realizando un corte en su mejilla.

La sangre que emana queda atrapada en su barba, al instante el desalmado saca un hacha.

—¡Te sacaré los ojos y los pondré de adorno en mi granero! —grita, abalanzándose sobre Alen.

Inmediatamente, su intento es anulado, porque Alen corta ahora su muñeca, haciendo que suelte su arma. Sé que su intención no es lastimarlo, después de haber visto sus otros combates, ese hombre no es competencia para él.

—Ríndete, ahora. —Alen coloca el filo del acero en su cuello.

—Está bien. —Levanta sus manos cubiertas de sangre.

Alen enfunda su arma y se acerca a nosotras.

—¡Cuidado! —grito al observar que el hombre se incorpora y saca una daga de su bota.

Los ojos de Alen se abren. Al instante, ya tiene la mano en su empuñadora, me sonrío doblando su cuerpo, esta vez la garganta del hombre es cercenada en un corte limpio, por lo que quito la mirada cuando el cuerpo golpea el suelo.

—Le di una oportunidad. —Alen levanta sus hombros tras limpiar el acero en un pañuelo.

—¿Te encuentras bien? —Alzo la cara de la joven que aún se mantiene sumergida en mi pecho.

—Sí. —Me mira con ojos aliviados.

—¿Quién era él? —Apunto al hombre muerto.

—Mi esposo, el herrero. Mi padre me vendió a cambio de oro y protección.

—¿Protección de qué? —Alen interviene.

—Hay rumores de que los lobos se alzarán.

—Los lobos ya se alzarón, pronto estarán acá —dice Alen—. Debes volver a tu pueblo y alertar a tu familia.

—No volveré con ellos. —La joven lo mira.

—¿Por qué? —pregunto.

—Cuando vuelva preguntarán por él y no estarán muy contentos con su muerte. Además, a mi padre no le intereso.

—Entonces, puedes venir con nosotros —afirmo.

—Eso no puede ser —Alen se adelanta en un segundo—, ya es difícil mantenernos en discreción y ahora con otra mujer pura será más difícil ocultarnos. —Alen indica su larga trenza.

La joven se acerca a Alen con decisión y toma de manera rápida un cuchillo de su cinturón. Cuando Alen saca su espada para defenderse, la mujer da un paso atrás y levanta su mano libre. Lentamente toma el trenzado y lo corta de un tirón, al nivel de sus hombros, la impresión de lo que veo hace que abra mi boca. Luego estira el puñal por el mango y lo extiende para devolverlo a Alen.

—¿Por qué hiciste eso? —inquiero, mirando como su cabello se desenreda y queda suelto.

—No me puedo quedar, si ustedes no me llevan, viajaré a otro lugar y no dejaré que ningún hombre me posea. —La joven levanta sus hombros.

—Claro que vendrás con nosotros —aseguro, conmovida por su acto.

—No lo hará. —Alen me mira.

—Acaso, ¿pretendes que la deje a merced de cualquiera o de los lobos? Claro que no.

—Eso lo entiendo, pero tu misión es más importante que esto y que ella.

—Odio cuando te transformas en éste ser sin sentimientos. Si voy a salvar a todos los territorios debo partir por ella.

—¿Eres la princesa? —La joven abre sus ojos y luego realiza una reverencia.

—Eso no es necesario —Me acerco para que se levante—. ¿Cuál es tu nombre?

—Assel, mi lady. —Sigue con su cabeza gacha.

—Solo dime Eleonor, por favor.

—Fantástico. Ahora todos sabrán que estamos escondidos acá. —Alen mueve sus ojos, poniéndolos en blanco.

—No, no diré nada —Assel mueve su cabeza.

Ignoro a Alen y abrazo a la joven por sus hombros, guiándola hacia la choza.



## Capítulo 10

Al ingresar al pequeño salón, Assel continúa con su semblante pálido. Me acerco y peino su cabello, realizando una pequeña cola. Su pelo ya no tiene el largo suficiente para trenzarlo, desde ahora su aspecto indicará que ya fue tomada y que no quiere ser cortejada; si la observaran con ropa apropiada pasaría por una forajida o por una guerrera.

Me estremezco al pensar en esto, tal vez yo podría hacer lo mismo. No creo que pueda tener la oportunidad de realizar el ritual y además, ya no tiene mucha importancia. No sé si el tiempo me dará el amor que siempre pensé que existiría.

Alen se quita la capucha que tapa su rostro, contemplo la expresión de Assel al observarlo, sus ojos se abren y podría jurar que se ruboriza, no me sorprende, ya he visto esta reacción antes.

—¿Te gustaría descansar? —Termino de amarrar su cabello con un trozo de cuero que extraje de una de las prendas que carga Alen en su bolso.

—No —se levanta—, pero si me lo permite, ya que se encuentra sola, me gustaría ser su doncella.

—No es necesario —digo, no es mi idea que se una a nosotros para que me atienda.

—No es tan mala idea, ya que nos acompañará —Alen me mira—, tendrás a alguien que te ayude con tu vestido. —La comisura de sus labios se levanta en una pequeña sonrisa.

—Tienes razón —aseguro, apartando mi mirada, el recuerdo de Alen quitándome el corsé consigue que perciba un estremecimiento en mi vientre—. Gracias Assel, serás de mucha ayuda.

Esta vez, la observo sonreír de manera aliviada.

El resto de la noche nos mantenemos en vigilia, al parecer, todos estamos lo suficientemente tensos para poder concebir el sueño. Assel me cuenta de los malos tratos de su padre y me indigna que en estos poblados las jóvenes sean vendidas como objetos.

La tenue luz del amanecer alumbra la estancia y Dorian emite un pequeño gruñido. Me acerco de manera rápida con una jarra con agua, mientras él trata de incorporarse.

—Volviste —digo en un tono aliviado.

—¿Qué sucedió? —Mira su pierna vendada.

—Ya que despertó, iré al pueblo —Alen se arma con sus espadas—. Tengo que cambiar las piedras por oro y comprar dos caballos más. Además de otro vestido —Observa a Assel—, y provisiones para el camino.

—Gracias —dice ella, pero sin levantar su mirada.

—¿Estás bien? —vuelvo mi mirada a Dorian, cuando Alen sale.

—Ya no siento dolor —comenta, bebiendo de la jarra con agua—. ¿Tú lo hiciste? —Me indica su pierna.

—No, es una historia larga. —Me dirijo a la mesa para tomar algo de comer y se lo entrego.

Mientras come con ansias, le explico todo lo sucedido, saltándome la parte de mi vestido y la del pelo con Alen. Considerando que será mi marido; no creo que le agrade saber que otro hombre me vio desnuda, aunque sea Alen.

Assel escucha la historia y solo interviene unas cuantas veces.

—¿Por qué no solo matan al guerrero poderoso? —formula interesada.

—Tienes razón. —Tal vez pueda resultar y romper así el encantamiento.

—Eso no servirá de mucho —dice Dorian, quien ya se encuentra vestido, volviendo a ser el apuesto y caballeroso príncipe—. Funciona igual que en las manadas de lobos. Si Priust muere, el guerrero más fuerte toma su lugar.

—Bueno, algo más debe haber. —Me muevo intranquila. Estoy segura que hay algo que la hechicera no nos dijo.

—Primero, debemos llegar al norte —Dorian examina las armas sobre la mesa—. Quizá tu hermano posee más información que nos ayude.

Escuchamos el relinchar de un caballo que nos indica que Alen ha regresado. Tomo mis objetos y me vuelvo a colocar la capa oscura, cubriendo con la capucha mi rostro. Salimos a su encuentro cuando desciende de su caballo. Luego, toma un bolso y se lo entrega a Assel; agradezco su gesto con la mirada.

Mientras esperamos a que la joven se cambie, Alen pone nuevamente al día a Dorian. Mientras discuten en relación a la ruta a seguir, mi mirada vaga nerviosa, si antes me preocupaba encontrarme con los lobos, ahora me preocupa sobre manera la idea de que, además, quieran enlazarme a ellos.

Me acerco interesada al ver que Alen dibuja un mapa en el suelo con la punta de su espada. Marca con una x nuestra ubicación e indica hacia el sur mi castillo, el que tuve que abandonar. Más al sur delinea el Valle Oscuro y al este el mar que bordea la mayor parte de Badru. Logro identificar en su

dibujo las quebradas que colindan con las colinas, lugar que pertenece al señor de Las Altas Montañas, y no puedo dejar de recordar a los forajidos que encontramos en el poblado. No sé mucho de su gente, solo he escuchado que son rebeldes que viven de manera independiente y no se rigen por ningún reino.

En el centro ubica varios poblados y estamos en medio de ellos. Después, traza una marca al final, en donde se encontraría nuestro destino: el Bosque Blanco.

—Tendremos que bordear los poblados. —Alen traza una línea curva en el centro de su básico mapa.

—Pero estaremos muy cerca de los lobos. —Dorian analiza las líneas.

—No podemos aventurarnos cerca de las montañas. Como te dije, tuvimos un enfrentamiento con algunos de sus emisarios, y creo que no solo andaban de visita a viejos amigos. Lo más probable es que se unan a los del Valle Oscuro, si es que ya no lo están. Mientras sean bien recompensados lucharán para el bando que les otorgue más seguridad.

—¿Nosotros no le damos seguridad? —me inmiscuyo.

—No saben que estamos preparando un ejército, nuestra idea fue mantenernos en secreto para que los lobos pensaran que podrían tener el control fácilmente y que no nos vieran venir, los sorprenderemos.

—Si continúan por el río, no será necesario que se acerquen a los poblados, más adelante hay una cueva por donde se puede acceder —dice Assel desde la puerta, ya tiene su nueva ropa puesta. Su vestido color café pálido resalta sus ojos y pelo negro, es una hermosa mujer.

—¿Estás segura? —Alen la observa.

—Sí. —Assel se acerca a un caballo.

—Bueno, entonces, continuaremos por el cauce del río. —Alen con su bota borra su improvisado mapa.

Dorian se acerca y me ayuda a montar, le agradezco como siempre su gentileza.

Comenzamos nuestro recorrido y solo nos detenemos un par de veces. Cruzamos la cueva que mencionó Assel y avanzamos gran parte del día siguiendo el río. Cuando la noche empieza a caer, las tinieblas nos comienzan a abrazar. Alen nos indica un lugar para que pasemos la noche, en la oscuridad es cuando los lobos se encuentran más activos.

Me siento al lado de Assel y comemos, mi mirada se posa en Alen que desde que salimos de la cabaña se ha mostrado bastante serio y distante.

—¿Cómo se encuentran tus heridas? —Dorian se sienta al frente de mí.

—Mejor —menciono de forma inmediata y me percató que desde que salimos de la choza mis malestares, prácticamente, han desaparecido. Quito la venda de mi palma y solo está enrojecida. Me quito la otra venda y el corte que me realizó Asila solo es una línea roja.

—¿Cómo se ve mi rostro? —le pregunto.

—Está solo un poco enrojecido —dice Dorian.

Alen hace un gesto rápido y nos pide que nos quedemos en silencio. Solo escuchamos la noche, nuestras respiraciones y algunos grillos que se esconden. Luego, casi de manera inaudible, oímos un leve aullido. Mi pelo se eriza al instante.

—Se encuentran lejos. —Dorian asiente.

—No sé si lo suficiente —Alen susurra—, pero es muy peligroso que nos desplazemos en este momento.

—Esa es la aldea donde mi padre vende sus cosechas —Assel interviene, indicando hacia la profundidad del bosque a nuestro costado.

—¿A qué distancia está? —dice Alen.

—Nunca he hecho el recorrido desde el río, solo por el interior.

—Nos quedaremos hasta que amanezca —Alen coloca las flechas en su espalda—. Tomaré el primer turno para vigilar, me adentraré algunos metros para observar cualquier movimiento que ocurra cerca.

Asentimos, quedándonos en nuestras posiciones, y me recuesto sobre una piedra. El viento traslada los tenues aullidos y pretendo no escucharlos cerrando mis ojos. El cansancio es evidente y me digo que solo descansaré unos minutos, pero al momento de dejar caer mi peso sobre la dura roca, me duermo.

Desde las profundidades escucho mi nombre y abro lentamente los ojos, parpadeando. Mi cabeza se encuentra ladeada hacia un costado, afirmada sobre una estructura menos rígida. Giro mi cuello encontrando el cabello marfil de Dorian. Está sentado a mi lado y, al parecer, me dormí profundamente.

—Ya está por amanecer —me dice con una sonrisa.

—Mi señora. —Assel se acerca con un trozo de pan y frutos.

—Gracias. —Levanto mi cabeza y Alen me contempla.

—Además de gruñona, duermes como un tronco. —Alen sonrío.

—Por favor, dime que no hice ruidos —digo de manera preocupada y avergonzada.

—No, tranquila. —Dorian me extiende agua.

Me percato que, para estar amaneciendo, la claridad del día no se percibe. Un fuerte olor a quemado invade mis fosas nasales, lo que hace que me mueva en todas direcciones para determinar su ubicación. Me quedo mirando hacia el bosque y logro reconocer a lo lejos un color anaranjado, acompañado de una gran humareda.

—¿Qué es eso? —inquiero, levantándome.

—Tienen que haber saqueado el poblado —Alen responde.

—¿Y nos quedaremos acá sin hacer nada?

—No tenemos como combatirlos —me explica Dorian.

—Debe haber algo que podamos hacer. —Busco la mirada de Alen.

—Lo siento. —Baja la cabeza.

Repentinamente, Dorian pasa por mi lado de manera rápida.

—Un jinete se acerca. —Le indica a Alen.

Al instante, con Assel ya nos estamos ocultando detrás de una gran roca en el borde del río. Desde mi ubicación logro ver a nuestros caballos que se encuentran a unos metros, alimentándose. Mi primer pensamiento es correr hacia ellos, pero no sé si alcanzaremos a llegar sin ser vistas.

Me asomo para saber qué sucede y encuentro a Dorian que se halla unos pasos más adelante, con la espada en su mano. Unas ramas crujen en lo alto y advierto una silueta negra sobre uno de los árboles, Alen. Luego, el sonido del crujir de unas hojas me avisa de una presencia que se acerca.

Me escondo nuevamente y mi respiración se agita. Al mirar a Assel, me indica el río.

—Si llegan acá —susurra—, lo mejor es que lo crucemos.

Esa sugerencia no me agrada, el agua del río está fría y su cauce es profundo.

Ahora me llega el sonido de varios pasos acompañado de las voces de mis compañeros. Puedo distinguir que no hay un tono amenazante en ellas, lo que hace que me decida a mirar. Lo primero que veo es a Alen parado al lado de un caballo que no reconozco y está realizando un gran esfuerzo por afirmar a un hombre.

De inmediato, salgo de mi escondite al distinguir a un joven ensangrentado que es apoyado en el suelo, mis pasos se agilizan hasta que llego a su lado.

—¿Qué le pasó? —Observo al delgado hombre con la cara blanca, su vestimenta, a la altura de sus costillas, se encuentra desecha.

—Los lobos —susurra el joven sin abrir sus ojos.

Alen quita la ropa de su pecho cuando y desvío mi mirada al ver la mordida, su piel está totalmente desgarrada.

—Nos atacaron y me siguen —dice, haciendo un esfuerzo por emitir las palabras.

Camino hacia nuestras pertenencias y tomo la bota con agua. Al instante regreso y me arrodillo a su lado para deslizar un poco de líquido en sus labios. Es todo lo que puedo hacer por él, porque, lamentablemente, la herida en su cuerpo es mortal.

Assel corre a guardar los objetos que cargamos. Por mi parte, miro a Alen y veo la misma aflicción que siento en mi pecho.

—Debemos movernos. —Alen me levanta del brazo.

—No lo podemos dejar.

—Eleonor, no hay nada más que podamos hacer, ya lo escuchaste.

No alcanzo a responder cuando más crujidos de hojas inundan la planicie. La mirada de Alen se endurece, al igual que su cuadrada mandíbula. Me jala ahora con más fuerza en dirección a nuestros caballos. Assel se nos une y Dorian examina hacia el poblado.

No alcanzo a acercarme a los animales, cuando varias siluetas se mueven con gracia a mi derecha. Me paralizó, al igual que mis acompañantes.

Desde mi espalda siento el cuerpo de Alen que choca contra el mío, ladeo mi cuello observando a varios lobos que nos flanquean. Estamos rodeados.

Mi corazón se agita y mis manos comienzan a sudar, el río parece la mejor opción en este momento, esperando que las bestias no sepan nadar.

Contengo la respiración al contemplar a más caballos que se acercan, esta vez no son aldeanos, porque a medida que se aproximan sus caras negras y rojas comienzan a ser visibles.

Me mantengo inmóvil, contemplando a los lobos que se deslizan con una gracia aterradora. Se acercan, ladeando su cabeza y sus ojos se posan sobre nosotros. Dorian y Alen dan un paso adelante para mantenernos protegidas.

Rápidamente, Assel se mueve a mi lado, extrayendo un cuchillo corto del cinturón del príncipe. La imito, agarrando una daga del costado de Alen.

Observo de reojo el río que está a solo unos pasos. Las siluetas que nos rodean me advierten que no alcanzaría a dar un paso antes de tener un lobo

encima de mí; este pensamiento hace que mi vello se levante. El recuerdo de Magnus hace que mi cuerpo se coloque rígido.

Uno de los guerreros se adelanta, su pelo cobrizo va tomado en medio moño, su cara pintada de negro no realiza ninguna expresión y si lo hace, no es amistosa.

Desciende de su caballo, acercándose al joven que había huido del poblado y con un hacha atraviesa su cuerpo. Me obligo a no gritar, no quiero que vean mi pavor.

—Sorpresa, sorpresa —El guerreo habla con una voz ronca y pastosa, haciendo que mi piel se exalte—. Princesa, la hemos estado buscado, y al fin la encontramos.

Alen se mueve inquieto delante de mí, tal vez está analizando la situación, y aunque sea diestro en la espada, casi nos triplican en número. No hay posibilidad de que podamos escapar.

—No debiste dejar a tu prometido herido, te ha extrañado —dice otro guerrero.

Las risas me azotan, consiguiendo que la mano que empuña el cuchillo transpire y tiemble al mismo tiempo. Esto no está nada bien.

—Creo que es hora de que regreses. —El guerrero clava sus ojos en mí.

—No te la llevarás. —Alen levanta sus espadas.

—¿Quieres luchar, bandido? —Ríe esta vez con fuerza—. Lo haremos a nuestro modo, entonces.

Aprecio un movimiento de su cabeza y un par de lobos se adelantan lanzándose sobre mis protectores. Mi respiración se detiene, mientras veo como los lobos caen cuando las espadas se entierran en la carne, sus aullidos de dolor traspasan mi pecho.

Assel se acerca tomando mi mano, hasta ese momento no me había dado cuenta que todo mi cuerpo tiritaba. Esta vez, mis ojos se abren cuando nuevos lobos se lanzan al ataque.

Alen es golpeado por una gran bestia en su costado, perdiendo el equilibrio, al caer otro animal lo ataca, sus grandes fauces están cerca de su rostro y lucha por mantener al animal lejos de su garganta.

Me acerco decidida con el cuchillo en la mano, solo alcanzo a dar un paso cuando un lobo negro me corta el paso. A mi costado Dorian lucha con tres animales que lo rodean y lanzan mordiscos a cualquier parte de su cuerpo que quede expuesta.

—¡Suficiente! —grito, lanzando mi daga al suelo—. ¡Cooperaré!

El hombre de cabello cobrizo silba y los lobos detienen su ataque. Alen rápidamente llega a mi lado, mirándome de forma penetrante. Saca nuevos cuchillos de su cinturón.

—No permitiré eso —me dice con su mirada agónica.

—No tenemos muchas opciones. —Sé muy bien que voy directamente a las garras de los lobos, que cierto príncipe oscuro me está esperando, pero no puedo permitir que los hieran frente a mis ojos. Quiero pensar que también es una forma de ganar tiempo mientras encontramos como liberarnos, y que Alen halle alguna solución, aunque eso, claramente, en nuestra posición es casi imposible.

—Buena decisión, princesa —el guerrero que sigue en su posición me mira—, Magnus la espera impaciente.

Al escuchar ese nombre, mi estómago se revuelve. Alen se ubica delante de mí, incapaz de aceptar la situación, y por lo que advierto, no dejará que me lleven sin luchar, aunque su vida dependa de ello.

Contemplo nerviosa a los lobos que se mueven de manera lenta hacia sus amos. Algunos guerreros siguen sobre sus caballos y ahora mantienen sus arcos, apuntándonos. El resto desciende y se acerca.

—Ya les dije que iré con ustedes. —Miro al guerrero con furia y lamento que mi voz se haya escuchado quebrada.

—Por supuesto que vendrás con nosotros—El guerrero mueve su mano, levemente—. Traigan a las mujeres y a ellos mátenlos.

Alen se gira cuando una flecha atraviesa su hombro. Un grito escapa de mi interior al ver como cae al suelo y mi garganta escose del alarido que doy cuando el cuello de Dorian es atravesado por otra pequeña lanza.

Solo alcanzo a dar un paso en su dirección, cuando manos grandes me sujetan con fuerza de mi espalda y comienzan a arrastrarme hacia el lado contrario. Grito y trato de zafarme, pero me levantan como si fuera una hoja seca.

Sigo gritando, viendo la sangre que emana del príncipe, mientras Alen se incorpora evidentemente adolorido y afirma su espalda a una roca; aún mantiene uno de sus cuchillos en la mano.

Assel lucha a mi lado por tratar de zafarse al ser arrastrada también. Las lágrimas inundan mis ojos y mi visión se vuelve cristalina. Les ruego que los dejen, pero los guerreros ni siquiera se detienen a mirarme.

Mientras me siguen arrastrando pierdo la imagen de Dorian y solo veo en mi cabeza la carne destrozada, mis pies se entierran en el suelo para evitar

seguir avanzando, mis intentos son nulos. Trato de mover mi cabeza para ver qué pasa con ellos y solo puedo ver grandes guerreros con sus pieles, y sus ojos brillantes que me miran fijamente.

Mis manos son tironeadas, pero ni siquiera doy un vistazo a lo que sucede, sigo gritando y tratando de mirar hacia atrás. De pronto, percibo un agarre y caigo de rodillas, esta vez observo mis muñecas que están inmovilizadas, amarradas por una cuerda que es tirada por un guerrero montado sobre su caballo.

El hombre me grita algo que es ininteligible, solo pienso en mis compañeros que están siendo masacrados. No sé si aún sigo gritando, el zumbido de mis oídos me ha cegado de todo lo que sucede a mi alrededor. Sé que es imposible luchar, pero continúo tirando mis amarras, ni el dolor en mi piel al ser rasmillada me detiene.

Me pongo rígida cuando una flecha pasa cerca de mi rostro, pienso que han decidido matarme y terminar con esto.

El caballo que me tira se sobresalta, los guerreros comienzan a correr de un lado a otro. Flechas siguen apareciendo cortando el aire a mi alrededor. No sé qué sucede, y las lágrimas en mis ojos tampoco me dejan ver el entorno.

Siento una presencia a mi lado, Assel con cuchillo en mano corta mis amarras. Luego, me empuja para que nos refugiemos cerca de un gran tronco, mientras los guerreros se agazapan defendiéndose. Claramente, algo los ataca, pero no sé qué o quién, tampoco me quedo a observar, mis piernas ya se están movilizandohacia el sector donde cayeron Dorian y Alen.

Me mantengo agachada y a lo lejos escucho gritos de animales, no me detengo, paso por el lado del cadáver del joven que yace muerto y ensangrentado. Mi corazón se paraliza al ver el cuerpo de Alen en el suelo.

—Tú no te irás. —Un guerrero de barba pronunciada me jala de mi hombro. Siento su brazo que pasa por mi cuello y me retiene. Esta vez con la desazón y furia instalada en cada espacio de mi cuerpo. Muerdo su mano, presionando hasta que un líquido cálido se esparce en mi boca.

Logro quitarme al hombre de encima, pero no deshacerme de él. Se aproxima nuevamente hacia mí y se paraliza al momento que una flecha atraviesa su ojo.

No me quedo a mirar quién lo hirió. Sigo moviéndome, mis rodillas se vuelven frágiles. Cuando llego al lado de Alen, la flecha sigue enterrada en su hombro y de su boca brota un hilo de sangre. Su cara está completamente

hinchada y amoratada, como si lo hubieran golpeado.

Acerco mi mano temblorosa, no quiero pensar lo peor, quito el cabello que cubre su rostro, sus ojos se encuentran cerrados, aproximo mi oído hasta su boca y exhalo al escuchar la leve respiración. “Está vivo”, digo aliviada.

Assel se ubica a mi lado con su cara pálida.

—¡Atiéndelo! —le grito, cuando ya estoy de pie nuevamente.

Mis pasos se dirigen hacia el príncipe, mi mano llega a mi boca para tapanla de la impresión. Su garganta se encuentra totalmente destrozada y varias flechas atraviesan su cuerpo.

Caigo de rodillas a su lado, horrorizada por su estado y ni siquiera intento buscar su respiración, él ya está muerto.

Mis lágrimas vuelven a brotar y mi pecho se comprime hasta el dolor. Lo primero que se me ocurre es rezar a los antiguos ancestros para que su alma los acompañe. No sé cuánto tiempo me mantengo a su lado, entretanto la batalla atrás continúa. No me giro, no puedo moverme.

Dorian iba a ser mi príncipe, mi rey, mi compañero, el hombre que me ayudaría a romper el encantamiento. Ahora su respiración lo ha abandonado, y todas las esperanzas de cumplir nuestro cometido me abandonan a mí.

Con cuidado, tapo su garganta con la capa, acomodo su cabeza y peino su cabello, no se merecía terminar así, no se merecía una muerte tan vil.

Me mantengo arrodillada a su lado, sin fuerzas, pensando que todos los esfuerzos de continuar con esta batalla sin él no tienen sentido. Lo mejor sería que todo acabara ahora. No quiero ver cómo los reinos se consumen y sin ninguna posibilidad de redención.

—¡Eleonor, necesito ayuda! —Assel me grita, pero no soy capaz de responder. Los ruidos se van apagando y espero mi suerte, cuando varios pasos se ciernen a mi alrededor... me mantengo a la espera de los guerreros.

—Eleonor. —Una voz familiar me hace volver.

No me volteo, ya que pienso que el dolor me está haciendo escuchar cosas que no pueden ser.

—Eleonor —vuelve a decir la voz que ahora se encuentra a mi lado.

Una suave mano se posa sobre mi brazo y sí, es él. Emery me observa con cautela, y ante ello no logro emitir un solo sonido. Me arrojo a sus brazos, él me recibe y me aprieta contra su pecho.

Ahora mis lágrimas se transforman en sollozos y luego en quejidos, haciendo que mi garganta vuelva a escocer. Me quedo entre su cuerpo, refugiándome, tratando de perderme en su calor, a lo mejor podría hasta

borrar lo sucedido. Él, entretanto, me contiene y acaricia mi espalda; solo tengo fuerzas para llorar, mi cuerpo está completamente vacío y solo me quedo ahí, en los brazos de mi hermano.

—Ahora estás a salvo. —Emery me sigue conteniendo.

Estas palabras me suenan a alivio, por lo que levanto mi cara de su pecho pensando que aún estoy soñando, y solo me pregunto ¿cómo puedo estar a salvo?

Con las yemas de sus dedos limpia mi rostro y mete detrás de mi oreja un mechón de cabello que se soltó. Me ofrece agua y todo me parece irreal. Bueno, no todo, porque el cuerpo inerte de Dorian sigue a mi lado. Mi cabeza se empieza a mover en diferentes direcciones.

Guerreros y lobos están muertos, varios caballos y hombres vestidos de negro me rodean.

—Es mi ejército —dice Emery.

—No entiendo. —Es lo que sale de mi boca.

—Sabía que venías por mí, pero desaparecieron, pensé que te habían atrapado, hace días que te busco.

—Dorian... —digo y no puedo acabar la frase.

Emery me levanta y creo que entiende que estoy en estado de conmoción, porque me sube en sus brazos.

—Lo siento —dice, sacándome del lado del príncipe.

Observo mis manos ensangrentadas, dándome cuenta que las había tenido encima del cuerpo de Dorian.

Sus hombres ya están moviéndose rápidamente quitando los cuerpos y armando alguna especie de tiendas.

—Nos quedaremos unas horas hasta que te curemos y también a los soldados heridos. Luego tendremos que movernos al norte, los lobos se agruparán y vendrán por nosotros. —Emery me introduce en una tienda. Me recuesta sobre una manta y detrás de él ingresa uno de los soldados vestido totalmente de negro. Al quitarse su capucha distingo un cabello rojo que llega hasta sus hombros, su cara blanca y su diminuta nariz me hace reconocer que es una mujer. Se arrodilla a mi lado para curar mis muñecas.

—Tranquila, todo estará bien, solo es superficial —afirma con una suave voz.

Emery se queda en el interior de la tienda examinándome. Aún no logro volver en mí, todo ocurrió tan rápido y todavía no creo estar viendo a mi hermano.

Me siento de un salto cuando otro recuerdo me azota.  
—¡Alen! —comento, alzando mi voz.

## Capítulo 11

Emery me sujeta antes de salir de la tienda y me obliga a detenerme.

—Primero, curaremos tus heridas —me dice con voz de mando.

—Primero, veré a Alen —Me suelto con fuerza—. ¿Dónde está?

—No creo que lo puedas ver, se encuentra muy mal herido. —Emery baja su vista.

—¿Dónde está? —vuelvo a repetir, esta vez mi voz sale con más seguridad. Me analiza unos segundos y después me hace un gesto para que lo acompañe. Me dirige hacia una tienda próxima que también fue levantada de manera rauda. Observo que entran y salen soldados de ella y me vuelvo a sorprender al ver varias mujeres entre ellos, todas llevan su cabello hasta sus hombros.

Identifico a Assel que trae un cubo con agua y mi mirada desciende hasta la mancha roja de su vestimenta.

—¿Cómo se encuentra Alen? —Me acerco al ver que se dirige a la tienda.

—Será mejor que esperes—responde con su semblante serio.

Me quedo parada afuera, dudando si entrar, al parecer, la pesadilla aún no se acaba, y tampoco creo que sea de mucha ayuda mi presencia en el interior. Mi vista vaga por los alrededores y encuentro a Emery hablando con varios soldados que ahora se han mimetizado con bandidos por las prendas completamente negras que llevan. Les da indicaciones, y de pronto el recuerdo que guardo de mi hermano es diferente, aunque siempre mostró un gran carácter, al igual que mi padre. Ahora, además, lleva consigo decisión y liderazgo. Su cuerpo también ha evolucionado, sus hombros son más anchos y su quijada lleva restos de una pequeña barba, haciéndolo parecer mayor a sus veinticuatro años, la misma edad de Alen. Su pelo claro, igual que el mío, va totalmente recogido, lo que indica que es un hombre preparado para la batalla.

—Será mejor que cambies tu ropa. —Una voz femenina a mi lado me habla. Es la misma mujer que quiso curarme en la tienda.

Dejo que me vuelva a guiar hasta su interior, esta vez obedezco y dejo que atienda mis heridas. No vuelvo a decir palabra, al tiempo que me ayuda con mi nueva vestimenta oscura; al menos, por una parte, es más cómoda para desplazarme que el vestido. No así mi trenza, que continúa balanceándose a la altura de mi rodilla.

—¿Te sientes mejor? —Me mira cuando termina de vendar mis muñecas.

Su pregunta me suena un tanto irónica, ya que estamos totalmente perdidos. Dorian ha muerto y ya no se podrá romper el encantamiento.

—¿Cuál es tu nombre? —La observo, es lo primero que se me ocurre preguntar antes de tocar el tema difícil.

—Elisa. —Me da una leve sonrisa.

—¿Cómo me encontraron?

—Desde que Emery supo del atentado al castillo salimos a tu encuentro, estábamos siguiendo los pasos de los lobos. Lamento que no hayamos llegado a tiempo. —Sin que lo mencione sé a qué se refiere.

—¿Qué haremos ahora? El encantamiento no se podrá romper.

—Hay otras formas, pero debes hablar con Emery.

“Fantástico”, pienso. Más secretos.

—¿Qué pasará con el cuerpo de Dorian? Merece una ceremonia—digo, aguantando las ganas de llorar otra vez.

—Por supuesto, así será. —Recoge las vendas y me hace una seña para que la acompañe.

Los soldados en el exterior continúan curando a los heridos, algunos al verme hacen una reverencia, después continúan con lo suyo. Elisa ingresa en una de las tiendas más grandes que han montado. Al interior, mi hermano se encuentra apoyado sobre una mesa mirando alguna especie de mapa, dos soldados de apariencia adulta lo acompañan.

—Tenemos que movernos rápido —dice uno de los hombres.

—Debemos pensar en alguna otra solución. No creo que lo mejor sea aliarnos con ellos, no confío en su juicio —contesta el otro.

Emery levanta su mirada al percibir mi presencia y los hombres al verme hacen una reverencia.

—Princesa, estamos muy agradecidos con los antiguos ancestros de haberla hallado. —El hombre más alto de barba blanca habla.

—Gracias. Hubiera deseado que llegaran antes. —El recuerdo del príncipe aún late en mi interior.

—Lo sentimos —habla el de tez oscura—, las pérdidas han sido innumerables y seguirán. Hay que prepararse.

Su comentario no me ayuda con mi estado de ánimo, si la primera noche hubiera cumplido mi misión, a lo mejor, esto ya hubiera acabado y Dorian seguiría con vida.

Elisa toma posición al lado de mi hermano y me indica que me acerque. Al aproximarme puedo apreciar el plano con diferentes marcas. Las rayas rojas sobre algunos poblados y territorios deben ser los lugares en donde se encuentran situados los lobos. La imagen de mi reino hace que recuerde a mi familia.

—¿Sabes algo del rey y la madre antigua? —Miro con esperanza a Emery.

—Sí. Los mantienen con vida, pero no sé por cuánto tiempo.

—Podríamos rescatarlos —digo, mirando a todos los presentes en el lugar.

—Es imposible —contesta Emery cabizbajo.

—Pero tienes un ejército. Alen me dijo que todos estos años te has estado preparando.

—Solo una parte del ejército está aquí, el resto se encuentra al borde del Bosque Blanco, se están organizando. Debes entender que no todos son soldados, algunos aún no están listos para combatir. Por lo tanto, debemos resistir y si observas... —Emery me indica el mapa—, el terrero que han tomado los lobos es todo el sur, su poder crece cada día, no alcanzaríamos siquiera a acercarnos al castillo sin que nos ataquen, y no podemos dejar por nada que te atrapen.

—Dorian está muerto, el encantamiento no se podrá romper —menciono de manera casi agónica, cuando la cara de mi príncipe se disuelve en mis pensamientos.

—Eso es un gran inconveniente y lamento la muerte de Dorian —Emery mira a sus compañeros—. Hay... otra forma.

—¿De qué hablas? ¿Aún se puede realizar?

—Sí, pero es mejor que descanses por ahora, ya hablaremos de eso. —Emery se acerca y pasa su brazo por mi hombro, dirigiéndome al exterior. Al instante pienso cómo extrañaba esto, pero al mismo tiempo mi alegría ni siquiera se asoma. Al salir de la carpa me detengo.

—Estoy cansada de las mentiras —me suelto de sus brazos y lo encaro—. Tú no tenías derecho a dejarme afuera de lo que sucedía. Pensé que no te volvería a ver, pensé que me habías abandonado.

—Lo hice por ti, por nuestro reino. No quería que supieras la verdad, porque para eso estaba yo, para encargarme de liderar el enfrentamiento que se avecinaba. —Emery acaricia mi mejilla.

—Ya no soy una niña, y por muy mayor que seas, ya no quiero más

secretos. —quito su mano porque no deseo que me embauque— Además, me mostraron las visiones.

—¿Qué? ¿Quién? —Emery abre los ojos y su expresión cambia.

—La misma hechicera que te habló a ti. Asila, esa mujer sí que da miedo.

—¿Qué viste?

—Solo cómo se habían entrelazado los lobos, la muerte que produjo eso y luego a Magnus que venía por mí.

—¿Eso fue todo?

—Sí, Alen interrumpió mi recorrido. ¿Qué pasa? ¿Tú lo has hecho?

—No, y lo lamento, tendría que haber estado más preparado.

—¿Qué haremos entonces? A lo mejor, es necesario encontrarla para que me muestre las visiones y a ti también. Faltan cosas por revelar, tal vez ahí podamos encontrar el misterio de cómo romper el encantamiento.

—No hay forma de encontrarla, ella aparece cuando estima conveniente hacerlo.

—No podemos continuar así, ya viste lo que hicieron con Dorian y Alen... No podemos dejar que sigan matando a nuestra gente, a nuestra familia.

—Hay otra forma, ya te dije, pero lo conversaremos después de la ceremonia de Dorian. Ahora, necesito reunir al ejército y reorganizarnos, tuvimos varias bajas. Además, iré al pueblo con un grupo, queremos buscar sobrevivientes y ayudar a quien lo necesite.

Un hombre se acerca e interrumpe a mi hermano, y antes que pueda continuar con la conversación, se aleja junto a él.

Mi mirada vaga hacia la tienda de Alen, la mayoría de los guerreros salen del interior, mis piernas antes que se lo indique ya se mueven hacia el lugar.

Al ingresar, mi mirada se clava en Alen, la mayoría de su cuerpo esta descubierto, su piel se encuentra vendada en varios lugares, muslos, brazos, torso, hombro. Respiro de manera honda y me aproximo. Sus ojos están cerrados y su respiración es casi inaudible. Assel termina de limpiar uno de sus brazos y al sentir mi presencia me mira con una leve sonrisa, pero sin expresión, más bien abatida. Quiero preguntar por el estado de Alen, pero entiendo que es crítico, por lo que le devuelvo la sonrisa y luego me arrodillo a su lado.

—Yo me quedaré, anda a descansar. Gracias por tus cuidados.

—Ustedes me salvaron, se los debo. —Assel asiente y luego se retira.

Observo el rostro de Alen hinchado y prácticamente no queda nada del apuesto caballero que es. Busco una tela limpia y la remojó en agua, con delicadeza comienzo a limpiar parte de su quijada, que aún se encuentra salpicada con sangre, cuando la imagen de Dorian me angustia nuevamente.

Mis lágrimas asoman otra vez y ruedan por mis mejillas, mientras pienso en que hace solo unos días mi mayor preocupación era mi boda real y escoger el nombre de mi heredero. Además de mis extensas horas de bordado con las doncellas, alguna visita a la cocina para ayudar con el pan y seleccionar telas nuevas para mis vestidos.

Ahora mi hogar se encuentra destruido, mi padre y la madre antigua cautivos, los lobos asolando gran parte del territorio y Dorian muerto. La ilusión que me había formado todos estos años, la cual sería mi oportunidad de conocer el amor, se ha roto. Ahora, en cambio, no sé qué es lo que tengo que hacer, ni siquiera tengo un lugar donde dormir.

Con la muñeca seco mi cara, pensando que estar en ese estado patético no me sirve de nada, no soluciona nada y no borra esta pesadilla. Vuelvo a meter el paño en el agua y sigo limpiando el cuello de Alen. Al menos, él aún está conmigo y sé que no dejará que me capturen, pero me enfurece que se encuentre en este estado. Cuando despierte no voy a permitir que nuevamente arriesgue su vida de esa forma, no me importa la promesa que haya hecho a mi padre o que Asila haya dicho que es su misión ayudarme. No puedo permitir que más personas mueran a causa de los lobos, ni que tampoco lo hagan por defenderme.

Alejo mis pensamientos y me concentro en Alen, tiene que volver, no me puede dejar sola. Sé que Emery me protegerá, pero todos estos días, mientras escapábamos, su presencia me hizo sentir segura.

Sigo la limpieza de su brazo y aseo sus fuertes manos que ahora se encuentran lánguidas. Luego, ordeno su cabello, peinándolo hacia sus costados, mientras pienso en lo que se avecina. Todo es nuevo y desconocido, pero me tendré que adaptar, los sueños de princesa desaparecieron y solo queda un futuro por el cual debo luchar.

Una idea me recorre, me incorporo decidida y examino a mi alrededor. Recojo un trozo de tela y la rasgo. Cojo mi trenza envolviéndola sobre mi cabeza, y realizo un amarre con fuerza dejándola totalmente suspendida. Su largo desaparece, así como desaparece el deseo que me cortejen o de que mi corazón se abra para alguien más, porque no hay cabida para eso, no por

ahora, y no sé si lo habrá en algún futuro.

Seco las últimas lágrimas que caen por mi rostro y me digo que no me abatirán, aunque me hayan mantenido con un manto cubierta para protegerme, no me esconderé, no lo haré más.

Respiro profundamente y continúo con la limpieza del cuerpo de Alen, él me necesita en estos momentos. Deslizo la tela por su abdomen y con cautela palpo los arañazos que se ciernen sobre él. Mi mirada viaja a un corte delgado que baja por su vientre y muevo un poco la manta para limpiar la herida que se extiende bajo ella, descubro más su cuerpo y me detengo justo en el borde que comienza a asomar su sexualidad, conteniendo la respiración, y pienso que estoy decidida a ayudar, pero no puedo traspasar su intimidad.

Antes de retirarme, una mancha negra llama mi atención. Al parecer, es el tatuaje de su fase, y no me puedo creer que lo tenga dibujado en el surco de su vientre al lado de... prefiero no decirlo, mientras que con la yema de mi dedo arrastro un poco más la tela.

Doy un salto cuando Alen se sienta de golpe y agarra mi mano con fuerza, como si se defendiera de un agresor. Al reconocermelo, emite un gran quejido y se vuelve a acostar, adolorido.

—¡Despertaste! ¿Cómo te sientes? —Al instante, quiero golpear mi cabeza, mi pregunta está de más.

—¿Qué pasó? —dice con la voz entrecortada.

—Emery. Nos encontró con su ejército —Me incorporo y le traigo agua—. Bebe con calma.

—Mi hombro, siento como si se desgarrara. —Alen aprieta los ojos mientras habla.

—Creo que es lo que se debe sentir si te atraviesa una flecha.

Respira de manera profunda y se detiene cuando un dolor, al parecer, lo inmoviliza.

—Por favor, no te muevas. —Acomodo su almohada y peino su cabello, retirándolo de la cara; sus ojos azules se encuentran apagados.

—¿Te hicieron algo? —logra musitar.

—No, pero... —Me quedo callada y me muerdo la lengua para no volver a llorar—, Dorian murió.

Alen no dice nada por varios minutos y tampoco sé qué decir al respecto.

—Necesito hablar con Emery. —Abre sus ojos y encuentra mi mirada.

—Ya vendrá a visitarte, ahora debes descansar.

—Yo debería cuidar de ti. —Exhala, haciendo un gesto de dolor con su rostro.

—Ya lo hiciste y, por favor, no quiero que vuelvas a exponer tu vida de esa forma.

—Te dije que no dejaría que te apresaran.

—Para la próxima vez deberías aprender a contar, no tenías como escapar de ese ataque.

—¿Me estás llamando la atención? —Me mira de reojo.

—Sí, y quiero que respetes mis decisiones, porque si me hubiera ido con ellos, Emery me habría rescatado y no estarías en estas condiciones.

—Lamento lo de Dorian. Tienes razón, fue mi responsabilidad.

—No lo digo solo por Dorian, sino también por ti. No puedo perderte.

—Tranquila —extiende su mano para tomar la mía—, no me perderás. Y ya escuchaste a la hechicera, te mantendré con vida.

—No tienes que pensar en eso ahora. Además, yo me puedo cuidar sola.

—Eso no lo discuto, has mostrado una gran fortaleza y valentía. La verdad, nunca pensé que enfrentarías a los guerreros de esa forma. —Alen vuelve a cerrar sus ojos y emite un nuevo quejido bajo.

—Iré a buscar a alguien que te pueda ayudar, deben poseer alguna hierba para que calme tu dolor. —Me incorporo para salir.

—Espera —Alen fija su mirada en mi cabello—. ¿Qué fue lo que hiciste?

—Solo lo amarré. Sé que es algo radical, pero si Assel lo cortó, yo lo puedo tomar.

—¿Lo amabas? —dice Alen con su semblante serio.

—No, pero sí pensé que sería la persona con la que estaría el resto de mi vida. Tenía la esperanza que fuera el elegido para que mi corazón lo abrazara.

—Sé que estamos en guerra, pero no debes perder las esperanzas, algún día podrás encontrar a ese hombre que te merezca y con el que liderarás a los reinos.

—Me cuesta creer tal cosa, y por ahora no estoy interesada en que mi corazón se abra a esa opción.

Salgo de la tienda sin querer permanecer más tiempo encerrada ahí. Mi pecho se contrae al pensar que realmente el amor no está destinado para mí. En el exterior, los hombres y mujeres que acompañan a mi hermano comienzan a reunirse para dar inicio a la ceremonia de despedida a los soldados abatidos en la batalla. Me acerco mientras mi pecho se comprime

ante las pérdidas que hemos sufrido, y como ya lo mencionaron, no serán la únicas.

Los soldados de Emery terminan de colocar ramas sobre los muertos y algunas flores silvestres que adornan su última morada. Si hubiésemos estado en mi hogar, la ceremonia de Dorian se habría realizado en la parte central del castillo y todos los habitantes del reino habrían venido a dar las condolencias por su pérdida. Ahora, solo los despiden un grupo de soldados, su cuerpo yace sobre las maderas listas para ser consumidas.

La voz de Emery me llega desde lejos, recita unas palabras que son mencionadas para esta ocasión, por lo que me arrodillo, realizando mis propias plegarias a los antiguos ancestros para que reciban al príncipe y a todos los hombres que han caído en estos días. También les ruego en silencio que me den la fortaleza para cumplir mi misión.

Observo la llama anaranjada que se alza en las manos de mi hermano, quien acerca la antorcha para quemar los cuerpos. Nos mantenemos en silencio, solo escuchando el ruido del fuego, cuando las brasas los consumen.

Un movimiento a mi izquierda capta mi atención. Alen se acerca cojeando, lo sostiene con dificultad Assel. Me incorporo de manera rápida y llego a su encuentro. Gran parte del peso cae sobre mí. Me gustaría decirle que vuelva a descansar, pero su expresión me indica que está decidido a estar en la ceremonia. No discuto y lo ayudamos a llegar hasta el borde junto a los demás. Unos segundos después, se sienta con dificultad y también cierra sus ojos. Nos mantenemos en el lugar hasta que los cuerpos son totalmente calcinados. Luego, la mayoría de los soldados se desplazan por la planicie, retornando a sus labores.

Emery se acerca y le da el brazo a Alen para ayudarlo a levantarse. Se dirigen hacia la tienda que dispuso mi hermano y en la cual se encuentra el mapa. Por mi parte, me gustaría quedarme un rato más para despedir a Dorian, pero no estoy dispuesta a que me dejen fuera de sus conversaciones otra vez.

Assel, a mi lado, se mueve de un lado a otro; al parecer se siente tan perdida como yo. Me acerco y la tomo del brazo para que me acompañe e ingrese conmigo a la tienda.

En el interior de la carpa, Alen se sienta en un taburete con gran trabajo. Noto como su quijada se tensa, estoy segura que realizó un gran esfuerzo al levantarse de la cama. Asimismo, nos acompañan los hombres adultos que se encontraban con anterioridad, y Elisa, la mujer que curó mis heridas, otra vez

se ubica al lado de mi hermano.

—¿Quién es ella? —Emery me pregunta mirando hacia Assel.

—Es una amiga —respondo.

—Creo que debería esperar afuera.

—No —digo, cerrándole el paso a Assel cuando se gira para marcharse—. Una de las cosas por la que estamos en estas circunstancias es por lo secretos. Ella también es un habitante de este reino que se encuentra a merced de los lobos. Todos tenemos derecho a saber qué pasará. Así que se quedará.

Todos me miran con una expresión de sorpresa, y antes que digan nada, me acerco a la mesa con mi frente en alto y sin ninguna pizca de titubeo.

—¿Cuál es el plan?

Emery me mira como si no me conociera, y no puedo culpar su expresión, la última vez que me vio en el castillo era solo una niña.

—¿Te quedarás toda la noche mirándome o dirás que es lo que hay que hacer?

—Princesa, creemos que por ahora estamos a salvo si lo podemos definir de alguna forma —Se decide hablar el hombre de barba blanca—. Uno de nuestros emisarios nos dijo que los lobos se dirigen al sur, siempre después de una batalla se repliegan.

—Nos quedaremos hasta mañana entonces —continúa Elisa—. De esa forma tendremos algunas horas para que nuestros heridos se repongan.

—Con un grupo me dirigiré a la aldea —Emery interviene—. Buscaremos sobrevivientes y algunas provisiones.

—Yo voy contigo —digo.

—No. Tú te quedarás en el campamento. —Alen me mira.

—Me parece que ninguno de los presentes está en condiciones de decirme qué puedo o no puedo hacer.

—Yo iré con ella —alza la voz Assel—. Tengo conocimientos en sanación, puedo ayudar.

—No. Ninguna de las dos nos acompañará. —Emery nos mira de manera severa.

—Yo no te conozco —Assel lo increpa—, y no estoy bajo tu mando, a la única que le debo mi lealtad es a la princesa.

—¿No sabes quién soy? —Emery levanta una ceja.

—No me interesa, hace unos días corté la sumisión hacia cualquiera. —Assel lo mira detenidamente.

—¿A qué hora nos vamos? —digo, cruzando mis brazos.

—Sí ella va yo también. —Alen intenta incorporarse.

—Eso sí que no —lo miro incrédula—. Tú ni siquiera deberías estar sentado acá. Acaso, ¿quieres que tus heridas se abran?

—En eso, la apoyo, hasta ahora es lo más sensato que le he escuchado decir. —Emery mira a mi guardián.

—En vez de discutir sobre quien va —interviene Elisa—, deberíamos analizar nuestros próximos movimientos.

—Eso lo veremos después. —Emery le da una mirada de precaución.

—¿De qué habla? —intervengo al notar la mirada reprobatoria de mi hermano.

—Creo que ella necesita saber a lo que se enfrentará. —Elisa ignora a mi hermano y continúa hablando.

—Ya dije que de eso hablaremos después. —Cierra el mapa sobre la mesa y me indica que nos vayamos.

—Espera —me quedo plantada en el lugar—, Elisa tiene razón, es mejor que me digas inmediatamente cual es la otra manera de romper el encantamiento.

—Princesa, es una de las posibilidades que hemos planteado, pero puede ser peligrosa —dice el hombre de tez oscura.

Emery camina intranquilo por el salón y evita mi mirada, al tiempo que Alen también guarda silencio.

—Hablen ya, no creo que pueda ser peor que caer en manos de Magnus. —Me comienzo a impacientar.

Emery se acerca y vuelve a desplegar el mapa sobre la mesa.

—Como observas Badru, nuestra tierra, está compuesta por cinco reinos importantes. Nuestra casa, la de Los Ciervos está unida con la de Dorian. Los lobos están situados al sur. Más allá del horizonte, cruzando el mar, está el reino de Los Osos, que se mantienen al margen de los conflictos de nuestro mundo.

—¿Los conoces? —pregunto. Desde pequeña vi a través de mi ventana del castillo cómo las embarcaciones viajaban a través del mar.

—No, lo que sí sabemos es que su heredero es mujer, por lo que no podemos contar con ellos para que nos ayuden —Emery prosigue—. El reino de Vulpis del norte, donde nos hospedamos cerca del Bosque Blanco, y sus herederos no están en edad de procrearse, son unos niños.

—No queda nadie más —afirmo, observando las líneas que atraviesan los valles dibujados sobre la hoja amarillenta.

—Hay una alternativa —Emery dirige su dedo hacia las montañas. —En Las Altas Montañas de Aquilón el rey tiene un heredero de sangre.

—Espera, son unos forajidos, no poseen un linaje puro —expreso, abriendo mis ojos y recordando el encuentro que tuve con uno de ellos en la casa de las mujeres rapadas.

—Sí lo tienen, pero desecharon hace mucho su sucesión al trono. No les interesa liderar, solo quieren vivir bajo sus reglas y apoderarse sin esfuerzo de las provisiones de otros reinos.

—Eso no me lo habías dicho —interviene Alen.

—Pensé que no llegaríamos a plantearnos esa posibilidad.

—¿Por qué no? —pregunta Assel a mi lado.

—Porque no son personas confiables, no quieren someterse a ninguna casa y menos liderar los reinos.

—¿Y qué te hace pensar que querrán unirse en contra de los lobos? —inquire Alen con semblante serio.

—No lo sabemos, pero es la última alternativa que nos queda. Si Eleonor concibe a su heredero con ellos, los lobos ya no podrán obtener el poder que buscan y los podremos doblegar.

—Sé que tengo una obligación con mi reino, pero el encuentro que tuve con ellos no fue muy alentador, me querían llevar de regalo a su rey por ser virgen —explico, recordando el episodio.

—¿Cuándo fue eso? —dice Emery.

—En el primer poblado que nos detuvimos. —Alen me mira.

—Princesa, es necesario hacer esto —habla Elisa—. Es necesario que, al menos, lo intentemos.

—¿Cómo están tan seguros que el reino de Aquilón no está confabulado con los lobos? —formula Assel.

—No lo sabemos, es un riesgo que debemos correr —sostiene Emery, clavando su mirada en Assel. Al parecer, no le agradan sus intervenciones.

—Si me permiten entrometerme —habla el adulto de tez oscura—, yo no me fiaría de ellos. Creo que no es una buena estrategia.

—Créeme que si hubiera otra salida no lo haríamos. —Emery se sienta abatido sobre una silla.

—La hechicera dijo que no era tan fácil romper el encantamiento —hablo con cierta esperanza—. Tal vez, sí exista otra forma.

—Mientras no encontremos otra solución, es lo que haremos, tendremos que correr ese riesgo. —Emery se levanta y agarra sus espadas. Elisa lo imita

y el resto nos quedamos observando en silencio lo que allí sucede.

—¿Vienes? —Emery pasa por mi lado.

—No, prefiero quedarme —respondo, mientras mi estómago continúa rígido al saber que tendré que entregarme a un nuevo hombre que no conozco y ni siquiera sé si será lo suficientemente considerado conmigo.

## Capítulo 12

Salgo de la tienda, ya que siento que el aire se comienza a diluir. La voz de Alen me llama, pero no le hago caso, emprendo mi camino hacia el riachuelo.

Siento una presencia que me sigue, y de reojo me doy cuenta que es Assel. Continúo por el borde del agua hasta alejarme lo suficiente de los soldados. Me siento sobre una piedra y observo como el agua escurre, siguiendo su cauce. Assel se queda a una distancia prudente; al parecer, para no invadir la privacidad que anhelo en este momento.

Aún no asimilo las revelaciones de mi hermano. En primera instancia, me había preparado desde los quince años para mi matrimonio con Dorian y sobre todo para nuestra primera noche, pero ahora, y en un par de días, conoceré al príncipe de Aquilón de Las Altas Montañas y me tendré que entregar a él.

Prefiero bloquear esa imagen de mi cabeza, por lo que seco mis manos que han comenzado a sudar. Fijo mi mirada en el río, las ondulaciones que realiza llegan al borde y desaparecen, así como mi destino que a cada rato se desvanece; solo debo continuar fluyendo como el agua que no se detiene. De pronto, unos gruñidos a mi espalda me hacen voltear.

Me levanto al ver a Alen que se acerca afirmado en una gran rama que ocupa como bastón. Todavía me sorprende ver su rostro magullado, pero al menos sus ojos han vuelto a tener más vida de la que presencié en la tienda horas atrás.

—Deberías estar descansando —digo y voy a su encuentro para ayudarlo.

—Si tú no desaparecieras así, lo podría hacer. —Alen emite un nuevo quejido al sentarse.

—Tus heridas se abrirán si no las cuidas. —Assel se levanta para marcharse.

—No tienes que irte —le digo.

—Voy por comida. Tranquila. —Assel se aleja.

Me mantengo frente a Alen, mirándolo de la forma más amenazadora que puedo para mostrar mi disgusto, y como siempre, termina leyendo mis pensamientos.

—No me das susto. —Levanta una ceja.

—Tú a mí sí, no quería decirlo, pero tu cara está para la noche de

máscaras. —Evito esbozar una sonrisa.

—Qué bueno que estés de mejor humor después de lo que dijo Emery.

—¿Qué puedo hacer? Como dijiste, soy la heredera de luna llena y no tengo muchas opciones.

—No debes hacerlo si no quieres.

—¿Puedo negarme y dejar que todos los reinos caigan en la oscuridad?

—Retiro mi mirada, porque esa respuesta la conozco.

—Podemos buscar otra manera.

—Ahora sí que estoy perdida, hace un par de días eras el primero en entregarme a los brazos de Dorian sin importar en dónde concibiéramos al heredero, y ahora no quieres que entregue mi virtud a cualquier hombre.

—Porque era Dorian, y lo conocía, era un caballero. Además, con él habrías estado a salvo. Al príncipe de Aquilón no lo conozco, por lo que sé de su gente no tienen mucho respeto por las mujeres, ya viste lo que ocurrió en el poblado.

—Tendré que cumplir de todos modos con mi obligación, no puedo dejar que arrasen con Badru.

—Lo entiendo, pero yo hice un juramento y no dejaré que vuelvas a correr peligro.

—No podrás estar en la alcoba para cuidarme —digo con cierta resignación.

—¿Quién dijo que no?

Abro mis ojos y encuentro su mirada.

—No, es verdad —Alen se acomoda—, pero creo que es demasiada responsabilidad para que la cargues sola, si no quieres, no lo deberías hacer.

—Insisto, no tengo muchas opciones —Vuelvo mi mirada al río—. ¿Sabes si al menos, es joven?

—No lo sé. ¿Te preocupa su apariencia?

—Sé que no me debería importar, pero sería menos brutal si tuviera una apariencia agradable, o acaso, ¿tú te metías en la cama de la cocinera?

—Aunque hubiera querido, no cabíamos los dos. Creo que de ella habríamos sacado unas cuatro Eleonor fácilmente.

No puedo evitar sonreír ante el comentario, y mi risa desaparece cuando veo una gran mancha roja en la venda sobre su hombro.

—Tu herida —me incorporo de inmediato—. No te deberías haber levantado.

—Una flecha no me matará. —Levanta un poco su brazo.

—No te hagas el valiente ahora, la pérdida de sangre hará que te debilites. —Me agacho para ubicarme a su lado y paso su brazo sobre mi hombro.

Nos dirigimos a la tienda donde fue atendido anteriormente y lo dejo recostado, mientras salgo en busca de los sanadores. Después de varias vueltas al campamento improvisado, no los encuentro, me dicen que fueron todos con mi hermano al pueblo. A Assel tampoco la diviso por ninguna parte.

Vuelvo junto a Alen y le quito el vendaje que ahora ya se encuentra totalmente cubierto de rojo. Busco a mi alrededor y aún hay vendas y agua. Me acerco al taburete de madera y ubico la aguja e hilo con el que fue cosido la primera vez. No tan decidida me acerco para limpiar la herida.

—Ahora no gruñas, te lo mereces por haberte levantado —digo, quitando los restos de sangre.

—Ya no estás muy amable. —Alen cierra los ojos cuando paso cerca de la herida abierta.

—Se supone que me tienes que cuidar y así no lo harás. —Tomo la aguja y enhebro el hilo, nunca he cosido piel, pero no puede ser tan diferente a coser un pantalón, pienso dándome ánimo. Trago saliva y acerco la punta a la carne.

—Lo harás bien —Alen sujeta mi mano antes que comience y me mira de manera fija—, confío en ti.

Me quedo mirando sus ojos y por un momento veo claramente el rostro de Alen, el que ahora está oculto debajo de sus magulladuras. Sé que me dice que confía en mí porque soy la única opción disponible.

—No te muevas, es mi primera vez, y no sé si lo haré bien. —Clavo la aguja y aprieto mis dientes cuando veo el hilo traspasar la piel.

Después de unos largos y extenuantes minutos doy la última puntada y corto el hilo. Exhalo el aire que he mantenido comprimido y dejo que mis rodillas se doblen y toquen el suelo; el temblor de ellas ya no lo podía contener más. Limpio con mi muñeca el sudor que se desliza por mi frente.

—¿Fue un árbol o un ciervo? —Alen me mira con semblante pálido, sé que el dolor debe haber sido insoportable, pero lo disimuló como un guerrero.

—No entiendo.

—Por tantas puntadas, asumo que estabas creando algún diseño, ¿árbol o ciervo?

—Para la próxima te bordaré todos los animales de Badru si no te

cuidas.

—Insisto, estás bastante gruñona. Me parecías más agradable cuando sonreías.

—Primero, no tengo muchos motivos para sonreír. Segundo, nunca te he simpatizado, no entiendo por qué te interesa mi estado de ánimo.

—¿Quién dijo eso?

—Tú y Emery siempre escapaban de mí.

—Porque eras más pequeña, ahora eres una mujer.

—No trates de levantar mi ánimo, sé que no me ves de esa forma. Me lo dijiste.

—Que yo no te pueda tocar, no quiere decir que no seas hermosa y deseable para los hombres. —Alen clava su mirada en mí.

—¿Hablas en serio o es un segundo intento por hacer que me sienta mejor?

—Hablo en serio. Nunca bajas tu cabeza, si no hubieras sido la princesa, habrías tenido una larga fila de pretendientes.

—Eso no lo creo. ¿tú me habrías mirado en ese sentido? —Apenas digo eso, quiero enterrar mi cabeza en la tierra. ¿Por qué me interesa lo que opine Alen?

—Lo que yo crea no es importante. Además, me crié contigo. —Alen desvía la mirada.

—¿Me ves como tu hermana? —Mis manos se cierran, apretando mis palmas, ¿por qué le sigo preguntando aquello? Sus respuestas solo lograrán que me abata más.

—Sí, algo así. —Alen se incorpora de lado para tomar el jarro de agua.

Al escuchar sus palabras percibo que el aire en el interior se vuelve denso y mis mejillas se entibian de vergüenza. Me acerco al jarro para extenderse y al observar que se encuentra vacío, pienso que es la oportunidad para salir de la tienda.

En el exterior respiro hondamente, al mismo tiempo que me gustaría golpear mi cabeza contra un árbol, mientras formulo ¿por qué me sigue importando que Alen me vea como su hermana? imagino que es porque él posee gran experiencia con mujeres y, tal vez, su opinión podría influir en mi confianza, lo que es en el fondo, una soberana estupidez. Mi destino nuevamente se encuentra ligado a un nuevo hombre, al cual no conozco y que, al parecer, no tiene importancia, ya que es mi obligación.

Declino volver a entrar a la carpa de Alen y al primer soldado que

observo le entrego el agua para que se la haga llegar. Deambulo por el lugar hasta que llego a un sector en donde tienen varias espadas apiladas sobre una carreta. Las examino y tomo una de ellas, su peso hace que se me dificulte alzarla. Me llegan golpes de acero y veo un par de hombres entrenando a unos metros, al menos esto me puede distraer de la situación de la carpa de momento atrás.

Me acerco de manera cautelosa, no quiero interrumpir. Me siento a unos pasos y contemplo los movimientos que realizan. Sus piernas se mueven de manera ágil y con seguridad. Sigo pensando que es necesario que aprenda a luchar, no quiero volver a encontrarme con algún lobo y tener que coser su boca para que no me muerda.

A mi derecha, un ruido que corta el viento capta mi atención, una de las mujeres practica con su arco. Toma una nueva flecha y luego tensa la cuerda. Al momento de lanzarla, acierta en el blanco.

En esta oportunidad sí quedo hipnotizada con su habilidad, porque más que fuerza en ello se necesita concentración. Realmente, creo que esto sí lo podría realizar.

Me levanto motivada y corro sin pensar, necesito volver con Alen, lo he visto en acción y es un experto con el arco, sé que él me puede ayudar y no aceptaré un no por respuesta. Mientras me dirijo hacia su tienda, también recuerdo que es experto en varias cosas más, las conversaciones de las doncellas se cuelan en mi cabeza y no me debería importar que también sea un buen amante, aunque la curiosidad de a qué se referían las mujeres me sigue intrigando. Sacudo mi cabeza para quitar esos pensamientos, ya que deberé entregarme de todas formas a un hombre que no conozco y espero que sea, al menos, amable.

Llego a la carpa y con la mano descorro el manto que es utilizado como puerta, ingreso rápidamente y mi cara se desfigura al ver la escena. Quiero girarme, pero mi vista se clava en el cuerpo desnudo de Alen. Su espalda ancha deja a la vista el surco que muestra el camino que recorre su columna, su musculatura es definida y si la tocara estaría segura que es firme. Mi mirada baja y no la puedo detener. Sus nalgas son redondas y forman un semicírculo perfecto, como si dos lunas se hubiesen posado ahí.

—Eleonor, ¿qué haces? —Se agacha para recoger su vestimenta y se tapa su virilidad sin dar la vuelta.

—¿Qué haces tú? —digo casi de forma agónica al ser descubierta.

—Necesitaba lavarme —Se gira y los músculos que bajan por sus

caderas marcan el recorrido hacia su masculinidad, casi invitando a trazarlo. Su mirada está fija en mí y sus ojos relucen—. ¿Me seguirás mirando?

—No. —Me volteo de manera rápida y golpeo con mi rodilla un cubo de agua que se derrama en mis pies.

No me detengo a recogerlo, salgo casi corriendo del lugar, por la prisa que llevo me tropiezo con alguien.

—Princesa, ¿estás bien? —Assel me alcanza a tomar antes de caer.

—Sí. —Recupero mi agitada respiración.

—Parece que viste un fantasma.

—Casi.

—¿Alen está bien? —Me mira un tanto preocupada.

—Sí, está perfecto. —Desvío mi mirada y espero que mis mejillas no estén tan encendidas como las siento.

—¿Puedo entrar? —Me indica hacia la tienda con nuevas vendas en sus manos.

—Creo que por ahora necesita privacidad.

—Entiendo. —Me mira y esboza una pequeña sonrisa.

La tomo del brazo y la guío hacia el lugar contrario.

—¿Dónde estabas? Hace un rato atrás te busqué —comento tratando de cambiar el tema y olvidar las imágenes del cuerpo de Alen que siguen en mi cabeza.

—Revisando a algunos heridos.

—Te agradezco mucho tu ayuda.

—La agradecida soy yo.

—Quiero que sepas algo —Me detengo y hago que me enfrente para encontrar su mirada—. Tú eres libre, no tienes ninguna obligación ni conmigo ni con mi hermano, por lo que puedes hacer lo que quieras.

—Lo sé, pero no tengo donde ir y me gustaría poder ayudar. Tengo familia en otros poblados y no me gustaría que fuesen asesinados.

—Lo entiendo, y estamos haciendo todo lo posible para que eso no suceda. —Nuevamente la responsabilidad recae sobre mis hombros.

—No es solo tu responsabilidad, tampoco es tu culpa que los guerreros del Valle Oscuro tengan ansias de poder y aniquilación —responde, adivinando mis pensamientos.

—Lo sé, pero también sé que nací marcada y que este es mi destino. No puedo dejar que nuestro territorio sucumba ante ellos.

—Creo que necesitas descansar, has pasado por muchas situaciones

estos días. —Assel comienza a conducirme hasta la tienda en la que había sido atendida.

—No sé si pueda cerrar los ojos, hay tanto que me preocupa —digo, ingresando al lugar.

—Al menos, tiéndete —Assel arregla la cama improvisada—, necesitas reponer fuerzas, siento que esto recién comienza.

Asiento, ya que tiene razón, porque algo en mi interior dice que, de cierta manera, es solo el inicio.

—Te traeré algo para que comas.

—Gracias por todo —agradezco sinceramente, su compañía me infunde calma—. Me avisas si regresa Emery.

—Sí, por supuesto.

—Y no le hagas caso a mi hermano, está muy preocupado.

—Creo que desde que corté mi pelo —indica su medio moño—. Me liberé de muchas cosas y nunca dejaré que un hombre me vuelva a someter.

—Me parece bien, me encantaría poder decir lo mismo.

—Que tengas que fecundar al heredero, no quiere decir que debas aceptar imposiciones. Eres la heredera, por lo que tú debes liderar. —Me brinda una media sonrisa y sale de la tienda.

Me tiendo de lado y sigo pensando en sus palabras. Hasta el momento solo había pensado en las obligaciones que debo cumplir, pero también tendré que transformarme en líder, si es que logramos combatir a los lobos. No me hace mucho sentido eso, si actualmente, es difícil que me vean como su reina si ni siquiera puedo decidir con quién me acostaré, y casi me están vendiendo al mejor postor en un mercado de comerciantes.

Exhalo enérgicamente. Al parecer, no podré descansar nunca más. Quiero bloquear un instante esos pensamientos, pero también, y al instante, la piel de Alen aparece. Cierro mis ojos y me volteo hacia el otro lado, no sé cuál de los dos pensamientos son más inquietantes, “el de los reinos”, claramente me digo. Alen es solo un hombre con el cual he ido descubriendo el cuerpo masculino, aunque debo asumir que varias veces mi aliento se ha escapado, no sé si de la impresión de descubrir algo desconocido para mí o...

Me vuelvo a girar sobre mi espalda y alejo esos pensamientos, mantengo mis ojos cerrados y busco en mis recuerdos alguna imagen tranquilizadora. Las evocaciones viajan al castillo y a las sesiones de costura. Miles de bordados yacen en mi antigua habitación, por lo que trazo en mi mente las puntadas y los dibujos realizados.

Después de un rato de recordar los colores de los hilos y las texturas de las telas, mi mente al fin descansa y mi cuerpo también. Y así, me dejo llevar por el inconsciente sueño de una vez.

Abro mis ojos en plena oscuridad, no me puedo mover y no distingo nada. El ruido de pisadas que se acercan me alerta y trato de incorporarme, pero algo me tiene atada al suelo. Ahora son varias pisadas y escucho el aullido de un lobo a lo lejos, mi corazón se acelera y mi respiración se comprime. Logro levantar mi cabeza y mi vientre lo observo abultado. No puede ser, no puedo estar embarazada, eso es imposible. Trato de gritar, pero sigo inmovilizada. Las pisadas se acercan y la luz tenue de la luna me llega, no estoy en mi tienda, estoy en el bosque y entre las sombras se mueven rápidamente, algunas siluetas.

Los árboles a mi alrededor comienzan a moverse y un nuevo aullido atraviesa el lugar. Las hojas se levantan con un cálido viento y las figuras se pierden en la oscuridad. Quiero gritar nuevamente, pero no lo puedo hacer. A mi izquierda una nueva forma cobra vida, pero no la logro distinguir porque va cubierta de negro. Realizo más fuerza en mis movimientos para levantarme, pero todos mis intentos son infructuosos. La figura negra se desplaza, acercándose, lleva en su mano un bastón, y reconozco las ramas con forma de astas de ciervos. Es Asila. Ansío gritar su nombre, quiero moverme, quiero entender qué ocurre. Ella levanta sus manos y quita la capucha de su cabeza, pero no es ella.

Grito, grito y grito, aunque mi voz no sale de mi garganta al ver la cabeza de un lobo que abre sus fauces hacia mi estómago.

—¡Eleonor! —Una voz masculina me llama.

Mi cuerpo se mueve bruscamente y quedo liberada, me empiezo a arrastrar hacia atrás, alejándome del animal.

—¡Eleonor! —Un nuevo llamado.

Trato de moverme lo más rápido que puedo y no lo logro, cuando el lobo entierra sus colmillos en mi vientre.

Abro mis ojos de golpe y estoy gritando, estoy en la tienda, y Emery se encuentra sobre mi cuerpo zarandeándome. Dejo de gritar y miro hacia todos lados, desorientada. Asila no está, ni el lobo, ni la abultada barriga. Respiro y calmo mi corazón. Creo que soñaba y eso es realmente lo que espero.

—Respira —dice mi hermano, demostrándome con su semblante que está muy preocupado.

Obedezco a su indicación y continúo inhalando la mayor cantidad de

aire que puedo. Al tragar saliva mi garganta escose. Ante ello me doy cuenta que sí estuve gritando.

—¿Qué viste?

—Solo fue un mal sueño —contesto, tratando de creerlo también, pero fue tan real—. ¿Qué pasó?

—Al regresar, los caballos se comenzaron a inquietar, pensamos que podían haber vuelto los lobos, pero no había nada. Luego te escuché gritar.

—¿Por qué estaban inquietos?

—No lo sé, pero fue sumamente extraño.

—Asila, la vi. Bueno, creo que era ella. —Me siento con una de mis manos sobre mi pecho, todavía mi corazón está agitado.

—Emery —ingresa Elisa a la tienda con semblante pálido—, debes venir.

Se levanta y me da una mano para que lo acompañe. La mayoría de las tiendas están ladeadas y las hojas de los árboles dispersas como si una gran ventolera las hubiera azotado.

—¿Qué pasa? —Emery sigue a Elisa hacia las últimas tiendas donde se encuentran alojados los heridos.

—Míralo con tus propios ojos. —Elisa levanta la tela de la carpa para que ingresemos.

Dos soldados se encuentran sentados y se quitan sus vendajes. Espero ver unas grandes mordeduras, pero solo tienen unas marcas de color rojo y la piel está totalmente sana.

—La hechicera —afirmo sin dudarlo.

—Esto es imposible. —Emery examina de cerca a los hombres.

—Cuando estuve en su choza sanó a Dorian y mis heridas también fueron cicatrizadas —Levanto mi palma en donde la piel tiene un tono más oscuro de lo normal—. Me quemé la mano al escapar del castillo y no tengo ninguna marca.

—Hay que buscarla. Aún debe estar por aquí. —Emery mira a Elisa y salen con premura.

Los sigo y me gustaría decirles que, si Asila no quiere, no la encontrarán, porque vi como había desaparecido en la noche. De lejos diviso a Assel que sale de la tienda de Alen y corro a su encuentro.

—¿También se recuperó? —formulo con mi voz llena de esperanza.

—Sí, ya está tomando sus espadas. —Sonríe.

Me gustaría entrar y observar su mejoría, pero después de haberlo

mirado descaradamente desnudo, la vergüenza aún me acompaña.

—Necesito decirte algo. —Tomo a Assel del brazo para que me acompañe. Nos alejamos, cruzándonos entre todos los soldados que se mueven en los alrededores y otros que sonrían, mirando sus heridas que han desaparecido.

—Tuve un sueño —La observo directamente a sus ojos negros—. En realidad, creo que fue como una visión. Si Asila estuvo acá algo me quería mostrar.

—¿Qué fue lo que viste?

—Estaba en el bosque y mi vientre estaba abultado como si ya estuviera embarazada. Los lobos merodeaban, pero no se acercaban, la silueta de Asila estaba cerca de mí, pero cuando quiso mostrar su rostro, no era su cara, era un lobo negro que mordió mi vientre.

—Tranquila —me dice. Creo que debo continuar pálida y agitada.

—No lo lograremos, algo me lo dice, los del Valle Oscuro me poseerán.

—No digas eso, nadie dejará que eso ocurra.

—Assel, aún faltan tres semanas para que nuevamente me encuentre fértil, eso es mucho tiempo, y si los hombres de Aquilón no quieren unirse con nosotros, ¿qué vamos hacer?

—Debes hablar con tu hermano.

—No, no se lo dirás a nadie —La miro de manera seria—. No quiero que pierdan las esperanzas. A lo mejor, solo fue una pesadilla.

—Está bien, quédate tranquila, no diré nada.

—Gracias.

Emery se acerca a grandes zancadas.

—No hay nada —dice de forma molesta—. ¿Por qué lo hizo?

—Tal vez, nos quiere ayudar. —Assel lo mira.

—¿Por qué?

—Estamos en desventaja, teníamos muchos heridos y ahora tu ejército otra vez está fortalecido.

—Sí, lo agradezco, pero no me deja de extrañar cuáles son sus motivaciones —insinuó meditando el porqué de su ayuda.

—La mayoría no quiere que los lobos asuman el poder, puede ser solo eso. —Assel da un paso atrás para alejarse de mi hermano.

—Puede ser, pero necesitamos encontrarla, necesitamos que nos dé más información. —Emery continúa examinando a su alrededor.

—Creo que ahí si estás perdido, ella aparece cuando estima conveniente

—respondo, recordando la forma que desapareció la noche en que la conocí.

—Bueno, ya que nos encontramos todos en condiciones, emprenderemos la marcha en este momento. —Emery se aleja.

Me quedo mirando a los soldados como comienzan a tomar sus pertenencias, las mías son solo las que llevo puestas en este instante.

Veo pasar a la mujer que vi practicando con el arco y las ganas de aprender aún están intactas. Hablaré con mi hermano para que le diga que me enseñe.

—¿Estás lista? —Alen se para a mi lado.

—Sí —respondo de manera seca y sin mirarlo, su imponente figura la siento a mi lado. ¿Qué me pasa?

—Vamos, te buscaré un caballo.

—No, gracias, buscaré uno con Assel. —Me muevo hacia el otro lado y tomo a mi doncella del brazo, casi arrastrándola.

—¿Qué pasa? —Me mira confundida.

—Nada, solo quiero hacer algo por mí misma.

Nos acercamos al lugar donde se encuentran los animales pastando y uno de los soldados nos ofrece ayuda. A los minutos ya estamos montadas. Alzo las riendas y nos unimos a la caballería que se desplaza al norte, hacia Las Altas Montañas. No sé qué encontraré en ese lugar, lo único que sé, es que debo mantenerme con vida y lograr que el rey de Aquilón acepte unirse a nosotros. Las visiones aún hacen que mi piel se erice, por lo que lucharé por no estar en las manos de Magnus otra vez.

## Capítulo 13

Nos desplazamos la mayor parte de la noche, a medida que avanzamos nos acercamos a Las Altas Montañas. Me he mantenido junto a Assel y he tratado de evitar estar cerca de Alen. Él, al encontrarse físicamente en buen estado, cabalga junto a Emery liderando el grupo de unas treinta personas. Mis muslos una vez más se quejan del dolor por lo duro de la montura y solo nos hemos detenido lo estrictamente necesario para que descansen nuestros caballos.

Aún están latentes en mi memoria las visiones del lobo atacándome. Me sigo preguntando por las motivaciones de la hechicera en ayudarnos y por qué no se dejó ver si realmente quiere colaborar. Hubiera sido de mucho más apoyo si nos dijera lo que realmente se debe realizar para romper el encantamiento. Mi padre y la madre antigua se encuentran a merced de esos tiranos y si no logramos convencer al rey de Aquilón que se una a nuestra causa, no sé qué más se podrá hacer.

Espero que mis visiones no sean verdaderas y en este momento debo concentrarme en ser bastante persuasiva con el príncipe para que acepte que fecundemos al heredero. Sé que es mi obligación y no me puedo negar, solo espero que su apariencia sea amigable para que mi misión sea más llevadera.

—¿En qué piensas? —Assel se ubica al lado de mi caballo.

—Espero que la gente de Las Altas Montañas nos quiera ayudar.

—Si les preguntara yo, creo que su respuesta sería negativa, pero tú eres la princesa, haz valer tu derecho.

—Es difícil pensar en algo como eso —bajo mi cabeza, observando mi vestuario, botas cortas oscuras, pantalón y camisa negra. Mi pelo tomado—, estoy lejos de sentirme una princesa.

—Los líderes no se miden por su ropa, se valoran por su carácter—Assel me mira fijamente—. Debes tener confianza, estás marcada con la luna llena y en tu sangre llevas las características que te hacen ser la indicada para ser la nueva monarca.

—A lo mejor, se equivocaron conmigo —menciono, pensando que solo he demostrado desconcierto frente a todos los hechos que hemos enfrentado.

—Estás equivocada, has demostrado una gran fortaleza para sobrellevar todo lo que sucede, y si no tuvieras perseverancia, no estarías arriba de este caballo montando hacia tu próximo destino. Aún crees que puedes vencer a

los del Valle Oscuro, nunca te he visto titubear. Cuando me salvaste o cuando nos atacaron los lobos, si eso no es valor, no sé lo que es. Creo que para que te encuentres lista solo necesitas creer que sí llevas el liderazgo en tu sangre.

La miro unos segundos atónita ante su análisis, no porque crea que está loca, más bien porque sus palabras tienen sentido. Assel había percibido algo que no había logrado ver o no me había detenido a considerar. Solo había actuado de manera instintiva, y tal vez sí poseo la fuerza para enfrentar todo lo que vendrá.

—Sí la tienes. —Asiente como si leyera mis pensamientos, cuando esto me vuelve a sorprender.

—¿Por qué estás tan segura?

—Créeme, si hubiera sido tú, me habría arrojado al suelo a llorar. No cabalgaría con la frente en alto como lo haces tú, al encuentro de un hombre que no conoces para que tome tu cuerpo.

—En eso estás equivocada, tú eres más valiente que yo, sin dudarlo cortaste tu cabello.

—Lo hice porque para mí no era importante. Además, nunca soñé que me casaría por amor como otras mujeres, siempre supe que no era mi destino.

—No deberías decir eso, eres joven y hermosa, nunca debes perder la esperanza.

—Esas son palabras de una reina. Aunque estás en condiciones desfavorables, aún tienes la esperanza inserta en tu ser y es lo que me ayuda a seguir también adelante.

—¿Cuál es tu fase? Tu marca no está a la vista.

—Nací en luna menguante, mi dibujo está en mi pierna. Cuando pequeña pensé que era el lugar que me causaría menos dolor cuando lo hicieran.

—Bueno, te debo decir que el coraje corre por tus venas al igual que la lealtad, perteneces a la misma fase que Alen.

—Él es más fuerte que yo y creo que no se detendrá ante nada. Lo veo en su mirada, te protegerá.

—Sí, lo sé, es parte de su lealtad hacia mi padre.

—No creo que sea solo eso.

—¿A qué te refieres?

—A nada en particular —Mira a su alrededor y baja la voz—. Por favor, podrías mantener en secreto que soy pura, los hombres se tienden a sentir atraídos por eso y no quiero que me cortejen.

—Por tu cabello te mimetizas bastante bien con una guerrera, pero tranquila, no diré nada.

Los caballos disminuyen su velocidad hasta detenerse, levanto mi cabeza para ver qué es lo que sucede. Entierro los talones en el animal para que avance hasta llegar al lado de mi hermano.

—¿Qué ocurre?

—Llegamos a Aquilón —dice con su mirada al frente.

Las montañas aún se divisan alejadas y el camino se muestra en ascenso, rodeando las laderas para sumergirse en las colinas. Frente a nosotros nos dan la bienvenida dos paredes de piedras puntiagudas, lo suficientemente altas para no pasar desapercibidas. Al levantar mi frente contemplo dos representaciones talladas que se posicionan sobre las rocas. La figura de dos águilas con sus alas en descanso me impresiona, es el animal de esta casa. Los picos largos y afilados destacan en la pequeña cabeza, al igual que los diminutos ojos que nos observan. Es lo que más llama mi atención, la mirada es profunda y alerta. Sus plumajes están labrados con precisión, hasta podría pensar que en cualquier momento alzarán su vuelo.

—¿Qué esperamos? —inquiero, alzando mi voz.

—¿Estás ansiosa por conocer a tu nuevo príncipe? —Alen me habla en un tono seco.

—Mientras antes terminemos con esto, mejor —respondo y tiro de mis riendas para que el caballo emprenda su marcha.

No vuelvo la cabeza y avanzo por la senda que me guiará hasta mi próximo destino. En mi interior estoy aterrada por lo que me espera, pero las palabras de Assel aún calan profundo en mi pecho y creo que tiene razón.

—¿Estás bien? —Emery se ubica a mi lado.

—Estaría mejor si estuviera en el castillo con mi familia.

—Lamento que tengas que hacer esto, también habría preferido otra vida, pero nuestro destino se encuentra trazado desde que nacimos.

—Lo sé —Lo miro detenidamente. En el campamento no tuvimos mucho tiempo de conversar. —¿Cómo fueron estos años? Quiero decir, pensé que estabas feliz y enamorado, y por un lado eso siempre me reconfortó.

—Cuando la hechicera se presentó en el castillo y habló con nuestro padre, la madre antigua pensó que lo mejor era que no conociéramos esta información. Hace un par de años los escuché comentar lo que vendría. De inmediato, supe que debía colaborar y no quería que vivieras en angustia toda tu adolescencia. Cuando tuve edad suficiente, viajé al reino de Vulpis, cerca

del Bosque Blanco. Oculto y de a poco comencé a levantar un ejército. Todos los años fueron de búsqueda y de mantenernos en las sombras, esperando. No he tenido mucho tiempo de descansar ni de pensar en mí. Toda mi voluntad se encuentra dispuesta en lograr que Badru no sucumba.

—¿Nunca ha habido una mujer entonces?

—Ha habido muchas, pero ninguna importante —Mira de reojo hacia la parte de atrás del grupo—. Hoy estoy vinculado con Elisa.

—¿Estás enamorado?

—Me siento bien con ella, es mi compañera, pero mis pensamientos siempre han estado ligados a mi cometido. Creo que no me he dado el tiempo de pensar en eso.

—Lo entiendo, me pasa lo mismo. Puede ser que no estamos destinados para el amor.

—En este momento no, aunque tal vez el príncipe de las montañas te pueda sorprender.

—¿De qué hablan? —Alen se acerca a nosotros.

—Del príncipe de Aquilón. Puede que sea el futuro monarca, Eleonor está abierta a la posibilidad de encontrar el amor. —Emery se burla.

—¿En serio?

—Sí —le sigo el juego a mi hermano—, trataré no solo de pensar en su parte física, y aunque solo mida medio metro, le daré una oportunidad. —Muerdo mi lengua para no reír, claramente con esas características me costará muchísimo más ver su interior.

—¿Y si tiene el pelo como el plumaje de las águilas? —Emery continúa.

—Creo que las plumas pueden ser hermosas.

—Espero que no te impactes de la misma forma que hiciste cuando me viste desnudo —dice Alen.

—Eleonor, eso no me lo habías contado —Emery sonrío, mientras yo trago saliva ante el recuerdo. Respiro profundamente para que mis mejillas no se enciendan.

—Me impresionó ver que eres común. Después de escuchar a las doncellas alabarte tantas veces, pensé que serías algo mejor.

Emery suelta una gran carcajada y me uno a él; al menos, logré distraer la atención de mí.

—Debo dudar sobre eso, la mayoría se sentía bastante conforme —Alen contesta serio.

—Sí tú lo dices —miro a mi hermano—. Por cierto, Emery, ¿tú también

visitaste la casa de las mujeres rapadas?

—¿Quién te dijo eso? —Emery mira a Alen con semblante tieso.

—Yo jamás dije que estuvimos ahí. —Alen levanta sus hombros.

—Los atrapé —Los miro y esta vez río con ganas—. No puedo creer que hayan estado con esas mujeres.

Continúo riendo al observar sus caras y por un instante me vuelvo a sentir en casa. Mi sonrisa desaparece cuando Emery levanta su brazo para que nos detengamos. Entre las colinas que nos rodean hay siluetas que se mueven de manera sigilosa. Sobre nuestras cabezas varias aves de tamaño colosal alzan su vuelo. Al volver nuestras miradas al camino, hay un grupo de hombres sobre sus caballos, alzando sus arcos y con sus flechas dirigidas hacia nosotros. De entre las rocas de las montañas aparecen más, todos vestidos de negro. Sus cabellos van totalmente recogidos y de su amarre descenden hilos que acaban con varias plumas de color gris.

Uno de los caballos se desprende del grupo y avanza hacia nosotros, el jinete es bastante grande y su cara va escondida bajo un pañuelo que cubre la mitad de su rostro.

—Venimos en son de paz —Emery también avanza unos metros—. La Casa de Los Ciervos convoca a una reunión de carácter formal con el Rey de Aquilón. Nuestra presencia es de cortesía para hablar sobre el futuro de los territorios.

El hombre levanta su brazo y su gente baja sus armas. Se voltea hacia nosotros y descubre su cara. Me detengo unos segundos en su rostro, sus ojos oscuros penetrantes y largas pestañas me miran. Su mandíbula cuadrada deja ver rastros de una pequeña barba que le asienta, no quiero ser superficial en este momento, pero ruego a los antiguos ancestros que el príncipe sea parecido.

—Bienvenidos a Las Altas Montañas de Aquilón —dice de manera solemne—. Las puertas de nuestra casa están abiertas y sabemos que cumplirán su palabra de que su visita será pacífica.

Los hombres que se encuentran apostados bloqueando el camino, se desplazan hacia los costados.

—Sígueme. —El hombre tira de sus riendas y el caballo rota sobre sus patas.

Emery asiente a la comitiva que nos sigue, cuando varios de nuestros soldados se adelantan y me rodean.

—Eso fue fácil —le comento a mi hermano.

—En la antigüedad, nuestros reinos tenían relaciones amistosas e intercambiábamos nuestras provisiones. Eso cambió cuando uno de los príncipes al trono se reveló y no quiso que le impusieran una boda real. Era de gran carisma y convenció a su pueblo que no necesitaban de nadie y que podían vivir bajo sus propias leyes.

—¿Cuáles leyes no siguen? —pregunto intrigada.

—Ellos creen en el amor libre, no se rigen por nuestras costumbres del cabello, ni vestimenta. Nunca los he visitado, pero dicen que son un pueblo que festejan bastante, por eso no tienen tiempo de cultivar, ni de llevar grandes negocios.

El silencio de las montañas es cambiado por bullicio, a medida que nos acercamos y rodeamos una de las colinas, se ve el poblado de Aquilón. Miro embobada el entorno, las expectativas que me pude haber creado están lejos de la realidad. Desde aquí veo gran colorido en las vestimentas, sus ropajes son diferentes a los de los forajidos y a las que llevan los habitantes de mi castillo.

Los hombres llevan pantalones ajustados que van metidos dentro de las botas, pero sus camisas son holgadas y de colores alegres. Las mujeres no llevan corsé, sus vestidos son largos, pero ceñidos. Destacan los amarillos y verdes como las hojas que recién nacen. Al vernos se voltean todos curiosos, pero sus semblantes alegres no cambian. Me fijo en los grandes jarros de sus manos, al parecer, están bebiendo algún tipo de brebaje que los mantiene felices.

—¿Sorprendida, princesa? —Nuestro guía me mira levantando una ceja.

No digo nada, no sé si es por la expresión de su rostro o porque sabe mi identidad.

Pasamos entre las tiendas que están apostadas a nuestro paso. Los niños corren alrededor jugando con palos y rocas que deslizan por el suelo de manera ágil. Me llama la atención la gran cantidad de objetos diferentes que exhiben. Hay muchas piezas de oro, candelabros y utensilios de cocina. Telas de diferentes materiales, comidas y armas. Un pequeño comercio.

Uno de los hombres del camino, le extiende una bota de cuero al hombre que nos dio la bienvenida. Él se detiene hasta que mi caballo se acerca. Mis guardianes no se mueven. De manera amable me la ofrece.

—Debe estar sedienta después de este largo viaje.

Asiento de manera cortés y mis custodios abren una brecha para que pueda alcanzar el objeto.

—Gracias —digo y doy un trago. Un sabor dulzón envuelve mi boca, es agradable.

—Son frutos traídos desde el oeste —dice el hombre—, extraemos su jugo y el resto se cocina, dejando una exquisita pasta para untar el pan. ¿Qué le parece?

—Está delicioso. —Doy un nuevo sorbo y agradezco la gentileza del hombre, aún sorprendida, considerando que mi encuentro con sus compañeros en el poblado había sido bastante aterrador.

Seguimos avanzando a través de las viviendas de madera y roca que se encuentran en nuestro camino, al final del sendero un gran castillo nos espera. En lo primero que me fijo, es que no posee puertas, por su gran entrada las personas deambulan libres.

Al traspasar el umbral encontramos a varios forajidos que entrenan con sus espadas. Al sentir nuestra presencia, adoptan una postura de alerta. El hombre que guía nuestra comitiva les hace un gesto con su cabeza. Los hombres continúan en lo suyo, pero mantienen una postura rígida.

Al llegar a la entrada de la fortaleza, descendemos de nuestros caballos. Nuestro guía da indicaciones para que lleven a nuestros hombres a las caballerizas y a comer. El resto le seguimos al interior del castillo.

Me preocupo que Assel se quede conmigo cuando Emery y Alen flanquean cada uno de mis costados. Nos siguen Elisa, los dos adultos consejeros de mi hermano y un par de soldados.

En el gran salón, varias mesas de madera están ubicadas en los costados. Un grupo de mujeres y hombres beben y conversan. Al final del salón y en un gran trono de piedra se encuentra el rey.

Es un hombre adulto de pelo largo y liso, su barba negra es abultada y su ropa de color azul como el cielo. Llama mi atención la mujer de pelo rojo que está sentada sobre una de sus piernas.

—Rey Yokar, tenemos visita —dice el hombre que nos acompaña.

El monarca levanta su vista y sonrío, le susurra algo a la mujer en el oído haciendo que se levante y antes de retirarse le da una palmada en el trasero.

—Los esperaba —expresa con una gran sonrisa—, sean bienvenidos. — Se incorpora y levanta sus manos.

Inmediatamente, mi grupo realiza una reverencia en señal de respeto.

—No, por favor, nada de eso —prosigue, acercándose rápidamente—, nosotros no utilizamos ese tipo de costumbres.

—Mi nombre es Emery, hijo del rey Leonidas. Venimos a su casa por un asunto real, y si aceptan, seremos sus invitados hasta que lo estime conveniente. Nuestros hombres no alzarán sus armas mientras estemos en su territorio.

—Eso me parece perfecto, pero sé exactamente quiénes son y a lo que vienen —afirma el rey y se gira hacia mí—. Princesa, como dije, sea bienvenida a mi hogar y de verdad lamento mucho lo que está sucediendo en su reino.

—Agradezco su hospitalidad y sus palabras. Hemos viajado hasta su hogar con un cometido.

—Lo sé, pero por ahora no hablaremos de eso —se acerca y me toma del brazo de manera amable—. Primero descansen, ya tendremos tiempo para charlar de esos asuntos. Esta noche nos espera una festividad, celebraremos a nuestra Águila, animal que protege nuestra casa, y no quiero que problemas de carácter serio enturbien nuestra festividad. Ya mañana conversaremos.

—Entiendo su postura —Emery se adelanta un paso—, y respetamos sus costumbres, pero nos gustaría poder hablar con usted sobre ciertos aspectos que nos involucran a todos.

—Ya lo dije, están en mi casa y deberán respetar mis tiempos —levanta sus manos y varias mujeres se acercan—. Lleven a nuestros invitados a descansar y prepárenlos para la noche. Princesa, espero verla reluciente si es que desea que mi hijo escuche su proposición.

Al escuchar esto mi nerviosismo se dispara. Encuentro la mirada de Alen que está sombría, y antes de que podamos volver hablar, el rey mueve sus manos para que sigamos a las mujeres.

—Su casa, sus reglas —Emery me susurra al oído.

## Capítulo 14

Después de subir las escaleras de piedra, nos guían por varios corredores, y en la quinta vuelta ya pierdo la orientación. Solo las antorchas alumbran nuestro camino y las mujeres caminan a paso rápido.

—Este será su aposento —Me indica la más alta, abriendo una de las puertas de madera en donde nos detenemos—. Su doncella se puede quedar en la habitación contigua.

—Preferiría que se quedara conmigo —digo, ya que estar sola en un lugar extraño no me agrada.

—Yo tomaré el dormitorio contigo —dice Alen.

—Como prefieran —Sonríe la mujer sin mostrar ningún inconveniente en nuestra solicitud.

Ingresa a la alcoba que se encuentra en total oscuridad. Assel pasa por mi lado y abre los postigos de la ventana. La luz ingresa y puedo ver mi entorno; una gran cama, un pequeño tocador y un par de sillones. Una decoración austera, pero todo limpio y en orden. Emery y Alen examinan el dormitorio.

—Tendremos que esperar hasta mañana para hablar con el rey—dice mi hermano.

—Ya están al tanto de lo que venimos a solicitar —responde Alen—. ¿Crees que ayudarán?

—Por lo que dio a entender, va a depender del príncipe, y si encuentra deseable a Eleonor... —Emery me mira.

—¿Qué? —Abro mis ojos—. ¿Quieres decir que va a depender si soy capaz de seducirlo para meterlo en mi cama?

—Eso dio a entender. —Emery levanta sus hombros.

—Eso no es difícil, princesa —Assel se acerca—, porque debajo de esa capa de tierra hay una hermosa mujer. Me encargaré que quedes despampanante.

—¿Tú tienes conocimientos de doncella? —Emery le da una mirada poco confiable. Mi disgusto aparece, no entiendo la actitud de mi hermano hacia Assel.

—No solo las mujeres conquistan con su vestimenta, también lo hacen con su carácter. Lo vi un millón de veces en el pueblo. Además, conocía a las mujeres que trabajaban vendiendo su cuerpo. Un par de veces trabajé en sus casas limpiando, y escuché varias de sus conversaciones.

—Solo trata de que no se asemeje mucho a una de ellas —interviene Alen—, no queremos que dé el mensaje equivocado.

—¿A qué te refieres? —lo increpo—. Al parecer, ese es el mensaje que debo entregar.

—Que solicitemos su ayuda, no quiere decir que te comportes como algo que no eres. —Me mira con su quijada tensa.

—Si no tenemos otra opción para romper el encantamiento, creo que deberé ser lo suficientemente convincente para que el príncipe acepte participar de esto.

—¿Aunque sea un gordinflón con un ojo? —Alen se burla, pero sus palabras no van unidas a diversión.

—No discutamos —Emery se entromete—. Eleonor, solo prepárate como si lo hicieras para un banquete en el castillo, tampoco me gustaría que te lanzaras a los brazos de un hombre que no sabemos sus intenciones. Sé que quieres ayudar, pero debes ser cautelosa, por favor.

—Sé a lo que te refieres, pero me parece bastante irónico de vuestra parte, —los apunto a los dos— ahora quieren que mantenga una postura reservada. Desde que llegaron los lobos al castillo me han arrastrado de un lugar a otro para que me acueste con cualquiera de sangre azul, sin siquiera preguntar cómo me siento al respecto y olvidándose que será mi cuerpo el que va ser tomado.

Me dirijo hacia la salida y afirmo la puerta para que se vayan.

—Eleonor... —Emery habla, pero lo interrumpo.

—No quiero escuchar nada más. Ahora, por favor, necesito privacidad. Estoy cansada, apaleada y debo prepararme para la noche.

—No quise... —Emery vuelve a hablar, pero no dejo que continúe.

—Salgan, ahora. —Esta vez alzo la voz, y cuando salen cierro la puerta sin preocuparme de hacerlo de manera sutil.

—¿Te encuentras bien? —Assel me mira sorprendida.

—Claro que no. No puedo creer que me sigan diciendo cómo comportarme. Nadie me ha preguntado, siquiera, cómo me siento al respecto después de haber abandonado mi hogar y mi familia. Estoy en un castillo desconocido y con una responsabilidad inmensa y que ellos ahora me quieran indicar cómo comportarme nuevamente me tiene cansada, ya no soy una niña, y sé lo que tengo que hacer.

—¿Y eso que sería?

—Estar esta noche despampanante, no sólo para deslumbrar al príncipe

de Las Altas Montañas, también para demostrarles a todos que ya no soy una niña.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, princesa —Assel realiza una reverencia—, y gracias por mantenerme a su lado.

—Y si vuelves a agachar tu cabeza ante mí, mandaré a que te encierren. —La miro seria y luego sonrío.

—No se digas más, usted es la que manda y ordena, yo obedezco.

—Muy bien —respondo y me acerco a la cama, aun sonriendo. Nunca había alzado la voz de esa forma y la sensación es agradable, como si una ola de confianza, de repente, me hubiera atrapado.

—Me gustaría sugerir, si me lo permite, que descansaras para la noche.

—Sí, lo haré. Creo que la postura de monarca me agotó, pero debo decir que se sintió magnífico. —Me deslizo sobre la cama y disfruto la superficie suave de las mantas, muchas noches han transcurrido sin que mi cuerpo sea acogido por algo blando.

—Usted, descanse, yo me quedaré cuidando. —Assel me muestra la daga que lleva inserta en su cinturón.

—¿Crees que nos puedan atacar?

—Como dijo tu hermano, hay que ser precavidos.

Asiento y me acurruco sobre la almohada, dejando que mis ojos se cierren y rogando por no volver a tener otra visión.

—Eleonor —una dulce voz me llama—, ya es hora.

Abro mis ojos y pestañeo un par de veces para reconocer el lugar, pensé que era Laurel llamándome y que todo había sido un mal sueño. La habitación está en penumbra, observo hacia la ventana y la noche ya se hizo presente. Me siento y encuentro la mirada de Assel. Estamos en el castillo de Aquilón y, al parecer, ya es la hora de que conozca al príncipe. Varias mujeres se mueven en el interior de mi habitación.

—Vienen a prepararte, el Rey las envió. —Assel está parada al lado de una tina que no estaba cuando ingresé a la habitación.

—¿Cuánto dormí? —Me incorporo lentamente y estiro mis brazos. Creo que me debo haber encontrado en un estado inconsciente, porque no escuché todo el movimiento en el interior.

—Varias horas —dice Assel.

—Assel me ayudará, no es necesario que se queden —le comento a las dos mujeres que se mueven inquietas.

—El Rey insiste en que la ayudemos, esta noche es especial. —Me indican varios atuendos que están sobre la cama.

Hay tres vestidos de diferentes colores, uno es anaranjado, que me recuerda los reflejos del sol, otro negro que descarto inmediatamente, me recuerda a la hechicera, y un tercer color celeste que también desecho; si quiero causar una buena impresión debo destacar, por lo que indico el primero.

Desato el tomado que lleva mi caballo y mi trenza cae hasta mis rodillas. Las mujeres abren sus ojos de par en par.

—Sí lo sé, soy virgen. —Trato de quitarle importancia.

—Sí, eso lo sabemos —dice la más alta—, solo que nosotras cortamos nuestro cabello cuando queremos. Además, no es necesario que lo lleves trenzado. —Me indican su pelo que cae por sus hombros totalmente suelto hasta debajo de su busto.

Aparte de su cabello, me fijo en sus vestimentas, llevan vestidos sencillos de tela de color amarillo, pero lo hermoso está en cómo las curvas de sus caderas destacan y su busto también. A mi parecer, es casi como si estuvieran desnudas.

Assel amablemente se ofrece a peinar mi pelo después de bañarme, hace mucho que no lo veía suelto y siento alivio en mi cuero cabelludo, el cual no había tenido descanso. También pienso en la sugerencia de llevarlo suelto.

Después de secarme por completo, en mi cuerpo aplican una esencia de vainilla, reconozco su aroma. Años atrás un comerciante había vendido en el castillo.

Las mujeres se mueven de manera ágil a mi alrededor, veo que llevan varios pinceles y plumas de tonos diferentes. Esparcen varios colores por mi rostro, situando su gran atención en mis ojos. En los costados de mi cabello colocan peines que llevan pequeñas plumas de colores fuertes.

Una vez que finalizan, sonrían de manera satisfactoria. Assel me observa con sus ojos muy abiertos, por la expresión de mi nueva doncella, necesito mirar que hicieron en mi cara, pero no dejan que encuentre el espejo, me quitan la tela que cubre mi cuerpo y toman el vestido.

Antes que pueda decir algo, lo introducen por mi cabeza. Miro las plumas negras que van bordadas en los delgados tirantes sobre mis hombros, éstos son más grandes de lo habitual y suaves al tacto. Al bajar mi cabeza quiero protestar cuando veo el corte que lleva el vestido en el centro del pecho, éste desciende hasta casi mi ombligo. La chica más alta levanta su

mano para que no reclame, y regresa con un cinto grueso de cuero también oscuro, sobre él van pintadas el plumaje de las águilas. Me lo ubican bajo mi busto, haciendo que se levante y dejando el escote un tanto cerrado. Realizan un amarre en el costado y también caen plumajes negros.

Dudan un segundo y me observan, me quitan los peines y los cambian por unos oscuros.

—Perfecto —dice la más pequeña y da un salto de emoción—. Estás igual a la reina que ahora se encuentra con los antiguos ancestros.

—¿Eso es algo bueno? —pregunto, ya que con tanta pluma sobre mí, espero no parecer un pájaro desgarrado.

—Eso es fantástico. —Asiente la más alta.

Dan un paso atrás para que me pueda dirigir al espejo. Me asusta un poco, ya que nunca he usado algo similar. Al dar un paso en dirección al pequeño tocador, observo que la tela flota y mis piernas asoman por los cortes que lleva en los costados el vestido. Pienso que esto sí es excesivo, mucha de mi piel va al descubierto, más de la que yo misma estoy acostumbrada a ver.

Estoy por protestar cuando el reflejo frente a mí me inmoviliza. Casi no logro reconocer a la mujer que encuentro.

Mi rostro es muy parecido al de un águila. No sé qué hicieron con mis pómulos, pero destacan sobre mi rostro, mis mejillas han sido pintadas hacia arriba, marcando con fuerza las curvas. No puedo dejar de observar mis ojos, todo su contorno está de un color negro y termina en pinceladas en punta, imitando un plumaje. Me da una expresión penetrante y ágil, casi como si observara a mis presas para atacar.

El vestido es magnífico, los plumajes en mis hombros crean un efecto de armadura, la tela ceñida sobre mis curvas demuestra que mi cuerpo ya no es el de una niña.

Me ladeo para observar mi espalda, las plumas cubren la parte de arriba, pero hay un pequeño sector sobre mi trasero que va descubierto y se puede apreciar mi blanca piel.

Me sorprendo de mis caderas abultadas y la silueta que forma la tela sobre mi busto.

—Estás impactante —dice Assel a mi lado y aún con sus ojos muy abiertos. La comprendo, jamás pensé en tener esta apariencia—, y no pareces de las mujeres de cabezas rapadas, pareces una monarca, pero de las sensuales.

—Solo ten cuidado, muchos hombres te querrán cortejar —dice la mujer alta.

—¿Podrías hacer lo mismo con mi doncella? —le pido, mirando a Assel.

—No, por ningún motivo —responde ella dando un paso atrás.

—Si yo tengo que salir así, tú también —comento—, y es una orden.

—Sí, princesa —responde, palideciendo un poco.

A los minutos, Assel lleva el vestido celeste, su maquillaje es dorado y destaca su cabello negro peinado hacia arriba, imitando la cabeza de un Águila. Se encuentra despampanante también.

—Nosotras nos vamos, nos debemos preparar para la festividad.

—Muchas gracias. —Asiento con mi cabeza y las mujeres desaparecen.

Las quiero alcanzar cuando recuerdo al príncipe de Aquilón. Debí haber preguntado por él, pero mi transformación aún me tiene algo aturdida. Cuando me asomo por la puerta distingo a mi hermano que se acerca, las mujeres ya desaparecieron por el corredor.

—Busco a la princesa. —Emery me habla en un tono formal, no me reconoce.

Lo dejo ingresar y veo que su mirada se fija en Assel que está parada frente al espejo de la misma forma que estuve yo anteriormente.

—Está hermosa —digo, pero mi hermano aún no se entera que estoy en el mismo espacio que él. Veo que Assel baja su vista y de su rostro asoma un leve rubor. Carraspeo para que Emery despierte de su encantamiento.

—¿Dónde está mi hermana? —le pregunta a mi nueva doncella.

—Detrás de ti —le respondo.

Se gira y su boca ahora se abre. En vez de avergonzarme levanto mi cabeza.

—¡Eleonor, no te reconocí! —exclama, resaltando sus palabras.

—¿Tan mal estoy? ¿O estabas a punto de casarme con tu arco?

—La verdad es que te ves...madura.

—¿Cómo una fruta? —Trato de evitar reírme, su expresión es como si nunca me hubiera visto.

—Me refiero a que pareces una verdadera mujer. No creo que debieras salir con ese vestido, tu cuerpo se ve, casi, completamente.

—¿Eso es malo o bueno? —Pongo las manos sobre mis caderas, ya que de nuevo comienza a tener una actitud sobreprotectora y a la vez mandona.

—Me refiero a que es bueno, muchos hombres no te quitarán la vista de encima y no sé si toleraré que te observen de esa manera.

—Está hermosa y es lo que queríamos, que el príncipe se fije en ella — Assel interviene.

—Creo que las dos deberían cambiarse.

—¿Qué? —decimos al mismo tiempo.

—Olvídalo —paso por su lado y acomodo el escote que se corrió unos centímetros—, estoy lista para bajar contigo o sin ti.

—Yo también. —Assel me toma del brazo de manera amigable y caminamos hacia la puerta.

—Esperen, voy hablar con Alen, se supone que no debemos alzar nuestras espadas, estamos de invitados y no podemos faltar el respeto al Rey.

—¿Por qué tendrías que levantar tu espada? —Lo miro sin entender.

—Por esto. —Nos indica nuestra vestimenta.

—Creo que deberías ir a proteger a Elisa, ella lo necesitará, nosotras nos cuidamos solas. —Salgo de la habitación junto a Assel notando que ella tampoco ha despegado la mirada de mi hermano.

Podría decir que también se ve guapo con su imponente altura. Con su gran torso que no pasa desapercibido, su cabello color oro va tomado en medio moño, varios mechones escapan y caen sobre su rostro. Su camisa es de un café oscuro por lo que destaca más su tez blanca.

Caminamos a través de los pasillos, pero no logro recordar la ubicación del salón, Emery sigue detrás de nosotras reclamando que nos cambiemos nuestro vestuario. Unas voces se acercan y al doblar la siguiente esquina me encuentro con el rey Yokar y uno de sus emisarios.

—Princesa, qué adorable imagen para mis ojos —me recorre con la mirada y luego sonrío. Me extiende su brazo—, mi hijo... estoy seguro que estará complacido con vuestra presencia.

—Gracias —contesto, y tengo que evitar hacer una reverencia, ya me dijo que eso no se utiliza en su castillo. Tomo su brazo y nos guía hacia el salón. De reojo miro hacia mi hermano, su semblante es serio. Imita al rey y extiende su brazo para que Assel lo acompañe.

Podría decir que los dos se ven un tanto incómodos, tocándose. No puedo seguir escudriñándolos, ya que el bullicio me llega de muy cerca. Mi corazón se acelera por varias razones. La primera, es que mi cuerpo está expuesto a la vista de todos. La segunda, es que conoceré al príncipe, y si mi hermano tomó esa postura, no me imagino que dirá Alen cuando me vea. Además, mi cabello va totalmente suelto. De cierta manera me siento libre, pero todo el mundo sabrá que soy pura; no llevo un cinto rojo amarrado para

que me cortejen, pero llevar el cabello suelto es una invitación mucho más directa.

Al llegar al salón contemplo que el orden ha sido modificado. Han situado gran cantidad de mesas por los costados dejando un espacio libre en el centro. La mayoría de los asistentes visten atuendos vistosos. Las mujeres son las que destacan con sus vestidos ceñidos al cuerpo, la mayoría ocupa como decoraciones plumas de diversos colores, pero ninguna como las que llevo sobre mis hombros.

En una esquina hay un grupo de hombres que tocan maderas de forma redonda, primera vez que escucho este tipo de música. Cada golpe retumba como el ritmo de mi corazón. El rey alza su cabeza solo un poco y la música se detiene.

La concurrencia se gira hacia nosotros, observándonos, o más bien clavando su mirada en mí. Si la noche de mi boda estaba nerviosa, hoy estoy segura que no seré capaz de dar un paso. Creo que debí escuchar a mi hermano y haber vestido algo menos llamativo, porque la valentía que había sentido momentos antes, desaparece por completo al sentir la mirada de los hombres que me recorren como si estuviera desnuda.

—Gente de Las Altas Montañas de Aquilón, hoy celebramos a nuestra Águila, que lleva años cobijándonos en las entrañas de su montaña —El rey Yokar dice de manera ceremoniosa—. Hoy les pedimos a los antiguos ancestros que nos mantengan en sus plegarias y nos concedan permanecer mil de años más.

Mientras el rey continúa con sus palabras. Una de las miradas capta mi atención. Sentado en una de las mesas cercanas está Alen. No logro descifrar su mirada, pero es mucha más intensa que la de los demás hombres. Claramente, no se ve feliz, logro ver el movimiento de su quijada al apretarse. Nuestros ojos se encuentran y el azul de su mirada me traspasa. Debí vestir algo más conservador, estoy segura que está utilizando gran parte de su voluntad para no venir y arrastrarme a mi habitación.

Recuerdo el comentario que me hizo cuando me vio la primera vez con el cabello suelto, y debe estar incómodo. Me percató que no está solo, varias mujeres lo rodean. Reconozco a algunas del ejército de Emery por su pelo corto, otras de cabello largo y vestidos coloridos deambulan a su alrededor. Ahora es mi quijada la que se aprieta cuando una de ellas posa la mano en su hombro y acaricia de manera juguetona unos cabellos que escapan del medio moño que lleva.

Me siento disgustada al observar el tomado de su cabello, quiere decir que busca a una mujer para esta noche, entonces ¿por qué yo no puedo buscar a un hombre? Además, es lo que debo hacer, convencer al príncipe.

Lo dejo de observar y levanto mi cabeza. Primera vez que me siento mujer, y no voy a dejar de serlo porque él me vea como su hermana pequeña. No voy a esconderme; como dijo Assel, soy la próxima reina de Badru y debo imponerme.

## Capítulo 15

Vuelvo al salón al escuchar que los asistentes vitorean felices y levantan los jarros que llevan en sus manos.

—Esta noche nos acompaña la princesa Eleonor, hija del Rey Leonidas y heredera de luna llena. Su presencia es un buen vaticinio para los años venideros y es mi invitada, por lo que será tratada con respeto. Es lo menos que espero de mi gente. ¡Brindemos por ella!—El rey Yokar bebe junto a su pueblo.

Todos levantan sus copas y dan un gran sorbo. El rey vuelve hacer un gesto y la música retorna al salón. Lo seguimos hasta una mesa dispuesta en el centro y quedamos sentados al frente de todos los demás. Me asignan al lado del rey y a mi otro costado se ubica mi hermano. Aún hay un puesto vacío, debe ser del famoso príncipe que aún no aparece, me pregunto si habrá algo en él, que no quieren que vea.

Entre la multitud que aún me observa, pero de manera más discreta por las palabras pronunciadas por el rey. Reconozco algunos de los hombres que encontramos en el camino cuando nos adentramos en este territorio y me pregunto si estarán presente aquellos forajidos que pretendían traerme como regalo a su líder.

Hasta el momento no he visto algo que me dé indicio de mujeres vírgenes siendo torturadas por el rey. Además, en el saludo, de cierta manera, amenazó a los hombres para que no se acercaran a mí. Al menos, eso me da algo de calma.

Evito volver a mirar a Alen. Observar como algunas mujeres lo cortejan para que sean invitadas a su cama esta noche, hace que un halo de furia me invada. No me debiera importar y trato de convencerme de ello.

Mientras sirven la comida, mi mirada sigue recorriendo el salón. A lo lejos diviso a Elisa con un vestido color rojo, tiene la mirada posada sobre mi hermano y Assel que está sentada al lado de él. La verdad es que si fuera ella, también estaría celosa, Assel se ve extraordinaria.

El rey me tiende una copa y un líquido rojo se mueve en su interior.

—Es vino, su sabor es dulzón, te agrada.

No quiero ser descortés, y claro que conozco el vino. En el castillo se comercializaba, pero nunca lo he bebido. No debe ser tan mala idea, la mayoría lo ingiere y no paran de sonreír. Tal vez, es lo que necesito para unirme a ellos.

—Con cuidado —dice Emery a mi lado al ver que coloco la copa en mis labios.

No le hago caso y doy un gran sorbo. Tal cual dijo el rey, su sabor dulzón, desciende por mi garganta y calienta mi estómago. Doy un nuevo sorbo y ahora lo disfruto con calma.

Mientras la comida avanza, comienzo a animarme, aunque todavía no hay rastros del príncipe.

—Es suficiente. —Emery detiene mi mano cuando voy a beber otra vez — Es tu segunda copa.

Miro el interior del vaso vacío y no puedo creer que por mi nerviosismo haya bebido tanto, aunque la verdad, me siento más relajada que nunca.

—No seas gruñón.

—Creo que sería bueno que nos retiráramos.

—¿Cómo se van a ir? La celebración recién comienza —el rey Yokar interviene—. Ahora se dará inicio a la mejor parte de esta noche.

Del costado de la mesa, extrae unas máscaras con formas de aves. Sus picos sobresalen y la mayoría de su cubierta está fabricada de plumas. No sé si es el vino, pero me parecen hermosas.

—¿Para qué son? —pregunto, recibiendo una de color negro que hace juego con mi vestimenta.

—A media noche las antorchas se apagan y la música es la protagonista. Danzamos buscando a la persona que compartirá nuestro lecho esta noche.

—¿Tengo que participar? —formulo, ya que me sorprende.

—Todos lo deben hacer —afirma el rey no como una sugerencia, más bien como una imposición.

—Sé que estamos en su territorio —Emery interviene—, pero el largo viaje nos tiene agotados. Nos gustaría retirarnos.

—Si quieren que hablemos del futuro de Badru, tienen que demostrar que están dispuestos a realizar lo que haga falta. —El rey levanta su copa y da un largo sorbo.

Miro de reojo a mi hermano que se encuentra tan descolocado como yo. Antes que podamos decir algo, la multitud se acerca a las antorchas y las comienzan a apagar. Entre la penumbra de la noche ya no distinguimos los rostros de los asistentes, ahora solo veo figuras de aves de diferentes formas. Miro al rey y él ya no se encuentra, en este instante, es una gran cabeza de águila que se incorpora y me extiende su brazo.

Sin dudarlo, acepto su invitación. No quiero que piense que no estamos

comprometidos con la misión que nos trajo a su reino. Me coloco mi máscara y me pongo de pie. Mis piernas se aflojan un momento, creo que el vino está recorriendo mi organismo. La sensación no me desagrada, la verdad es que desde hace días no me sentía tan relajada. Mis responsabilidades las percibo lejanas, como si hubieran quedado encerradas en algún cofre al final de la habitación.

Nos unimos a la gente que se ha congregado en la pista de baile y se mueven al ritmo de la música. Al parecer, cubrir sus rostros los ha liberado aún más. Me doy cuenta que mi cara también va tapada y camino sin preocuparme que mis piernas queden al descubierto. Me siento ligera y me introduzco entre la multitud moviendo mis brazos, junto a ellos.

Dejo que el ritmo de la música me atrape y cierro los ojos para sentir los golpes que acompañan los latidos de mi corazón. Me siento contenta, extraña reacción para todo lo que sucede, pero ya no quiero pensar más. Pierdo de vista al rey y tampoco me preocupa buscarlo.

Los jarros con vino corren de un lado a otro y recibo uno. Las mujeres mueven sus caderas y los hombres se acercan a ellas. Nunca había visto un baile como este. Los cuerpos se unen volviéndose uno y las manos se deslizan sin miedo a tocarse. Más que asustarme me seduce. Doy un nuevo sorbo a mi copa para apagar cierto calor que comienza a encenderse en mi interior, y en vez de acallar las sensaciones que se están despertando, me envuelven más.

Dos águilas de caras azules se acercan y me rodean. Siento una mano sobre mi cintura y segundo hombre se posiciona detrás de mí. Continuamos bailando, pero comienzo a impacientarme, cuando traspasan mi espacio personal acercándose más de lo normal. Me quiero mover, la presencia de ambos me incomoda. Trato de dar un paso al costado para salir del encierro y me bloquean el paso. Esto ya no me está pareciendo divertido, varias manos recorren mis brazos y caderas. Empujo al hombre que está delante de mí, y mi intento es solo como si hubiera empujado una roca.

Ahora, me siento aterrada. Les digo que me dejen y no escuchan, al parecer, también se encuentran hipnotizados por el baile y la bebida. Pido ayuda a los que se mueven alrededor, pero están inmersos en sus movimientos.

Una figura alta aparece a mi lado, va con una máscara blanca que hace juego con su camisa. Agarra sin delicadeza la muñeca del hombre que me tiene sujeta por las caderas. La dobla fuertemente hacia atrás despojándolo de

su agarre. El hombre que sigue detrás de mí, no se da cuenta de lo que ocurre y une su cuerpo más a mí. El águila blanca lo agarra del hombro y conecta un golpe de puño directo en su mandíbula. Veo como cae al suelo, pero a nadie le importa, todos siguen absortos en sus movimientos.

El águila blanca se posiciona frente a mí y al acercar su cabeza distingo el azul de sus ojos. Alen. Un alivio me recorre, que al mismo tiempo es preocupación. Creo que, definitivamente, debe estar molesto, y me lo merezco, debí haber escuchado a mi hermano.

Espero que me tome del brazo, me arrastre por el salón hasta mi dormitorio y me reprenda por mis actos de esta noche. En vez de eso, ladea su cabeza y me examina. Me quita el jarro que aún llevo en mi mano y da un largo sorbo. Sus labios quedan mojados con el líquido rojo y con el borde de su dedo limpia el resto de lo que queda en ellos.

El calor que se había disipado unos segundos antes, se enciende nuevamente. Da un paso hacia mí y se acerca a mi oído.

—¿Buscas pareja para esta noche? —susurra y su aliento tibio golpea en el borde de mi oído.

Mi pecho se agita, no soy capaz de contestar. Una de sus manos se posa sobre mi cadera. Esta vez el tacto es gentil, no impuesto. La desliza hasta la parte baja de mi espalda, en donde se encuentra mi piel descubierta, acariciándola con las yemas de los dedos.

Mi cabeza grita ¿qué está pasando? Y ¿por qué no la quito?, pienso que debe estar embriagado igual que el resto o solo quiere disimular ante el rey, en beneficio de nuestro reino.

Las parejas a nuestro alrededor siguen bailando. Los movimientos crecen en intensidad, ya no son sensuales, más bien son lujuriosos. Debería pensar en forma racional y retirarme a mi dormitorio, pero hay algo en mi interior que se rebela a no seguir manteniéndome en las sombras. También quiero saber que se siente ser mujer, lo he escuchado un millón de veces y siempre he sido una espectadora.

Una nueva caricia en mi espalda me seduce y hace que mi piel se contraiga. Cierro los ojos y comienzo a mover mis caderas al compás de la música. Por esta noche seré un águila y dejaré que mis alas se extiendan.

Alen se mantiene muy cerca, pero sin que nuestros cuerpos se rocen. No se mueve, solo deja que realice mi baile. El vino se desliza por mi cuerpo y la temperatura del salón sube, al igual que sucede en mi interior. Levanto mis brazos dejando que los movimientos fluyan. El ambiente del lugar me cautiva

y quiero continuar. Al abrir mis ojos contemplo a Alen, los suyos son penetrantes y su mandíbula está tensa. Bajo mi mirada hacia su pecho, advirtiéndolo que su camisa va lo suficientemente abierta para dejar su torso descubierto. Los recuerdos de sus músculos tensionados, hacen que el ritmo de mi corazón se dispare.

Bajo lentamente mis brazos y los ubico sobre sus hombros; si las otras mujeres pueden tocarlo ¿por qué yo no? Trago saliva y deslizo mis manos por su torso. Muerdo mi labio al sentir su pecho firme y tenso, tal cual pensé que sería. No me detengo y sigo escurriéndolas entre la tela, porque quiero seguir palpando su suave piel.

—¿Qué haces? —Se acerca unos centímetros hasta que su cabeza está muy cerca de mi mejilla, tanto que puedo captar su aliento dulzón.

No le respondo y presiono mis palmas en su pecho, imitando a las otras mujeres. Comienzo a moverme, al tiempo que su mano se comprime en mi espalda y me acerca aún más. Mis pechos tocan su cuerpo y la delgada tela permite que sienta el calor de su piel.

Mi respiración desaparece y mi boca se seca, el calor crece y quiero más. No dejo de mover mi cuerpo y nuestras caderas se encuentran.

Alen no se mueve, solo continúa mirándome, pero esta vez, su mirada es igual a la de un águila, observando a su presa de manera depredadora. Debería molestarme que me dé una mirada tan lasciva, pero al contrario, me seduce más.

Tira el jarro de vino al suelo y levanta su mano, se acerca a la parte que deja expuesta mi máscara y acaricia mi quijada. Lentamente la recorre hasta que llega a mi oreja, dibujando con el dedo su curvatura, consiguiendo que un cosquilleo viaje desde mi cuello hasta el infinito.

Su mano llega a mi cabello y sus dedos se entierran con fuerza en él, cerrándola y atrapando mi nuca; la sensación me azota y debo mantener mis piernas firmes para que no se aflojen.

Mi respiración se agita y mi pecho se mueve con rapidez, haciendo que el contacto de nuestros cuerpos se presione más. Me sigo moviendo, mis pezones se rozan en su pecho a través de la tela y percibo como se tornan rígidos, pero no tengo frío, porque el calor nos envuelve. No lo puedo evitar y entierro mis dedos en su piel.

Nuestras bocas se acercan y siento su respiración también agitada que golpea sobre mis labios; primera vez que percibo como mi vientre se contrae con un dolor torturador, gritando que sea recorrido.

Alen ejerce fuerza sobre mi nuca y la mano que se encuentra en mi espalda se desliza hacia abajo. Debería detenerlo, pero quiero que continúe, quiero saber que viene ahora.

La música ya no la escucho, ya no veo nada, solo oigo nuestras respiraciones agitadas. Estamos solos los dos y nuestros cuerpos cobran vida, por lo que no pienso en nada y sigo mis instintos, los más básicos y animales que me envuelven cada vez más.

Contemplo su boca y el recuerdo del líquido en sus labios me embriaga, me acerco y deslizo mi lengua lentamente captando el sabor dulzón. Su boca se abre y acepta ser recorrida. Mi pecho se contrae ante el contacto de la humedad y quiero beberla por completo porque su sabor me cautiva. Un reflejo hace que mis dientes presionen la carne de sus labios y de mi garganta escapa un gemido.

Alen se mueve rápidamente y se desprende de mi contacto, me sujeta del brazo y comienza a dirigirme hacia afuera del salón. Quiero protestar, pero mi cuerpo aún duele de satisfacción. Ilusamente pienso que querrá que continuemos en otro lugar y no puedo creer que esté dispuesta a hacerlo.

Por la oscuridad no distingo a las personas que se cruzan en mi camino, solo veo aves de diferentes colores. Llegamos a las escaleras y me tropiezo por la rapidez con la que me dirige, pero me alcanza a tomar antes de aterrizar en el suelo. Con un ágil movimiento me sube sobre su hombro como quien carga una manta.

Se interna a través de los pasillos, y mi cabeza va colgando al nivel de su trasero. Solo distingo las antorchas de los muros que pasan a gran velocidad. Sigo escuchando la música y las risas mientras avanza.

Se detiene frente a una puerta y al ingresar la reconozco, es la habitación que me fue asignada. Entra en ella y me lanza sobre la cama y ahora me sorprende su poca delicadeza. Me incorporo y debo afirmarme de uno de los bordes, ya que todo comienza a girar. Cuando la habitación se detiene, observo a Alen quitarse su máscara y arrojándola al suelo. Se afirma del pequeño tocador y respira agitadamente. Recuerdo mi propia máscara que había pasado a ser parte de mi rostro y también me la quito. Seco un pequeño hilo de sudor que hay en mi frente cuando él da un paso y se acerca. Por mi parte, no me muevo, quiero que continúe con lo que estaba sucediendo abajo.

—¿En qué estabas pensando? —me dice de manera alterada.

—¿Qué? —Es todo lo que logro decir, no sé a qué se refiere exactamente, pero por su rostro, al parecer, no seguiremos con nuestro

encuentro.

—No sé ni por donde comenzar. —Se mueve de un lado a otro, enterrando las manos en su cabello.

No digo nada, aún no sé a qué se refiere.

—Ese vestido no lo volverás a usar —su mirada se fija en mis piernas que están descubiertas—, y tu pelo lo amarrarás ahora mismo.

—¿Disculpa? —Me levanto de la cama y me paro frente a él—. Hace un momento mi atuendo no te parecía tan descabellado.

—Lo hice porque no iba a dejar que metieras a cualquiera de esos hombres en tu cama.

—No iba a acostarme con cualquiera —lo increpo.

—¿Cómo qué no? Bebiste vino y bailaste invitando a que te tocaran.

—Me estaba relajando, y creo que en un momento también lo hacías tú.

—Solo quería saber hasta dónde estabas dispuesta a llegar y ya lo sé, por lo que no volverás a salir de este cuarto.

—¿Estabas jugando conmigo?

—Quería saber tus intenciones. —Se gira y continúa caminando.

—¿Por qué no me preguntaste? — me acerco para increparlo—. ¿O, acaso, el arrogante Alen quería saber si yo también sucumbía a sus encantos?

—¿De qué hablas?

—De todas esas mujeres que te estaban poniendo las manos encima. Si tenías a quien elegir, ¿por qué no dejaste que yo también disfrutara del momento?

Se acerca rápidamente y me toma del brazo, acercándose.

—¿De verdad te ibas a acostar con cualquiera? —Sus ojos azules me traspasan con furia.

—No. —Trato de soltarme, pero me vuelva a tomar esta vez con más fuerza.

Percibo como la tela de mi vestido se abre al nivel de mi busto. Alen baja su mirada, contemplando mis pezones al desnudo. No me muevo, un instinto arrebatador me indica que aún quiero continuar. Lo miro de manera agónica para que lo haga.

Su mano llega a mi busto y lo atrapa, me atrae hacia él y hunde sus labios en mi boca. Recibo su dulce lengua y todo el contacto hace que mi interior se encienda de una sola vez.

Su beso es totalmente diferente al que me dio Dorian y claramente estoy sintiendo algo también distinto. Un torrente comienza a quemar mi interior,

cuando su mano vuelve a apretar mi seno.

Introduzco las manos debajo de su camisa y acaricio su torso que también está encendido. Nuestros cuerpos se unen mientras nuestras bocas se descubren de manera frenética. Su lengua me encuentra y acaricia con fuerza cada rincón de mi boca, para mí no es suficiente, el deseo de devorarlo me atraviesa con muchísima intensidad.

Deja de acariciar mi seno y su mano viaja hacia me pelo, agarrando gran parte de él, tirándolo. La sensación viaja por todo mi cuerpo, envolviéndome de placer... Sí, placer, porque mi cuerpo, tal cual dijeron las doncellas, se está consumiendo.

Ubica su otra mano en la parte baja de mi espalda y me levanta, colocándome sobre sus caderas, mis piernas quedan descubiertas y las entrelazo a su anatomía.

Me lleva hacia la cama mientras nuestros labios exigen más. Me acuesta y se separa, quita de manera rápida la camisa sobre su cabeza y mi boca esta vez se seca al observar su torso totalmente descubierto y dispuesto para que lo recorra. Se ubica entre mis piernas y vuelve por mi boca. Mis manos viajan por su espalda, delineando la fuerza de los músculos que se tensan ante sus movimientos. Las deslizo hacia la parte de abajo y aprieto sus nalgas para que nuestras caderas se junten. Sé que no estoy pensando, porque mi cuerpo cobra vida, y siguen los instintos que son claramente reconocidos y aceptados por el cuerpo de Alen.

Mi vientre estalla y me exige con furia que sea tomado. Vuelvo a empujar su cadera y una rigidez golpea mi vagina, una energía irreconocible la aborda y me hace gemir. Vuelvo a presionar, necesito sentirlo otra vez, y ahora un quejido queda atrapado en su boca. Me separo para encontrar mi respiración que está agitada y me pierdo en sus ojos azules, centelleantes. Él también está agitado, pero no se detiene, su mano recorre mi pelo y lo entrelaza en sus dedos.

Un movimiento en la puerta me hace mirar, Assel está parada aun con la madera del umbral tomada, pero luego de un momento baja la mirada y desaparece. Respiro de manera honda y no me importa que me haya visto; sé que debería parar, pero no quiero.

Alen cierra sus ojos y apoya su frente en la mía. Respira rápidamente, su piel está ardiendo. Nos quedamos varios segundos de esa forma. No me muevo esperando la confirmación de que quiere y ansía continuar.

—Lo siento —susurra, depositando un suave beso en mi frente y se

levanta.

Se desprende de mi cabello y mantiene su mirada fija en mi rostro, mientras que con torpeza cubre las partes íntimas de mi cuerpo.

También respiro de manera honda y cierro mis ojos. Aún el calor me azota. Me extiende una mano para que me levante. Su semblante ya no está relajado y distingo su tensión por el movimiento de su quijada.

—Siéntate —me indica el taburete frente a mi tocador—, arreglaré tu cabello.

Obedezco, porque mi cabeza aún está flotando con las emociones que se mantienen latentes en mi interior. Se acerca a la ventana y la abre. Agradezco que lo haya hecho, la habitación se siente como un día de verano. Regresa y toma un peine de la mesa, se ubica a mi espalda, al mismo tiempo que lo miro a través del espejo.

—¿Qué haces? —formulo.

—Me calmo. —Sonríe de manera tímida, pero la expresión no llega a sus ojos.

Comienza a peinar mi cabello con delicadeza, debería también tranquilizar mi interior, pero que esté tocando mi pelo no ayuda, menos de la forma en la que lo hace. Pensé que la primera vez lo haría mi esposo, pero al parecer este viaje me sigue sorprendiendo; sin mencionar que estuve a punto de perder mi virginidad con él.

—Me gustaría disculparme por todo —expresa sin mirarme, solo sigue trabajando con el peine.

—No es tu culpa, como dijiste bebí, me vestí de esta forma y me expuse a que me invitara un hombre en el salón. —Mi cabeza vuelve a la lucidez. El vino se debe haber evaporado junto al calor.

—Estás haciendo lo que cualquier mujer a tu edad haría. Además, tu atuendo no es el problema, te ves realmente hermosa. Eras la mujer más sensual del salón. Yo... no podía apartar los ojos de ti.

Mi pecho se vuelve a comprimir ante sus declaraciones.

—Y no te veo como mi hermana, nunca lo he hecho, me doy cuenta que ya no eres una niña, sino una mujer.

—Yo...

—Antes que digas algo —me interrumpe—, me gustaría decir todo lo que necesito. —Me mira y solo asiento—. Me disculpo también por haberte arrastrado de esa manera del castillo y ahora conducirte hasta acá para que fecundes el heredero. No te pregunté jamás cómo te sentías.

Lamentablemente, estaba cegado por no querer ver sucumbir al reino. Te has comportado como una verdadera reina. Me ha sorprendido tu valentía y la fuerza que has demostrado en las situaciones que hemos pasado, y aún me sorprende que sigas dispuesta a enfrentar lo que sea por tu pueblo.

—Gracias por decirlo...

—No he terminado —Me mira a través del espejo y continúa peinando mi cabello con dulzura—. Me disculpo también por haberme lanzado esta noche sobre ti. La verdad, no sé qué me pasó e hice exactamente lo que no quería que hiciera otro hombre contigo. Además, estabas vulnerable por el vino y no sabías lo que hacías, si no me hubiera detenido en ese momento...

—Yo también quería...

—Eleonor, no puedes entregarte así de fácil, debes guardar ese momento para alguien especial. Tal vez, dejaste que te tocara porque me conoces y sabes que no te haré daño, pero debes hacerlo con alguien que de verdad ames.

—Eso no sucederá, ya sabes que independiente de lo que sienta, deberé fecundar al heredero con el príncipe de Aquilón, si él acepta.

—Tal vez, puede haber algo más. No pierdas las esperanzas.

—Quizás, pero quiero entregarme por primera vez a alguien que me agrade —confieso y mis mejillas se sonrojan cuando nuestras miradas se cruzan.

—¿Te agrado?

—Creo que eso es obvio, y aunque pienses que estaba bebida, no hubiera dejado que otro hombre me tocara. —Al decir eso me doy cuenta de la cruda verdad: Alen me gusta.

—Debe ser porque nos conocemos desde pequeños...

—¿No te agrado? —Antes que termine de hablar me levanto y lo enfrento—. Y no me digas que fue la bebida, te conozco, sé que eres fiel a nuestro reino y jamás harías algo que fuera en contra de tus principios. —Ahora estoy gritando sobre su cara.

—No te puedo ver de esa forma, y no es que no quiera, no puedo. —Sus ojos azules me penetran y entiendo lo que quiere decir.

—Mejor me voy. Por favor, no digas nada de esto a nadie, trataré de hablar con Assel...

—No te preocupes por eso, de ella me encargo yo. —Lo miro y me entrega el peine.

—Por favor, no vuelvas a bajar, las cosas allá abajo subirán de

intensidad.

—¿Tú bajarás?

—No. Estaré en la habitación contigua. Si necesitas algo, solo grita. —  
Da un paso para acercarse y se detiene, me sonrío y luego se aleja, para abrir la puerta y desaparecer.

## Capítulo 16

Me vuelvo a sentar en el pequeño taburete o, más bien, me arrojo en él. Mis latidos vuelven a golpear mi pecho. En mis labios aún percibo el sabor dulzón de Alen y en mi cuerpo está presente un cosquilleo en los lugares que fueron tocados. El fuego que se encendió no se quiere apagar y en mi mente viajan los recuerdos de las conversaciones escuchadas por las doncellas. Ahora comprendo de lo que hablaban, lo que no sé es hasta qué nivel podrá llegar la hoguera que se consume en mi interior, porque ni siquiera nuestros cuerpos se encontraron de la forma más íntima en donde las almas se tocan.

Exhalo al recordar cómo sus manos se deslizaron en mi piel y su boca devoró la mía. Bueno, esto no me ayuda a recobrar la razón, o a lo mejor no quiero. Pensé que no estaba destinada para esto, pensé que no tendría la oportunidad de convertirme en mujer y sucumbir ante un hombre como lo hice en los brazos de Alen.

Supuse que mis instintos se habían despertado al ser mi guardián, y no cualquier guardián, sino un hombre de verdad. No lo puedo negar, me gusta y quiero volver a repetir ese momento. Sus palabras aparecen: “No te puedo ver de esa forma y no es que no quiera, no puedo”. ¿También tendrá sentimientos por mí o solo habrá sido el vino que activó su ser? Y si realmente le interesara, no podría haber cabida para que pudiéramos estar juntos. El futuro de Badru se encuentra en mis manos.

No, no puede ser, no lo puedo mirar de esa forma, tengo que sacar esas imágenes de mi cabeza. Como dijo, debo olvidar lo que sucedió, no podrá ocurrir otra vez. Me levanto y me acerco a la ventana, dejo que el aire frío golpee mis mejillas y apague la llama que todavía ruge en mi interior.

Unos golpes en la puerta me retornan a la habitación, me acerco rápidamente, tal vez es Alen que quiera decir o hacer algo más.

Al abrir, un gran pájaro azul me mira.

—¿Estabas acá? —dice Emery e ingresa, se quita su máscara y examina la habitación.

Miro hacia la cama en donde las mantas se encuentran desordenadas, me preparo para empezar a explicar lo que acaba de ocurrir y decir que el vino ha hecho cosas en mí que no son propias de una princesa.

—¿Assel no ha vuelto? —pregunta en un tono serio.

—¿Assel? Sí, estuvo hace un momento, pero volvió a bajar. —Estoy segura que lo sabe, espero que no enfurezca.

—Me quería disculpar con ella.

—¿Por qué?

—La invité a bailar y luego le insinué que me acompañara esta noche, se molestó bastante y desapareció.

—¿Querías pasar la noche con Assel? —Abro los ojos, porque esto sí que no lo esperaba.

—No, solo bebí mucho y no pensé con claridad. Al parecer, se sintió ofendida.

—Claro que sí, ella no es una mujer para pasar la noche.

—¿Y tú dónde te fuiste? —Me mira escudriñándome con la vista.

—Estaba cansada y los hombres se querían sobrepasar conmigo. Alen me acompañó hasta acá.

—Varias mujeres me preguntaron por él.

—¿Ah sí? —no puedo evitar enfurecerme—. Bueno, al parecer tampoco no tenía ganas de participar en esa festividad.

—Creo que mañana será un día importante, hablaremos con el rey sobre el futuro. Ahora, también me iré a descansar.

Emery camina hacia la salida, me fijo en la máscara de Alen que se encuentra en el suelo. Pasa por el lado sin mirarla, al cerrar la puerta respiro aliviada y la recojo guardándola entre los ropajes que se hallan encima de la cama.

Me quedo pensando en Assel y en que se tiene que haber sentido pésimo ante la invitación de mi hermano, qué torpe. Ahora, ¿dónde estará? A lo mejor no quiere regresar porque me vio con Alen, y no en una forma muy decorosa. Debe estar vagando sola por el castillo y todo por mi culpa. No la puedo dejar, ella me ha acompañado y apoyado. Me decido, arreglo mi vestido y me coloco mi máscara. Voy a ir por ella.

Al abrir la puerta me asomo al pasillo, no hay nadie a la vista. Desde aquí percibo el sonido de la música y el bullicio. Por lo que oigo, la celebración está en su máximo apogeo. Esta vez para orientarme, dejo que la dirección de las risas dirija mis pasos. Al acercarme al salón la luz se vuelve más tenue, será difícil encontrar a Assel entre la oscuridad, no recuerdo su máscara. Tendré que identificarla por su vestido color celeste.

Me detengo al pie de la escalera. Todos se mantienen aun bailando y brindando, varias parejas ya están besándose y tocándose de manera íntima, pero a mí ya no me envuelve el ambiente, más bien me siento totalmente fuera de lugar. Al menos, nadie presta atención en mí.

Con cautela comienzo a deambular entre las aves, diviso al rey Yokar muy entretenido con una chica de vestido blanco. Parece que ya escogió con quien pasar la noche. Me sigo preguntando dónde estará el príncipe y por qué aún no aparece, a lo mejor no está de acuerdo en tener que asumir la responsabilidad que se le quiere solicitar.

Doy un paso atrás cuando observo a una pareja que está al borde de desnudarse, volteo mi cara y recuerdo que hace pocos minutos yo estuve en la misma posición; evito pensar en esto, mi cuerpo ya reaccionó, recordando la lengua cálida de Alen.

—El destino nos vuelve a unir. —Una voz masculina me llega desde la espalda.

Al girarme, veo una gran ave de color verde que da un paso y se acerca.

—No sé a qué te refieres —digo y trato de alejarme, ya que el tono que utilizó no me agrada. No alcanzo a dar un paso cuando el hombre toma mi brazo.

—Ese cabello jamás lo olvidaré —dice, acercándose a mi oído.

Antes que pueda decir algo, me empuja hacia las escaleras, trato de zafarme, pero es imposible.

—¡Suéltame! —grito, pero mi voz se pierde entre la música y las risas.

Me obliga a que suba los escalones y con posterioridad me acorrala contra la piedra, quitándose su máscara.

—Lian. —Mis ojos se abren al reconocer al hombre que encontramos en el pueblo y que había querido comprarme.

—Veo que tampoco me has olvidado. —Sonríe de manera satisfecha.

—Soy invitada del rey —digo para que me deje ir.

—De eso ya me he percatado, y si te encuentras esta noche en el salón es porque buscas pareja, y ya la encontraste. —Me empuja hacia uno de los corredores.

Sigo luchando por soltarme, pero no lo consigo, antes de que alcance a protestar pone una de sus manos sobre mi boca y pega su cuerpo al mío.

—Ya te dije que eres un exquisito espécimen y esta noche serás mía. —Baja su mano y la introduce en mi vestido.

Trato de empujarlo con mis brazos que están libres, sin siquiera alejarlo un paso. Rasguño su cara y no se aparta, en ese momento varios hombres con máscaras aparecen en el corredor. Me gustaría sentirme aliviada, pero no sé sus intenciones, tal vez también quieren participar.

Una gran águila de color negro se acerca y toma a Lian de la nunca

quitándomelo de encima, y antes que reaccione estrella su cabeza contra la pared cayendo al suelo.

—¡Llévenlo al calabozo! —exclama de manera brusca, al tiempo que los hombres que lo acompañan lo levantan del suelo inconsciente, y lo arrastran por el corredor—. ¿Te encuentras bien?

Lo miro aún angustiada, a estas alturas ver solo cabezas de águilas me tiene desconcertada. Él lo entiende y se la quita.

Reconozco una cara familiar y al final mi respiración retorna.

—¿Qué hacías vagando abajo y sin escolta? —dice el hombre que habíamos encontrado en el camino y que nos había llevado hasta el rey.

—Buscaba a mi doncella —logro expresar aún alterada.

—Te acompañaré a tu cuarto. —Me indica con su brazo para que camine.

Me quito la máscara, ya no tiene caso ocultar mi rostro, con mi cabello suelto todos son capaces de reconocerme.

—Mi nombre es Gamar y me disculpo por Lian. Hace tiempo que fue exiliado del reino por sus inusuales gustos. Nuestro pueblo no actúa de esa forma, debió ingresar aprovechando la fiesta de máscaras. El rey no estará muy contento de que haya desobedecido sus órdenes, menos faltándole el respeto a su invitada.

—¿Y tú eres su mano derecha?

—Algo así. —Sonríe y sus blancos dientes asoman, vuelvo a reconocer su guapo rostro.

Caminamos por los corredores que me parecen como un laberinto, solo espero que él sepa la ubicación de mi dormitorio. Mientras avanzamos el temor desaparece y la rabia comienza a fluir.

—¿Seguro estás bien?, ¿necesitas que busque a tu hermano?

—No es necesario, me encuentro bien. Solo estoy agotada de que los hombres piensen que pueden tomarme cuando quieran, mi cuerpo es pequeño y ni siquiera me los puedo quitar de encima.

—Por eso las princesas tienen sus escoltas para que las protejan.

—Te digo que en estas circunstancias ni los soldados han podido evitar que sea atacada.

—¿Y qué podrías hacer aparte de estar acompañada todo el tiempo?

—Luchar —digo al instante. Me da una mirada divertida—. Las princesas no solo deberíamos aprender a bordar, es poco práctico en estos casos. Habría terminado tomada a la fuerza, antes de bordar sus brazos para

que no me atacara.

Gamar suelta una carcajada.

—Sé qué te parece divertido, pero a mí no, estoy pensando seriamente en aprender a usar el arco. Al menos, podría cooperar de alguna forma.

—¿Estás segura? —Se detiene cuando llegamos a mi puerta.

—Sí.

—Te puedo ayudar, al parecer te quedarás algunos días más en nuestro reino.

—Eso dependerá del Rey y de su hijo, pero el príncipe no se ha dignado a aparecer. Por cierto, ¿sabes dónde se encuentra?

—Seguramente, debe estar escogiendo pareja en el salón, no le gusta que lo presionen, y sabe a lo que vienen.

—No lo quiero presionar o... ¿Acaso tú crees que estoy saltando de alegría al tener que ir por los reinos buscando fecundar a mi hijo en un matrimonio sin amor? —suelto sin más.

—Entonces, debes entender porque él tampoco está saltando de alegría. —Sonríe y me cierra un ojo.

—¿Hablas en serio sobre ayudarme? —Lo miro esperanzada.

—Sí. Te espero al amanecer en el patio central, veremos si el arco puede ser mejor compañero para ti que el bordado. —Vuelve a sonreír y desaparece por el pasillo.

Ingreso al dormitorio y observo a Assel que camina de un lado a otro. Respiro al fin calmada y me lanzo para estrecharla en mis brazos.

—¡Qué alivio que hayas vuelto! —digo, apretándola fuertemente—. Te fui a buscar al salón y me encontré a Lian, el hombre que me quiso comprar en el pueblo. Me reconoció y quiso abusar de mí. Agradezco que uno de los soldados del rey lo haya detenido.

—¿Estás bien? —Me toma de los hombros y me examina.

—Sí, ya pasó.

—También estaba preocupada, regresé y toqué la puerta, al no tener respuesta entré. Me asusté al no encontrarte, pensé que alguien te había descubierto con Alen.

Al escuchar eso, el recuerdo de que me había observado en una posición poco decorosa me paraliza, haciendo que mis mejillas se enciendan. Al instante, aparto la mirada.

—Tranquila, no diré nada.

—Te juro que no sé qué me sucedió. Bebí algo de vino y me dejé llevar

por la celebración, y sin darme cuenta mi cuerpo despertó. —muevo la cabeza en negación, porque me quiero engañar y quiero engañar a Assel. — No estoy siendo sincera. Alen me agrada, pero no sé cómo sucedió. Solo sé que una cosa llevó a la otra, pero no te preocupes, no volverá a ocurrir. Cumpliré con mi obligación.

—No tienes que darme ninguna explicación. El corazón no conoce las obligaciones, y sé que es algo que no planeabas, ya me había fijado en la forma que Alen te miraba.

—¿En serio? —Me sorprendo, pero al mismo tiempo sé que mis pensamientos no pueden dirigirse en esa dirección.

—Sí, pero como dices posees una gran responsabilidad.

—Solo quiero que el maldito príncipe aparezca de una vez y diga si aceptará, porque quiero terminar con esto lo antes posible.

—El destino ya está trazado, pero aún faltan tres semanas para la próxima luna llena y en ese tiempo podrían ocurrir muchos acontecimientos que cambiarían el curso de esta guerra.

—Estás hablando como Asila la hechicera.

—Solo debes ser prudente y seguir lo que dicta tu razón, en conjunto con tu corazón.

—Insisto, hablas como la hechicera, como si fuera un mensaje oculto que tengo que descifrar.

—No te agobies, lo que deba ocurrir, ocurrirá. —Me conduce a la cama para que me siente.

—Gracias por tus palabras y tu contención. Si no estuvieras creo que ya habría perdido la cabeza —digo, pensando que mi hermano no lo tomaría de forma tan calmada como lo hace Assel.

—Ya te dije, el destino me puso en tu camino y a ti en el mío.

—A propósito, mi hermano vino a buscarte, me contó lo sucedido, se quería disculpar, y debo decir que, de verdad, parecía avergonzado.

—¿Le comentaste que era pura?

—No, no dije nada, pero ¿no crees que es mejor que conozca tu condición? De esa forma no te habría cortejado.

—No, no quiero que nadie lo sepa, y no me molestó, solo me impresionó que alguien como él se fijara en alguien como yo —afirma, bajando su mirada.

—¿No te has mirado? ¡Estás hermosa! Disculpa, me expresé mal. Eres hermosa y valiente, eso llama la atención de un hombre, y mi hermano no es

tonto, se dio cuenta.

—Ya sabes que no me interesa el amor, así que mejor cambiemos de tema.

—Está bien, creo que han sido muchos los acontecimientos para un solo día.

—Opino lo mismo. —Se levanta y de los pies de la cama toma una especie de camisón que me tiende. Ya sin querer dar más vueltas a mi cabeza, lo recibo y me voy a la cama. Mañana será otro día y empezaré mi instrucción, espero que Gamar no se arrepienta de su ofrecimiento.

## Capítulo 17

A través de la ventana contemplo como los primeros rayos de sol se filtran. No he podido dormir en toda la noche entre los recuerdos de mi encuentro con Alen, el forajido que quiso abusar de mí, la conversación que tendremos hoy con el rey y mi primera instrucción que tendré en el uso del arco. No, mis pensamientos no me han dejado descansar.

Me levanto decidida. Sobre el tocador observo nuevos vestidos que dejaron las mujeres ayer, los desecho de inmediato, no es lo más apropiado para entrenar; además no quiero volver a llamar la atención por mi vestuario. Tomo los pantalones negros, la camisa con chaleco a juego y me calzo las botas cortas. Assel también se incorpora y comienza a vestirse.

—No es necesario que me acompañes —digo.

—Yo también quiero aprender. —Comienza a vestirse con un atuendo similar al mío.

—Eso sería fantástico. —Me alegra que también esté dispuesta a combatir si es necesario, solo espero que no llegue ese momento.

Amarro mi largo cabello en una trenza lo más ajustada posible y bajamos. Al pasar por el salón la gente del pueblo de Aquilón aún se encuentra ahí. Esta vez, eso sí, la mayoría duerme sobre las mesas, las máscaras están tiradas en el suelo y solo algunas parejas aún beben y sonríen.

Nos dirigimos al exterior. Llegamos el patio central, encontrando varios hombres entrenando con sus espadas. Me reconforta saber que algunos se toman su entrenamiento de manera seria y que no todos celebren en caso de algún ataque.

Saludo a los soldados y mujeres del ejército de mi hermano que limpian sus espadas y conversan. Aunque al verme su expresión es de clara sorpresa. Diviso en un extremo el lugar que está destinado con los arcos y me dirijo hacia allá. La mayoría de los instrumentos son demasiado grandes y tomo uno para tantear su peso.

—Buenos días —dice una voz masculina a nuestras espaldas.

Me volteo y me encuentro con Gamar, su pelo negro va totalmente tomado, sus ojos oscuros destacan y su mandíbula continúa con rastros de barba. Lleva un pantalón ajustado en el interior de sus botas y su camisa es sin mangas, por lo que destacan sus cuadrados hombros y abultados brazos. En su mano porta un arco más pequeño que los que hay en el lugar.

—Buenos días —responde Assel a mi lado, ya que aún no emito

palabra.

—No sabía que vendrías acompañada, de ser así, habría fabricado dos.  
—Levanta el objeto en su mano.

—¿Tú lo hiciste? —Lo miro impactada.

—Sí. Como ya dijiste, eres pequeña, así que necesitabas algo del tamaño preciso para tu cuerpo.

—Gracias. —Recibo la pieza de madera y admiro su composición. Deslizo mis dedos por la suave madera y me encanta su forma, es como si fueran dos medias lunas unidas en el centro.

Antes de que pueda reaccionar me lanza una fruta, suelto el arco y la agarro.

—Bien —dice—, ese es tu brazo dominante.

Lo miro sin entender.

—Es el brazo con el que ejercerás presión sobre la cuerda.

Asiento, al parecer, la instrucción ya comenzó.

Se para a mi lado con un trozo de cuero en su mano, hace que me descubra la muñeca izquierda y la amarra en mi antebrazo, cubriendo gran parte de él.

—Es para que te proteja cuando sueltes la cuerda y no lacere tu piel. — Lo amarra con cuidado y también le coloca uno a Assel. Luego, ajusta una delgada pieza de cuero en mis dedos, indicándome que son para protección. Aún no hemos comenzado y ya me siento toda una guerrera.

Nos ponemos frente a un blanco ubicado a unos cuantos metros. Hace que tome una postura erguida. Se ubica detrás de mí para indicarme la postura correcta, la que es perpendicular hacia el objetivo. Me entrega una flecha y la posiciona sobre la cuerda. Con su mano me indica que la debo afirmar entre el dedo índice y corazón. Me siento un tanto invadida en mi espacio personal por su cercanía, pero al ser como mi maestro no hay otra manera. Me distraigo al sentir la mirada de todos los soldados.

—Concéntrate —me indica.

Levanto mis brazos, tiro la cuerda ejerciendo la máxima presión y miro el blanco con mi ojo derecho. Entretanto, Gamar se vuelve a colocar detrás de mí, corrigiendo mi postura.

—Suéltala —me susurra en el oído.

La flecha sale disparada y efectivamente la cuerda golpea sobre el cuero protector en mi brazo. El dolor es casi imperceptible, solo siento toda la energía que se suelta en la descarga, y la liberación de mi interior es

instantánea. La flecha no acertó en el blanco, pero no me importa, lo quiero repetir otra vez.

Ahora, coloco la flecha apuntando al suelo, como Gamar me indica que lo haga. Levanto mis brazos y vuelvo tomar mi posición. Esta vez lo hago sola y mi flecha acierta muy cerca del objetivo, un punto rojo sobre un saco. Doy un salto de alegría y sonrío relajadamente de manera satisfecha. Al voltear, Assel me mira también sonriendo.

—Lo llevas en la sangre —Gamar sonrío—. Lo haces de manera natural.

Mi felicidad es tan grande que me abalanzo sobre él y lo abrazo para agradecerle, pero Gamar se coloca rígido y me desprendo.

—Disculpa, es que estoy feliz —digo cuando me separo, no es propio de una princesa ese nivel de confianza.

Continuamos practicando y nos turnamos con Assel para ocupar el arco de menor dimensión; me sorprende la destreza que posee ella.

—¿Estás segura que nunca habías disparado antes? —le menciono al ver que acierta en su tercer lanzamiento en el blanco.

—No —responde también sorprendida.

—Eso se debe a que tienen un buen instructor. —Gamar se afirma sobre una madera, sonriendo satisfecho.

A medida que la mañana avanza y el sol inicia su ascenso sobre nosotros, ya contamos con bastante público. Los habitantes de Aquilón han despertado y empiezan a desarrollar sus labores diarias.

Nos detenemos cuando una de las mujeres nos indica que el desayuno está servido. No quiero dejar la práctica, aunque algunos de mis músculos ya se están quejando por la fuerza que he ejercido. Pero debo regresar a la realidad y a los temas importantes. Uno de ellos, hablar con el rey Yokar y saber si el príncipe al fin aparecerá.

Le devuelvo el arco a Gamar.

—No. Te pertenece, te lo has ganado —dice, devolviéndomelo.

Lo sostengo contra mi pecho y asiento en señal de gratitud.

—Aún no me agradezcas, la instrucción no ha terminado —Levanta una de sus cejas—. En la tarde podemos continuar si lo deseas.

—¡Sí, por favor!; Eso me agradaría! —exclamo y ruego que el príncipe sea tan amable como su súbdito.

—Gracias —dice Assel.

—Estamos para servirles —responde y realiza una pequeña reverencia.

—Pensé que ustedes no tenían esa costumbre —recuerdo y me mira

ahora con sus profundos ojos negros.

—Nuestro pueblo piensa que todos somos iguales, que no debemos bajar nuestra cabeza ante nadie, y si lo hacemos, es porque la persona se lo ha ganado. —Me traspasa con su mirada y debido a ello desvío mi rostro al notar que mis mejillas comienzan a encenderse.

—¿Nos vamos? —Assel se acerca y agradezco su intervención. Creo que advertió mi nerviosismo.

Antes de ingresar, nos detenemos y refrescamos nuestra cara en un pequeño riachuelo que pasa por el costado de una de las paredes de piedra del castillo. El agua es fresca y limpia, proviene directo desde lo alto de las montañas.

En el interior del salón ya se encuentra todo de nuevo en su lugar. No hay rastros de la celebración de la noche anterior. Al primero que veo es al Rey Yokar, aunque es un hombre mayor, su figura es imponente; hoy luce un atuendo café. En la mesa encuentro la mirada de mi hermano un tanto desconcertada y a su lado Alen. Sus ojos azules se posan un segundo en mí y luego vuelve a su plato.

Respiro hondamente y me acerco, al parecer está arrepentido de lo ocurrido anoche. Por lo que maldigo en silencio haber bebido y haber dejado que me tocara. Debí saber que para él solo sería un encuentro más.

—Buenos días, princesa —dice el rey Yokar—, espero que su descanso haya sido placentero.

Sonrío y asiento con mi cabeza. Evito reírme de manera histérica. Mientras los días pasan, las cosas se vuelvan más confusas.

Mi hermano se levanta y desplaza el asiento que está junto a él para que me ubique. Trata de hacer lo mismo con Assel, pero ella lo evita y mueve su silla sola.

Al sentarme, saludo a Elisa que me responde solo con un movimiento de cabeza, mientras continúa mirando a mi hermano de una manera un tanto asesina. Observo a Alen frente a mí y ni siquiera levanta su mirada, solo sigue comiendo de manera distraída.

A su lado, Assel evita a toda costa mirar a mi hermano. En los últimos puestos se hallan nuestros consejeros, el hombre de tez oscura que aún no me aprendo su nombre y el de barba blanca, su nombre es algo como Arbel. La verdad, en este momento no me interesa.

—Me enteré que ha estado practicando. ¿Le interesan las artes de la guerra? —El Rey rompe el incómodo silencio, dirigiéndose a mí.

—Sí. Agradezco a su hombre, Gamar por su buena disposición.

—Es mi mejor arquero. Bueno, y mi mejor guerrero, sus habilidades son fantásticas. Tal vez, la puede instruir en otras artes también.

Alen suelta su cubierto y éste golpea la mesa.

—Gracias por su hospitalidad —dice mi hermano, ignorando el gesto de Alen—. La verdad, Eleonor se encuentra muy interesada en interiorizarse en los aspectos de la batalla, solo espero que no tenga que luchar.

—Se avecinan tiempos oscuros, creo que es una buena decisión que todos nos encontremos preparados. —El rey asiente y bebe de su copa.

Evito mirar a Alen y trato de masticar el trozo de pan en mi boca. Por la rigidez que tiene mi garganta, estoy segura que será una gran hazaña si lo trago.

—¿Dónde estuviste anoche? —dice Elisa y levanto mi cabeza con la palabra “inculpada” sobre mi frente.

Al mirarla, no se refiere a mí, le habla a Emery. Respiro aliviada, ahora es mi hermano el que se tensiona.

—Estuve en la celebración, luego con Eleonor y después me fui a dormir.

—Te busqué y no te encontré. —continúa Elisa.

—Estuvo conmigo, recorrimos el castillo y bebimos el vino del rey — Alen clava su mirada en mí—, el dulce elixir que fabrican nos golpeó un tanto la cabeza y antes de hacer algo de lo que nos arrepintiéramos, nos acostamos.

—Su vino es exquisito, rey —digo, devolviendo la mirada a Alen—. Si nos quedamos más días, me encantaría probarlo otra vez.—Observo cuando Alen aprieta el tenedor en su mano.

—Me alegra saberlo y para conocer si continuarán con su viaje o se quedarán en nuestro reino, después del desayuno tendremos nuestra audiencia.

—¿El príncipe estará presente? —inquiero, ya que la ansiedad me carcome por varios aspectos diferentes.

—Esperemos que nos acompañe. Mi hijo se encuentra a cargo de varias responsabilidades en nuestro reino —responde el rey.

—Si me disculpan —Alen se levanta haciendo que su silla emita un gran estruendo al desplazarse por el suelo—. Voy a verificar si nuestros hombres se encuentran bien.

—Yo te acompaño. —Elisa se levanta, mientras sigue mirando a mi

hermano de manera seria.

Los veo desaparecer por la puerta principal, mientras Assel mantiene su vista en el plato.

A los pocos minutos, subo a mi alcoba después de un desayuno paupérrimo, no pude comer casi nada ante el desconcierto por la reacción de Alen y la incomodidad de Assel.

Observo nuevamente los vestidos. El rey nos explicó que la audiencia es de carácter formal, por lo que nuevamente tendré que usar un vestuario para la ocasión.

—No te preocupes. —Assel habla a mi espalda.

—No lo estoy —miento, entre el príncipe y Alen mis nervios están destrozados.

—Creo que el príncipe cooperará y si no, buscaremos otra forma, siempre la hay.

—Ya no estoy tan segura de eso —confirmando y me arrojo a la cama.

—Alen está preocupado. Además, te vio practicando en el patio.

—¿Qué? —Me incorporo de golpe—. ¿Por qué no me dijiste?

—Para que no tomaras esta postura.

—¿Qué postura crees que estoy tomando? —Trato de bajar el volumen de mi voz.

—Ansiosa, puede ser. —Assel toma uno de los vestidos color blanco.

—Esta vez, llevaré algo más conservador —menciono, observando el gran corte que posee en un extremo.

—De eso nada —Assel me levanta con energía—. Primero, eres la princesa, por lo que te debes vestir para la ocasión y siempre con tu cabeza en alto, aunque el mundo caiga a tu alrededor. Segundo, debes demostrarle que ya eres una mujer y que puedes con todo lo que se avecina.

—Al príncipe no creo que le importe eso.

—No me refería al príncipe, hablaba de Alen.

—¿Qué? —Esta vez sí me pilla por sorpresa.

—Eleonor, sé que Alen te interesa, aunque no lo digas y no lo asumas. Acepta que ya no eres una niña, eres una mujer y hermosa. Atributo que no todas poseen. Puedes tener lo que quieras.

—Menos eso, nunca podré pensar en eso.

—Una cosa a la vez, debes estar despampanante —quita el cinto de mi pelo y lo comienza a soltar—, te haré un tomado digno de una soberana.

A los minutos, Assel termina de acomodar mi cabello en una media

trenza. El tomado que va en la parte superior se asemeja a una corona y el resto de mi pelo color oro cae libre. El vestido blanco, al igual que el de la noche anterior acentúa mis curvas, y una de mis piernas asoma por el gran corte que lleva hasta la parte superior de mi muslo; mi blanca piel nuevamente queda expuesta. Sigo sin estar segura de utilizar algo así, pero las veces que he protestado, Assel se ha negado a que elija otra prenda. Unos golpes en la puerta nos sobresaltan.

—Adelante. —Me paro del taburete y me coloco en medio de la habitación, como lo realizaba en el castillo; en esto sigo los consejos de mi nueva doncella, debo tomar el carácter de una soberana.

Alen aparece en el umbral de la puerta vestido de un impecable blanco. Su piel dorada destaca y su cabello va peinado completamente hacia atrás, encuentro sus ojos azules que me miran, recorriendo mi cuerpo.

—Me gustaría hablar contigo —dice y luego mira a Assel—. Yo la acompañaré al salón.

Hago un movimiento de cabeza hacia mi doncella y ella sale cerrando la puerta.

Alen se afirma en la pared y cruza sus brazos. Puedo ver el movimiento de su pecho cuando se tensa. Al instante, vuelvo a su rostro, porque no quiero dar una impresión incorrecta. Algo importante en una reina es el contacto visual. Lamentablemente, no encuentro sus ojos, ya que me siguen recorriendo por completo. Me muevo un poco inquieta, este tipo de mirada hace que mi estómago se contraiga y que mi corazón comience a palpar de manera acelerada.

—Por lo que veo, insistes en usar esos vestidos.

—Creo que son hermosos. Además, es una ceremonia formal, no creo que me dé tiempo para ir hasta el castillo por mis atuendos.

—¿Y tu pelo?

—Al único que le incomoda es a ti —afirmo, tomando mi cabello y posicionándolo sobre mi hombro—. A la gente de Aquilón no le interesa como lo peine.

—Si sigues con esa postura, habrá hombres que querrán sobrepasarse contigo.

—¿Además de Lian? No creo —menciono, recordando el aterrador encuentro de la noche anterior.

—¿A qué te refieres? —Alen da un paso hacia mí.

—Anoche bajé a buscar a Assel y me encontré con el hombre que

conocimos en el pueblo, me atacó, pero gracias a los ancestros apareció Gamar y lo detuvo.

—¿Te hizo algo? —Se acerca y toma mi cara con sus manos, examinándome.

—No —trago saliva ante su cercanía—, ya te dije que el súbdito del rey me ayudó.

—¿Por qué bajaste sola? —Sigue con sus manos en mi cara. Me gustaría soltarme de su agarre, pero me siento segura ante su contacto.

—No lo sé, debí haber pedido ayuda, fui irresponsable.

—Menos mal que te das cuenta —desliza una de sus manos, acariciando mi cabello—. ¿Te vististe así por el príncipe?

—No —digo con seguridad—, lo hago por mí.

Me mira sin comprenderme y ahora sí que me deshago de su cercanía, ya que percibo como si en la alcoba se consumiera el aire. Necesito al menos, separarme un paso de su imponente presencia.

—Me refiero a que, si quiero dar una buena impresión y representar a la Casa de Los Ciervos como se lo merecen, necesito parecer una reina.

—No necesitas un vestido para eso, ya lo eres.

—Gracias —Me muevo nerviosa y evito mirarlo, la habitación se vuelve más pequeña de lo normal—. ¿De eso querías hablar?

—No. Te vi entrenando con ese guerrero en la mañana. Si querías aprender, me lo debiste haber pedido. Sabes que te hubiera enseñado.

—Él se ofreció anoche y pensé que después de lo que había pasado entre nosotros, me ignorarías.

—En eso estás equivocada, yo sigo siendo la mano derecha del rey y mi juramento se va a mantener mientras viva. Siempre te protegeré, si es necesario dando mi vida por ti. Así es que no vuelvas a dudar de que no estaré a tu lado. Eso ocurrirá solo cuando tú me lo pidas o cuando encuentres a otro hombre de confianza que vele por ti. Y así todo, tendría primero que vencerme y demostrar que es digno de ser tu escudero.

—¿Eres mi escudero? —Es lo primero que logro decir ante sus palabras.

—Soy lo que tú quieras que sea. —Nuestras miradas se encuentran y el azul de sus ojos resplandece.

—¿Qué más podrías ser? —Esta vez me pierdo en su mirada y no me doy cuenta cuando nuestros cuerpos están nuevamente juntos, no sé si yo o él dio el paso para que eso ocurriera.

—Podría comenzar por ser tu forajido personal —Toma mi mejilla y

desliza su mano hasta mi nuca, me acerca hasta que nuestras respiraciones inhalan el mismo aire—. No quiero que vuelvas a salir sola nunca más y no quiero que vuelvas a dudar de mí.

Me gustaría asentir, pero si muevo mi cabeza nuestros labios se encontrarían, aunque es lo que estoy deseando sin poder evitarlo, quiero probar nuevamente el dulce sabor de su lengua.

—Toma. —Se separa y me entrega una pequeña daga.

Recibo el cuchillo y siento el contacto frío del acero, es ligero. Contemplo la empuñadura que está tallada, la cabeza de un ciervo asoma y sus astas se entretejen.

—Me pertenecía, me la regaló tu padre —Del borde de su cinturón extrae un cordón de cuero con un pequeño bolsillo—. Debes llevarla contigo siempre, y si alguien vuelve a poner una mano sobre ti, no dudes en ocuparla, y cógela con fuerza —Toma mi mano indicándome como agarrarla. La desliza por su pecho haciendo que palpe su torso hasta que presiona la hendidura entre sus costillas—. La entierras justo aquí, directo al corazón.

Las yemas de mis dedos se mantienen comprimiendo la piel y percibo los latidos fuertes de su corazón que se alinean al mío.

—Descúbrete la pierna.

Me sorprende su solicitud.

—Es para que lleves el cuchillo, ya que tu vestido deja poco a la imaginación, en la pierna es el único lugar en donde la podrás esconder. Te amarraré la cinta, te acostumbrarás.

Antes de que pueda decir algo se agacha al lado de mi cuerpo y espera. Seco la palma de mi mano en el vestido y luego lo recojo, tengo que descubrir mi otra pierna, ya que una va al aire y, claramente, no es el mejor lugar para esconderla.

Mientras descubro mi piel debo respirar para que mi corazón se calme. Estoy segura que quiere salir por mi boca y saltar por la ventana. O al menos, es lo que quiero hacer yo; la noche anterior el vino me había ayudado con mi decisión. En este momento mi cuerpo está rígido y solo me gustaría que mi mano nuevamente se deslizará por su cabello.

Percibo el cuero que se amarra en mi pierna y mi vientre despierta cuando su tibia piel acaricia accidentalmente la parte interna de mi muslo.

—¿Cómo se siente? —inquire, terminando de sujetar el cordón. Me gustaría decir lo que estoy pensando, pero creo que no se refiere exactamente a eso. Levanta su cabeza y me mira con una sonrisa juguetona.

—Creo que se encuentra firme. —Le entrego la daga y la coloca con cuidado en el pequeño bolsillo.

—Bien. Creo que con eso cubrimos una parte de tu seguridad —Se levanta y suelto mi vestido—. ¿Te encuentras bien? Estás un poco sonrojada.

—No estoy acostumbrada a tener a un hombre entre mis piernas —digo, y al instante quiero sacar la daga y cortar mi cuello por lo que mi boca soltó.

—Está bien, no miré nada —Alen esconde una risa—. ¿Lista para bajar?

—¿Qué haremos si el príncipe no quiere ayudarnos?

—Escucha —se para nuevamente cerca de mí—. Primero, su reino también se encuentra en peligro si los lobos siguen avanzando. Segundo, sería un completo tonto si no quisiera desposarte, y tercero, no te impongas esto como tu responsabilidad, si piensas que no es la persona que te pueda hacer feliz no lo hagas, siempre encontraremos otra solución.

—Gracias —expreso y agradezco que esta vez no me esté imponiendo fecundar al heredero.

—Tranquila, puede que no me haya comportado como tendría que haber sido, pero siempre estaré para ti, y si es necesario que los dos carguemos esta responsabilidad, lo haré con gusto.

Ya no aguantó más y me lanzo a sus brazos en un acto inconsciente y desesperado. La soledad que había sentido desde que había abandonado mi hogar y las palabras dulces de la madre antigua las había extrañado y hasta el momento nadie me había dicho que estaría dispuesto hasta morir por mí.

Hundo mi cara en su pecho y agradezco que no me retire, al contrario, me recibe y me acoge entre sus extremidades.

—No me dejes nunca —pido—. No podré hacer esto sola y solo en ti confío.

—Eleonor, nunca lo haré. Estaré a tu lado hasta que estés del todo segura —levanta mi cara, acariciando el borde de mi mandíbula—, y si pierdes en algún momento la fortaleza, la tendré por los dos.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro —Toma mi mano y la coloca sobre su corazón—. Desde hoy y para siempre estaré a tu lado.

Me refugio otra vez en su cuerpo y me abraza con fuerza. Esta vez nos quedamos en silencio, solo siento los golpes de los latidos en mi pecho que se funden con los de él. Me gustaría quedarme así de por vida, que todo lo que nos rodea desaparezca y solo seamos Alen y yo.

## Capítulo 18

Un inesperado llamado a la puerta hace que nos separemos; desde afuera la voz de Assel inunda mis oídos.

—Eleonor, te esperan.

—¿Lista? —Alen me tiende su mano y la tomo con seguridad. Abre la puerta y caminamos juntos por el corredor. Nuestras manos continúan enlazadas y acaricia con delicadeza mi piel. Assel, mientras tanto, camina detrás de nosotros. No me importa que vea nuestra muestra de cariño, porque estoy centrada en el calor que me traspasa la piel de Alen, el cual me infunde confianza y convicción de que no estaré sola otra vez.

Giramos por el último corredor y nos llega el bullicio del salón. Alen suelta mi mano y me extiende su brazo para que me afirme del. Los últimos pasos los damos en silencio hasta que nos enfrentamos, finalmente, a la audiencia.

Recorro el lugar y advierto que varios habitantes de Aquilón están presentes. También el ejército de mi hermano se encuentra en la sala. El Rey Yokar ya se encuentra situado en su trono. Todos se giran al sentir nuestra presencia. La mayoría se fija en mí, al mismo tiempo que algunas mujeres observan a Alen.

Mantengo mi frente en alto mientras nos deslizamos por el medio del salón. Al llegar encuentro a Emery, Elisa y a nuestros consejeros. Para ser un pueblo bastante libre, esta ceremonia los mantiene a todos en silencio y de manera seria, al parecer, conoceré la otra cara de este reino.

El rey nos indica que demos un paso adelante y nos invita a sentarnos frente a una mesa dispuesta a un costado. Afirmo a Alen del brazo para que se siente a mi lado, mientras mi hermano se sienta en el otro extremo. Assel, al ser mi doncella, debe quedar de pie junto a los demás asistentes.

Contemplo al rey, su traje es negro y lleva una llamativa corona. En sus hombros luce una capa que emula las plumas de un águila de color gris. Realiza un gesto con su cabeza y varios de sus guardias ingresan trayendo a un hombre con las manos amarradas.

—¿Cuáles son los cargos? —El rey alza la voz.

—Hurto. Fue sorprendido extrayendo comida del almacén.—Uno de los guardias da un paso adelante.

—¿Cuánto tiempo lleva en nuestro reino?

—Solo un invierno.

—¿Cómo te declaras?

—Culpable. —El hombre baja su cabeza.

—Tienes dos alternativas, el exilio o trabajar por un mes en las caballerizas.

—El trabajo, mi rey.

—Sabes que si no realizas esa labor, te exiliaremos sin derecho a una nueva audiencia.

—Estoy en conocimiento, mi rey.

—Puedes retirarte.

Miro a Alen de reojo y él me regala una leve sonrisa; al menos el rey parece ser una persona indulgente. Eso me da una leve esperanza de que piense en nuestra solicitud.

Seguimos escuchando a nuevas personas que se presentan ante el rey y la mayoría obtiene lo solicitado o, se le da una salida justa. Mi vista sigue vagando por el lugar, esperando que el famoso príncipe se digne a aparecer.

De pronto, mi vista se fija en el hombre que viene encadenado. Lo reconozco, es Lian. Me remuevo inquieta en mi asiento, cuando clava su mirada en mí y luego la desliza por mi cabello.

Percibo la mano de Alen que baja y toma mi codo, el contacto hace que me sienta segura, pero no menos ansiosa ante lo que sucederá.

—Lian, ¿qué haces de nuevo en nuestro territorio?

—Solo vine a saludar —responde de manera sarcástica.

—¿De qué se le acusa? —El rey Yokar mira a los hombres que lo rodean.

—Lo encontré anoche incomodando de una forma poco decorosa a nuestra invitada, la princesa Eleonor. —Gamar aparece entre los asistentes. Su vestimenta es totalmente oscura, llama mi atención que lleve una pequeña corona sobre su cabeza.

Mis ojos se abren de sobremanera cuando se acerca hasta el rey y toma posición a su lado, mirándome y sonriendo de manera casual.

—Tu salvador parece que es el príncipe —Emery susurra en mi oído.

No contesto y mantengo mi vista en él. No estoy segura si estar complacida —ya que se ha comportado como un caballero—, o molesta de que me haya engañado. Sin mencionar que, hablé más de la cuenta en su presencia.

—Nuestras normas castigan con la muerte a los que desobedezcan el exilio —dice el rey—, sin mencionar el agravio de haber tratado de manera

tan deshonrosa a nuestra invitada.

—No sabía que era la princesa —dice Lian, excusándose.

—Estabas en conocimiento de eso —Gamar lo increpa decididamente.

—Rey Yokar, por favor, misericordia, no volveré a poner un pie en su reino. Si me perdona la vida no sabrá nunca más de mi existencia.

—Nuestro reino vive en armonía porque nos regimos por nuestras normas. Ya te dimos una oportunidad y jugaste con tu destino, por lo que estarás condenado a permanecer en la montaña hasta que las aves se alimenten de tu carne —El rey levanta su mano—. ¡Llévenselo!

—Un momento —Antes de darme cuenta ya me he levantado de mi asiento—. Rey Yokar, la tierra de Badru ya ha sufrido muchas pérdidas, creo que castigar con la muerte a un hombre no es la forma de cómo queremos ver el futuro de nuestros reinos. —Alen me jala del vestido para que me siente.

—Princesa, usted se encuentra en nuestra casa y debe acatar nuestras costumbres, aunque no esté de acuerdo con ellas. —El rey Yokar me mira de forma severa.

Ahora Emery y Alen me jalan para que me siente, pero no les hago caso. Miro a Gamar que sonrío, esta vez me enfurezco, ahora sí estoy molesta con él por haberme engañado.

—En el reino de Los Ciervos no estamos acostumbrados a tomar la ley de esa forma, y lo siento, pero debo interceder por la vida de ese hombre.

—Princesa, el hombre la atacó y es segunda vez que infringe nuestras normas. Yo no dejaré que eso vuelva a ocurrir, y si quiere tener su audiencia será mejor que guarde silencio. —Esta vez el rey Yokar me da una mirada de advertencia.

Me tengo que sentar, ya que la audiencia es importante y aunque el actuar del hombre me aterre, no me es indiferente lo que suceda con su vida.

—No puedes hablar así en una audiencia, te podrían arrestar —me susurra Alen.

—¿Y quieres que maten a ese hombre? —le respondo.

—Si yo lo hubiera encontrado, él ya estaría muerto.

Estoy segura que Alen habla en serio, porque si hubiera encontrado a Lian anoche lo hubiera matado. Debería estar agradecida por su protección, pero de todas formas me parece que no podemos tomar la vida de las personas de esa forma; es contradictorio que repudiamos con todo nuestro ser el actuar del reino del Valle Oscuro y nosotros determinemos sin piedad la muerte de una persona.

Emery carraspea a mi lado, haciendo que vuelva mi atención a la audiencia; no me había dado cuenta, pero ha llegado nuestro turno.

El príncipe resultó ser Gamar... El atento y guapo escudero se sienta al lado de su padre, y aunque me haya fabricado un arco me molesta sobremanera que me haya engañado, me pregunto ¿cuál habrá sido su intención?

—Casa de Los Ciervos —el rey Yokar inicia el dialogo—, ha llegado el momento de que expongan sus peticiones hacia nuestro reino.

—Rey Yokar, príncipe Gamar —Emery se levanta de su asiento—. Vengo en representación de mi padre, el rey Leonidas...

—Al punto, joven Emery. —El rey lo interrumpe.

—Hace unas semanas, nuestro castillo fue atacado por los señores del Valle Oscuro. Ellos han encontrado la forma de enlazarse con los lobos, y las historias que nos relataron desde pequeños se han vuelto una realidad. En este momento buscan fecundar a su primogénito con mi hermana, la princesa Eleonor. Como ustedes saben, es la heredera de luna llena y es la persona responsable de romper este encantamiento.

—Emery, me cuesta creer lo que dices, nunca he escuchado que los hombres sean capaces de enlazarse con animales. Tal vez, solo los domesticaron y ustedes fueron engañados.

—No es así —No espero mi turno y me levanto de mi asiento—. Desde que Celsius, el rey del Valle Oscuro, irrumpió en nuestro hogar, he visto y vivido cosas que pensé que eran solo de cuentos para asustarnos, y debo decir que me he equivocado.

—De todas maneras, nuestro pueblo —el rey toma la palabra nuevamente—, nunca se ha involucrado en estos asuntos. Vivimos alejados de los otros territorios, y no creo que los guerreros nos ataquen.

—En eso se encuentra equivocado, rey —Ahora es Alen el que se levanta—. Si las antiguas historias son ciertas. Los lobos no solo tomarán los territorios bajos, ellos querrán someter a todo Badru.

—Insisto, no queremos participar de esta guerra, lo que vengan a solicitar desde ya será denegado.

—Padre —Gamar toma la palabra—, creo que deberíamos darles el beneficio de la duda. No creo que la princesa haya abandonado su castillo y llegado hasta aquí por una suposición. Nuestros hombres que llegaron desde el sur, dicen que observaron varias manadas de lobos merodeando las aldeas.

—La aldea de mi familia fue destruida y saqueada por ellos —Assel da

un paso adelante, valientemente—, y vi en acción cómo los lobos obedecían a los hombres, y no solo como un perro que hace un truco.

—Gamar, la casa de Las Águilas no se involucrará en una posible guerra, si es verdad lo que ellos dicen. —El rey mira a su hijo.

—Si ellos tienen razón, la guerra de igual forma tocará nuestra puerta. Y creo también que, ante ello, debemos estar preparados.

—Nuestro pueblo no es guerrero, y aunque participemos, no tenemos los medios, ni las armas para combatir.

—Yo poseo un ejército que se encuentra apostado al borde del Bosque Blanco —dice Emery.

Mi mirada viaja de un lado a otro, todavía no hemos tocado el tema del matrimonio y eso ya está poniéndome nerviosa.

—De ninguna manera. Prefiero que nuestro pueblo se traslade hacia Las Altas Montañas —afirma el rey.

—Si los lobos realmente toman el poder —Emery habla y esta vez me mira a mí—, no habrá escapatoria.

—¿A qué te refieres? —pregunta el rey, confundido.

—Una de las razones por las que irrumpieron en el castillo fue para concebir al heredero —Emery me vuelve a mirar—. Las antiguas historias cuentan que, si logran fecundar a la heredera de luna llena, su poder será completo, y ya no los podremos detener.

—No creo en los cuentos —dice el rey, convencido.

—Pues, yo sí, rey —afirmo, alzando la voz—. Después de haber sido casi tomada a la fuerza por Magnus, el hijo de Celsius, ellos si creen en esa posibilidad.

—Lamento que haya vivido esa situación...

—No hablo solo por mí —interrumpo al rey—. Mi padre y la madre antigua en este momento son sus prisioneros. Mientras usted discute la posibilidad de ayudar o no, ellos sufren encerrados en un calabozo. Mi reino fue azotado y asesinado sin ninguna pizca de arrepentimiento. Mucha gente en las aldeas que han sido destruidas también fueron víctimas de su crueldad. El príncipe Dorian fue asesinado para que no pudiésemos consumir nuestro matrimonio y ante ello, tenemos exactamente tres semanas para la próxima luna llena y encontrar a otro hombre de linaje real para que me despose, siendo su hijo el único candidato. Si piensa en su pueblo, deberá considerar lo que le estoy solicitando.

—¿Quieres depositar a mi hijo? —El rey Yokar levanta una ceja.

—Ella no quiere —Alen interviene—, es lo que debe hacer por todos los reinos. Concebir a un heredero para que los lobos no tengan la oportunidad, y de esa forma los podamos combatir.

—No sé qué decir al respecto. En primer lugar, no estoy de acuerdo en participar en esta guerra, si es que la hay —vuelve a aclarar el rey—, y en segundo lugar, nosotros somos libres de elegir a las mujeres con las que nos queremos procrear. No nos casamos, somos libres, repito, y a mi hijo no creo que le agrade esta solicitud.

Todas las miradas recaen en el príncipe. Los asistentes se mueven inquietos detrás de nosotros y los murmullos crecen, pero mi mirada está fija en Gamar, que también me observa. Respira y se levanta de su asiento, cuando en su cara no se ve preocupación.

—Lo que dice mi padre es verdad, no nos casamos, y no es algo que tenga pensado realizar —sonríe y su mirada se fija en mí—, pero si están en lo correcto, creo que esto nos involucra a todos.

—¿Estarías dispuesto a desposar a la princesa? —El rey lo mira interesado.

—Sí, sería un honor. —Asiente con su cabeza y clava sus oscuros ojos en mí.

—Entonces, mandaremos una delegación hacia el sur para que nos informen que está ocurriendo, y para que también corroboren con sus propios ojos lo que han dicho —El rey se mueve en su silla—. Desde hoy y hasta la próxima luna nueva será tiempo suficiente para aclarar todos estos temas y para que mi hijo tome la decisión. Serán nuestros invitados hasta entonces —El rey se levanta—. Esta audiencia se da por terminada.

—Gracias, rey. —Mi hermano asiente.

El monarca se retira, mientras me quedo parada en mi lugar. Con suerte puedo tragar saliva, estoy un tanto impactada, si lo puedo definir de alguna forma. El príncipe ha aceptado desposarme —obviamente si confirman lo que hemos dicho, cosa que sucederá, ya que los lobos sí están enlazados—. Debería haberme quitado un peso de encima, pero mis hombros se sienten más pesados que antes. Siempre pensé que el príncipe se negaría, pero en la próxima luna llena deberé estar en su cama, algo que no estaba en mis planes. Bueno, en realidad, nada de esto lo estaba.

Siento la presencia de Alen a mi lado y de reojo puedo ver cómo su mandíbula se mantiene tensa. No es que siga recordando lo que sucedió entre nosotros. Está bien, sí lo recuerdo, y no lo puedo borrar, es más, me

arrepiento de que no hayamos consumado nuestra unión anoche. Me hubiera gustado que Alen fuera el primer hombre en mi vida. Ahora sí que mi cabeza quiere comenzar a girar, no puedo estar pensando en acostarme con Alen, cuando debo enfocar mis pensamientos solo en el príncipe.

—Eleonor —Emery me habla—, ¿te quedarás todo el día de pie ahí? Si no te diste cuenta han aceptado ayudar, y el hombre que te desposará no es un enano de un solo ojo.

—¿Y se supone que debo sentirme mejor al realizar un acto sin amor? —formulo, la situación no me hace gracia.

—Eleonor —Alen encuentra mi mirada y su semblante se ablanda—, es tú decisión. Si no quieres, no lo hagas.

—Creo que eso no es para discutirlo en público. —Emery nos conduce por uno de los pasillos dejando a los asistentes atrás. Antes de desaparecer del salón, mis ojos se detienen en el príncipe que se aleja en otra dirección, ladeando su cabeza, encontrando mi mirada y regalándome una pequeña sonrisa. Me gustaría odiarlo por su engaño, pero no puedo.

Ingresamos a un salón que es un antiguo comedor, varias mesas están situadas en los extremos. Mi hermano cierra la puerta tras él.

—¿A qué te refieres con que no lo haga? —Mira a Alen un tanto desconcertado.

—Lo que digo es que Eleonor ya ha sufrido bastante para que se tenga que someter a un hombre si no lo ama. La hechicera dijo que se necesitaba algo más para romper el encantamiento, y creo que deberíamos pensar en eso.

—¿Qué pasa si se equivoca? No podemos perder esta oportunidad.

—Creo que Emery tiene razón —digo y miro a Alen—. Si tenemos la posibilidad de romper el encantamiento, debemos hacerlo. No estoy dispuesta a que todo Badru sucumba por mí.

—¿Quieres que el príncipe te despose? —Alen me clava su mirada y nuevamente su quijada se tensa.

—Como tú dijiste. No es que quiera, es algo que tengo que hacer, y es por eso que nos encontramos acá.

—Comprendo —Alen se gira hacia la puerta—. Nos vemos en el almuerzo.

Antes que pueda decir algo, él ya ha abandonado la habitación. Quisiera correr y decirle que no estoy pensando en el príncipe, que mis pensamientos están posados en él, que solo me gustaría estar en su cama. Aunque me quiera engañar, sé que es así.

No lo sigo. Me quedo en el lugar. Esto no solo se trata de mí y lo que yo siento. Se trata de mi pueblo, no les puedo fallar, porque es lo que esperan de mí, que sea su monarca, y es lo que tengo que hacer.

—¿Qué le sucede a Alen? —Mi hermano encuentra mi mirada—Hace días lo noto malhumorado y pensé que él era el más interesado en que esta guerra se terminara. Lo único que le he escuchado decir desde pequeño, es que quiere vengar la muerte de su madre.

—No sé. Tal vez, al igual que a todos nosotros, este conflicto lo está trastornando.

—¿Tú estás bien? —Emery me toma con cariño entre sus brazos—. Quiero decir, no es que te quiera presionar a que te entregues a un hombre...

—Estoy bien. Como lo conversamos, es nuestro destino, y también como dijiste, no es un enano con un solo ojo. Solo espero que el sacrificio sea la solución y que en algún momento podamos regresar a nuestro hogar. Ansío que todo vuelva ser como antes.

Me abrazo a Emery antes de sucumbir a la ansiedad. No es verdad lo que acabo de decir...Nada volverá a ser como antes. Si Gamar me desposa y fecundamos a un heredero, quizá, tendré que permanecer en Las Altas Montañas de Aquilón para siempre, lejos de mi hogar, de mi gente y, por supuesto, de Alen.

La puerta se abre y Assel asoma su cabeza. Agradezco que aparezca, un nudo se ha formado en mi garganta, y no quiero que mi hermano vea mi tristeza. El también ha sacrificado mucho por esta guerra y tampoco le puedo fallar.

—Pasa —le digo y me despojo de los brazos de Emery.

—Si están ocupados, puedo esperar afuera. —Assel se gira para retirarse.

—Espera —Emery sale a su encuentro y la hace ingresar volviendo a cerrar la puerta—. Me gustaría hablar contigo, por favor.

—Creo que soy yo la que debería esperar afuera —expreso.

—No, quédate. —Assel me indica.

Me mantengo en la habitación. Realmente, mi hermano se ve muy incómodo mientras juega distraídamente con su espada. Sé que está nervioso, porque lo he visto realizar ese gesto desde pequeño, sobre todo cuando mi padre lo llamaba al descubrir alguna de sus travesuras. Lo que no entiendo es por qué se incomoda de esa forma con Assel.

—Me quería disculpar por mi comportamiento de anoche —dice y veo

como un hilo de sudor se posa en su frente—. La verdad, pensé que te sentirías halagada. Te veías hermosa y jamás pensé que lo tomarías como un agravio hacia tu persona.

—Está bien, acepto las disculpas. —Assel se mueve inquieta y evita mirar a mi hermano.

—Además, no te he agradecido por cuidar de mi hermana. No sé por qué lo haces, pero has sido de gran ayuda.

—No es nada, la princesa tiene toda mi gratitud. —Assel encuentra mi mirada y sonrío.

—¿Y qué fue lo que hizo por ti? Es algo que aún no me cuentan.

—No es necesario que lo sepas —comento recordando que Assel quiere que el tema de su virginidad se mantenga en secreto—. Eso es algo entre ella y yo.

—Bueno, respeto su decisión —Emery respira como si se hubiera sacado un peso de encima—. Ahora iré hablar con mis hombres, ya que nos quedaremos unas semanas mandaré a un emisario para que avise a mi gente del norte que aún no llegaremos. Además, también quiero que uno de mis hombres acompañe al grupo del rey Yokar, necesitamos saber la posición de los lobos; no me gustaría que llegaran hasta acá sin estar prevenidos, porque hasta el arribo de la próxima luna llena podrían ocurrir muchas cosas.

—Sí, creo que es lo mejor. Solo espero que las cosas sigan su curso.

—Eso no te lo aseguro. De todos modos, nos mantendremos alertas. —Emery camina hacia la puerta y antes de salir mira a mi doncella.

—¿Te encuentras bien? —inquiero en dirección a Assel, al ver que mantiene estrujada su ropa entre las manos.

—Sí, solo que no estoy acostumbrada a que se disculpen conmigo.

—Sé que has vivido una vida difícil, pero no todos los hombres son unos desalmados. Bueno, mi hermano no es muy delicado y a veces es un tanto bruto, pero su corazón es gigante. Creo, sinceramente, que jamás pensó en hacerte daño.

—Lo sé.

—Además, como dijo, te deberías haber sentido halagada, estabas realmente hermosa. Y ese vestido que llevas hoy, también hace que luzcas perfecta —Me acerco y tomo sus manos—. Debes confiar en ti.

—Princesa, ya le dije, mi corazón se encuentra cerrado por siempre y no hay cabida para mirar a nadie.

—Bueno, eso es algo que no puedes manejar —le digo y al instante el

recuerdo de Alen sobre mí me aplasta.

—Yo sí lo puedo manejar —afirma—. Y le rogaría que no habláramos del tema nuevamente.

—Está bien, me disculpo.

—No. No es tu culpa, hay cosas en mí que no me permiten amar.

—¿Lo dices por lo que ocurrió con tu marido?

—Por eso y otras cosas más, pero mejor cambiemos de tema.

—Sí, está bien.

—¿Qué opinas de Gamar? —Assel sonrío tímidamente.

—Por fortuna, no es un enano de un solo ojo —Las dos nos reímos—. Pero me tiene que explicar por qué me engañó.

—Tal vez, te quería conocer como realmente eres, pero por lo que se ve, no le molesta desposarte.

—Tampoco quiero hablar de eso. ¿Por qué mejor no nos vamos a refrescar? Me gustaría dejar de pensar un momento.

—Tranquila, todo estará bien. —Assel toma mi brazo y salimos del lugar.

Ascendemos los escalones y esta vez ubico la dirección que debo seguir en los corredores. Nos dirigimos a mi habitación. Una de las primeras cosas que quiero hacer es quitarme el vestido que nuevamente deja al descubierto más piel de la que estoy acostumbrada a mostrar. Al girar en el último pasillo me detengo. Alen se encuentra parado afuera de mi puerta. Nuevamente está ahí con su tenida de combate; lleva todas sus espadas y su arco en la espalda.

—Hasta que apareces. —Me sonrío. Me alegra que ya no esté tenso, pero me sorprende su cambio de actitud.

—Deberás cambiarte —me indica, mirando mi ropa.

—¿Por qué?

—Ya que quieres entrenar y encontraste un instructor para el arco, no estará de más que también aprendas a usar la espada.

—Gracias. —Me gustaría volver a darle un abrazo en agradecimiento, pero claramente arrojarme a sus brazos cada vez que dice algo no es lo adecuado, aunque mi cuerpo quiera estar cerca del suyo en cada minuto de mi existencia.

## Capítulo 19

Después de cambiarme por una tenida más adecuada para entrenar y nuevamente haber amarrado mi cabello en una trenza, bajo con Alen hasta el patio central. Assel prefiere no acompañarnos y se ofrece para ayudar en la cocina. Me extraña su postura, siendo que también está interesada en el combate. Dejo de pensar en eso, cuando noto la mirada de todos los habitantes de Aquilón sobre mí. Bueno, antes ya me miraban, pero esta vez, además cuchichean. Claramente, el rumor que el príncipe me desposará debe haber llegado a todo el reino.

Mantengo mi cabeza en alto, ya que se encuentra latente la posibilidad de que me convierta en la nueva reina de Las Altas Montañas.

Alen no se detiene en el lugar donde los demás hombres practican, sino que continúa caminando hasta que atravesamos la entrada del castillo.

—¿A dónde vamos? —Le sigo el paso.

—A las afueras. No creo que te puedas concentrar con tanta audiencia.

—¿No es peligroso? —Miro mi entorno, ya que las casas comienzan a desaparecer.

—No. Ya recorrí el lugar y hay un sitio especial para que no nos molesten.

—¿Qué llevas ahí? —Le indico el morral en su mano.

—Algunas cosas que nos pueden servir —Me mira y sonrío—. No seas ansiosa.

Mientras doblamos hacia la derecha, nos introducimos por una senda, por la cual avanzamos dejando el poblado atrás. A los minutos, seguimos avanzando y prácticamente escalando, porque el pequeño camino ahora va en ascenso. Me debo detener unos segundos, ya que mis muslos empiezan a resentirse por el esfuerzo.

Me volteo para ver el reino de Aquilón que se encuentra a nuestros pies. El ruido ha desaparecido y el viento nos da la bienvenida. Desde aquí las montañas se aprecian más de cerca, mientras varias águilas emprenden su vuelo.

—Vamos, queda poco. —Alen regresa por mí y me extiende su mano.

Creo que el aire de las alturas me hizo mal, porque cada vez que me tiende su mano mi corazón salta de la emoción. El último tramo lo realizamos de la mano, pero no en un gesto romántico, más bien, Alen me arrastra para que alcancemos la parte alta del terreno.

Al llegar, me despojo de su contacto y me afirmo en mis rodillas, debo exhalar varias veces para que mi respiración recupere su ritmo normal. Asimismo, seco una gota de sudor de mi cara, porque además del esfuerzo, el sol se mantiene en lo alto.

—Si quieres luchar, deberás trabajar en tu estado físico. —Alen me tiende una bota de cuero, de la cual bebo agua, cuando finalmente levanto mi cabeza.

Mi boca se abre al ver mi entorno, estamos en la cumbre de una pequeña colina. Un bosque de frondosos árboles nos acoge y desde aquí puedo ver la inmensidad de las montañas.

—Este lugar es maravilloso —digo, recorriendo el páramo.

—Pensé que te gustaría conocerlo, lo descubrí ayer antes de la cena.

—Me encanta. —Observo un pequeño prado que se encuentra a mi lado. Camino hacia él y me recuesto, dejando que el suave pasto toque mi piel.

—Creo que de esta manera será difícil que aprendas a defenderte. — Alen se para a mi lado, sus ojos azules me sondean.

—Por favor, solo quiero un momento de paz. —Levanto mi cara y entre las hojas verdes que cubren los árboles aprecio el cielo.

Siento por un instante que el mundo desaparece. Todos los conflictos y mis temores se quedan abajo, en el castillo. Alen se arrodilla a mi lado y la brisa alborota su cabello negro, haciendo que mechones se desprendan de su media cola.

Mi respiración se escapa al presenciar su hermoso rostro. La vida sería más sencilla si solo existiera un lugar así, y en él, solo Alen y yo. Me encantaría poder decírselo o solamente tener la libertad de dejar que mi interior hablara, pero sin tener que detenerlo.

La niña que vivía en mí quedó atrapada en el castillo y ahora está presente la mujer que quiere nacer. Esos sentimientos los ha despertado Alen, mi escudero, mi guardián, y el primer hombre que me tocó, consiguiendo que mi hoguera se encendiera, tal cual habían mencionado las doncellas. También dijeron que sabría quién sería el elegido, y creo que, de cierta forma, lo sé, aunque no es el correcto.

—¿En qué piensas? —Alen quita un mechón de mi cabello que también se ha escapado de mi tomado.

—En que nunca pensé en encontrar un lugar así. —Me gustaría decirle que él es el lugar que ansío.

—A veces, no todo es lo que parece —comenta, recostándose a mi lado.

—¿Te has enamorado alguna vez? —No sé por qué le pregunto eso. Quiero darme con una roca en la cara ahora mismo.

—Creo que no, ¿por qué lo preguntas?

—En nuestro castillo tuviste varias mujeres, alguna te debe haber interesado. —Sigo presionando y quiero que me responda que no.

—Sé que debe parecer que no me interesa ninguna mujer y que hasta las utilicé para saciar mis instintos, pero a mi favor debo decir que a todas las traté con respeto y nunca las engañé en relación a mis sentimientos.

—Entiendo —Continúo mirando el cielo—. ¿También quieres ser libre, como la gente de Aquilón?

—¿Por qué el interés? ¿Me quieres buscar esposa?

—No —respondo de manera rápida, más rápida de lo que debería.

—Hoy en día tengo solo ojos para ti —Se gira sobre su codo y me observa—. Me refiero a que te protegeré, y no estoy interesado en nadie más.

—¿Y si alguna chica de este castillo se te insinúa?

—La que quiero que se me insinúe no lo hará —Se levanta de un salto—. Ya terminó el descanso, arriba.

Quiero preguntar a qué se refiere, pero no me da tiempo, ya se está quitando su cinturón y lanza sus armas al suelo. También se quita el chaleco, la camisa y queda solo con su pantalón, no entiendo qué hace, pero tampoco pregunto, mi mirada está fija en los músculos que descienden por su vientre.

—¿Estás lista? —inquiere, y yo solo me quedo sentada en la hierba.

—¿Lista para qué?

—Para el entrenamiento cuerpo a cuerpo. Antes de levantar una espada necesitas aprender a defenderte o, al menos, soltarte de tu atacante para correr. No dejaré que ningún hombre te ponga una mano encima y no lo lamente después.

—Está bien. —Me levanto y me paro frente a él.

—Eres pequeña y delgada, no tienes músculos, pero eso no quiere decir que puedas ser menos letal. Es más, los hombres se podrán confiar de eso y ese será su punto débil —da un paso hacia mí—. Debes dejar que tu atacante se acerque, mientras más cerca mejor.

Se coloca solo a unos centímetros de mí, por lo que levanto mi cara y encuentro sus ojos. Alen sonrío de manera juguetona y luego me alza de los brazos en un movimiento rápido. Al instante, estoy inmóvil.

—Trata de zafarte —dice, sosteniéndome de mis antebrazos. Hago un intento por soltarme, pero es como querer derribar una pared.

—Primer error, solo estás prestando atención a las partes de tu cuerpo que están inmovilizadas y no estás pensando en lo que sí puedes mover.

Buen punto, pienso. Me suelta y me indica mis piernas.

—Para golpear, trata de utilizar las partes duras de tu cuerpo, como rodillas, codos y cabeza.

—¿La cabeza?

—El cráneo es bastante duro, puede salvarte de ser tomada a la fuerza —Nuevamente da un paso hacia mí—. Hagámoslo otra vez.

Antes de que termine de hablar ya me tomó de los brazos. Esta vez no lucho, pienso en mi rodilla que está libre y la levanto dándole un golpe en su entrepierna. De inmediato me suelta quejándose de dolor mientras se dobla. Me acerco preocupada.

—¿Estás bien?

—Creo que lo entendiste a la perfección. —Se incorpora y se abalanza otra vez sobre mí. Esta vez caemos quedando él encima de mi cuerpo.

—Nunca a tu atacante le preguntes si está bien, en vez de eso, deberías haberlo golpeado para poder arrancar —Me toma de las muñecas y levanta mis brazos por sobre mi cabeza. Esta vez mis piernas también están inmovilizadas, porque su cuerpo las aplasta—. Y ahora, ¿qué harás?

—¿No esperarás que te pegue con la cabeza?

—Sí te quieres liberar, deberás hacer un esfuerzo —afirma, mientras su boca está muy cerca de la mía.

—No creo que pueda hacer eso. —Pienso en el dolor que me otorgará golpear mi cabeza contra su cara. Además, no quiero arruinar su nariz.

—Tú tiempo se acaba —Me mira sonriendo y ahora solo con una mano me toma de las muñecas—. Esta mano ya la liberé, y si fuera ese tal Lian, la podría ocupar para hacer cosas que no te gustarían.

El recuerdo de Lian hace que una sensación de asco me recorra, pero así y todo no puedo golpearlo, él no es Lian. Pienso en otra forma de romper su agarre, dijo que dejara que se acercara. Se me ocurre algo, espero no resulte al revés.

Levanto lo más posible mi cabeza y encuentro su boca. Beso sus labios y los muerdo suavemente. De manera instantánea, los ojos de Alen se abren logrando que yo pueda casi nadar en el azul de su mirada. Al devolverme el beso, se distrae y suelta mis muñecas. Aprovecho este espacio, y aunque quiero seguir probando su dulce sabor, muevo mi brazo rápidamente, enterrando mi codo en su cuello. No doy tiempo a que se recupere y lo

empujo con mis rodillas quitándomelo de encima. Acto seguido, tomo la daga que está atada en mi muslo, regalo de él, y la levanto poniendo la punta sobre su garganta.

—¿Qué me dices? ¿Me quieres tocar otra vez? —lo increpo.

No dice nada, solo sonrío.

—Creo que eres una excelente alumna, y realmente me engañaste, solo no juegues otra vez con tu destino —En un movimiento rápido golpea mi brazo y ahora la daga está en su mano y luego en mi cuello—. ¿Te rindes?

—Jamás —contesto, porque la próxima vez que un hombre me ataque lucharé.

—Eso es lo que quería escuchar. —Me entrega la daga y me ayuda a levantarme.

El resto del día continúa enseñándome diferentes formas de repeler un ataque, también me enseña que muchas veces el ingenio puede ayudarnos, como el beso, que lo ha mencionado más veces de las que quiero escuchar.

Me siento sobre el pasto, los músculos de mis brazos y piernas duelen como si nunca los hubiera utilizado; además, en la mañana ya había practicado con el arco, creo que por este día es suficiente. Alen rebusca dentro del bolso y saca algo de pan y una botella con un líquido rojizo.

—¿Vino? —Lo miro incrédula.

—No te hagas ilusiones, lo traje para mí. El vino del rey Yokar es uno de los mejores que he probado. —Quita el corcho y da un trago.

—Después del entrenamiento y haberme botado más de cincuenta veces, creo que también me merezco un premio. —Lo miro sonriendo, también quiero y necesito un trago.

Alen me tiende la botella, de la cual bebo, dejando que el líquido se mantenga unos segundos en mi boca, y luego, lentamente, lo trago. Sí, es tal cual recordaba los besos de Alen, dulces y cálidos.

—Al parecer, te agrada. Solo tómalo con calma, no quiero cargarte ladera abajo.

—Creo que es el mejor líquido que beberé jamás. —Le devuelvo la botella, tampoco quiero que mis instintos se vuelvan a despertar.

—Tendremos que hacer algo con tu cabello. —Me indica mi larga trenza, lo comprendo de inmediato, varias veces mientras practicábamos la tomó e hizo que me desestabilizara.

—Tendré que llevarlo totalmente amarrado sobre mi cabeza. —Ahora me hace sentido porqué las mujeres que van a la guerra lo cortan. Es más

práctico.

—Ya es hora de irnos, se deben estar preguntando dónde estamos, y a tu nuevo prometido no creo que le haga gracia que andes con tu escudero.

—Primero, no eres mi escudero, eres mi mano derecha. Y segundo, el príncipe no es quién para decirme a dónde y con quién debo estar.

Un ruido inesperado de caballos hace que me voltee, cuando noto que Gamar se acerca cabalgando sobre uno de ellos.

—Es bueno que dejemos algunas cosas claras desde el principio —manifiesta con una sonrisa burlona bajándose de un salto y acercándose a nosotros.

—No nos han presentado —Mira a Alen de manera seria—. Soy Gamar, príncipe de Las Altas Montañas.

—Soy solo Alen. —Se incorpora y se coloca su camisa, pero no pierde el contacto visual de Gamar.

—¿Qué haces en este lugar? —le pregunto al príncipe.

—Recorriendo mis tierras, lo hago siempre. Escuché voces y me acerqué, ¿algún problema con eso princesa?

—No. Solo tengo problemas cuando me engañan.

—Me disculpo por eso, solo quería conocerte, sin que por ser el príncipe me adularas. Además, está el tema que venías con la intención de desposarme; quería saber si solo eso te interesaba.

—Como ya se dijo en la audiencia, no es que quiera desposarme con cualquier príncipe de linaje puro, es algo que debo hacer.

—Bueno, yo no tengo porqué desposarte, no es algo que tenga que hacer, pero si sucede lo que dijeron, lo haré.

—Qué bueno que sigamos dejando las cosas en claro. —Camino hacia el lado de Alen.

—Ya es hora de la cena, será mejor que descendamos —Gamar me indica su caballo—. ¿Te puedo acompañar en tu retorno?

Me gustaría decirle que no y bajar junto a Alen, pero mi posición me obliga aceptar su ofrecimiento.

—Gracias. —Me acerco a su caballo y me ayuda a subir sobre la montura.

—Solo Alen, hay un caballo para ti también, bajaremos por el otro extremo, así pueden conocer más de nuestras tierras —dice el príncipe.

—No, gracias, prefiero entrenar más. Solo espero que la princesa se encuentre en buenas manos. —Alen lo mira de manera desafiante.

—No te preocupes por ello, cuidaré a mi prometida. —Gamar coloca el pie en el estribo del caballo y sube ubicándose a mi espalda.

Tira de las riendas y el caballo rota sobre sus patas. Quiero dar una última mirada a Alen, pero eso no se vería bien, por lo que muerdo mi labio luchando contra mi cuerpo para que no se dé la vuelta. No lo puedo evitar, y antes de que desaparezcamos del prado, vuelvo la vista hacia atrás, Alen ya no está.

Después de mi paseo con Gamar donde me mostró varios lugares de Las Altas Montañas de Aquilón, nuestra conversación se mantuvo neutra. Sigo algo incómoda por su engaño y además por haber interrumpido de forma inesperada mi paseo con Alen; eso es algo que aún me molesta.

Entro en mi dormitorio o, más bien, me arrastro hasta él. Mi cuerpo se encuentra adolorido en partes que ni siquiera sabía que existían, y aunque esto también me debiera molestar, cierto halo de felicidad me acompaña. Aprender defensa es algo que anhelaba y necesitaba desde hace tiempo.

Me detengo al observar a Assel y dos mujeres más en el interior de mi alcoba. De inmediato me fijo en la tina con agua caliente.

—Princesa, la esperábamos —expresa la mujer más alta, la reconozco de la noche anterior.

—Su baño se encuentra listo y su atuendo también. —Me indica la segunda mujer quien me muestra un vestido de color azul que yace sobre mi cama.

—¿Otra celebración? —formulo preocupada al tener que estar nuevamente en una sala llena de personas que piensan irse a la cama acompañadas, y ya que la mía estará vacía, no me hace mucha ilusión. Bueno, debo confesar que me interesaría que cierta mano derecha me acompañara. ¿Qué me pasa? Que no puedo dejar de pensar en Alen y en sus manos recorriendo mi cuerpo.

—Es solo la cena —Assel se acerca—. El rey Yokar las envió, como posiblemente serás la prometida del príncipe Gamar, debes estar a la altura de una líder de Aquilón.

Solo asiento con mi cabeza en tono cansado, me hubiera gustado lanzarme sobre la cama y dormir, pero mis obligaciones se encuentran otra vez presentes.

Me quitan la ropa y me sumerjo en la tina, mis huesos se quejan al ingresar al agua, pero al instante me siento reconfortada y mis músculos lo agradecen.

Me mantengo el tiempo que más puedo en la bañera, hasta creo que me dormí, cuando escucho la voz de Assel.

—Ya es hora, princesa.

Quiero reclamar, pero tiene razón, el agua ya está totalmente fría y mis dedos están arrugados por estar tanto tiempo sumergidos.

Esta vez, me paro en medio del salón y dejo que me vistan. Mis ojos están a punto de cerrarse y no sé si seré capaz de estar en la cena despierta, el cansancio es demasiado. Cuando terminan de maquillarme, las mujeres salen de la habitación, me siento en el taburete o, más bien, me arrojo en él.

—¿Te encuentras bien? —dice Assel, peinando mi cabello—. Al parecer, la práctica con Alen fue intensa—. Abro los ojos de golpe ante su insinuación.

—Debo decir que entre el arco y el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, no sé si seré capaz de levantar la cuchara.

—Eso es algo favorable, quiere decir que esta noche sí podrás dormir—. Assel esconde su sonrisa.

No me puedo creer que se haya dado cuenta que la noche anterior no pude descansar; espero que las demás personas no se den cuenta que mis pensamientos están en otra parte o, más bien dicho, en otra persona.

Assel se separa de mi cabello al escuchar los golpes en la puerta. Ladeo mi cabeza y encuentro a Alen cuando la abre.

—¿Pasa algo? —inquiero, cuando lo veo completamente sudado y con su camisa en la mano.

—No, solo estuve corriendo —Seca un hilo de sudor, al tiempo que alucino con peinar su cabello negro que cae suelto en sus hombros—. Me quería asegurar de que llegaras en buen estado.

—Sí, estoy bien —contesto, cuando mis ojos recorren su dorada piel húmeda hasta quedarse alojados en una pequeña mancha oscura que aparece en lo bajo de su vientre, sobre su pantalón.

—Te esperaré abajo. —Assel pasa por mi lado, ni siquiera la observo, mi concentración está puesta en los ojos de Alen.

—Nuevamente, te ves hermosa —Sonríe, recorriéndome con sus ojos. Se detiene en mi brazo y lo toma—. ¿Te duele?

—Solo un poco —digo, refiriéndome a lo amoratado de mi piel en mi antebrazo, debido a los golpes con la cuerda del arco.

—No quiero que te hagas daño —Me acaricia la mejilla con sus dedos—. Tómallo con calma.

No sé qué decir, me quedo inmóvil hechizada por sus ojos, su piel y la mano que acaricia mi rostro.

—Ya deberías bajar, te esperan —retira su mano—. Por mi parte, me daré un baño y luego te encontraré en el salón.

—Gracias por estar siempre —comento, ya que me gustaría que estuviera a cada minuto junto a mí.

—Lo haré hasta que pueda, pero una vez que te cases con el príncipe, tendré que alejarme.

—¿Por qué? —pregunto al instante, desconcertada.

—Por varias razones, aunque me gustaría ser siempre tu escudero, Gamar tiene a su gente.

—Pero yo soy la princesa y también puedo tener a mis consejeros y gente de confianza —aseguro, cruzando mis brazos. De verdad parezco una niña haciendo un berrinche.

—No es tan sencillo —acota y se apoya sobre el pequeño tocador, colgando su camisa sobre su hombro.

—Claro que es fácil, ¿a no ser que tú ya te quieras deshacer de mí?

—No es por eso. No lo digo por las personas que elijas para que te acompañen, digo que va a ser difícil para mí. —Mira hacia la ventana.

—¿A qué te refieres?

—A veces, puedes ser muy madura para algunos temas y para otros, sigues siendo una niña inocente. —Sonríe levemente.

—Sé que algunas cosas no las manejo, porque nunca se me fue permitido, pero ya no soy una niña—respondo sin entender por qué me insinúa lo inmadura que soy para aspectos que él maneja a la perfección. Espero que esté hablando de eso.

—¿Por eso me besaste? ¿Porque quieres experimentar para después sentirte segura con el príncipe?

—¿Cómo se te puede pasar eso por la cabeza? ¡Jamás haría algo así!

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —Se levanta, enfrentándome.

—¿Y tú? Teniendo tantas mujeres que desean estar en tu cama, ¿por qué lo hiciste?

—Por el mismo motivo que tú —afirma, dando un paso hacia mí.

—¿Y ese cuál sería?

—El vino, la fiesta, el baile.

—Bueno, ya que me dejas claro que para ti fue una conquista más, te deberías retirar. —Me dirijo hacia la puerta a punto de golpear la madera con

mi mano. No puedo creer que sea tan descarado y que yo, además, haya caído en sus encantos.

Antes que pueda girar la manilla, llega a mi lado y afirma la puerta para que no la abra.

—¿Te gusta el príncipe? —Ansía saber, mirándome fijamente.

—No. ¿Y por qué te interesa? Seguro estarás deseando que ya nos casemos para poder marcharte y volver a tus andanzas con todas las mujeres que te idolatran.

—No digas eso, no he estado con ninguna mujer desde que dejamos el castillo —Me toma de los brazos para que me girándome hacia él—. Miento, sí estuve con una mujer... tú...

Me quedo inmóvil, no sé qué está pasando. Primero me insinúa que se va a ir, luego piensa que lo utilicé y ahora me dice que soy una mujer.

—¿Por qué me besaste? —exige, acercándose a mis labios.

No respondo, ¿qué podría decir? “Me agradas”. Algo que ya comprobé. Porque sí me agrada, pero ¿qué puedo hacer al respecto? Nada.

Alen levanta mi cara y observo sus ojos. Inhalo su aroma dulce y doy el paso. Hundo mi boca en la suya, porque es lo que quiero hacer, volver a sentir su contacto, su seguridad, su calor.

Mi lengua traza el borde de sus labios y saboreo lo dulzón que se funde con lo salado, él no se mueve. Doy un paso más y mi cuerpo siente el calor del suyo. Mi boca se abre y recibo su lengua que me acaricia con calma.

Levanto mis brazos posándolos sobre sus hombros, percibo la humedad que aún se encuentra presente en su cuerpo, lo que hace que pueda deslizar las yemas de mis dedos por su piel, dibujando los músculos que marcan su torso.

—¿Qué haces? —Se separa y su aliento golpea mis labios.

No le puedo contestar, porque no lo sé. Solo sé que quiero volver a sentir el fuego que encendió en mi vientre, que su cuerpo se empape con el mío hasta que por fin nos fundamos. Porque sí quiero fundirme totalmente en Alen. Si las esperanzas de encontrar el amor para mí no están disponibles, tal vez, esto puede llegar a ser lo más cercano para alcanzarlo.

—Solo quiero sentirte —confieso, mientras mi mano se introduce por su cuello, mis dedos se deslizan a través de su pelo entrelazándolo, y atrapo su nuca para que se acerque más a mí.

Nuestras bocas se vuelven a unir. Sus manos recorren mi espalda, transitan por mis caderas y acaricia mis piernas apretando mis muslos. La

daga amarrada en uno de ellos se clava en mi piel. Alen sube mi vestido y acaricia el interior de mi pierna hasta llegar al cuchillo, lo quita y lo lanza al suelo. Con rapidez me levanta afirmándome contra la puerta hundiéndome su pelvis en mi cuerpo.

Mi vientre se consume al sentir la rigidez que lo acompaña, atrapo su cadera y lo acerco otra vez; debería no saber cómo actuar en estos momentos, pero el cuerpo de Alen posee una atracción innata que hace que mis instintos se liberen tomando posesión de todo mi interior.

Mi pecho se agita, al igual que lo hace mi corazón. Esta vez el alcohol no está presente en mi organismo y mis sentidos están completamente despiertos. Sus grandes y cálidas manos me sujetan con propiedad, como si solo fuera de él, al mismo tiempo que su boca devora mis labios y miles de llamas se consumen en mi sangre.

Salto cuando escucho golpes que retumban en mi espalda al ser golpeada la puerta.

—Eleonor —la voz de Gamar me llega desde el otro lado del pasillo —, tu doncella me dijo que estarías en tu habitación, te vine a escuchar.

## Capítulo 20

Exhalo de manera profunda y encuentro la mirada de Alen. El azul de sus ojos es intenso y su vista está colmada de deseo, al igual que debe estar la mía. Me suelta lentamente y da un paso hacia atrás.

—¡Ya salgo, un momento! —digo, alzando la voz con gran esfuerzo.

Alen recoge el cuchillo del suelo y me lo extiende, mientras maldigo en silencio pensando por qué de nuevo nos interrumpen y con qué cara saldré a encontrar al príncipe, o peor que eso, qué dirá si me ve con Alen en esta situación; cualquier esperanza de acabar con el encantamiento se vendrá abajo.

Alen, al parecer, entiende mi preocupación y me cierra un ojo ubicándose junto a la puerta. Entiendo lo que hace y espero que su plan funcione. Ubico la daga en su lugar, arreglo mi vestido, acomodo mi cabello y respirando de manera profunda me acerco a la puerta y la abro. Alen queda totalmente oculto detrás de la madera. Inmediatamente, doy un paso afuera hacia Gamar, quien me espera en el pasillo.

Salgo a su encuentro con mi cabeza erguida, aunque mis piernas se encuentran frágiles después de mi aproximación con Alen, y sobre todo al pensar en lo que pudiera llegar a ocurrir si soy descubierta. Solo espero que en mi rostro no vayan los indicios de haber estado besándome con mi mano derecha. También, espero jamás decir eso en voz alta, ya en silencio se escucha pésimo. Primera vez que lamento ser la heredera.

Gamar me dice algunas palabras que no escucho entre los latidos acelerados de mi corazón y la rapidez que tengo por cerrar la puerta. Solo asiento con una sonrisa, al mismo tiempo que me extiende su brazo. Por mi parte, lo tomo mientras comenzamos a caminar por los pasillos.

Al llegar al salón, nos detenemos en la entrada, la mayoría de los asistentes se giran a observarnos; ansío que mi cara no esté desencajada, porque todavía percibo el calor que consume mi vientre.

Varias mujeres de edad avanzada asienten con su cabeza, como si nos dieran su aprobación. Ya el rumor de nuestro posible matrimonio debe haber recorrido todo el castillo. Las más jóvenes, entretanto, me miran de manera severa; seguramente acabo de quitarles todas las esperanzas de haber sido las compañeras del príncipe, lo que hace que me pregunte... ¿Gamar será fiel solo a mí o tendré que compartirlo con las mujeres del castillo? En mi reino solo nos prometemos a una sola persona de por vida, y no conozco las

costumbres de Aquilón en este aspecto. Pero ¿qué estoy diciendo? No le podría decir nada al príncipe, yo me acabo de besar en mi cuarto con otra persona y bueno, anoche también.

Mientras me dirige hacia la mesa dispuesta con un puesto para nosotros, percibo que el calor que se había instaurado en mi cuerpo se desvanece, transformándose en temor.

—Te noto distraída, ¿hay algo que te preocupe? —dice el príncipe, sentándose a mi lado.

—No, solo estoy cansada. Además, es la preocupación por la gente de mi castillo, y sobre todo por mi familia.

—Apenas retornen nuestros hombres averiguaremos que está sucediendo. Estuve hablando con tu hermano y pensamos que lo mejor sería atacarlos ahora que su ejército aún no se ha fortalecido.

—Pero, ¿cómo harían eso?

—Mi padre mintió, sí poseemos un ejército y las armas las podemos conseguir en las aldeas cercanas. Si es verdad lo que ustedes dicen, no creas que me quedaré sentado esperando que los lobos lleguen a mi puerta y destruyan también mi hogar. En eso no soy como mi padre, pero no se lo comentas, nunca estará de acuerdo.

Ahora sí me quedo muda. Entre todo lo que mantiene mi cabeza girando, ahora me entero de que se están preparando para atacar. Inmediatamente busco a mi hermano entre las mesas y lo encuentro conversando seriamente con nuestros consejeros. ¿Por qué no me dijeron algo? Alen tampoco mencionó esto, y él debe encontrarse en conocimiento.

Me gustaría seguir preguntándole a Gamar, pero me detengo cuando el rey hace su ingreso al salón. Se sienta al lado de su hijo y la conversación concluye.

El resto de la velada es poco lo que puedo comer, mi estómago se encuentra rígido y mis pensamientos no paran de volar. Realmente, no sé qué situación es más mala.

Alen ingresa a la sala con su cabello tomado, y sin mirarme se dirige a la mesa de mi hermano. Me cuesta mantener la conversación que instaura el rey, la verdad, no me interesan las travesías que realizaba cuando era pequeño. Por lo que sigo mirando a Alen. Desde que colocó un pie en el lugar no me ha mirado ni una sola vez, ahora se encuentra prestándole más atención a una de las guerreras del ejército de mi hermano que se ubica al lado de él. Aprieto el tenedor fuertemente cuando le sonrío.

—Lamento lo de vuestra madre —dice el rey—. La madre de Gamar también nos abandonó hace muchos años debido a que una extraña fiebre la aquejó y no hubo manera de curarla.

—¿Una fiebre? —Esta vez me giro hacia el rey.

—Sí, estuvo varios días delirando hasta que se fue al encuentro con los antiguos ancestros.

—Yo tenía doce años —comenta Gamar a mi lado.

—Lo lamento. —Solo eso puedo decir, me parece sumamente extraño que haya muerto por la misma dolencia que atacó a mi madre y... ¿Cómo podría ser que estando en reinos diferentes y distantes solo ellas fueran aquejadas por esa extraña causa?

—Debe haber sido duro para ti también —expresa Gamar.

—Era muy pequeña cuando murió, apenas la recuerdo.

—Yo la conocí —interviene el rey—, y eres la viva imagen de ella.

—Todos dicen lo mismo —respondo—. ¿Cuándo la conoció?

—Hace años, tu padre nos invitó para su boda, y como nos gustan las celebraciones aceptamos. Claramente su intención era que volviéramos a ser parte del reino y que nuestros herederos siguieran la línea de sangre. Obviamente, no acepté.

Esta información es nueva, no la conocía, pero no me parece extraño. Mi padre siempre quiso que los reinos se unificaran. Es lo que me gustaría hacer también a mí si no existiera esta guerra de por medio.

Mi mirada retorna a la mesa de Emery y mis ojos se abren más de lo normal cuando veo que la mujer sentada al lado de Alen le acaricia su cabello. No me doy cuenta de mi actuar cuando ya estoy de pie.

—¿Qué pasa? —formula Gamar, confundido.

—Estoy cansada y no me siento bien, quisiera que me disculparan, pero me retiraré a mis aposentos —explico, no puedo estar un minuto más en el salón.

—Te acompaño. —Gamar se levanta en el acto.

Podría decirle que no, pero Alen nos observa.

—Muy considerado de tu parte. —Pienso que, si él puede dejarse tocar por una mujer, yo puedo pedir que el príncipe me escolte. Al fin y al cabo, será mi marido. Respiro profundamente al pensar en esto. Creo que me volveré loca si la situación prosigue así.

Al llegar a mi puerta me despido, porque lo único que quiero es desaparecer.

—Sé que estás molesta —dice Gamar, sorprendiéndome.

—¿Molesta? —Dejo de respirar un momento. Quizá, se debe haber dado cuenta.

—Por mi actitud, por haberte engañado —menciona, y al momento regresa al aire a mis pulmones.

—La verdad, sí —contesto, siguiéndole el juego, si tuviera una escala de lo que me tiene enfadada eso sería lo último que me estaría preocupando.

—Me disculpo, solo quería conocerte y ver qué tipo de mujer eres.

—Asumo que ya pudiste saciar tus dudas.

—Por supuesto. Si tuviera que definirte diría que eres hermosa, con un gran carácter y muy valiente. Atributos que me gustan en una mujer.

—Gracias —expreso rápidamente, porque ahora sí que quiero saltar por una ventana. El príncipe es un caballero, al igual que Dorian, aunque hubiera creído que por las costumbres de sus pueblos podrían haber sido totalmente diferentes. Es un hombre correcto y yo mirando a mi escudero... soy la peor persona que debe pisar en este minuto el reino de Badru.

—Buenas noches, que descanses —se despide. Yo sigo inmóvil afirmada de la puerta—. Lo necesitarás. Mañana te espero al amanecer en el mismo lugar, debemos seguir con tu entrenamiento.

—Está bien, hasta mañana. —Me apresuro a entrar y al cerrar la puerta solo quiero gritar.

Me deshago de la daga en mi pierna. La cinta amarrada en mi muslo hace que la sangre que recorre mis venas se encuentre contenida y eso es porque un torrente de emociones me está trastornando.

Me quito el vestido y tomo un camisón de los pies de la cama, Assel lo debe haber dejado. Por cierto, no la vi en la cena, espero que esté bien o, al menos, mejor de lo que me encuentro yo.

Me muevo inquieta por la pequeña habitación. Acercó mi oreja a la puerta para escuchar los sonidos del exterior. Espero oír a Alen cuando regrese de la cena. Necesito que me dé varias explicaciones. En primer lugar, ¿por qué se presenta en mi habitación y me besa? Y no como si yo fuera su hermana, sino más bien como si quisiera devorar cada espacio de mi boca. No es que me moleste, es más, me agrada más de lo que pensé que un beso podría hacer conmigo. Luego se sienta frente de mí en el salón dejando que otra mujer se acerque provocándolo, y él no realiza ningún tipo de protesta. Y, en segundo lugar, ¿por qué no me dijo que están pensando en atacar a los lobos?

Después de mucho rato no hay indicios de nadie y me pregunto ¿dónde están todos? Molesta me siento en la cama. Mis piernas se quejan del larguísimo día y manteniéndome de pie no creo que resuelva nada. Recorro el entorno de mi habitación y recuerdo a mi doncella, ¿dónde estará Assel? Necesito hablar con alguien de manera urgente. Mis emociones a cada instante se desbordan más. Me recuesto y cierro mis ojos, aunque lo trato de evitar, las imágenes de Alen y su boca se deslizan en mi cabeza.

Podría tratar de alejarlas, pero no quiero, es más, dejo que su recuerdo se mantenga atrapado en mi mente y en mi cuerpo. De alguna forma me siento totalmente culpable, pero por otra parte nunca me había sentido tan viva.

A la mañana siguiente escucho que a lo lejos me llaman. Me doy cuenta que realmente dormí, y lo agradezco, al menos mi cuerpo pudo descansar, ya que al abrir mis ojos mi mente nuevamente se encuentra alterada.

De pronto, advierto que Assel está a los pies de mi cama.

—¿Dónde estuviste? —Me incorporo y observo que ya está vestida.

—Estuve ayudando en la cocina, es impresionante la variedad de alimentos que poseen, más de los que había visto en mi poblado.

—¿Sabes que mi hermano con Gamar piensan atacar a los lobos?

—No —me mira y su semblante se endurece—. No lo deben hacer.

—Al parecer, el príncipe no quiere esperar a que lleguen a su reino y lo entiendo, pero creo que puede ser peligroso.

—Debes convencerlos para que no lo hagan. —Assel se acerca y ahora su rostro me indica preocupación.

—No creo que me escuchen...

—Debes insistir. —Toma mis manos con las suyas y las aprieta.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No es una buena idea que los ataquen, en las montañas te mantendrás a salvo, y si se enfrentan a ellos, puede que corras peligro.

—¿Cómo lo sabes? —La miro inquieta, me preocupa bastante su tono de voz y sus palabras.

—No lo sé, pero es obvio que algo puede ocurrir. —Me suelta y se levanta caminando hacia el tocador.

—¿Estás bien? —La sigo y me paro a su lado.

—Sí, solo quiero que estés a salvo.

—Tranquila, mi hermano y Alen jamás dejarán que me suceda algo.

—Lo sé. —Su mirada se suaviza.

—Por cierto, debo ir a practicar con Gamar, y tú también vienes. Si la guerra comienza pronto, es mejor que estemos preparadas para luchar.

Antes que me responda ya estoy vistiéndome con mi tenida oscura. Doy una rápida mirada al espejo después de trenzar mi cabello y medito en que debo hacer algo con su largo. Si quiero luchar es claramente un obstáculo. Tal vez, lo podría cortar. Definitivamente seguir manteniéndolo así no tiene ninguna importancia. La noche en donde mi marido lo desenredaría y para lo que me habían preparado tantos años ya no ocurriría.

Dejo esos pensamientos encarcelados en la habitación. No quiero que la melancolía me alcance. Hay otras situaciones que en este momento son más importantes, como encontrar a Emery y que me explique lo de su arremetida contra los lobos, algo que hace que mi nerviosismo se escabulla por toda mi piel.

Salgo al pasillo seguida por Assel. Camino hacia la alcoba de mi hermano que se encuentra al final del corredor. Al pasar por fuera de la puerta de Alen, mi cuerpo me advierte que se quiere dirigir hacia allá. Invoco a mi voluntad para que mis piernas no giren en esa dirección, además no quiero encontrarme con una mujer en su cama. Maldigo en silencio, al parecer, Alen me está afectando más de lo que debería.

Me obligo a seguir mi dirección hacia el final del pasillo, pero antes de que pueda reaccionar, ya me estoy conduciendo a su habitación. Mi mano como si cobrara vida golpea su puerta. Y lo asumo, no me quedaré con la incertidumbre de saber si su cuerpo estuvo enlazado con el de otra mujer. De ser así, es la oportunidad para que de una vez, pueda dejar de pensar en él como ya lo estoy haciendo.

Me mantengo parada afuera sin escuchar ningún ruido y tampoco se percibe movimiento en el interior.

—Alen bajó junto a Emery —Elisa sale de la habitación de mi hermano—. Se encuentran entrenando con el ejército.

—Gracias —digo y al girarme me encuentro con Assel que aún me espera en el pasillo. Elisa se detiene a su lado.

—No te conozco y no me interesa quien eres, solo te diré que Emery ya tiene un compromiso.

—No entiendo de qué hablas. —Assel baja su mirada.

—Te he visto como lo miras, y debido a ello te solicitaría que te alejarás de él, no creo que quieras tener algún tipo de inconveniente.

—¡Elisa! —alzo la voz acercándome—. No tienes derecho a hablarle de

esa forma a mi doncella.

—Princesa, esto es algo que no le incumbe. —Me mira desafiante.

—Me incumbe cuando amenazan a las personas de mi confianza.

—No quiero ser irrespetuosa, pero debería elegir mejor a las personas que la rodean. —Elisa mira a Assel.

—Los problemas que tengas con mi hermano resuélvelos con él, y si vuelves a dirigirte de esa forma a Assel, haré que te manden de regreso a tu hogar.

—Esa es una decisión de Emery, yo pertenezco a su ejército.

—Por si no te has dado cuenta, la próxima reina seré yo, y por si lo has olvidado, también es un rango mucho más alto que el de mi hermano y por lo tanto su ejército estará bajo mi mando. —Esta vez levanto la cabeza y mantengo mis ojos posados en ella. Elisa sopesa la situación y da un paso atrás.

—Me disculpo, princesa —hace una pequeña reverencia—. Actué de forma desmesurada. No volverá a ocurrir.

—Puedes retirarte. —Levanto mi mano e imito la forma en la que mi padre despedía a los súbditos que no eran de su agrado, porque después de que Elisa confrontara a Assel de esa forma, ya no es de mi simpatía.

Elisa se aleja por el pasillo, y me volteo hacia mi doncella.

—¿Te encuentras bien? —Quiero saber.

—Sí, princesa, gracias. Sabes que no tengo ningún interés en tu hermano.

—Lo sé, y no puedo creer que te haya hablado de esa forma. Tendré que informarle a Emery de esto.

—No lo hagas, por favor, no quiero crear conflictos.

—El conflicto no lo creaste tú, lo hizo ella al tratarte de esa forma. —La tomo por el brazo y la dirijo al pasillo.

—Gracias por interceder por mí —Assel me sonrío de manera tímida—. Me agrada ver que la líder que llevas en ti aparece.

—En lo de líder creo que estoy fallando —digo recordando los episodios que he vivido con Alen, porque eso, realmente, no es de un monarca.

—No te tortures de esa forma, a veces el corazón es más fuerte que la razón.

Me detengo antes de ingresar al salón y la dirijo hacia un costado. Como siempre Assel lee mis pensamientos.

—Por favor, no puedes decir nada —mi voz suena desesperada—. No sé

qué me sucede. Se supone que en unas semanas más me desposaré con Gamar, pero hay cierta mano derecha que no me deja pensar con claridad. A lo mejor, es solo que la mujer que llevo encerrada en mi interior quiere aparecer, pero está errando su camino.

—Creo que el corazón nunca se encuentra errado —Assel me mira como entendiendo lo que digo, pero soy yo la que no comprendo qué me sucede.

—El corazón, creo que me está traicionando y no lo debo escuchar, porque está equivocado. Mi destino está trazado, lo dicen los antiguos relatos y también me lo dijo la hechicera.

—¿La hechicera te dijo que tu destino era desposarte con el príncipe de Aquilón?

—No lo dijo de esa forma, pero sí que se necesita un heredero para romper el encantamiento. La verdad, no fue muy clara y la odio por eso.

—El destino se puede cambiar.

—Assel, agradezco tu optimismo, pero el mío es imposible que cambie. Si no concibo al heredero, tal vez todo Badru se hunda en la oscuridad. No puedo dejar que eso ocurra, por muy enamorada que esté.

—¿Estás enamorada? —Los ojos de Assel se abren más de lo normal.

—¿Dije eso? —Quiero sacar la daga que está amarrada en mi muslo y atravesarla en mi boca—. Yo... no lo sé, nunca lo he estado antes como para corroborar que las emociones que se están despertando en mí sean eso.

—Creo que cierta mano derecha del rey está despertando algo más que tus emociones.

—Pero eso se encuentra mal, yo no puedo hacer eso. No puedo dejar que suceda. No puedo entregarme al príncipe, cuando solo quiero que sea mi escudero el que descubra el fuego que se mantiene contenido en mi interior.

—Creo que necesitas encontrar a la hechicera y que te haga ver tus visiones otra vez.

—Si supiera en donde habita sería de gran ayuda, aunque si comenzara de nuevo con sus encrucijadas, no creo que sea muy revelador.

—En el pueblo escuché que habitaba en el Bosque Blanco.

—¿La conoces?

—No. Solo recuerdo que los habitantes comentaban de una mujer de negro que merodeaba el lugar.

—¿El Bosque Blanco dices?

—Las antiguas historias cuentan que viven en aquel lugar seres inmortales y sabios que escuchan las palabras de los antiguos ancestros.

—Creo que por ahora es suficiente con los conflictos que tenemos para pensar, siquiera, en ir al Bosque Blanco. Además, no poseemos la certeza de que estará allá —Varios escuderos y soldados pasan por nuestro lado—. Pensemos en una cosa a la vez, primero mi hermano y luego el entrenamiento con el príncipe que, por cierto, me debe estar esperando.

—No te preocupes tanto —Assel toma mis manos—. Lo estás haciendo bien.

No respondo y asiento con mi cabeza. Creo que estoy lejos de hacer algo bien. A medida que los días transcurren todo parece que se vuelve más complicado. Si a esto sumo los comentarios de Assel, no me ayudan a orientar mis ideas, más bien, me perturban más.

Mientras salimos al patio central, la observo de reojo. Para ser una mujer pura, que fue salvada de las garras de su marido es muy madura y de muchas cosas tiene pleno conocimiento.

Dejo de pensar en eso cuando llegamos al exterior. Contemplo varios hombres entrenando, la mayoría son del ejército de Emery, pero lo que me sorprende es encontrar a Alen en el sitio de los arcos. Uno de los guerreros de Aquilón se acerca a mí cuando me ve en el lugar.

—El príncipe Gamar se disculpa por no poder estar presente esta mañana, tuvo asuntos que atender, se presentaron algunos disturbios.

—Gracias por el mensaje —digo y el hombre desaparece. Debería sentirme decepcionada, pero no es exactamente el sentimiento que florece en mí. Debería haber preguntado a qué le llaman disturbios en su reino, pero el hombre ya se alejó.

Assel se queda unos pasos más atrás conversando con mujeres del pueblo que se acercan para pedir su consejo, el cual no logro escuchar, ya que me estoy dirigiendo directamente hacia mi escudero, y el hombre que según Assel me tortura.

—Ya era hora de que despertaras —dice sonriendo.

—¿Y tú madrugaste? Tu noche no debe haber estado tan interesante. — Lo miro y no puedo evitar querer golpear nuevamente su entrepierna con la rodilla. Al sonreír se ve demasiado apuesto para luchar contra mis impulsos.

—¿Mi noche? Estuve reunido con Emery.

Al instante, cierta calma me invade y tengo que evitar que mi sonrisa se extienda ante esta revelación. Si es verdad que estuvo con mi hermano, no pasó la noche con ninguna mujer. “Eleonor”, me digo, “la idea es que te olvides de él”.

—Ven —me extiende un arco—, ya que el príncipe tiene compromisos, hoy seré tu maestro.

—¿Crees que puedas superar al príncipe en su instrucción? —La respuesta ya la sé.

—Creo que te podría instruir en más cosas de las que imaginas —Sus ojos azules me taladran y su sonrisa se eleva—. Acércate y muéstrame como das en ese blanco.

Respiro de manera profunda e ignoro su comentario, aunque me encantaría descubrir a qué se refiere. Doy un paso hacia él y tomo con seguridad la pieza de madera. Mientras Alen sostiene mi muñeca y examina mi antebrazo, que ahora lleva un color verdoso.

—¿Te duele? —Acaricia mi piel de manera suave.

—Solo cuando la tocas —digo, y al sentir el contacto de sus tibios dedos algo en mi interior se despierta otra vez.

—Buen punto. —Del borde de su cinturón toma una pieza de cuero y la amarra con cuidado a mi antebrazo. Trato de mantener mi cara relajada, evitando que mi expresión me delate ante su presencia, cuando el lugar está atestado de soldados y habitantes del castillo y más de alguno nos observa.

Me paro frente a mi objetivo. Es un trozo de tela café amarrada a un árbol, ubicado a unos metros de donde ambos nos encontramos. Apoyo mi pie izquierdo recordando la instrucción del príncipe. La flecha de madera se percibe sólida entre mis dedos, por lo que tomo su extremo y la ubico sobre la cuerda. Luego, levanto y extiendo mis brazos. Mis músculos se quejan, pero de todos modos tenso la cuerda ejerciendo el máximo de fuerza que hay en mi pequeño cuerpo. En el momento que estoy lista para lanzar, Alen se acerca a mi oído y su aliento golpea mi cuello.

—Nunca pensé que besaras así —susurra.

Mi estómago se comprime y la flecha sale disparada hacia la izquierda a varios metros del objetivo.

—Parece que tu instructor no te enseñó que en una batalla real habrá muchas distracciones. —Sonríe de manera burlona y sus ojos resplandecen, ahora sí quiero presionar mi rodilla contra su entrepierna, pero esta vez con mucha más fuerza.

—¿Cómo lo harías tú, maestro? —inquiero, mirándolo muy seria, al parecer, está empeinado en recordar la tarde de ayer y bueno, la noche anterior también, cuando nuestros labios se encontraron y exploró con fuerza mi boca, pero ¿por qué lo hace?

—Primero, no tendría cosas pendientes, las resolvería. —Levanta una ceja.

—¿Hay algo que me quieres preguntar? —Me siento incómoda ante sus insinuaciones y ya quiero, por favor, que se detenga, porque deseo borrar el recuerdo de su dulce lengua.

—No, solo quiero decir que, si tu conciencia se encontrara tranquila, te podrías concentrar más.

“¿Mi conciencia tranquila?”, repito en mi cabeza, cuando estoy luchando por no dirigir la flecha en dirección a su cabeza.

Levanto el arco nuevamente, esta vez da un paso hacia a mí y lo esquivo. Pateo su rodilla y luego, rápidamente, extendiendo el arco y lanzo la flecha, la que no da en el blanco, pero estuvo cerca.

—Mucho mejor. —Ahora él toma una flecha y la ubica en la cuerda tensándola, cuando sus brazos se extienden contemplo como sus músculos se tensionan. El recuerdo de mis dedos recorriéndolos me estremece. Trago saliva para volver en mí y a la práctica.

—Cuando lances la flecha suelta el aire que mantienes en tus pulmones, podrás mejorar su dirección—dice y mira de manera concentrada al objetivo.

Esta vez soy yo quien da un paso adelante y quien susurra en su oído.

—¿Por qué me besaste? —Sus ojos se abren y la comisura de sus labios se levanta, dispara la flecha y acierta en el blanco.

—Eso no fue un beso —dice, pero aún con su mirada en la flecha que lanzó—. Cuando realmente te bese, lo sabrás.

Mis ojos se abren y doy un paso atrás sintiendo como si mi corazón se hubiera desprendido alojándose en mi garganta, y mi vientre se comprimiera.

—¿Qué hacen? —La voz de Emery me llega desde mi espalda. No soy capaz de girarme, aún mi cara debe estar con una expresión extraña, por no decir acalorada, y sin mencionar el rubor que estoy segura está alojado en mis mejillas.

—Solo practicando. —Alen se gira para encontrar a mi hermano.

—Me gustaría unirme. —Emery toma un arco.

—¿Y Elisa no te acompaña? —formulo, recordando mi encuentro con ella, además tratando de desviar mi atención de las palabras de Alen “cuando te bese lo sabrás”, porque si eso no fue besar, no me quiero imaginar qué sucederá cuando lo haga.

—No. ¿Por qué lo preguntas? —Mi hermano examina la madera del arco en su mano.

—Al parecer, se encuentra bastante molesta contigo por haberla ignorado el día de la celebración. La encontré saliendo de tu dormitorio y amenazando a Assel.

—¿Hablas en serio? —Emery recorre el lugar y ubica a mi doncella a un costado del castillo, quien se halla conversando con las mujeres.

—¿Te agrada? —Inquiero nuevamente.

—Assel... no. Creo que el vino y la celebración nublaron mi juicio.

—Me refería a Elisa —clarifico.

—Estamos juntos, claro que me agrada.

—Deberías aclararlo con ella. Por lo que veo, no se encuentra muy segura de aquello viendo a Assel como una especie de adversaria.

—¿Assel? —Alen se acerca interesado—. Es una chica hermosa, pero al ser pura está lejos de que la puedas cortejar.

—¿Es virgen? —Emery palidece.

—¿No lo sabías? —Alen continúa y ya no lo puedo detener—. Cuando la encontramos en el pueblo, la rescatamos de manos de su marido, la quería tomar a la fuerza.

—¿Por qué no me lo contaste? —me increpa.

—No podía decir nada, ella me lo pidió, y gracias Alen por abrir tu boca.

—No sabía que era un secreto. —Alen levanta sus hombros.

—¿Por qué lleva su pelo así? —Emery mira hacia mi doncella.

—Lo cortó, no quería que ningún hombre la volviera a cortejar — responde Alen—, y debo decir que me impresionó su acto de valentía.

—Ahora sí que me siento fatal. —Emery se sienta sobre un tronco.

—No es tu culpa, no lo sabías y, por favor, no lo comentes con nadie.

Yo también me siento fatal, se supone que Assel confía en mí y ahora su secreto lo conoce mi hermano.

—Parece que sí estás interesado. —Alen golpea la punta del arco en la espalda de Emery.

—Ya lo dije, solo fue un mal entendido.

—Sí lo quieres llamar de esa forma... —Alen vuelve a tensar el arco y dispara una nueva flecha acertando en el blanco.

Aprovecho la instancia de que estamos reunidos y por fin me atrevo a preguntar sobre los planes de atacar a los lobos.

—¿Cuándo pensaban decirme lo que están tramando con Gamar?

—Eleonor baja la voz —dice Emery. Luego, continúa susurrando—. Tu

prometido, al parecer, no comparte el pensamiento de su padre y lo agradezco. Aún no hay nada planeado, por lo que esperaremos hasta que vuelvan los emisarios y nos traigan noticias. También espero novedades del sur, necesito saber qué ocurre en el castillo.

—¿Crees que mi padre y la madre antigua se encuentran en peligro? —pregunto, y la angustia recae nuevamente en mí. Entre todo que le que he vivido desde que dejé mi hogar no he pensado en ellos como debería.

—No lo sé. Solo espero que los mantengan aún con vida.

Un grito de dolor nos hace a todos girar. Un hombre que practicaba con su espada cae al suelo.

—Maldición. —Emery corre hacia a él.

Lo sigo y al acercarme reconozco que es uno de los hombres de mi hermano. Assel también llega a mi lado.

Alen con Emery lo examinan, un corte profundo yace en su pantorrilla.

—¡Lo siento, la espada se me resbaló! —dice el hombre que realiza muecas de gran dolor.

—Necesitamos llevarlo adentro —Assel se arrodilla a su lado—. Necesita que su herida sea curada.

—¿Lo puedes coser? —pregunta Emery.

—Sí, lo puedo hacer. —Assel responde ubicando un mechón de cabello negro detrás de su oreja.

Observo como Emery contempla este gesto.

—Gracias —le dice, y por lo que veo es un agradecimiento sincero.

Mientras otros hombres ayudan a cargar al herido y lo llevan al interior del castillo, me quedo en medio del patio, sin obviar la mirada de mi hermano que mantengo presente.

—No te preocupes, estará bien —comenta Alen a mi lado.

—Creo que nada estará bien otra vez —menciono, pensando que a Emery le agrada Assel y a mí me agrada él, y que todo se encuentra al revés.

—¿A qué te refieres? —Alen me mira sin entender.

Antes de que pueda responder, escucho un gran bullicio a mi espalda. Varios caballos se acercan, y entre los jinetes reconozco a Gamar quien lleva en su rostro una expresión muy seria.

Nos acercamos y Alen se ubica a mi lado. Uno de los caballos adelanta al grupo. De sus riendas se extiende una cuerda que arrastra un gran bulto tapado por un manto negro.

Gamar desciende de su caballo acercándose, y de su boca escapan las

palabras que no quería volver a escuchar.

—Los lobos se acercan. —Se arrodilla y levanta la capa. Mi aliento desaparece cuando observo el gran animal de pelaje negro totalmente ensangrentado.

## Capítulo 21

Miro a mi lado y el apacible y alegre pueblo de Las Altas Montañas de Aquilón ha desaparecido. A mi alrededor en el salón, solo existen semblantes oscuros y expresiones serias. Las personas más cercanas al rey discuten. Mi hermano y Alen no han interferido más de lo necesario, puesto que el rey aún no cree que las antiguas historias sean ciertas.

—¿Esperas que los lobos lleguen a nuestra puerta con todo su ejército? —Gamar se desplaza alterado en frente de su padre—. Si esperamos ese momento, no sé si podemos repeler su ataque.

—No estoy diciendo eso —El rey golpea sus puños en los antebrazos de su trono—. Lo que digo es que si fuera verdad lo que dicen los de la Casa de los Ciervos —nos da una mirada despectiva—, los lobos la buscarían a ella.

Mi boca se abre cuando el rey Yokar se dirige a mí.

—¿A qué te refieres? —Gamar lo increpa tan o más sorprendido que yo.

—Que los lobos buscan a la heredera. Por lo que no se puede quedar ni un minuto más en nuestro reino.

—Rey Yokar —Emery da un paso adelante, mientras que Alen aprieta su quijada—, esa no es la solución. Si Celsius se lleva a Eleonor, cosa que no dejaré que suceda, solo estarán alargando el tiempo hasta que ellos, también, se apoderen de su reino.

—Eso no lo sabemos.

—Padre, no puedo creer que seas tan iluso. —Gamar lo mira incrédulo.

—¿Qué está diciendo, realmente? —Alen da un paso adelante.

—Que ya no son bienvenidos en mi casa y les solicito que abandonen mi castillo —El rey Yokar mira a su hijo y luego a nosotros—. Lo siento princesa, pero la seguridad de mi pueblo se encuentra primero.

—Padre —Gamar dice consternado—, eso no va a pasar. No dejaremos a Eleonor sola en esto, nuestro reino la seguirá apoyando.

—Eso no lo decides tú, aún soy el rey y es mi decisión.

—Rey Yokar —Alen aclara su voz y habla con seguridad—, no es necesario que lo diga una segunda vez. Su reino no es el más seguro para nosotros ni para Eleonor en este momento, y no dejaremos que le suceda nada. Además, si usted no quiere comprender lo que está sucediendo, no podemos ayudarlo. Solo espero que su reino no sea destruido. Alistaremos nuestras cosas y nos iremos al amanecer. Si los lobos están merodeando, en la noche es cuando se encuentran más alertas.

En este momento ya no es sorpresa lo que recorre mi cuerpo, es temor.

—Rey Yokar —mi hermano toma la palabra—, lamento su postura y más aún que esté poniendo ahora en peligro a su propio territorio. Como dicen Alen, nos marcharemos.

—¡Espera! —Gamar nos mira—. Lo del heredero sigue en pie, si es lo que se necesita para romper el encantamiento, lo haré.

—¡Gamar! —El rey se levanta de su trono—. ¡No harás eso y menos te involucrarás en esta guerra.

—Padre, la guerra no elige a quien involucra. Si la manada de lobos que encontramos en la mañana están rondando, es porque inspeccionaban nuestro castillo para luego atacar.

—Agradezco tu gesto —digo, haciendo un gran esfuerzo por hablar. Gamar me mira y me da una leve sonrisa.

—¿Te irás con ellos? —El rey da unos pasos hacia su hijo.

—No lo sé, pero si les estás pidiendo que se vayan, tendré que encontrar a la princesa donde esté para la próxima luna llena. Lamentablemente, ahora no puedo dejar Aquilón mientras no sepa qué sucede con los lobos. —Gamar me vuelve a mirar y esta vez mi estómago se anuda. No sé si por el gesto del príncipe de ayudarnos o porque en unas semanas más estaré en su lecho.

—Nosotros seguiremos hacia el norte —Emery toma la palabra—, en dónde se encuentra mi ejército. Ya no podemos esperar más, necesitamos prepararnos. Quedan menos de tres semanas para luna llena y no puedo dejar que encuentren a Eleonor.

—Eso no sucederá —afirma Alen a mi lado.

Nos retiramos mientras Gamar continúa discutiendo con su padre. La idea de emprender nuevamente el viaje hace que mi cuerpo se vuelva rígido; además, saber que puedo estar otra vez en las garras de Magnus hace que me aterrorice.

En las caballerizas, mi hermano pone al tanto a su ejército de lo ocurrido y de inmediato comienzan a prepararse. Me quedo inmóvil, observando como todos se movilizan de manera rápida, ubicando sus armas y ensillando a los caballos.

Una mano sobre mi hombro me sorprende y al voltear unos ojos azules me encuentran. Alen me guía hacia una esquina alejándome del bullicio.

—Escucha —toma mis hombros de manera firme—, no dejaré que te suceda algo. Jamás permitiré que estés en manos de los lobos otra vez.

No digo nada, solo lo observo. Mi miedo no es solo por los lobos, el

miedo es también por los sentimientos que están creciendo inevitablemente, por él.

—Te llevaré a tu dormitorio para que descanses, mañana nos espera un largo camino. —Me guía hacia el castillo, tomando mi brazo, pero se detiene cuando uno de los hombres lo llama—. Tengo que resolver algunas cosas, pasaré por tu cuarto cuando me desocupe. —Se acerca y besa mi frente, al instante se separa como si un rayo lo hubiera atravesado—. Disculpa, no puedo tener este tipo de confianza contigo, menos delante del ejército. —Su mirada se torna oscura.

Solo asiento, ya que aún percibo el hormigueo de mi piel al contacto de sus cálidos labios.

Me dirijo hacia el castillo con la intención de buscar a Assel, y al pasar por el salón el rey Yokar se acerca a grandes pasos hacia mí.

—No permitiré que mi hijo engendre un heredero contigo —dice casi escupiendo las palabras—. No lo pondrás en peligro.

—Entiendo su preocupación, pero los reinos ya están en peligro. Si tuviera otra alternativa, créame que no se lo hubiera pedido. —No puedo estar molesta con el rey, entiendo lo que está sintiendo.

—Deberás buscar otra forma de hacerlo, Gamar es lo único que tengo y no dejaré que muera, menos en manos de los lobos. —El rey gira sobre sus talones y me deja sola en medio del salón.

Apresuro el paso hacia mi habitación, solo quiero correr y esconderme mientras esta pesadilla desaparece. Mis pensamientos viajan a mi castillo, lugar que fue mi hogar y que no sé si volveré a ver otra vez. Ni siquiera estoy segura de que logremos llegar a la siguiente luna llena sin que seamos encontrados por Celsius y sus guerreros.

Al llegar a mi cuarto, entro de manera rápida y cierro la puerta. Este es el único espacio que momentáneamente es mío y en donde me puedo lamentar. Las palabras del rey retumban en mí. Por una parte tiene razón, no puedo obligar a Gamar que asuma esa responsabilidad, Dorian ya pereció en manos de los lobos y no sé si seré capaz de soportar que otro príncipe muera tratando de ayudar a Badru. Es tiempo de que encuentre a la hechicera. Necesito saber de qué otra forma se puede romper el encantamiento.

Saco la daga que va amarrada en mi muslo y acaricio las astas de ciervos que se perciben en su empuñadora. La desazón me atrapa, y mientras los lobos están a punto de atacar el reino de Aquilón no puedo dejar de pensar en mi mano derecha, aunque debería ser mi última preocupación. La verdad, mi

cuerpo no puede dejar de sentir que él es el indicado.

Observo mi larga trenza. Cae de manera descuidada sobre mi pecho y su extremo yace en mis rodillas. Aprieto la daga. Pensar que las pequeñas ilusiones que se habían formado en mi ser no podrán ser, nunca conoceré el verdadero amor. Levanto el cuchillo y corto el extremo de mi camisa, al descubierto queda mi marca, la acaricio con la yema de mis dedos y mi piel escose. Ser la heredera de luna llena no es un privilegio, es una maldición. No puedo evitar las lágrimas que se derraman por mis mejillas, mi garganta se comprime, mis ojos se nublan y la angustia me invade.

Nunca seré una verdadera mujer. Solo soy y seré el objeto destinado a salvar o a someter a los territorios a la oscuridad. Nadie, nunca, conocerá mis emociones ni mis sentimientos y nadie tendrá cabida en mi corazón ni en mi alma.

Mis mejillas se humedecen y no las seco. Dejo que el llanto sucumba y que las lágrimas fluyan. La soledad me abate, mi corazón se oprime de dolor, dolor por mi pueblo, por mi familia, por mi gente, por mi reino y por mí.

Deslizo una de mis manos por mi cabello y atrapo mi trenza. Su largo me recuerda que ningún hombre me lo desatará, que nunca podré realizar la ceremonia de los ciervos y que mi corazón jamás sucumbirá al amor. Levanto el cuchillo y lo acerco deslizándolo por las fibras. Me detengo al escuchar pasos en el exterior. Rápidamente introduzco la daga entre las colchas de la cama. Luego, la puerta se abre y Alen ingresa.

—Los soldados ya se encuentran preparados —se detiene cuando observa mi rostro. Se acerca y se arrodilla a mi lado. Su mano acaricia mi mejilla atrapando una lágrima—. Eleonor...

No dice nada y me acerca a su cuerpo. Me abraza y dejo que mi cabeza descansa en su pecho. Debería dejar de llorar, pero no puedo hacerlo. Al sentir su cercanía mi tristeza crece sin poder detenerla, pensando que Alen está tan cerca y a la vez tan lejos.

—No te entristezcas —su respiración golpea mi cabeza y su mano continúa acariciando mi mejilla. Se aleja unos centímetros y nuestras miradas se encuentran—, porque no dejaré que te suceda algo. Si Gamar o el rey no quieren ayudar, encontraremos otra forma. Lo haremos.

Mi garganta apretada no deja que mi voz brote. Observar el fulgor de sus ojos hace que quiera gritar, al no poder fundirme en sus labios y en él. Alen seca mis lágrimas y me contempla en silencio con semblante preocupado.

—¿Hay algo más por lo que te encuentres así? —Nuestros rostros están demasiado cerca.

—Necesito pedirte un favor —Logro hablar, aunque mi voz se escucha lejos. La decisión ya está tomada—. ¿Podemos ir a tu cuarto?

—¿En qué estás pensando? —Sus ojos se abren sorprendidos.

Creo que no seré capaz de verbalizar lo que estoy pensando, pero al menos sé que me puede ayudar. Busco entre las mantas el cuchillo y lo levanto.

—No entiendo. —Me mira desconcertado.

—Corta mi cabello —digo de manera firme.

—¿Por qué? Eso lo debe hacer tu marido.

—No puedo creer que aún pienses que esto terminará bien —le contesto en tono derrotado.

—La verdad, no lo sé, pero no puedes perder las esperanzas. Gamar dijo que todavía está dispuesto a desposarte.

—No me interesa Gamar —expreso la cruda verdad.

—¿No? —responde él y percibo que la mano que aún está en mi mejilla se contrae.

—No, y tampoco tendré la oportunidad de enamorarme, ya no tiene sentido que siga llevando mi cabello de esta forma —levanto la trenza, que más que agradarme la comienzo a odiar—, así que, si no me lo cortas tú, lo haré yo. —Levanto la daga y Alen atrapa mi mano.

—No lo hagas —me quita el cuchillo—, no pierdas la ilusión. Saldremos de esto, y cuando eso suceda, encontrarás un hombre que te amará y te hará sentir especial. Yo me encargaré de eso.

—¿Seguirás buscándome marido? —Lo miro sorprendida y al mismo tiempo molesta.

—Si es lo que tú quieres, lo haré —Se levanta y da un paso hacia atrás—. Solo quiero que seas feliz, y si es con otro hombre lo buscaré.

—¿A qué te refieres con otro hombre?

Alen se acerca y me toma de la mano. Me empuja hacia afuera de la habitación y me dirige a su dormitorio. Podría negarme, pero creo que mi cuerpo lo seguiría a cualquier lugar. Al ingresar, cierra la puerta y gira la llave.

—¿De verdad, quieres cortar tu cabello? —inquire, jugando con la daga en su mano.

—Sí.

—¿Por qué no se lo pides a Assel? —Me recorre con la mirada.

—Si no lo quieres hacer, insisto, lo haré yo. —Me acerco para tomar el cuchillo y me esquivo.

—¿Por qué quieres que yo corte tu cabello? —me pregunta.

No respondo, no puedo decir que quiero que él sea el hombre que entrelace sus dedos a mi pelo y acaricie las fibras de mi ser.

—Lo haré —dice y su quijada se tensa. Se mueve por la habitación y acerca un pequeño taburete de madera que ubica en el centro. Se quita su chaleco y apoya la punta de la daga en su muslo.

Trago la saliva que está suspendida en mi boca y respiro al darme cuenta que no lo estaba haciendo. Me acerco y me siento. Alen se arrodilla en frente de mí y se sienta en el suelo, dejando el cuchillo a su lado y mirándome.

—No quiero solo cortar tu cabello —confiesa y su mirada se enciende—. Como dijo Dorian, tú te mereces algo mejor. Es por eso que no quiero que pierdas la oportunidad de tener la ceremonia de los ciervos. Si estás dispuesta, me gustaría realizarla.

Mi boca se abre y mi corazón aletea.

—No sé qué estás pensando, pero no tomaré tu virginidad —la comisura de sus labios se eleva—no es porque no quiera, es porque debes entregarla al hombre que elijas y que sepas que es el indicado. Y eso no tiene nada que ver con el encantamiento.

—¿Qué harás, entonces? —pregunto para no decir que yo ya elegí.

—No estoy seguro —respira de manera profunda—, nunca he realizado la ceremonia, y aunque no lo creas, nunca he estado con una mujer pura. Nunca lo quise hacer, porque creo que es algo importante, y esperaba algún día realizarlo con la mujer que desposara.

—Me dijiste que no te pensabas casar. —Sigo sorprendida ante sus revelaciones.

—No lo he pensado, porque aún no encuentro la mujer que se escabulla en mi corazón. —Muerde su labio y aprieto mi mano para no tocarlo.

—Entonces no lo hagas, deberías esperarla —me obligo a decir.

—Te dije que haría todo lo posible para que fueras feliz, y si me estás concediendo el honor de cortar tu cabello lo haré, no permitiré que cualquier hombre lo haga —Tensa su quijada y me sonrío—. Te vuelvo a preguntar, ¿quieres que lo haga?

—Sí, por favor.

—Sus deseos son ordenes, princesa —Se incorpora de un salto y se

acerca a la pequeña mesa que está junto a su cama. Al regresar, trae en su mano una pequeña botella—. No tendremos un banquete previo, pero el vino del rey servirá para esta ocasión. Además, sé que te agrada.

Recibo la botella y doy un largo trago, primero porque mi boca está seca pensando en lo que Alen hará. Segundo, el sabor me recuerda a su dulce lengua y por último, creo que necesito algo para olvidar todos los conflictos que espero queden detrás de la puerta.

Toma un candelabro y lo ubica al lado de la daga. Luego, cierra la ventana dejando en penumbra la habitación. Quita el amarre de su cabeza y su pelo negro cae hasta sus hombros, por lo que doy un nuevo trago al vino. Al parecer, no fue tan buena idea tomarnos la ceremonia como algo real. Se quita su camisa y su torso dorado resalta su musculatura. Mi vientre se calienta, y no es solo por el vino que ingerí. Si continúa de esa forma, no estoy segura de detenerme antes de llegar a la parte de mi virginidad.

Se acerca y me quita la botella. Sus dedos rozan mi mano y una nueva punzada se dispara en mi estómago.

—También lo necesito —dice mientras bebe.

Deja la botella sobre la mesa y se acerca extendiéndome su mano. Debo obligar a mis músculos que se muevan y respirar de manera profunda. Estoy pensando seriamente que será una hazaña si mi corazón no se escapa por mi boca.

—¿No sé qué tan real quieres que sea esto? —Alen presiona mi mano y acaricia mi piel.

—¿Real? Si tienes que fingir, será mejor que lo dejemos. —Antes de que siga hablando me jala y quedo frente a él.

—Nunca fingiría contigo —Se acerca un poco más y su boca queda muy junto a la mía—. Solo pregunto, porque yo también quiero desenredar tu cabello.

—¿Lo quieres? —Lo miro con esperanza.

—Eleonor... tienes que aprender mucho de los hombres. —Su mano recorre mi brazo y se posa en mi mejilla.

—No quiero conocer a los hombres, te quiero conocer a ti —Mi boca cobra vida y las palabras salen sin ser solicitadas—. Quiero decir...

—¿Qué quieres decir? —Ahora toma con sus dos manos mi rostro y acerca sus labios hasta que respiramos el mismo aire.

—No me he imaginado a otro hombre tocándome como lo has hecho tú. —Sé que estoy traspasando todos los límites, pero si no hay esperanza, al

menos, quiero tener esto, este momento.

—Eleonor... —vuelve a repetir y acerca su boca a mi oído—, yo tampoco puedo imaginar a otro hombre tocándote.

Mi sangre se detiene junto a mi corazón. Alen arrastra su nariz rozando mi mejilla. Mis labios comienzan a palpar por la necesidad de probar su sabor nuevamente, y él, como si me hubiera escuchado, desliza su lengua por mi boca. En el instante percibo como si una flecha atravesara mi vientre que se sacude ante el inminente roce.

—No puedo seguir negándolo —Vuelve a lamer la comisura de mi boca—. Te deseo a ti, solo a ti.

Mis brazos se levantan y encuentran su torso. Presiono mis palmas en su cálida piel y advierto cómo su corazón late con fuerza al ritmo del mío.

—No sabes lo difícil que es tener que entregarte a otro hombre. —Su humedad envuelve mis labios y su lengua se escabulle en mi boca.

—No lo hagas. —Cierro mis ojos y disfruto de su dulce sabor.

—En este momento, no lo haré —Su boca comienza a recorrer mi rostro depositando suaves roces en el borde de mi quijada. Se desliza por mi cuello y llega hasta mi clavícula; pienso que aún no me ha besado y ya una ola de calor está apoderándose de mí.

—Eres la heredera —besa mi marca—, tu destino está trazado y yo no estoy en él. —Encuentra mi mirada y sus ojos se han oscurecido, pero yo tomo su rostro y acaricio su quijada que se ha vuelto rígida.

—No eres mi destino, pero eres lo que yo quiero —confieso, cuando la culpa me tortura. Estoy olvidando a todo un reino por esto, por él.

—Entonces... —toma mis manos, retirándolas de mi cara—, lo haré.

Da un paso hacia atrás y me recorre con la mirada.

—He escuchado que lo primero que se debe hacer para realizar la ceremonia es desvestir a tu cónyuge. —Sus ojos resplandecen y levanta una ceja. Desabrocha su cinturón y las espadas golpean el suelo con fuerza. El pantalón se desliza por su pelvis quedando sujeto a sus caderas, y su marca queda casi al descubierto. Da un paso hacia mí. No levanto mi mirada, porque la mantengo en su cuerpo. Su respiración golpea la base de mi cabeza.

—Esta vez será más fácil, no llevas el corsé. —Comienza a desabrochar el chaleco por el botón que se encuentra cerca de mi vientre, y cuando llega a altura de mi busto, el solo roce de la tela hace que mis pezones se endurezcan, lo que me incita a respirar profundamente.

Desliza la prenda a través de mis hombros, cayendo ésta al suelo.

Camina a mi alrededor lentamente y se ubica en mi espalda. Su aliento golpea mi nuca y mi vello se levanta. Posa sus manos sobre mis hombros apartando la tela que los cubre. La camisa cae y solo la detiene mi busto.

Acerca sus labios a mi piel y percibo su aliento tibio. Con su mano acaricia mi nuca y ladea mi cabeza para que mi cuello quede expuesto.

—También me han dicho que, aunque sea tu esposa, debes seducirla para que pierda su timidez. —Besa mi cuello y un hormigueo recorre mi columna vertebral.

Sigue la senda de mi brazo con su lengua y mi respiración se acelera, más aún cuando mi camisa cae por completo de mis brazos dejando mi busto al descubierto.

—Eres hermosa —afirma, ubicándose a mi lado. Su cabeza está a la altura de mi mejilla, pero no mira mi cuerpo, me mira a los ojos. Posteriormente da un paso, ubicándose frente a mí—. ¿Quieres continuar? — Su voz es ronca y profunda.

—Sí —respondo, siendo la única palabra que logro que se geste en mi garganta. Desde la mesa que está en nuestro costado toma el cuchillo.

—También me dijeron que la daga que se ocupe... —toma el cuchillo desde la punta y comienza a arrastrar el mango por mi cadera, mientras continúa mirándome—, debe ser heredada de tu familia.

Suelto un leve gemido cuando la base se desliza por debajo de mi ombligo y un espasmo golpea mis muslos.

Conduce la empuñadura sobre mi vientre y la sube deslizándola por el borde de mi seno. La fricción de la madera hace que un nuevo gemido se escape desde lo más profundo de mi garganta. Cuando el cuchillo llega a mi cuello, él da un nuevo paso adelante y pega su cuerpo al mío. El roce de su piel hace que mi cuerpo se estremezca. Extiende sus brazos alrededor de mi cabeza y su rápida exhalación golpea en el borde de mi oreja.

—Has florecido como la más delicada flor del reino. —Su pecho se presiona contra el mío, consiguiendo que mis pezones se consuman ante lo acalorado de su cuerpo.

De pronto, en mi espalda percibo como enreda la trenza en su mano y la tira. Mi cabeza se levanta y nuestros ojos se encuentran.

—Ahora si te besaré. —Vuelve a tirar mi trenza de manera firme y mi boca roza el borde de la suya. Con su otra mano acaricia con fuerza la curva de mi cadera y la arrastra por mi abdomen hasta que atrapa uno de mis senos. Momento en que lo envuelve, su boca arropa la mía. Su lengua se hunde

recorriendo con impaciencia cada contorno, sus dientes estrujan mis labios y su mano presiona con ímpetu el borde de mi pezón.

Mi aliento se contrae, mientras un cosquilleo se desliza en cada parte de mi cuerpo. Levanto mis brazos y los hundo en su espalda atrayéndolo más. Se desprende de mi boca y un jadeo está presente en los dos.

—Todavía no te hago la pregunta —dice con sus ojos cerrados afirmando el borde de su nariz en mi mejilla.

“La pregunta”, repito en mi cabeza. Estoy segura que a cualquier cosa que me propusiera en este momento accedería.

Alen tira la trenza hacia adelante y queda posicionada sobre mi pecho. Me entrega la daga y se agacha poniendo una de sus rodillas en el suelo.

—Esta noche, es el inicio de nuestra vida. Esta noche, nuestros cuerpos se unirán para siempre. Las hebras de tu pelo, al igual que las hebras de tu ser, serán solo mías. —Respira de manera profunda y su mirada reluce—. ¿Quieres ser mía?

## Capítulo 22

Lo contemplo hechizada por la forma en la que pronunció esas palabras. Las que siempre aguardé escuchar. En otro momento. De otra persona. En otro lugar. Pero que nunca esperé que hubiera sido tan perfecto.

—Quiero ser tuya. Y me entrego a ti al igual que las hebras de mi cabello, que representan una extensión de mi alma y de mi corazón. Pertenezeré a ti hasta que desaparezca el último aliento de mi ser. —Extiendo mis brazos y le ofrezco la daga; mis manos tiemblan al igual que tiembla mi cuerpo.

Alen la toma y besa su filo. La acerca al cinto de cuero que va amarrado a mi trenza y lo corta con fuerza de un solo movimiento. El ruido que hace la tela al rasgarse es el mismo sonido que emite mi corazón. Es el sonido de la liberación.

Luego, deja la daga en el suelo y se levanta con sus ojos fijos en los míos. Me encantaría poder descifrar qué me dice esa mirada. Es nueva y me seduce haciendo que mi vientre se comprima hasta el dolor.

Levanta su mano y la afirma en mi hombro. Comienza a deslizarla por mi torso rozando el borde de mis pezones hasta que toma mi trenza y la lleva hacia atrás.

Siento su presencia en mi espalda. No necesita tocarme para percibir el calor que irradia su piel. Sube su mano y sujeta mi pelo estrujándolo al borde de mi cuero cabelludo manteniendo su firmeza. Asimismo, arrastra su palma, recorriendo las hebras que han marcado el trayecto desde mi nacimiento. Sus dedos comienzan a desatar con tranquilidad y delicadeza los nudos de cada fibra ensortijada. Mi pecho se aprisiona mientras mi respiración se oprime. Una vez que mi cabello se encuentra totalmente suelto, lo ubica hacia adelante, cayendo su largo por mis hombros y cubriendo finalmente, mis senos.

Se ubica en frente de mí y recoge la daga que se encuentra al lado de mis pies. Toma un extremo de mi pelo, lo dobla al nivel de mi cintura e inserta el filo en las hebras que relucen y exigen ser cortadas. El cuchillo titila en la habitación y en un solo movimiento mi cabello cae al suelo.

—Hay algo que faltó —Vuelve a tomar el otro extremo de mi pelo y ejecuta la misma acción. Pienso en sus palabras y no sé a qué se refiere, porque según mi instrucción la ceremonia ya acabó.

—Yo, Alen, perteneciente a la fase de luna Menguante —baja su

pantalón dejando casi toda su pelvis descubierta, revelando la marca en media luna —. Soy la morada que siempre te recibirá, en cada mes y en cada recorrido. Seré la casa que te dé cobijo a ti, heredera de luna llena, y eternamente te recibiré en mi hogar. El cual desde hoy, te pertenece.

Mi boca se abre y mi corazón ahora agoniza. Esas palabras no estaban en la ceremonia. Ya no quiero esperar y no puedo contener más mis sentimientos. Mi cuerpo se abalanza hacia él y me sumerjo en su boca, porque al instante mi lengua lo reclama con deseo.

Sus manos toman mis caderas y las presiona a las suyas. Mi hendidura comienza a palpar a un ritmo delirante y percibo como cierta humedad fluye debajo de mi vientre. Lo deseo y lo deseo ahora, incluso más que antes. Mi cuerpo se mueve más rápido que mis pensamientos, y el cuerpo de Alen lo recibe como si ambas fueran dos piezas de un engranaje que se unen a la perfección. Sus manos acunan mis senos y su lengua serpentea en mi boca.

Me levanta ubicando mis piernas sobre sus caderas y me dirige a la cama depositándome sobre ella. Su lengua inspecciona la piel que se encuentra en el contorno de mis pezones.

Desciendo mis manos y encuentro los bordes de su pantalón, los que agarro, arrastrándolo hacia abajo.

—Eleonor...—respira sobre mi boca—, no puedo tomar tu virginidad. No así, no ahora.

Cierro mis ojos mientras Alen respira de manera agitada sobre mi frente. No lo quiero escuchar, solo quiero que me tome y que nuestras almas se fundan en una agónica intimidad. Empujo nuevamente sus caderas, necesito sentir su rigidez en lo bajo de mi vientre.

—Eleonor, detente o no lo podré hacer yo. —Exhala en mis labios.

—No me quiero detener, quiero sentirte, quiero que nuestros cuerpos se fundan, lo necesito. —Mi voz se escucha entrecortada por mi respiración agitada y el gran deseo que fluye desbordando mi cuerpo.

Sus manos aprietan mis muslos y un golpe de satisfacción se instaura en lo bajo de mi vientre. La humedad me sigue abrazando cuando Alen une su lengua con la mía. Un quejido escapa desde la profundidad de su garganta mientras presiona su virilidad contra mi cuerpo y el ardor se apodera de mí casi cegándome. Pero antes de darme cuenta, se despoja de mi cuerpo y se levanta.

—Lo siento, no lo puedo hacer. Así no. —Su mirada se vuelve agónica, envuelta en deseo. Percibo la lucha interna que traspasa el destello azul de sus

ojos.

Cierro los míos y exhalo hondamente encontrando el aire que había huido.

—Lo entiendo —me obligo a decir, porque realmente también estoy luchando contra mis deseos y mi obligación. Trato de localizar mi razón. Ésta se fue, en el momento en que mi pelo abandonó mi cuerpo y mi corazón sucumbió al anhelo del amor. Un amor prohibido que no se encuentra predeterminado para mí.

—Lo siento, yo no soy el elegido para ti —Su mirada esta vez se oscurece—. Independiente de lo que sienta, tu destino ya se encuentra trazado. Gamar es quien te desposará.

Me siento en la cama al escuchar sus palabras. La verdad, me encuentro atónita.

—¿Todavía me quieres entregar a él?

—No se trata de lo que yo quiera —Se mueve inquieto por la habitación—. Yo no quiero entregarte a nadie, pero hay algo más grande que nosotros dos.

—¿No estarías dispuesto a luchar por mí? —Me levanto. Si él me lo pidiera, buscaría otra forma de romper el maldito encantamiento.

—Claro que lucharé por ti. Si es necesario moriré por ti. Pero tu responsabilidad es más grande. —Su mirada se transforma en aflicción.

—Entonces, ¿quieres que me entregue a Gamar? —Mi voz se apaga y mis instintos también.

—¡Maldita sea! —Se mueve con agilidad y golpea con su puño la pared—. No quiero entregarte a nadie. —Se gira hacia a mí y me toma entre sus brazos— No quiero que ningún hombre coloque sus manos en tu piel, no quiero que te besen, y no quiero que nadie recorra tu pelo.

—No lo haré, no me entregaré a nadie más. —Busco su mirada, de alguna manera, quiero explicarle que aunque en cuerpo otro hombre me posea, mi alma ya selló su compromiso, y las hebras de mi ser se encuentran unidas a él hasta que mi último aliento desaparezca.

Se mantiene en silencio, contemplándome. Nuestras respiraciones agitadas se funden y esta vez no es de deseo. Ahora es la frustración que nos aborda, despertando la desesperación de dos almas que se solicitan y se claman en un intento vano de sostenerse.

El miedo de no poder cobijarlo en mi corazón se transforma en dolor. El dolor de ser la heredera. El lamento de arrastrar mi herencia y para lo que he

sido marcada. Nunca he lamentado tanto que los antiguos ancestros hayan depositado en mí la obligación de salvar a todo un reino. En esta batalla la única que no será rescatada al final seré yo.

Los ruidos del exterior del pasillo me despiertan de mi martirio. Alen mantiene su mirada sobre la mía. Por su expresión, sé que hay algo más que quiere decir, pero al igual que yo, las palabras se quedan atrapadas en su garganta. Prohibidas para ser mencionadas.

—Alen. —La voz de Emery acompañada de golpes suena al otro lado de la puerta.

—Ya voy, deja vestirme —Alen responde y me hace un gesto para que no hable. Luego, deposita un dulce beso en mis labios, provocando que su mirada se contraiga y mi corazón también—. Por favor, no comentes esto con nadie.

Solo logro asentir. El anhelo de transformarme en su mujer se diluye, al igual que las pocas ilusiones que me había formado. Debo regresar a la realidad y a mi compromiso con un hombre que no amo.

—Alen, los lobos están por atacar, ¿y tú te estás divirtiendo? —continúa el insistente llamado de Emery tras la puerta.

Nuestro momento termina y nuestras miradas desaparecen. Alen comienza a moverse de manera rápida por la habitación recogiendo mi ropa. Me coloco la blusa y mientras me ayuda con los botones del chaleco, trenzo mi pelo que ahora termina debajo de mi busto. Pensé que la sensación de cortarlo me liberaría, pero al contrario, mi ser se siente aún más encarcelado.

—¿Por qué no me abres? Nunca te ha preocupado que te vea desnudo, y como dijo mi hermana, no hay mucho que observar. —La voz de Emery se mantiene en el corredor.

—Solo un minuto —responde mientras recoge las hebras de mi pelo que yacen en el suelo.

Un ruido de metal nos hace voltear hacia la entrada. Observamos como la llave gira y la puerta se abre. Doy un paso para esconderme debajo de la cama, pero ya es demasiado tarde.

—Recuerdo perfectamente como abrir una cerradura. —Emery ingresa a la habitación.

Me quedo inmóvil al lado de Alen. Sé por la expresión en la cara de mi hermano que esto se ve mal.

—¡¿Qué maldición ocurre acá?! —grita. Luego se detiene, se asoma al pasillo cerciorándose que no haya nadie más, y retorna a la habitación

cerrando la puerta tras él.

No soy capaz de moverme, solo logro percibir el rubor de mis mejillas. La mirada de Emery va en todas direcciones; deteniéndose en el torso desnudo de Alen, el pelo en el suelo y en la nueva extensión de mi trenza.

—¿Se acostaron? —Su cara realiza varios gestos extraños que no se pueden definir.

—Emery... —Alen da un paso adelante—, escúchame... No nos hemos acostado.

—Acaso, ¿esperas que te crea eso? La mitad del pelo de mi hermana está en el suelo. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Yo sé lo pedí. —Ahora soy yo la que da un paso adelante.

—¿Por qué?, ¿por qué perder tu virginidad en este momento?, ¿perdiste la cabeza?

—Alen ya te dijo que no perdí mi virginidad —respondodecida—solo cortó mi cabello.

—Emery, Eleonor quería deshacerse de su trenza y la ayudé. No ocurrió nada más. —Alen trata de hablar en tono conciliador.

—No quieran engañarme. Ya me había dado cuenta que la mirabas diferente —increpa a Alen—, pero nunca pensé que utilizarías a mi hermana para tus andanzas.

—¡Yo no la he utilizado, jamás lo haría! —Alen comienza a perder la paciencia.

—Eso no es lo que parece. Encerrados aquí los dos. Tú casi desnudo y ella sonrojada como si fuera una maldita hoguera, ¿cómo pudiste engañarla así? ¡Es una niña!

—¿Disculpa? —Ahora soy yo la que pierdo la paciencia—. En primer lugar, hace mucho que ya no soy una niña, y no tiene que ver con mi virginidad. Además, no entiendo cuál es tu malestar. Desde que salí del castillo me han arrastrado para que me acueste con cualquier hombre de linaje puro, sin importar ni un momento si es lo que quiero.

—Porque eres la heredera de luna llena y lamento decir esto, pero es tu obligación.

—Mi obligación es engendrar a un heredero. Lo que elija hacer con mi cuerpo es mi decisión.

—¿De eso se trata? ¿De experimentar antes de llegar al lecho de tu marido?

Lo que ocurre a continuación lo observo de manera lenta. Mi cuerpo se

mueve más rápido de lo que estoy acostumbrada. Llego hasta mi hermano dándole un golpe con el borde de mi mano en su garganta, cuando se dobla para respirar entiendo mi codo con fuerza en su espalda.

—¡Eleonor! —Alen llega a mi lado, mientras mi hermano tose en el suelo. Me toma con fuerza del brazo y me aleja de su lado.

—¡No me vuelvas hablar así! —grito con furia.

—Por los antiguos ancestros, ¿qué fue eso? —Emery se para con dificultad, aún recuperando el aliento.

Me gustaría responder, pero ni yo comprendo mi actuar. Nunca había golpeado a nadie y menos pensé que atacaría a mi hermano, aunque se lo merecía.

—Lo siento. —Observo a Emery que se sienta sobre un taburete de madera.

—Aunque debería estar molesto —dice, levantando su mirada—, ese fue un excelente golpe.

—A mí también me sorprendiste —Alen aún me mantiene afirmada del brazo—. Eres una verdadera princesa guerrera.

—Solo creo que estoy agotada de que todos me digan lo que debo hacer. —Busco mi trenza ansiosa y ya no la encuentro.

—Aclaremos las cosas —Emery nos examina y esta vez utiliza un tono más calmado—. Quiero que me expliquen qué sucede aquí y quiero la verdad.

—Realizamos la ceremonia de los ciervos —Alen habla de manera segura y mira a Emery sin temor—. No la acabamos, ya te dije que Eleonor sigue siendo pura. Ella quería cortar su cabello y quise entregarle el momento que piensa que nunca tendrá.

—Debo entender entonces, que hicieron el juramento.

—No. —Alen responde de forma tajante.

No puedo evitar mirarlo mientras me cuestiono por qué ha obviado esa parte de la historia.

—¿Por qué no esperaste a hacerlo con Gamar? Creo que él podría estar dispuesto a realizarlo. Además, será tu futuro marido.

—Escucha, estoy cansada de que me digan qué, cuándo y cómo —Me acerco hacia mi hermano, y aunque quiero gritarle la verdad de mis sentimientos, los contengo—. Si le pedí a Alen que lo hiciera fue porque es mi hombre de confianza, mi mano derecha, fin del asunto. Y de hoy en adelante espero que me hables con respeto. No me vuelvas a tratar como una

pequeña perdida. Sé muy bien cuáles son mis obligaciones, sé que de mí depende todo un reino, así que no me vuelvas a cuestionar. Además, si logro fecundar al heredero me transformaré en la reina de Badru y creo que las decisiones dependerán de mí.

Emery abre sus ojos y sostengo su mirada. Me sorprendo de la fuerza de mi voz y de la determinación de mis palabras, aunque mi interior se encuentra al borde de un precipicio; si no estoy destinada para abrir mi corazón, tendré que concentrar toda mi energía en convertirme en una reina para todos los territorios. Es lo que el azar me designó al momento de mi nacimiento y es lo que toda mi gente espera de mí.

—En eso estamos de acuerdo, princesa —Alen se acerca y se arrodilla frente a mí—. Mi espada y mi razón la acompañarán en su cometido.

Evito mirarlo, porque mi ser se desgarró al sentir su presencia. No puedo tocarlo, no puedo sentirlo y no podré jamás, siquiera, pensar en que será el hombre que reinará junto a mí.

—Mi espada y ejército están a tus pies. —Emery se posiciona al lado de Alen y también se arrodilla.

—Esto no es necesario, aún no me han coronado, pero agradezco vuestra lealtad —al fin digo, percatándome de la cruda verdad: soy la heredera y Alen no se encuentra destinado para mí.

—Emery, ¿estás ahí? —la voz de Elisa llega desde el otro lado de la puerta. Mi hermano encuentra mi mirada y yo asiento para que la deje ingresar.

Los dos se incorporan y mantengo mi vista en Emery. No puedo mirar a Alen. Sé que solo un vistazo a sus ojos hará que toda la pared que he construido en unos segundos se desmorone, y no lo puedo permitir.

—Emery, debes venir de inmediato y ustedes también. —Elisa entra impetuosamente en el cuarto y por la expresión de su rostro algo está sucediendo y, al parecer, no es nada agradable.

Salgo detrás de mi hermano a paso apresurado. Nos dirigimos por los pasillos hacia el salón, pero antes de ingresar Alen me detiene.

—Eleonor —se acerca obligándome a mirarlo—, lo que dije en la alcoba es verdad.

—Lo sé. Me protegerás y me ayudarás a llevar a cabo mi misión. —Evito su mirada sabiendo que la fortaleza que me he obligado a sustentar en cualquier minuto se fugará. Como lo hace mi respiración cada vez que estoy a su lado.

—No solo eso —toma mi mejilla y me acerca quedando frente a mi rostro—, siempre estaré contigo y no solo con mi espada, también hasta que el último latido de mi corazón se apague en mí.

—Alen, no lo hagas más difícil —Mi garganta se vuelve rígida y debo contener a mi cuerpo para que no sucumba a su presencia—. Estoy tratando de ser fuerte. No me refiero a la guerra que se avecina, me refiero a la batalla que se gesta en cada fibra de mi ser por enlazarme a ti para siempre.

—Lo siento —apoya sus labios en mi frente—, no pensé que te sintieras igual que yo.

—No lo sientas —levanto mi cara y mi fuerza de voluntad—, me obsequiaste el momento que siempre esperé y fue maravilloso. Nunca lo olvidaré.

—No puedo —presiona nuevamente sus labios en mi frente—, no puedo entregarte.

Quiero decir que no lo haga, pero me obligo a callar. Un carraspeo a mi lado hace que me desprenda de su contacto al instante dando un paso atrás.

—No quiero inmiscuirme —Assel susurra a nuestro lado—, pero vuestra cercanía no sería bien vista por el rey Yokar, ni menos por el príncipe Gamar.

—Tienes razón. —Alen trata de utilizar un tono seguro, pero sé que al igual que yo se debate entre sus deseos y su deber.

No continuamos nuestra conversación. Gritos provenientes del salón nos alertan, y de inmediato nos dirigimos en esa dirección.

## Capítulo 23

Al entrar en el lugar observo que el rey discute de manera acalorada con mi hermano. Mi ansiedad crece al ver la mano de Emery en su empuñadura como si estuviera por sacar su espada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alen cuando nos acercamos.

Gamar nos mira, pero se mantiene en silencio al lado del rey. Su mirada desciende hasta el nuevo largo de mi trenza. Maldigo, debí haber amarrado mi cabello sobre mi cabeza para que no fuera tan evidente que fue cortado, pero ya no tengo tiempo para eso.

Mis ojos se posan en Elisa, que atiende a un hombre ensangrentado en el suelo. Por el atuendo reconozco que pertenece al ejército de Emery.

—¿Qué le sucedió? —formulo mientras Assel se acerca a él. Sobre su costado lleva un gran corte, su forma indica que fue realizado por una espada.

Emery le entrega un papel a Alen. La cara del rey se encuentra desencajada y mi hermano no se aleja de él.

—¿Qué sucede? —reitero, mirando a Alen. Éste arruga la hoja en su mano y saca su espada rápidamente posicionándola sobre el cuello del rey Yokar. No alcanzo a protestar cuando Gamar se acerca y con su arma golpea el filo del acero desviándolo de la piel de su padre.

—Cálmate. —Emery se interpone entre Alen y Gamar. Los dos se enfrentan con la mirada.

—¿Cómo esperas que me calme? —Su quijada está contraída, al igual que su mano en el acero.

—Te encuentras en mi reino —Gamar levanta su espada encarándolo— es una traición que agredas al rey en su casa.

—¿Más traición que querer entregar a Eleonor a los lobos? —Alen casi escupe las palabras en su rostro. Mi boca se abre en una milésima de segundo.

—¿De qué hablas? —Mi mirada viaja del Rey a Gamar y luego a Alen.

—Los emisarios que envió el rey fueron a realizar un acuerdo con Celsius. —Alen tira la misiva al suelo.

—¿Qué acuerdo? —pregunto, pensando que en realidad no quiero escuchar lo que va a decir.

—Es la única forma de salvar nuestro reino y no me arrepiento. —El rey nos mira desafiante.

—Si piensas que dejaré que la entregues estás muy equivocado —Alen

saca su otra espada.

—¡No lo hagas! —Emery lo afirma con las manos, presionando su pecho.

—¡Quítate! —Alen empuja a Emery para que se mueva.

—¿De qué está hablando? —Me adelanto, encarando a Gamar. Esta vez mi voz ya no es apacible.

—¡Díselo! —grita Alen en mi espalda.

—Eleonor —Gamar baja su espada—, yo no conocía las intenciones de mi padre y no estoy de acuerdo en lo que desea realizar.

—El rey se comprometió a entregarte a los lobos con la promesa de que en el alzamiento su pueblo no fuera invadido —añade Alen furioso.

Mi cara se desencaja por completo.

—Nunca deberías haber venido a mi casa a pedir asilo. Nos pusiste a todos en peligro. Lamentablemente es lo que tengo que hacer por mi pueblo. —El rey mantiene su postura erguida.

—Padre, sé que quieres salvar tu reino, pero no apruebo lo que hiciste. —Gamar lo mira de reojo y sin perder a Alen de su visión.

—¡Eres un iluso! —Alen continúa gritando detrás de mí—. ¡No debiste confiar en ellos! ¡Y ahora no tendrán piedad contigo!

—Por lo que dice la carta. Han aceptado el acuerdo—responde el rey.

Mi corazón se aprieta, no de desolación sino, más bien, de terror.

—Debemos irnos ahora —Assel llega a mi lado y me jala con fuerza hacia un costado—. No tenemos tiempo.

La miro desconcertada y sin moverme al escuchar que un aullido traspasa las paredes del castillo. Todos a mi alrededor se voltean hacia la puerta de entrada con miradas de miedo y otras de evidente tensión.

—¡Eleonor! —Assel grita a mi lado, pero no la escucho, mi vello se eriza al oír más aullidos que vienen en todas direcciones.

—Ya están aquí. —Emery me mira con semblante contraído.

—Solo vienen por ella. —El rey Yokar da un paso atrás. Varios de sus hombres vestidos de negro ingresan al salón con espadas en mano, mientras otro grupo nos rodea, apuntándonos con sus arcos.

—¡Padre, detente! —grita Gamar.

—Te mataré. —Alen me esconde detrás de su espalda para enfrentar a los arqueros. Assel toma uno de los cuchillos del borde del cinturón de Alen y también me protege.

—Rey, está tomando una mala decisión. —Emery también desenfunda

sus espadas y Elisa se ubica a su lado.

—Gamar, detén esto. —Miro al príncipe, quien se encuentra inmóvil, observando con estupor a su padre.

Más gritos nos llegan desde el exterior y no son de sorpresa, más bien de horror. Los golpes de los aceros se unen al sonido del descontrol. Las puertas se abren y soldados de mi hermano ingresan al recinto.

—¡Los lobos atacan! —manifiestan. Al vernos flanqueados por la gente del rey, los hombres sacan sus espadas.

—Princesa, no lo haga más difícil, solo salga de aquí. —El rey me mira suplicante.

Los gritos se siguen filtrando desde afuera del castillo. Mujeres y niños atemorizados ingresan al salón, mientras los soldados de Aquilón se acercan para obligarnos a salir.

—¡Deténganse! —grita Gamar, interponiéndose entre sus hombres y nosotros. Puedo visualizar en su mirada que su ser se encuentra dividido.

—¡Ellos no te obedecen a ti, me obedecen a mí! —El rey le grita a su hijo.

Los ruidos de las espadas se acercan y los aullidos también. Más personas ingresan escapando de la batalla que se cierne al exterior. Los hombres del rey, entretanto, continúan cerrando el espacio para que nos dirijamos a la salida. Todos nos detenemos cuando varios soldados se internan en el castillo batiendo sus espadas contra grandes guerreros. Por sus atuendos, los distingo de inmediato. El color negro y rojo de su cara me advierte que la muerte ha regresado.

Mis pies quieren correr en la dirección contraria, pero aún nos amenazan los hombres de Aquilón.

—¡Quédate a mi lado! —Alen saca la daga de mi muslo y me la entrega—. Esta vez ya no es práctica, úsala si es necesario.

La tomo con mis manos temblorosas y ahogo un pequeño grito al ver como un hacha atraviesa la cabeza de un soldado.

—¡Suficiente! —grita el rey—. Solo deben llevarse a la princesa, ese fue el acuerdo.

Nuestras miradas viajan desde el rey hacia el guerrero que esboza una pequeña sonrisa que hace que un escalofrío recorra mi espalda.

—¿Quién dijo que nosotros hacemos tratos? —Varios lobos aparecen a su alrededor, al mismo tiempo percibo la mirada de uno de los grandes animales sobre mí. Desgraciadamente lo reconozco por su pelaje negro

azulado, es el lobo de Magnus. Él se encuentra aquí.

—¿Qué? —vocifera el rey con un grito de espanto—. ¡Todo lo que quieren es a la princesa! ¡Por lo tanto, solo llévensela!

—Nosotros lo queremos todo. —Detrás de ellos, más guerreros ingresan, y los lobos, entretanto, atacan a los primeros arqueros que encuentran en su camino.

—¡Ataquen a los lobos! —Gamar da la orden, pasando por mi lado. Mi mirada llega hasta el rey, que cae en su trono con su vista horrorizada.

Mi cuerpo adopta una postura rígida al ver cómo la batalla se libera a mi alrededor. El pánico me abraza al ver nuevamente a las bestias saltando con una fuerza descomunal sobre los hombres.

—¡Emery! —grita Gamar entre el alboroto—. ¿Recuerdas el lugar que te mencioné? Es el momento para utilizarlo ¡sácala del castillo!

No alcanzo a preguntar a qué lugar se refiere. Alen ya me arrastra al interior de la fortaleza. Mi hermano, Elisa y Assel nos siguen.

—Debemos ir por nuestras armas. —Alen corre por el pasillo en dirección a la escalera.

—¡No alcanzaremos a llegar! —grita Emery, señalando la descomunal matanza que nos rodea.

—En la cocina escondí las armas —Assel nos indica, pasando por nuestro lado hacia la dirección contraria—, también hay un pasadizo que nos sacará del castillo y va hacia la parte de atrás.

—¿Cómo lo sabes? —Emery se voltea para mirarla.

—¿Importa ahora?

Nadie vuelve a cuestionar a mi doncella mientras la seguimos. No deja de sorprenderme que haya estado preparada, como si supiera que nos atacarían.

Al ingresar a la cocina, ésta se observa desierta, al pasar entre las mesas, me percató de la cantidad de personas que se encuentran ocultas. En sus rostros se palpa el mismo miedo que hay en mi interior.

—Debemos ir por nuestro ejército —Emery habla mientras recorre el lugar.

—Deben estar luchando ya con los lobos, no podremos llegar hasta ellos. —Alen me toma de la mano para que camine más rápido.

—¿Qué pasará con Gamar y el rey? —formulo al escuchar los ruidos de espadas que me llegan desde el salón.

—No los podemos ayudar —Elisa interviene—. Debemos sacarte del

castillo, ahora.

Assel se dirige a un armario en particular. Abre sus puertas y luego retira un manto, quedando al descubierto una gran cantidad de armas.

—Escucha, no dejaré que algo te suceda —Alen toma de mis hombros con fuerza—. No te perderé.

Yo tampoco lo quiero perder, pero no es momento de hablar de eso. Lo más rápido que nos permiten nuestros movimientos, nos disponemos a cargar con la mayor cantidad de armas. Alen, por su parte, me entrega la daga y la reconozco, es la de nuestra ceremonia. Dejo de lado estos pensamientos, lo importante por ahora es huir. La vuelvo a colocar en mi muslo y ajusto las flechas a mi espalda. Imito a mi doncella y tomo varios cuchillos pequeños introduciéndolos en los bolsillos, a los costados de mis caderas.

Assel se dirige hacia un mesón que se halla contra una pared. Alen y Emery lo mueven quedando al descubierto una pequeña puerta que llega a la altura de mis rodillas.

—Es la única salida para llegar a las montañas. —Assel toma la manilla de acero y la abre.

—¿Es seguro? —Alen se agacha examinando la estrecha abertura.

—Gamar me indicó este camino en caso de que atacaran su reino, llegaremos directamente a las colinas. Definitivamente, por la puerta principal no podremos escapar.—Emery nos indica que ingresemos.

Un aullido a nuestras espaldas nos hace girar. Alen me empuja hacia un costado para enfrentar al animal de pelo gris.

—¡Entra, ahora! —grita desesperado.

Assel jala de mi manga, pero no lo quiero dejar, no como dejé a mi padre y a la madre antigua. Esta vez, no lo perderé, no a él.

Me suelto y tomo mi arco. Sin siquiera notarlo ya estoy tensando la flecha y la disparo hacia el lobo, no doy en su cabeza, pero si se desestabiliza al perforar una de sus patas. Es el momento preciso para que Alen se acerque y entierre en él su espada.

—¡Salgamos ahora! —grita Emery. No permito que me arrastre hasta que Alen se encuentra a mi lado.

Nos introducimos en el espacio oscuro. Es necesario que por él avancemos apoyados sobre nuestras rodillas. Recorremos el pequeño túnel en silencio. El ruido de gritos y de la batalla, entrecruzada con aullidos nos llega desde los alrededores.

Unos metros más adelante, el estrecho corredor se extiende y llegamos a

una pequeña caverna. Alen me toma de la mano dirigiéndome hacia un haz de blanca luz que nos llega del final.

Al salir de la cueva, la noche ya está sobre nosotros, al igual que los lobos. Contemplo la luz de luna menguante que nos alumbra débil, mientras Alen me empuja para que avance entre el terreno rocoso. Pequeños árboles hay a nuestro alrededor, que se funden con las montañas. Entre las sombras observo siluetas que se mueven con rapidez.

—Ese es el camino que me señaló Gamar —dice Emery, indicando a los habitantes de Aquilón que también arrancan de la batalla. Avanzan por una empinada senda que se interna entre las colinas.

—Sin caballos no llegaremos muy lejos —comenta Elisa.

—Tiene razón —Emery se detiene y mira a Alen—. Gamar me indicó una caballeriza a unos metros más abajo. Tendremos que ir por ellos.

—¿Están locos? No pueden volver.

—Ellos tienen razón, Eleonor. —Assel se coloca a mi lado.

—Entonces, yo también voy —afirmo decidida.

—No —Alen me observa de manera severa—. Tú con Assel seguirán el camino junto al resto de los habitantes, y esperarás a que regresemos.

—No, olvídalo —replico—. No me alejaré de ti... quiero decir, de ustedes.

—No es una pregunta, es una orden. —Alen me penetra con sus ojos azules.

—No me des órdenes, iré donde tú estés. —Nos confrontamos con miradas desafiantes.

—¿Ya sabes disparar? —Elisa me indica el arco en mi espalda.

—Sí, algo.

—Entonces, deberían venir —Elisa saca su arco de la espalda—. Podríamos crear una distracción mientras ustedes traen los caballos.

—No, de ninguna manera —dice Alen con fuerza.

—Con todos los lobos merodeando el lugar, no creo que lo consigamos, las necesitamos. —Elisa me mira y luego su atención recae sobre Assel.

—Definitivamente, no —Alen reitera—. Buscaremos como hacerlo, pero tú no bajarás.

—Alen, a lo mejor... —Emery comienza hablar, pero es interrumpido.

—Dije que no, no la pondré en riesgo. Además, Magnus se encuentra rondando la zona.

—Pero... —trato de hablar.

—No. Fin de la discusión. —Alen me tira del brazo y me aleja unos pasos.

—Alen, estás siendo obstinado —menciono, nuestra ayuda en esta ocasión es necesaria.

—Escucha —toma de mis hombros y con su contacto me cuesta mantener mi decisión—, te irás con Assel y avanzarás todo lo que puedas. Si al amanecer no hemos vuelto, seguirás, no te detendrás hasta que llegues al siguiente poblado.

—¿Si no vuelves? —exclamo de golpe, la sola idea que me plantea hace que mi sangre se congele.

—Eleonor, regresaré. En caso que no lo haga, te dirigirás al norte hasta encontrar el ejército de tu hermano y te mantendrás con ellos, oculta.

—Alen, no te puedo dejar. —Mi voz ya suena como una súplica.

—No me estás dejando. Eso no ocurrirá. Como tampoco ocurrirá verte de nuevo sobre una mesa siendo abusada por el príncipe del Valle Oscuro.

—Alen —Emery lo llama.

—Estarás bien —se acerca a mi frente y en ella deposita un beso —. Mantente con vida. Volveré por ti. Lo prometo. —Tira de mi trenza de manera juguetona y me cierra un ojo antes de alejarse por completo.

## Capítulo 24

Me quedo inmóvil viendo cómo desaparecen bajando por el sendero. Todo mi cuerpo me dice que no es una buena decisión.

—Debemos apresurarnos. —Assel me indica la dirección contraria y me guía hacia el camino que siguen los habitantes que huyen. Doy unos pasos y me detengo.

—No. No dejaré a mi familia nuevamente. —Saco el arco de mi espalda y comienzo a caminar hacia el encuentro de Alen.

—Eleonor, detente —Assel se apresura para alcanzarme—, no debes bajar, es demasiado peligroso.

—Lo haré de todos modos. —No me detengo y continúo descendiendo por la colina.

—Escucha, si te atrapan todo se acaba —Esta vez me toma con fuerza y me hace girar—. Entiendo que lo ames, pero ellos se saben cuidar.

—No me puedo quedar aquí esperando mientras corren peligro por mi culpa. Si no vienes conmigo lo entiendo, pero iré de todas formas. —Me suelto de su agarre y sigo caminando.

—No te lo permitiré. —Avanza más rápido de lo que puedo notar y termina ubicándose frente a mí, al tiempo que un destello blanco se deja ver en sus ojos.

—¿Qué fue eso? —pregunto alejándome un paso hacia atrás. Mi vello se eriza. Su semblante está contraído y el brillo en sus ojos vuelve fugazmente a negro.

—¿A qué te refieres? —dice, relajando su rostro—. Solo no permitiré que te pongas en peligro, el destino de Badru se encuentra en tus manos.

—Me refiero a tus ojos... cambiaron y... ¿cómo pudiste moverte de esa manera? —Sigo mirándola incrédula, y sé lo que vi, pero no puedo entender qué fue eso.

—Estás nerviosa. Por favor, avancemos.

—No. —Levanto mi arco y coloco una flecha entre mis dedos. El miedo me traspasa. Esta mujer no es la misma que encontramos en un bosque a merced de su marido, ésta es diferente, y aquí algo se encuentra mal. No lo pienso y la apunto con mi arco.

—¿Qué haces? —Me mira incrédula.

—¿Qué haces tú? —inquiero, tratando que mi voz no tiemble—. Mejor dicho, ¿quién eres tú?

—Princesa, por favor, te encuentras bajo mucha presión y estás viendo cosas.

—¡Dímelo! —Alzo la voz y tenso la cuerda.

—No serás capaz de hacerlo, te conozco. —Me mira de manera fría.

—¿Quién eres? —grito nuevamente. Mis manos comienzan a transpirar y la comprensión no me alcanza.

—Es demasiado tarde —expresa y su mirada se vuelve a tornar blanca—. Ya se encuentran aquí.

No necesito preguntar a qué se refiere. Los aullidos de lobos me llegan de diferentes direcciones. Assel se acerca y aunque quiero alejarme de ella, mis piernas comienzan a correr en la misma dirección donde las demás personas huyen despavoridas.

Alcanzamos la senda, pero las pisadas de pezuñas enterrándose entre las piedras se perciben demasiado cerca. Assel mientras corre saca su arco y una flecha. Veo cuando gira y se arrodilla disparándola, al voltear mi cabeza certifico que uno de los lobos cae.

“Maldición”, digo, pensando que tuvimos la misma instrucción, pero ella lo hace como si hubiera practicado por años.

—¡Agáchate! —me grita y no alcanzo a reaccionar cuando siento un golpe en mi costado.

Mi brazo se golpea en el suelo y un guerrero esta encima de mí. La oscuridad de sus ojos congela mi sangre. Suelto mi arco, momento en que me atrapa por los hombros.

Escucho el sonido de una flecha cuando corta el aire y la observo incrustarse en la cabeza del guerrero, cayendo sobre mí. Antes de que pueda quitar su gran cuerpo de encima, Assel ya está aquí para moverlo.

Me levanto lo más rápido que puedo sin cuestionar la habilidad de mi doncella. En este momento ha sido de gran ayuda, pero no puedo dejar de pensar en... ¿qué o quién es ella?

Volvemos a correr y nuevos pasos nos acompañan. Las mujeres que están delante de nosotras sueltan un grito y se detienen. Al dar un paso más, me percató que las aterrorizó. Un gran lobo negro de pelaje azulado nos corta el camino balanceándose con majestuosidad en sus patas. Su diminuta y alerta mirada está fija en mí, ignorando al resto de las mujeres. Instintivamente doy un paso atrás cuando el animal aúlla. Miro de reojo a Assel que está levantando su arco para dispararle.

El ruido de una nueva flecha me sorprende y no es de mi doncella, ella

aún la sostiene en su mano. Ladeo mi cabeza y un grito de horror se me escapa cuando veo una punta de acero atravesada en su hombro. Al instante, cae al suelo y su vestimenta se tiñe de rojo.

—¡No! —grito arrodillándome a su lado y tomo su cara entre mis manos. Escucho más pasos acercándose y presiento de quién se trata. — Assel, por favor, debemos continuar. No puedes terminar de esta manera.

—No lo haré —dice encontrando mi mirada y colocando su palma en mi mejilla—. Sigue tu corazón Eleonor, solo síguelo, es la única solución, eso romperá el encantamiento.

—¿De qué hablas? —No comprendo sus palabras.

—Eres más fuerte de lo que crees —manifiesta ahora en un murmullo. Sus ojos se tornan blancos, y esta vez los reconozco, ya los vi antes, pero ahora no me causan miedo—. En luna llena despertarás, solo necesitas...

Antes de que pueda seguir escuchándola. Unas manos me toman con fuerza y me levantan. Trato de zafarme de ellas, pero es imposible. Peleo por volver hacia Assel, pero mis intentos son fallidos.

—Tú vienes con nosotros. —El guerrero que me sujeta habla cerca de mi oído.

No lo escucho y no me interesa lo que él quiera. Deslizo mi mano hacia mi muslo apretando el mango del cuchillo. Espero unos segundos hasta que piense que ya me tiene, y finalmente suelta su agarre.

Saco la daga y me giro enterrándola directamente en su costilla. El guerrero abre sus ojos y luego se separa de mí. Mantengo el cuchillo firme y con fuerza lo extraigo de su cuerpo. El líquido rojo se desliza por la fina hoja.

—Princesa —una voz ronca se filtra en el lugar, unida a aplausos—, desde la última vez que te vi has madurado y te has convertido en una verdadera guerrera. Eso es algo que me gusta en las mujeres.

Levanto mi mirada para encontrar a Magnus. De reojo veo a su animal que flanquea mi espalda y unos metros más atrás el cuerpo de Assel en el suelo. Levanto mi daga y la dirijo hacia él, sé que estoy totalmente perdida, pero esta vez no me tendrá sin haber luchado.

—No fue difícil encontrar este lugar —admite, mientras el pelaje que lleva sobre sus hombros se mueve en sintonía con su cuerpo. Agradezco que la luna esté menguante y que su luz sea tenue, porque no quiero observar otra vez su sonrisa burlona—. El rey Yokar fue muy cooperador, solo lo amenacé con matar a su hijo y hablé.

—No te saldrás con la tuya. —Lo miro con furia y mi cuerpo se contrae

al sentir el pelaje negro de su animal rozando mi mano al pasar por mi lado. Inmediatamente la quito asqueada.

—Al parecer, ya lo estoy haciendo —Ladea la cabeza y mira a sus guerreros, luego dice las palabras que hacen que mi piel se convulsione—. ¡Tráiganla!

A los minutos. Estoy siendo arrastrada por el sendero. Mis manos van atadas a mi espalda y dos guerreros me escoltan uno a cada lado. La última imagen que queda en mi retina es la del cuerpo de Assel abandonado en la colina. La ira que me envuelve no me deja dar paso al dolor, ¿qué me habrá querido decir? Y de nuevo la misma pregunta, ¿quién o qué es ella?

Al acercarnos al castillo lo que veo me da algo de tranquilidad. Entre todo lo que está ocurriendo, la gente de Aquilón no está muerta, solo la tienen cautiva escoltada por guerreros y lobos.

—¿Pensaste que era un tirano? —Magnus se acerca—. Si los mato, ¿quién trabajará para nosotros?

—¡Eres un maldito! —grito tratando de zafarme. Aunque sé que no daría un paso, menos con las manos atadas, pero no puedo evitar mostrarle mi odio.

—Me gustas salvaje. Creo que será bastante interesante tener nuevamente luna llena.

—¡Nunca me entregaré a ti! —Casi escupo aquellas palabras.

—Te debo decir que no tienes alternativa, si no te entregas, te tomaré de todas formas.

—¡Primero muerta! —vocifero, cuando se detiene y se para al frente de mí.

—Si intentas algo, como acabar con tu vida, mataré a tu padre, a la madre antigua, y también a todo tu reino. Si continúas en no cooperar, ejecutaré a cada habitante de este lugar hasta que entres en razón. Así que insisto, no tienes alternativa.

Antes de que pueda volver a gritar, hace una señal con su mano y los guerreros me llevan al patio central. Mientras avanzamos, mis pensamientos recaen sobre Alen y mi hermano. Me pregunto si habrán sido capaces de encontrar los caballos. Pero cuando regresen y no me encuentren, ¿qué pensarán? Debe haber alguna forma de decirles que huyan, no puedo permitir que sean apresados.

Al estar en medio del lugar de entrenamiento mi boca se abre y mi corazón se estremece. Gamar está amarrado a un tronco, sus brazos están

atados a la espalda y su cabeza cuelga como si durmiera. Su vientre está al descubierto y salpicado con sangre.

—¡Gamar! —grito desesperada, pero no obtengo respuesta, está totalmente inconsciente.

Me arrastran al salón. Al ingresar mi mirada se fija en el trono. El rey Yokar está tendido en él y una mujer cura de manera afanosa un corte en su mejilla. Su semblante se encuentra totalmente apagado. Arrugas que antes pudieron haber existido y no las había notado, ahora se contraen en su cara. Al verme se incorpora. No logra dar un paso cuando uno de los lobos que lo custodia gruñe mostrando sus colmillos.

—¡Lo siento! —me grita—. ¡Iban a matar a mi hijo!

Declino decir lo que pienso de su falta de juicio, ya tiene suficiente tortura con lo que está viviendo. Los guerreros me guían a un extremo del castillo y se introducen por un corredor que no reconozco. Al bajar una empinada escalera, sé a dónde me dirigen. Un gran hedor se introduce por mi nariz. Nos encontramos en los calabozos. Un par de guerreros se encuentran en la entrada vigilando. Hay varias personas encerradas, de las cuales no reconozco a ninguna. Me dirigen hacia la última celda. El chirrido del hierro al ser abierta la puerta, hace que escalofríos recorran mi piel.

Cortan las amarras de mis muñecas y sin ningún cuidado me lanzan al interior del espacio húmedo y oscuro. Alcanzo a saltar un charco de vómito que hay en el suelo y me afirmo contra la fría pared.

Todas las esperanzas que en algún momento cultivé son aplastadas. Cierro mis puños ante la impotencia que envuelve mi ser. Me acerco a la puerta que fue trabada por mis captores y la golpeo con mis puños. La opresión en mi pecho me estrangula, pero no cederé, no lloraré, no sucumbiré ante ellos, aunque tenga que morir peleando, no dejaré que me tomen, ahora ni nunca.

Después de un lapso indeterminado de tiempo me subo al rectángulo de piedra dispuesto para ser ocupado como camastro. Trato de alcanzar la pequeña ventana que se encuentra en lo alto de una de las paredes. Solo logro llegar a su canto con la mano estirada. Mis dedos se resbalan entre el polvo y una sustancia viscosa que limpio en mi ropa.

Me siento en el suelo y lo gélido de la piedra traspasa hasta mis huesos. No sé cuánto tiempo llevo encerrada aquí. Por la luz de la noche que aún me acompaña, puedo deducir que han pasado solo unas horas, las que se han vuelto una eternidad. La angustia se ha aferrado a mi ser sin esperanza de que

se vaya. Lo lúgubre del pequeño espacio en el que me encuentro encerrada no me preocupa tanto como la imagen de mi doncella. No puedo quitar de mi mente la flecha atravesando su piel. Me pregunto si alguien la habrá encontrado, su herida requería de ayuda. De inmediato, otro pensamiento me invade y rememoro sus ojos. Aquel destello y la agilidad con que se deslizó me hace pensar que puede luchar contra la lesión en su cuerpo, y lo deberá hacer, porque además de ser mi amiga, me tendrá que explicar quién es, y eso lo tiene que hacer antes del encuentro con los antiguos ancestros. No permitiré que se vaya sin darme una buena aclaración de lo sucedido.

Me incorporo al escuchar pasos en el exterior. Me acerco a la puerta para oír algo que me pueda ayudar a saber cuáles son los planes de Magnus. Me agacho para observar por la pequeña rendija que queda en el borde de la puerta y solo alcanzo a ver botas negras, alejándose.

Me incorporo exasperada al no saber qué harán conmigo. Aunque no estoy segura si de verdad ansío escuchar la próxima confabulación que deben estar urdiendo. Además, el príncipe del Valle Oscuro ya me dejó clara sus intenciones y no quiero volver a repetir esas palabras en mi cabeza otra vez.

Recorro el espacio diminuto con ganas de volver a golpear algo, pero mis nudillos ensangrentados no soportarán otra arremetida contra la puerta y necesito estar lo más entera posible si quiero luchar. No quiero perder las esperanzas. Lamentablemente, que me hayan despojado de todas mis armas no es buen indicio para enfrentar a alguien.

Mi garganta se aprieta cuando mis pensamientos se deslizan a Alen. Solo me gustaría saber que se encuentra a salvo y que no fue encontrado por los lobos, al igual que Elisa y mi hermano. Y aunque quiero que me rescate, no puedo dejar que sea apresado él también. Espero que su juicio esta vez lo acompañe y no se acerque. Al menos, tengo un poco más de dos semanas para la próxima luna llena. Necesito tramar un plan o que ocurra algún tipo de milagro que acabe con el encantamiento.

Me siento nuevamente sobre la piedra y cierro mis ojos. Trato de convencerme que esto no es el final. Ellos no pueden ganar. Y las palabras de Magnus se deslizan en mi mente “ya gané”.

Nuevos pasos se escuchan y esta vez se acercan. Me incorporo manteniéndome al fondo de la celda. El chirrido de la cerradura envuelve la pequeña estancia. Al tiempo que la puerta se abre, el temor me cubre, es la cara del príncipe de las tinieblas. Ingresa ocupando gran parte del calabazo con su imponente altura. Mi vista se fija en el lobo que lo acompaña.

—Princesa —realiza una pequeña reverencia. Pienso seriamente en ocupar algunas de las técnicas de combate que practiqué para borrar su sonrisa—, lamento que sus aposentos no sean a los que está acostumbrada, eso puede cambiar si usted así lo desea.

—Estoy bien —digo, apretando mis manos en puños.

—Sé que eso no es verdad —Da un paso hacia mí y no tengo escapatoria. Mi espalda choca con la fría piedra, al tiempo que él toma un extremo de mi camisa—. Esto no es digno de una dama y menos para la próxima reina del Valle Oscuro.

—Jamás seré tu reina.

—¡Oh, claro que sí! —Ladea su cabeza y se fija en mi trenza—. ¿Ya fuiste tomada por otro hombre?

—No, solo lo corté porque lo quise hacer.

—Decidida. Otra característica que me gusta en una mujer. Cuando realices el enlace con los lobos, creo que podrás ser la compañera perfecta para liderar a todos los reinos de Badru —Magnus sonrío.

—Jamás me enlazaré a ti. —Mi estómago se revuelve al pensar en unirme con estos hombres que solo respiran maldad y ambición.

—Ya lo veremos. Por ahora, te sacaré de aquí. Te vestirás y comportarás como se espera que sea la reina del Valle Oscuro.

—No lo haré, prefiero quedarme acá.

—No, eso no lo decides tú, y cooperaras, créeme que lo harás. —Me jala del brazo y me arrastra al exterior.

No me importa que sea más grande que yo, de igual manera lo golpeo con mi rodilla para soltarme. Me lanza contra la pared y mi respiración desaparece al sentir el dolor en mi cráneo al chocar contra la piedra. Antes de que pueda reaccionar, Magnus está encima de mí a solo unos centímetros de mi rostro.

—No lo hagas más difícil, ya te dije, cooperarás sí o sí. —Me vuelve a alzar del brazo y me guía escalones arriba.

Ingresamos al salón y esta vez prefiero no luchar, hasta que mi cabeza deje de latir por el gran dolor que siento. Recorro el lugar con la mirada encontrando a guerreros y lobos. El rey no se encuentra en su trono, solo espero que siga con vida.

Al acercarme al grupo de hombres, observo impávida a tres mujeres que se encuentran arrodilladas. Reconozco entre ellas a la mujer alta que ayudaba a vestirme los días anteriores. Nuestras miradas se conectan y su aflicción se

logra palpar.

Magnus se ubica en el asiento del rey y me hace una seña para que me ubique a su lado. Al no obedecerle, uno de sus hombres me lleva de forma no muy amigable, hasta que me posiciona a su lado.

—Muy bien —dice Magnus—, esto no lo quería hacer, pero ya que no quieres cooperar te daré un incentivo.

—¿De qué hablas? —pregunto, aunque no quiero saber su respuesta.

Magnus alza una de sus manos y uno de sus guerreros levanta su hacha cercenando de un solo golpe el cuello de una de las mujeres. Mis manos suben a mi boca para cubrir el grito de horror que sale de mi interior, desesperado.

—Eso fue por el golpe que me diste. Y ahora seguiremos con la siguiente hasta que cooperes y te comportes como una verdadera princesa de mi reino.

Mueve su mano y el hacha esta vez se acerca al cuello de la mujer alta. En sus ojos hay súplica, no quiero ceder, pero tampoco quiero que otra persona muera por mi culpa y menos de esta manera.

Nuevamente, Magnus levanta su mano y el hacha asciende.

—¡Detente, detente! —grito en tono de súplica, respirando en una larga exhalación antes de decir mis siguientes palabras—. Cooperaré.

—Muy bien —Magnus sonrío y ahora sí que estaría feliz de enterrar un cuchillo en su maldita sonrisa—. Las discrepancias siempre se solucionan conversando.

—Pagarás por esto —afirmo con mi mirada envuelta en furia.

—No lo creo —Se levanta y se acerca a sus guerreros—. Escóltenla a su aposento. Y ustedes —les habla a las dos mujeres que aún están arrodillas llorando—, prepárenla para el desayuno o si no, correrán la misma suerte que su compañera.

## Capítulo 25

Una vez que ingresamos a mi antigua habitación, las dos mujeres comienzan a moverse de manera apresurada, en sus manos percibo de inmediato el temblor al tomar los vestidos.

—Por favor, déjenlo —les pido y me acerco a ellas—. Yo lo puedo hacer.

Las mujeres rompen en llanto y la más alta se desploma en mis brazos. La contengo hasta el momento en que sus lágrimas dejan de correr.

—Disculpe, princesa —da un paso atrás, limpiando su cara—la mujer que murió era mi amiga.

—No debes disculparte, no es tu culpa, es mía —le respondo acongojada.

—Princesa —me toma de las manos—, no, no lo es, y no puedes entregarte a él. Si es verdad lo que dicen, eres la única que nos puede salvar de ellos.

Me doy la vuelta para no observar sus ojos de esperanza. No sé cómo explicarle que, si seguimos en las mismas circunstancias como nos encontramos hoy, en dos semanas más el maldito príncipe me estará tomando, y al mismo tiempo condenando a la oscuridad a todo Badru.

—No pierdas la fe —La mujer se me acerca—. Si te podemos ayudar lo haremos. Además, no podemos dejar a nuestro príncipe Gamar en esas condiciones, no creo que resista mucho.

—¿Qué paso con él?

—Lo azotaron en frente de su padre, hasta que el Rey Yokar tuvo que decir donde te podían encontrar.

—Es un maldito —Camino por el lugar y luego me giro—. ¿Viste a Emery o a Alen?

—¿Su hermano? —Niega con la cabeza.

—Quizá, no lo han atrapado —digo con un cierto halo de esperanza—. ¿Cuál es tu nombre?

—Brisa —dice la mujer más alta. Luego, indica a su compañera de semblante pálido y ojos verdes—, y ella es Casiel.

—Bueno, escúchenme —las contemplo de manera seria—, no quiero que se involucren en nada, ya vieron lo que le ocurrió a vuestra amiga en el salón, ellos no se detendrán, así que nos mantendremos bajo las órdenes de Magnus por ahora, hasta que descubra como escapar.

—La apoyaremos, no estará sola. —Posa su mano sobre mi muñeca.

—Gracias, de verdad. —Me vuelvo a alejar, ya que mis ojos quieren estallar en lágrimas, ya no está Assel, ni me hermano, ni Alen.

—¿Le gustaría descansar? Ya está por amanecer. —Brisa me indica la cama.

—No creo que pueda volver a dormir.

—Entonces, le prepararemos un baño —responde Casiel—, no estamos de acuerdo, pero si no se presenta como lo ordenó Magnus...

—Lo sé, tranquilas, lo haré.

Asienten en conjunto y abren la puerta. Al instante, un guerrero aparece en la entrada.

—Nadie sale —dice de manera autoritaria, mientras distingo que, dos guerreros más lo acompañan con sus inseparables animales.

—Magnus me pidió que estuviera presentable —comento con mi voz de mando—, así que si no estoy aseada, tendré que decirle al príncipe de quién fue la culpa.

A regañadientes las dejan salir por agua, y claramente escoltadas por un guerrero.

Al cerrar la puerta, me dirijo de inmediato a la ventana. Desde aquí diviso un costado del patio central. Los caballos están en su lugar y los guerreros de cara roja y negra se mantienen con sus armas en las manos. Los habitantes de Aquilón deambulan libremente, pero en sus semblantes se palpa el horror, como si a cualquier paso en falso los fueran a atacar.

Recorro con mi mirada los extremos de la ventana buscando alguna forma de escapar. Al instante rehúso esta salida, ya que solo funcionaría si poseyera alas. No hay ningún borde de donde pueda afirmarme.

Rebusco en la habitación algún arma que haya escondida, y me siento molesta al darme cuenta que no existe nada. De pronto, la puerta se abre e ingresan las mujeres con el agua tibia. Desearía no tener que bañarme, lo único que quiero es correr lo más lejos posible de todo esto.

Ya preparada con un vestido color lavanda y mi pelo tomado en una trenza que se desliza de lado, me dirijo escoltada por tres guerreros al salón para el desayuno. Me encantaría explicarles que mis deseos de comer se fugaron en el momento que pusieron un pie en el castillo, pero creo que nos les interesará.

Recorro la estancia y encuentro a Magnus sentado en la mesa principal. Me guían hacia él y maldigo cuando veo el asiento que está a su lado vacío.

Claramente, su intención es que me siente junto a él.

—Princesa de la Casa de Los Ciervos, me halaga con su presencia — dice cuando me ve—. Te queda mucho mejor esa vestimenta, lo de guerrera no te viene para nada.

Lo ignoro y me siento corriendo la silla lo más lejos que puedo de él. De inmediato, extiende su mano y me lleva de nuevo a su lado.

—No seas descortés, en menos de un mes estaremos más cerca que esto. —Coge su tenedor e introduce un trozo de carne en su boca. Mis manos se empuñan y el asco que me recorre hace que desvíe mi mirada hacia el otro extremo del salón. Las fiestas y risas ya no existen, el salón ahora está sombrío y en silencio. Solo guerreros y lobos lo recorren, además de algunas mujeres de Aquilón que les sirven con sus semblantes acongojados.

—Come —Magnus me dice en un tono de mando—, ¿o quieres que repita la escena de hace un rato? Hay varias candidatas que podrían perder su cabeza.

—No es necesario —respondo sin mirarlo. Acto seguido, cojo el tenedor y me obligo a tomar un trozo de verdura. Al introducirlo en mi boca debo realizar un gran esfuerzo por tragarlo, mi garganta se encuentra totalmente rígida.

Veo que una mujer se acerca a servir nuestras copas y comienza a derramar agua producto del gran temblor de sus manos. De forma automática alcanzo el jarro y continúo yo con la labor, ella me agradece con su mirada.

—Al anochecer partiremos al sur, mi padre está deseoso de volver a verte. Aún está molesto por las flechas que fueron enterradas en mi cuerpo — Levanta ligeramente la manga de su camisa, mostrando una gran marca roja que aún no cicatriza del todo—. Por cierto, pensé que estaría la mano derecha del rey contigo. Tengo algunas deudas pendientes con él, y esta vez recibirá más de una flecha. Dime, ¿dónde está?

—Muerto —respondo inmediatamente, porque no quiero que Alen esté ni ahora ni nunca en sus manos.

—¿Qué le pasó? Espero que su muerte haya sido muy dolorosa. —Me mira de reojo, mientras continúa con su festín de alimentos.

Su atención se desvía cuando un guerrero se acerca y lo llama por su nombre. Agradezco su interrupción, la conversación me estaba provocando verdaderas náuseas.

—Princesa —Magnus se levanta—, debo atender algunos asuntos, termina todo tu plato.

—Yo la escoltaré a su dormitorio —dice el hombre que llegó a nuestro lado.

—Perfecto, nos vemos en la cena.

Ni siquiera levanto mi mirada para responder. Cuando se marcha recién lo miro, y solo para maldecir a su espalda. Un gruñido al lado de la mesa me hace cambiar mi atención. El lobo blanco que acompaña al guerrero me observa. Su quijada está relajada y su lengua afuera. Exhalando con fuerza.

Quito la mirada y vuelvo a mi plato que está repleto de comida, estoy segura que no podré comer nada más.

—Tira la comida debajo de la mesa —dice el guerrero que ahora me custodia.

Mis ojos se abren y levanto mi cabeza. Nuestros ojos se encuentran y me percató de que es tan solo un niño, puede que tenga doce o trece años. Su pelo va recogido en una alta cola, lo que indica que es de rango alto. Me asombro, ya que es muy pequeño para liderar a un escuadrón de guerreros.

—Tira la comida debajo de la mesa, ¿o la comerás? —vuelve a repetir. Esta vez su semblante es relajado, se coloca frente a mí, tapando el campo de visión de los otros guerreros que se mantienen a un metro de nosotros, vigilando—. Hazlo ahora.

No sé qué decir y me siento desorientada, al parecer ¿me está ayudando? No me opongo a su sugerencia, ya que no sé si en mi vida podré volver a comer; no al menos estando bajo los lobos.

Miro hacia los lados y nadie me observa, por lo que deslizo el plato por debajo de la mesa y lo giro para que la comida caiga al suelo. Al instante, ya lo tengo de nuevo sobre la mesa y completamente vacío.

El lobo blanco que acompaña al joven se introduce debajo de mis pies y come lo que boté.

—Antes de irnos, esperaré que Nube coma —afirma y se voltea, volviendo a su postura rígida.

Ahora sí que no entiendo qué sucede. Al parecer, sí me ayudó, pero ¿por qué y quién es él? ¿Y cómo puede llamar a su lobo “Nube”? cuando es demasiado tierno para ser un animal feroz. Lo observo de reojo, ya que sus facciones me parecen familiares. Ladeo mi cabeza para tener una mejor visión y cierto recuerdo aparece.

—Príncipe Boreas —un nuevo guerrero se acerca y le habla—, uno de los guardias trató de escapar.

—Ya sabes lo que hay que hacer, 30 azotes —el chico responde con una

voz seca y distante.

—¿Lo hará usted?

—Me encantaría, pero debo escoltar a la princesa a su alcoba. Encárgate, luego iré. —El guerro se retira de inmediato.

Este jovencito no me estaba ayudando. Solo quería darle de comer a su lobo. Además, ¿príncipe? Seguro será hermano de Magnus, al menos por lo déspota de su trato lo debe ser. Y al mencionar esto, el recuerdo llega, el día que los guerreros atacaron mi castillo lo observé en uno de los balcones.

—Levántate. —Se voltea hacia a mí y su mirada es gélida. Al segundo, su lobo se ubica a su lado, su postura también es distante y amenazadora.

Sin cuestionarlo, lo acompaño y nos dirigimos hasta mi habitación en completo silencio. Trato de adelantarme para no tener que estar a su lado, pero no puedo impedir que el animal blanco mantenga mi ritmo.

Al doblar en el corredor observo que mi puerta ya no está custodiada.

—Rápido. —El príncipe pasa por mi lado y me sujeta del brazo, consiguiendo que avancemos más veloz de lo que mis pies lo pueden seguir.

Trato de zafarme, pero su agarre es sólido. Me sorprende que para ser casi un niño posea esta cantidad de fuerza. Quiero reclamar, ya me estoy agotando que me zarandeen de un lado a otro; además, aún percibo dolor en mi cabeza después del golpe que me dio Magnus contra la pared.

Al ingresar a mi habitación, cierra la puerta tras él, ahora más que agotada estoy preocupada al no saber por qué se quedó adentro y no afuera.

—Nube, descansa —dice, mirando a su lobo, que al escuchar su instrucción ladea su cuerpo y de manera calma pasa por mi lado y se monta sobre la cama, recostando su cabeza sobre mi colcha.

Mis ojos se mantienen en el animal, es primera vez que veo que un lobo se comporte de manera tan dócil. Por lo general, me miran como si fuera una presa, a la que están a punto de devorar.

—No tengo mucho tiempo, los guardias pronto volverán —El muchacho da un paso hacia a mí y la expresión de su cara vuelve a cambiar, pero esta vez es de preocupación—. Escucha, soy el hijo de Priust, príncipe del Valle Oscuro, y también estoy en la cadena de linaje puro. Si Magnus no hubiera sobrevivido al ataque sufrido en tu castillo, yo tendría que poseerte.

—¿Por qué me lo dices? —Lo miro incrédula y desorientada, no entiendo el por qué de su comentario.

—Porque no eres de mi tipo y, además, no lo haré.

—¿Por qué hablas conmigo? —Me podría sentir ofendida que no esté

interesado en desposarme, pero ¿por qué me lo dice?— Acaso, ¿te quieres revelar a tu reino?

—Yo nací revelado, no estoy enlazado con ellos. —Levanta sus cejas y al fin observo sus ojos azules que aparecen detrás de la pintura roja y negra de su cara.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo tiempo para explicaciones, así que escucha —Saca una pequeña daga del costado de su cinturón y me la extiende—. Toma, guárdala, esta noche vendré por ti, te ayudaré a escapar.

—¿Qué? —Lo miró incrédula al momento que reconozco el chuchillo de mi padre, el mismo que utilizamos con Alen para la ceremonia—. Si esto es un juego de ustedes para ver hasta donde llego, no participaré.

—¿Crees que es un juego para mí fingir a cada momento que soy uno de ellos? ¿O que me agrada siquiera tener que matar inocentes?

—¿Por qué lo haces, entonces?

—Para que no me descubran. Si lo hacen, me matarán como lo hacen con todos los que no se enlazan, y tú eres mi única salvación.

—¿Yo?

—Acaso, ¿no eres la heredera de luna llena?

—Lo soy.

—Entonces no debo decirte que eres la única que puede romper el encantamiento.

—Eso estoy tratando de hacer, pero necesito fecundar al heredero con Gamar, el príncipe que tienes amarrado en el patio.

—No me importa cómo lo hagas, pero debes hacerlo, debes liberarnos. Yo he visto de lo que son capaces, sé lo que planean hacer y no lo querrás saber.

—¿Hablas en serio, no estás enlazado? Eso es imposible.

—No. No lo es.

—Pero tu lobo te obedece.

—Nube se enlazó conmigo el día que realizaron el ritual, pero no alcanzamos a absorber la maldad que invade sus corazones. Él ha aprendido a camuflarse y a simular, al igual que lo he hecho yo —Lo miro aún dudosa, cuando hace un gesto con su mano—. Nube, a mi lado.

El lobo se levanta y da un salto al lado de su amo. Boreas me mira y sus ojos se endurecen, el animal abre su hocico y gruñe mostrando sus dientes. Da un paso hacia mí y mi piel se eriza al percatarme que su intención es

amenazadora.

—Tranquilo —El príncipe Boreas me sonrío y Nube cambia su conducta lanzándose de espalda al suelo. Mi boca se abre cuando levanta sus patas y el príncipe acaricia su estómago. Ahora el lobo me mira con su lengua afuera ladeada y en descanso.

No estoy muy segura de acercarme, en cualquier momento se puede volver a enfurecer.

—No seas cobarde, hazlo. —Boreas se ríe de mí.

Me acerco no muy segura de querer tocarlo, me arrodillo a unos pasos y extendiendo mi brazo. Mi corazón late con presura y mi mano tiembla mientras la acerco al pelaje blanco. Ubico su mirada y no es agresiva, más bien es mansa.

Paso con cuidado la yema de mis dedos por las puntas de su pelo sintiendo un agradable cosquilleo que recorre mi palma. Nube continúa moviendo sus patas en el aire y me mira como pidiéndome que lo acaricie. Hundo mi mano en el pelaje, es suave al tacto, por lo que la deslizo con calma por la curva de sus costillas y él se mueve inquieto, pero no incómodo.

Mueve su hocico y entierra la nariz en mi rodilla olisqueándome a modo de reconocimiento. Me da un rápido lengüetazo y vuelve a su postura de total relajado.

—Le gustas. Solo lame a las personas que le agradan, y déjame decirte que son menos de las que puedes imaginar.

—Es increíble —comento, mientras lo sigo acariciando. Mi tacto se maravilla con lo cálido y esponjoso que es su pelo.

De improvisto y desde el exterior se escuchan pasos que se acercan. Boreas y Nube se incorporan y ya su postura es nuevamente de alerta.

—Me debo ir, pero vendré por ti. Esta noche escaparás, recuérdalo — Se acerca y me mira, esta vez no de manera amistosa—. Si le dices a alguien lo que te dije, yo mismo te mataré.

—No lo haré.

—Por el bien de los dos, eso espero. —Golpea el borde su muslo con la mano llamando a su lobo, y antes de abrir la puerta me mira por última vez. Sube uno de sus dedos a su boca y me dice “silencio”, cuando sus ojos resaltan y luego se apagan. Finalmente, abre la puerta y sale.

Me quedo en la mitad de la alcoba atónica ante lo que acabo de escuchar y presenciar. Sin estar segura de lo que me causa más escalofríos; por un lado saber que Priust, el guerrero alfa, posee un heredero, no es tan perturbador

como saber que éste no está enlazado. Debería sentirme esperanzada al saber que me ayudará a escapar, pero en mi interior se agita un halo de ansiedad al recordar las palabras de Boreas, “sé lo que planean y no lo querrás saber”. Muevo mi cabeza en señal de frustración, aún no entiendo por qué todos piensan que no estoy preparada para saber de qué va todo esto.

Si quiero romper el famoso encantamiento creo que de una vez por todas deberían decirme qué es lo que sucede. Poseer esta gran responsabilidad en mis hombros me mantiene al borde de la locura, y más si debo ir armando este rompecabezas sin ninguna pieza que me entregue una luz.

Nuevos pasos se escuchan en el corredor y me apresuro a ocultar la daga que Boreas me entregó. Reconozco las voces de Brisa y su compañera, y aunque me ofrecieron ayuda, también recuerdo que no debo decir a nadie lo del pequeño príncipe, además de ser bastante gruñón, es el que me ayudará a escapar.

El resto del día agradezco que Magnus no me obligue a bajar nuevamente al salón. La comida me la han entregado en mi habitación, y por el nerviosismo de ver como la luz cambia a través de la pequeña ventana anunciándome que la noche se acerca, he amarrado mi trenza más veces de las que he querido.

En algún momento, sin darme cuenta, me encuentro rezando a los antiguos ancestros para que me den la fuerza necesaria para combatir todo lo que está por venir. Rezo por mi pueblo, mi padre y la madre antigua, también por todos los reinos que están siendo azotados por la maldad de los lobos, y por Alen, mi hermano y Assel. Aunque no quiero que mi ansiedad crezca más pensando en su bienestar, no dejo de preguntarme si podré encontrarlos afuera, sanos y salvos.

Seco mis manos en mi vestido, mi cuerpo ha sucumbido al gran nerviosismo que me ha mantenido agitada todo el día, y he tenido que disimular ante las mujeres de Aquilón que me siguen acompañando. De todos modos, estar encerrada bajo la custodia de los guerreros del Valle Oscuro, esperando mi suerte, es algo que pondría intranquilo a cualquiera.

Las mujeres se despiden y otra vez estoy sola, momento que aprovecho para sacar la daga de debajo de la cama. Podría decir que sentir el filo entre mis manos me da algo de calma, pero esta situación me altera más.

Me asomo a la ventana y trato de buscar entre las sombras, que ahora están solo alumbradas por algunas antorchas, alguna señal que me indique que el pequeño príncipe vendrá por mí, pero la situación abajo sigue

desesperanzadora, solo observo guerreros y lobos.

Me volteo asustada al escuchar un gruñido y luego varios golpes en el corredor. Levanto la daga de manera protectora, pero al instante reacciono al percatarme que no tengo ninguna posibilidad de luchar contra ellos. Nuevos gritos me hacen moverme inquieta y rápidamente guardo el cuchillo entre los ropajes de la cama, buscando seguridad agachándome a su lado.

Los ruidos cesan y mi corazón se agita con rapidez al no saber qué es lo que sucede. Levanto mi cabeza para observar cómo la puerta se abre. Lo primero que la atraviesa es un hocico ensangrentado. Mis manos suben a mi boca para ahogar un grito, ahora estoy segura que Magnus cambió de parecer y ha decidido que matarme es una mejor opción antes que tomarme.

El lobo ingresa y reconozco el pelaje blanco debajo del tinte rojo. Detrás de él aparece Boreas, su mirada es gélida y sin ninguna expresión, haciendo que todas las esperanzas que había albergado de huir desaparezcan. Él me engañó, sí está enlazado y al parecer solo quería saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Lentamente, introduzco mi mano en la cama y tomo la daga, ya que, si viene por mí, lucharé.

—Nube, descansa —dice en un tono casi sepulcral y su animal se recuesta en el suelo. Luego, Boreas levanta su mirada y me encuentra—. ¿Qué esperas? Ayúdame.

Lo miró incrédula al no entender qué sucede, mientras limpia restos de sangre de la espada en su oscuro pantalón.

—¡Qué me ayudes! —exige y sale nuevamente al corredor.

Me incorporo de manera cauta, sin soltar mi daga, y al tener una visión del corredor, me sorprendo cuando Boreas comienza a tirar el cuerpo de un guerrero muerto al interior de la alcoba. Por su parte, Nube no se ha movido del lugar en el que descansa y lame sus patas cubiertas de sangre.

—Eleonor —me llama Boreas, cuando llega con el cuerpo al interior—, no tenemos mucho tiempo, así que muévete.

La comprensión me alcanza. Sí es verdad, no está enlazado y me está ayudando. Dejo la daga nuevamente sobre la cama y no tengo siquiera tiempo de respirar de alivio. Me muevo hacia el corredor. La escena que hay afuera es peor de lo que imaginé, dos lobos junto a sus guerreros, yacen muertos. Boreas pasa por mi lado y agarra de los pies a otro de los hombres y me indica al lobo.

—Debemos esconderlos, si los dejamos en el pasillo es como gritar al cielo que estás escapando —dice, mientras comienza de nuevo la tarea de

arrastrar el cuerpo a mi alcoba.

Me acerco a un lobo gris que tiene desgarrado gran parte de su hocico y quito mi mirada. Imito a Boreas y lo agarro de sus patas, el contacto me produce malestar, pero el pequeño príncipe ya lo dijo, no tenemos tiempo. También lo arrastro con bastante dificultad, su peso es más del que imaginé que sería.

Una vez que terminamos, me afirmo de la cama para recuperar mi respiración, pero mi descanso no dura mucho, ya que el pequeño príncipe lanza en mi cama un bolso.

—Cámbiate —me pide, acercándose a un cubo de agua y llamando a su lobo para limpiarlo.

Lo miro un tanto desconcertada, examino el interior del bolso encontrándome con ropajes negros iguales a los que ocupan los del Valle Oscuro.

—¿Qué esperas? —Me da una mirada reprobatoria—. Si te querías quedar en manos de Magnus, deberías habérmelo dicho desde un principio.

—¿Te quedarás acá mientras me cambio? —Lo miro incrédula, apenas lo conozco, y no es mi intención estar desnuda frente a él. También sé que es una soberana estupidez que me interese eso, pero no lo puedo evitar.

—Ya te dije, no eres mi tipo, así que date prisa, me estoy jugando el pellejo por sacarte de acá. —Se voltea, quedando de espaldas.

No me lo cuestiono más y me cambio, eso sí, lo miro constantemente vigilando que no se gire. Me acerco al espejo y verme vestida como una de ellos me produce cierta repulsión. Boreas, entretanto, se agacha y unta su mano en la sangre de uno de los cuerpos para luego acercarla a mi cara.

—¿Qué haces? —inquiero, dando un paso atrás.

—Si tengo que explicarte todo, estaremos desayunando solo con nuestras cabezas en la mesa de Magnus. —Vuelve a acercar su mano y esta vez lo dejo, ya que entiendo su punto.

Esparce el líquido viscoso en gran parte de mi rostro. Luego, de uno de sus bolsillos extrae un pequeño saco del cual extrae un polvo negro; al parecer es ceniza. También lo desliza por mi rostro y el resto por mi pelo.

—Amarra tu trenza sobre la cabeza —me indica. Después de hacer lo que me pide, me entrega un pequeño casco negro, los bordes son parecidos al hocico de un lobo con sus fauces abiertas.

Me doy una última mirada al espejo y no me reconozco. Estoy totalmente mimetizada con un guerrero del Valle Oscuro. El sentimiento que

nace en mí es de terror, si no logro huir, en unas pocas semanas, realmente, podría ser uno de ellos.

—No hables, baja tu cabeza y mantente un paso detrás de mí. —Boreas me señala y le hace un gesto a Nube, que ahora se encuentra a mi lado.

## Capítulo 26

Salimos a paso rápido y yo, claramente, mantengo la postura que me indicó. Mis manos siguen sudando, pero evito limpiarlas para no mostrar mi nerviosismo. Al acercarnos al salón, mi respiración se agita y mi corazón late con fuerza. Ahora sé que rezo con fervor a los antiguos ancestros para que no nos descubran.

Atravesamos la sala sin llamar la atención, al parecer mi caracterización tiene el efecto deseado, y aunque quiero mirar a mi alrededor, me obligo a mantener mi cabeza gacha y al frente.

Al caminar por el patio de entrenamiento, mis instintos me traicionan. Levantando mi cabeza para observar el lugar en donde tienen encadenado a Gamar. El miedo me recorre al ver un charco de sangre alrededor del madero y en conjunto, mis manos tiemblan al pensar que lo deben haber asesinado.

—Está vivo —Boreas susurra cuando pasamos por el lugar.

Quiero detenerme y que me lleve hasta él para verificar la veracidad de sus palabras, pero me mantengo sin expresión obligándome a seguir en movimiento.

Llegamos hasta las caballerizas, y aunque mi intranquilidad se palpa en cada músculo de mi cuerpo, la esperanza comienza a crecer. Además, caminar junto al pequeño príncipe me ha vuelto casi invisible. Todos los guerreros se mueven a su paso y las miradas delatan un claro respeto hacia él.

—¿Qué hace esto aquí? —dice Boreas, alzando su voz para que varios hombres que están junto a una hoguera lo escuchen. Me detengo, ya que no entiendo que quiera ser notado, no al menos conmigo detrás de él—. ¿Pretenden que huela este olor repugnante cuando quiera ocupar mi caballo? —Muestra una pequeña carreta en la cual hay apilados varios cuerpos.

—Príncipe, estábamos esperando más muertos para ir a descargarlos. — De inmediato un guerrero llega a nuestro lado.

—La incompetencia es algo que no permito bajo mi mando —Boreas se enfrenta al hombre, y aunque es más bajo en altura, hasta yo me siento amenazada por su postura—. Todos ustedes ahora mismo realizarán tareas de limpieza en el castillo.

—Pero príncipe, los podemos llevar en este momento —otro guerrero se acerca junto a su lobo. Nube al instante reacciona y abre su hocico gruñendo.

—¿Acaso, me contradices? —Boreas saca una daga y juega con ella.

—No, príncipe. —El guerrero baja su cabeza y le hace una seña a su animal para que dé un paso atrás.

Mi respiración regresa al ver que los guerreros ni siquiera me dieron una mirada, y luego solo terminan alejándose.

—Súbete rápido. —El pequeño príncipe rodea la carreta y yo lo miro incrédula. Jamás pensé que su plan de escape era sobre un carro con personas muertas. Tampoco tengo tiempo de cuestionar su decisión, aunque sienta dolor y frustración al ver los cuerpos tirados sin una sepultura como merecen, solo me armo de valor y subo. Nube da un salto y se ubica entre nosotros. Increíblemente, esta vez no me asusto al verlo cerca de mí, al parecer, me estoy acostumbrando a su presencia y extrañamente hasta podría decir que me da cierta seguridad.

Boreas agarra las riendas y las sacude para que los dos caballos que están al frente inicien su marcha. Al desplazarnos, de reojo contemplo nuevas carretas con cuerpos, y la desazón me azota cuando reconozco el uniforme de los soldados de mi hermano.

—Lo siento, pero no los pude ayudar —Boreas menciona a mi lado—. Por cierto, deberías revisar a tu prometido. —Lo miro confundida, no sé a qué se refiere realmente—. Gamar va en la parte de atrás de la carreta, sería bueno que sacaras los cuerpos de encima de él.

Abro los ojos incrédula y sin pensarlo me traslado a la parte de atrás. Me obligo a apartar la mirada de las heridas y de los rostros sin expresión que quedan expuestos a mi alrededor.

Muevo a un hombre y debo realizar un gran esfuerzo para quitarlo hacia un lado. Luego, me sitúo en el espacio que queda libre y quito un nuevo cuerpo arrojándolo hacia el otro costado y descubro al príncipe.

—¡Gamar! —Me acerco y levanto su cabeza, sus ojos cerrados hacen que me cuestione si de verdad continúa con vida—. Gamar —lo vuelvo a llamar y esta vez noto un movimiento debajo de sus pupilas. Lo empujo de los hombros para sentarlo y queda al descubierto gran parte de su piel, la que se encuentra con grandes cortes debajo de su camisa raída—. Gamar. —Lo acerco a mi pecho y peino su cabello hacia atrás.

—Sabía que te volvería a ver —un susurro escapa de sus labios.

Mi respiración regresa y me siento a su lado para que su cuerpo descanse sobre mi hombro.

—No hagas esfuerzo para hablar —le pido tratando de traspasarle alguna esperanza de que nuestra huida será exitosa.

El camino hasta las afueras de las Montañas de Aquilón lo realizamos en silencio, y debo esconderme entre los cuerpos al pasar por lugares que se encuentran flanqueados por lobos y guerreros.

Una vez que nos alejamos lo suficiente, Boreas me entrega armas, por lo que amarro varias dagas a mi cinturón, el arco que ubico en mi espalda me regala cierta confianza, ya que es el que aprendí a utilizar.

Más adelante, atravesamos las grandes rocas en donde aún se mantienen erguidas las esculturas de piedra de las grandes águilas, pero esta vez, podría jurar que sus ojos se encuentran sombríos.

—No fue tan difícil —dice Boreas al detener los caballos, mientras acaricia a su lobo—, lo más complicado fue deshacerme de los guerreros que custodiaban al príncipe. Desde ahora deberán continuar solos. Llévate la carreta y en algún momento deshazte de los cuerpos. Luego, solo debes seguir hacia el norte y no te detengas por nada.

—¿No vendrás con nosotros? —Lo miro preocupada. Estar a su lado me ha mantenido tranquila, si lo puedo definir de alguna forma, pero sola. ¿Qué haré si me encuentro a otro guerrero? Esta vez no podré solo mandarlos a limpiar. Además, Gamar no se encuentra en condiciones de luchar. Miro de reojo al príncipe que aún se mantiene con los ojos cerrados y sin fuerzas, recostado en la parte de atrás de la carreta.

—Aún no lo entiendes, no me puedo ver involucrado con ustedes, porque de inmediato me matarían. Lo siento, tengo que seguir en mi puesto.

—Pero podrías acompañarnos y luchar en contra de ellos.

—Ya te lo dije, no puedo. Apenas se enteren que no estoy vinculado me seguirán y no se detendrán hasta que me encuentren. Mi única esperanza es que logres romper el encantamiento.

—Está bien, puedo entender que tengas miedo —afirmo, ya que también yo lo tengo.

—¿Miedo? Eso es una palabra pequeña ante lo que he vivido desde que no me enlacé. Desde los siete años y para mantenerme con vida, he tenido que hacer cosas que no quisiera ni nombrar, pero con la esperanza de que esto pudiera terminar alguna vez. No tienes idea lo que es el miedo.

—Tú ahora si lo sabrás. —Una voz masculina y grave se cierne sobre nosotros y mis manos comienzan a tiritar al reconocer a quien pertenece.

Antes de que pueda volver a respirar, Boreas ya está con sus dos espadas en las manos y se incorpora. Nube lo imita y toma una posición de defensa.

De entre las sombras tres siluetas se mueven hacia nuestra dirección y

me gustaría cerrar los ojos para no volver a ver esa sonrisa burlona.

—¡Boreas, sorpresa, sorpresa! —dice Magnus, acompañado por dos guerreros—. Siempre tuve mis dudas sobre ti. Al principio pensé que solo eras un debilucho, pero ahora estoy seguro que no eres de los nuestros. Lo que sí, no eres muy astuto, no fue difícil seguirte.

—Al parecer, el que no es tan inteligente eres tú, ya que no te diste cuenta antes—responde el pequeño príncipe, sin que yo pueda creer la forma en que lo increpa.

—Como somos de la familia, te daré opciones —Magnus da un paso adelante y de su costado aparece su lobo negro que a la luz de la luna el pelaje reluce como nunca—. Te rindes y te entrego a tu padre para que él acabe contigo o puedes luchar ahora como un verdadero guerrero y morir con honor.

—¿Tan seguro estás que me puedes ganar? —Boreas da un ágil salto de la carreta y se para frente a él. Nube lo sigue y flanquea su lado amenazando al otro lobo.

—Al menos, sigues actuando como uno de nosotros. Será un gran placer matarte. —Magnus desenvaina su espada y se quita su capa.

Mi mirada viaja de un lado a otro y me gustaría llorar al ver que mi intento de libertad se esfumó. Sopeso la situación, podría correr e internarme en la colina que está a mi derecha, pero no sé cuánto podré alejarme antes de tener a los guerreros sobre mí; además no puedo dejar a Boreas ni a Gamar. No lo pienso más y agarro el arco de mi espalda lo más rápido que me permiten mis manos sudorosas y tomo una flecha.

—Eleonor —Magnus me mira—, no te vayas a hacer daño con eso.

—Cállate —le respondo, me tiene cansada su tono de voz y no voy a permitir que hiera a Boreas.

—Si fuera tú no seguiría por ese camino —Magnus hace una señal a sus hombres para que me den alcance—. Una vez que regresemos al castillo, recibirás tu castigo por querer escapar nuevamente.

—No lo creo. —Cambio mi objetivo y apunto a uno de los guerreros que se acerca con rapidez, tenso la cuerda y disparo directo a su pecho. Me gustaría dar una ovación de alegría al ver que el guerrero cae, pero no me lo puedo permitir, porque el lobo de Magnus ya está corriendo hacia mí.

De reojo, observo que Boreas sonrío y luego ataca a Magnus. Salto de la carreta y uno de mis tobillos reclama al no caer en la posición correcta, pero no tengo tiempo de lamentarme, necesito defenderme. Aunque mi batalla

comenzó promisorio, ahora me preocupo al sentir al gran animal que me persigue, claramente no lo lograré, no me dará tiempo para volver a tomar una flecha y apuntar. Pienso que ya no hay marcha atrás, tomo una daga de mi costado y me giro para enfrentar al lobo.

El animal da un salto hacia mí y no alcanzo a levantar mi brazo para utilizar el cuchillo, sus pezuñas se entierran en mis hombros traspasando mi ropa y caigo golpeándome duramente contra el suelo. Sus dientes y aliento ya están sobre mi cara. Solo cierro mis ojos pensando que inevitablemente estoy perdida.

Un gruñido a mi costado me advierte de una nueva presencia y me entrego a morir con mi carne desgarrada por la bestia, solo espero que lo haga rápido. Me preparo para sentir la primera mordida, pero ésta nunca llega. Es más, percibo un gran golpe unido a más gruñidos, y luego el agarre sobre mí desaparece.

Abro mis ojos y efectivamente ya no tengo al lobo sobre mí. Me incorporo y veo cómo la polvareda se levanta a mi lado. Nube está luchando contra el lobo que me atacó. No me puedo quedar mirando, el otro guerrero ya está casi sobre mí. Quiero agarrar mi arco para dispararle, pero se engancha en una roca y no lo puedo levantar. Me arrastro sobre mis piernas hacia atrás para alejarme, mientras pienso en alguna otra forma de defenderme. Agarro de mi cinturón otro cuchillo y no me preocupo del dolor que hay en mis palmas al estar laceradas por la tierra y piedras que se han incrustado a mi piel.

—No te resistas más, eres nuestra —dice el guerrero, colocando la punta de su espada en mi cuello.

Mis ojos se nublan con lágrimas, ya no tengo escapatoria. Escucho un grito de dolor a lo lejos y mi mirada lo encuentra. Veo a Boreas de rodillas en el suelo afirmando uno de sus brazos, al parecer está herido y Magnus se acerca hacia él con su espada levantada.

Desde mi espalda llega el crepitar de una flecha que corta el aire a gran velocidad. El sonido para mí ya es conocido, pero no sé de donde proviene ni a donde se dirige. Vuelvo la mirada al guerrero que me amenaza para ver como su cabeza es atravesada de manera certera.

Me levanto desorientada al no saber quién me está ayudando, pero no es momento de preguntar. Magnus se acerca rápidamente a Boreas, quien levanta su cabeza de manera valiente para aceptar su destino, pero no, no puede terminar así. Alcanzo mi arco y tomo una flecha lo más rápido que me

lo permiten mis movimientos. Nube corre por mi lado hacia su amo, pero no alcanzará a llegar, así que respiro en una larga inhalación y tensó la cuerda, ahora sí que me encomiendo para que mi puntería sea la adecuada. Mantengo el aliento y disparo.

La flecha no toma el curso esperado hacia la cabeza de Magnus, pero se entierra en su brazo dejándolo unos segundos fuera de combate. Boreas se levanta y de su cinturón toma un cuchillo, da un paso adelante decidido y lo desarma.

—Suelta tus armas. —Una voz masculina me amenaza nuevamente desde mi espalda.

Levanto mis manos, arrojo el arco, y al dar la vuelta mi corazón se encoge al encontrar a Alen.

## Capítulo 27

Entre la penumbra lo distingo de inmediato. La luz de la luna no me deja ver el color de sus ojos, pero su forma es algo que jamás podría olvidar. Mi vista viaja a dos siluetas que se muevan de manera ágil detrás de él, las ignoro, solo quiero correr a sus brazos y es lo que hago. Antes de que alcance a dar siquiera un paso, Alen mueve su espada y la apunta a mi garganta, debo detenerme o el filo se enterrará en mi piel.

—¡Detente! —grita, levantando el acero, este gesto hace que mi respiración desaparezca al percatarme de que está a punto de cortar mi cabeza.

—¡Alen! —chillo, levantando mis manos para frenarlo—. ¡Soy Eleonor!

—¿Qué dijiste? —Me mira desorientado, pero mantiene su arma en alto—. ¿Qué sabes de ella? ¡Habla!

—Soy yo... —Me doy cuenta que aún estoy camuflada como una de los lobos, por lo que me quito el casco sin hacer movimientos bruscos—. ¡Alen soy yo, Eleonor, solo estoy vestida como uno de ellos!

—¿Eleonor? —Sus ojos se abren con gran desconcierto—. ¿Eres tú?

No respondo, en vez de ello doy un paso hacia él y retiro el brazo que aún espera para matar a su enemigo. Nuestras miradas se encuentran y me examina con recelo. Doy un nuevo paso y extendiendo mis manos a su cara. Bajo también el pañuelo que cubre su rostro, y sin poder detenerlas, las lágrimas comienzan a correr por mis mejillas.

—Alen... —No espero su aprobación y lo abrazo. Mi respiración vuelve al sentir el calor y refugio de su cuerpo. Al principio encuentro duda en sus brazos, pero cuando nuestros ojos se cruzan, ya no hay más titubeos.

—¡Alen! —Un grito a nuestro lado nos devuelve a la realidad obligándonos a separarnos—. ¿Qué haces?

Miro hacia mi costado y encuentro a Emery. Corro hacia él con alegría al saber que también se encuentra con vida, pero nuevamente me debo detener cuando mi hermano levanta su espada, amenazándome.

—¡Detente! —Alen grita a mi espalda—. ¡Es Eleonor!

—¿Eleonor? —Emery me mira con desconfianza y confusión, pero baja su arma lentamente.

—Soy yo —También ignoro su desconcierto y lo abrazo—. No sabes la alegría que me da saber que te encuentras bien.

—Gracias a los antiguos ancestros —Emery me alza con energía, casi al

punto de no poder respirar—. ¿Cómo escapaste?

Alen se acerca y me quita de los brazos de mi hermano. Contempla y palpa mi cuerpo inspeccionando que no esté herida.

—¿Estás bien?, ¿te hicieron daño? —Ahora su semblante es de notoria preocupación.

—No, nada, me encuentro bien —afirmo, y al fin logro emitir una pequeña sonrisa después de varios días.

—¿Qué hacemos con ellos? —la voz de Elisa me llega de lejos—. Necesito ayuda.

La observo cerca de la carreta y tiene su arco apuntando a Boreas y Magnus. Nube se mueve de manera amenazadora a su lado y por la expresión de su cuerpo sé que está por lanzarse sobre ella.

—¡Baja tu arco! —le grito, desplazándome hacia ellos.

—¿Qué? ¿Por qué? —responde sin quitar la vista del pequeño príncipe.

—No creo que puedas con los dos, y si no le haces caso, mi lobo te desgarrará tu linda garganta. —Boreas en su mano juega con la daga amenazando a Magnus que se encuentra con una postura rígida.

—¡Que bajes tu arco! —Insisto, ubicándome frente a Boreas y bloqueando el objetivo de Elisa, lo que hace que finalmente baje su arma.

—Nube. —Boreas le habla a su animal, que al escuchar sus palabras, baja su cabeza, perdiendo interés en la presa que estaba por atacar. Luego, pasa por mi lado acariciando mi pierna.

—Qué bueno que estemos todos reunidos —Magnus habla en un tono burlón, luego su mirada la detiene en Alen—, porque nosotros tenemos algo pendiente.

—¡Maldito, bastardo! —Alen se acerca desafiante y con su filo en alto.

—Detente —Me paro frente a él, también tengo ganas de matarlo, pero tenerlo bajo custodia es algo de lo que nos podemos beneficiar—. No lo mates, necesitamos información y él puede dárnosla.

—Olvidalo, no dejaré que vuelva a poner sus manos sobre ti nunca más. —Alen trata de traspasar mi barrera.

—Alen —Emery se acerca y lo detiene—, Eleonor tiene razón.

—¿Qué piensan hacer con él? —Boreas habla a mi espalda.

—¿Quién es él?, ¿y por qué te está ayudando? —Alen lo mira con desconfianza, cuando aún mantiene su mano apretada en la empuñadura.

—No tenemos tiempo para responder mil preguntas. —Boreas continúa apuntando a Magnus con su cuchillo.

—Él me ayudó a escapar, es el príncipe Boreas, hijo de Priust, y no se encuentra enlazado —me apresuro a decir ante las miradas de desconcierto de mi hermano y Elisa.

—No te mantendrás oculto mucho tiempo más, ellos ya lo saben. —Magnus mira al pequeño príncipe.

—Cállate —me giro hacia el príncipe del Valle Oscuro—, no estás en condiciones de hablar.

—Me tendrás que hacer callar. —Magnus me devuelve su desagradable sonrisa.

—Yo con gusto lo haré. —Alen se acerca y Emery lo ataja, tomándolo por el brazo.

Al distraerme mirando a Alen, no percibo que Magnus, detrás de mí realiza un rápido movimiento tomándome por el cuello, colocando un cuchillo en mi garganta y dando un paso atrás, arrastrándome con él.

—¡Libérala! —grita Alen y se detiene cuando el cuchillo de Magnus se entierra en mi piel. Al segundo, percibo como un hilo de sangre comienza a correr por mi cuello.

Nube toma una posición de ataque y gruñe abriendo su boca. Sus colmillos resaltan y se acerca de manera sigilosa.

—Princesa —Magnus me susurra en el oído—, me hubiera encantado tenerte en mi lecho, había pensado muchas formas de que nos enlazáramos.

—¡Magnus, déjala ir! —Boreas se mueve tan sigilosamente como lo hace su lobo.

—No lo haré —mueve un poco el cuchillo por mi garganta—. La hechicera nos asegura que tú nos darás el poder, pero yo prefiero no correr más riesgos. Y antes de que vuelvas a huir, prefiero matarte, así el encantamiento ya no se podrá romper.

—¡Déjala ir! —Alen grita otra vez y observo como su mirada de ira cambia a desesperación.

Sin que Magnus lo note, deslizo mi mano encontrando la daga en mi muslo. El cuchillo que me regaló Alen y el que selló nuestro compromiso. Tomo la empuñadura recordando la instrucción de mi mano derecha. Con la mano libre agarro con fuerza el brazo de Magnus y lo sujeto. No le doy tiempo para reaccionar y entierro la daga en su muslo, con mi codo lo empujo y me libero. Doy unos pasos hasta llegar a los brazos de Alen, quien me atrapa.

Al girar mi cabeza alcanzo a contemplar como Nube se lanza sobre

Magnus y se dirige directamente a su cuello, el resto no lo observo. Hundo mi cabeza en el pecho de Alen y dejo que me abrace con fuerza.

—¡Nube! —escucho la voz de Boreas.

—Ya no te podrá hacer daño. —Alen respira y presiona su cara entre mi pelo.

Salgo de su protección y enfrento la imagen. El cuerpo de Magnus yace a un lado del camino con su garganta desgarrada. Miro a Nube con su hocico ensangrentado y le agradezco con la mirada su acto de defensa.

—Te dije que le agradabas. —Boreas acaricia la base de su cabeza.

—Debemos irnos. —Nos recuerda Emery.

—Dame tu espada —Boreas le hace un gesto a Emery—. Debe parecer que fue atacado por ustedes, no por un lobo. —Emery se la entrega y Boreas levanta el acero atravesando el cuerpo de Magnus. Su cabeza cae y gira hacia un costado.

—Ven con nosotros —le digo.

—No puedo —Boreas devuelve la espada ensangrentada a mi hermano —, si los guerreros no me encuentran les será fácil saber que estuve involucrado. Como dijo Magnus, hace tiempo ya sospechaban de mí, aunque no creo que lo sepan.

—¿Qué harás? —Me muevo inquieta. Me preocupa la vida de este joven que se mostró tan decidido en ayudarme junto a su lobo que acabó con Magnus y su bestia, para salvarme.

—Diré que fuimos emboscados —Boreas nos indica hacia nuestras espaldas—. Tienen que llevarse al lobo de mi primo, sus heridas podrán a Nube en evidencia.

—Espera un segundo —Emery lo mira desafiante—. Tú no estás en condiciones de decirnos qué hacer. Nosotros veníamos por mi hermana.

—¿Eso importa? —Boreas lo mira de manera erguida—. Lo que prima ahora es que mantengan a Eleonor a salvo hasta la próxima luna llena.

—Por favor —me acerco tocando su brazo—, ven con nosotros.

—No puedo, si no doy una explicación convincente de lo que sucedió, no se detendrán hasta encontrarte, así que ahora vete.

—Eleonor —Alen se acerca a mí—, debemos irnos.

—Boreas, por favor, ¿sabes algo que nos pueda ayudar a romper el encantamiento? —suplico, ya que nuestras opciones cada vez se han reducido más.

—No sé mucho. Como dijo Magnus, hay una hechicera ayudándolos.

No sé de donde apareció, pero sabe exactamente qué hacer para enlazar a los adultos. En poco tiempo, los guerreros enlazados a lobos han aumentado. No me han dejado verla, pero siento su presencia —Boreas se torna rígido y mira hacia todos lados—. Ahora, suban a la carreta, ya se acercan los demás.

—¿Estarás bien?

—Sí, solo necesito un golpe en la cabeza para que todo esto sea más convincente. —Me contempla esperando que sea yo la que lo haga.

Alen, al ver que dudo, se acerca con la intención de golpearlo.

—Espera —me ubico delante de él—, ¿te volveré a ver?

—Eso espero, y será una vez que engendres al heredero y rompas el encantamiento.

—Pero Gamar se encuentra custodiado por tu ejército. Las posibilidades de rescatarlo son pocas, a no ser que tú te vuelvas a poner en riesgo y lo ayudes a escapar. —Alen se para a mi lado.

—Ya lo liberé —Boreas lo mira de manera petulante—. Su prometido se encuentra en la carreta. Espero que para la próxima luna llena se encuentre recuperado para cumplir con sus obligaciones.

La realidad me aplasta y el semblante de Alen al escuchar esta información también, su quijada se vuelve a tornar rígida y sus ojos se oscurecen.

—Eleonor —Boreas se acerca—, Celsius vengará con sangre la muerte de su hijo, no te pueden capturar.

El silencio de la noche es roto por las pisadas de caballos que se acercan. Alen me hace a un lado y con el mango de su espada golpea en la nuca a Boreas cayendo éste inconsciente al suelo. Me arrodillo cerca de Nube y acaricio el pelaje de su cabeza, despidiéndome con un asentimiento hacia el pequeño y valiente príncipe que sigue con su voluntad en alto. Me cuesta imaginar cómo será su vida tratando de disimular a cada instante, con el miedo incrustado en los huesos de ser descubierto y sin poder hacer nada ante tanta maldad.

Alen me dirige hacia la carreta. Saber que Celsius me perseguirá para desquitarse, no me aturde tanto, como el hecho de que me deberé entregar en unos días más a Gamar. El tiempo se acaba y la muerte del príncipe de las tinieblas es solo el comienzo de una nueva batalla.

Me subo en la parte trasera del carro y me siento entre los cuerpos de los soldados abatidos. A mi lado se ubica Alen y al otro costado observo a

Gamar aún con sus ojos cerrados y su respiración casi imperceptible. No puedo olvidar que es mi prometido y el hombre que me poseerá.

Alzo mi brazo y encuentro la mano de mi mano derecha. Me la coge con fuerza, consiguiendo que descansa mi cabeza en su hombro. La presión en mi pecho se endurece al pensar en lo que dejo atrás y lo que me depara el futuro. Mi vida se encuentra dividida entre mi corazón y la libertad de todos los reinos.

Mi hermano dirige la carreta hacia la oscuridad de la noche, Elisa va a su lado. Levanto la cabeza y encuentro la luna que está próxima a cambiar. La fase menguante desaparecerá al igual que las ilusiones de estar cerca de Alen.

Mi destino me lleva directo a las manos del príncipe de Aquilón y a encontrar la forma de romper el encantamiento. Debemos llegar al Bosque Blanco y encontrar a Asila, la hechicera, si es que se encuentra ahí.

Si ya no hay esperanzas para mí y debo salvar a todo Badru. Solo les pido a los antiguos ancestros que antes de ser reclamada por la luna llena; me concedan solo un día para enlazar las hebras de mi ser con Alen. Solo un día para sentirme mujer, antes que mi cuerpo se encarcele de por vida. Porque mi amor, seguirá viviendo hasta mi último respiro.

Continuará...

## Agradecimientos

Desde que este hermoso camino de la literatura me encontró, me ha entregado demasiadas satisfacciones, además de encontrar en esta aventura a muchas personas que han confiado en mi trabajo y han creído en este sueño.

Primero agradecer a todas las lectoras y lectores que han sonreído y disfrutado de mis novelas, compartiendo conmigo sus fotos, comentarios y alegría.

A mi familia y amigos que siempre cuentan con una palabra de aliento que me hace continuar: Jeanette Pinochet, Karen Nanjarí, Pierina Marchant, Catalina Ruiz de Viñaspre, Blanca Soto, Cynthia Muñoz, Ximena Muñoz.

A mis presentadores quienes nunca han dudo en asistir cuando ha sido necesario y me han entregado sus apreciaciones con profesionalismo y cariño: Verónica Araya y Julio Fernando San Martín.

Agradecer también a la Librería Mundilibros que fue la primera que me abrió sus puertas para comercializar mis novelas y desde el primer momento me acogieron como si fuera de su casa. Junto a Raúl Parra y su familia hemos compartido Ferias de Libros y mucha alegría.

A la Comunidad de Mujeres Influyentes, por invitarme a participar de sus mesas de conversación, gracias a sus redes de apoyo he podido dar a conocer mi trabajo en los medios y así poder llegar a más lectores. Gracias Fabiola Olate y Francisca Silva.

A Danilo García por su increíble diseño para la portada de este libro, es un placer trabajar con alguien que te lee los pensamientos y además crea exacto lo que tú quieres.

Agradecer también a las escritoras chilenas que al igual que yo, trabajan duro y con esfuerzo por este hermoso sueño y fueron participe de la edición de este libro: Pamela Díaz Rivera, Andrea Valenzuela.

Una mención especial para mi amiga Mary Sandos que trabajó tan duro como yo para que este libro viera la luz, gracias a sus palabras, apoyo y el cariño que le ha entregado a esta novela es que hoy es una realidad.

Y por último agradecer a las personas que son el motor de mi vida, mi madre Ximena Martínez la mujer más valiente que conozco. Mi marido Leonardo Varas que siempre ha creído en mí y a mis hijos Leonor y Benjamín, ellos son mis alas que me dan la fuerza para volar.

# Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Agradecimientos](#)